



EL SUEÑO *de la* MÁQUINA *de* COSER

Una novela deliciosa que retrata la sociedad de la Italia de principios de siglo a través de los ojos de una joven modista.

Bianca
Pitzorno

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Nota de la autora	
Vida mía, corazón mío	
La suprema elegancia	
Un disparo al corazón	
La caja de hojalata de las ilusiones	
Un frágil puente sobre el abismo	
El cuerpo del delito	
Epílogo	
Agradecimientos	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

En la Italia de principios de siglo xx, una jovencísima modista lucha por conquistar la independencia a la vez que es testigo de todo lo que acontece tras los muros de las mejores casas de la ciudad y aprende un oficio tan difícil como delicado. Desde su infancia, cuando acompaña a su abuela cada día a las casas para coser, asistimos a su formación como costurera experta y reclamada por las señoras de las casas importantes de la ciudad, con lo que se despliega una maravillosa galería de personajes, anécdotas y situaciones que configuran un complejo tapiz de la sociedad del momento. Una historia de emancipación femenina que viaja perfectamente, con maravillosas descripciones y una voz narrativa que sorprenderá y fascinará a las lectoras de hoy.

EL SUEÑO DE LA MÁQUINA DE COSER

Bianca Pitzorno

Traducción de Maribel Campmany



A la querida memoria:

*de la señora Angelina Valle Vallebella, nuestra casera durante el verano
y única modista de Stintino, que tenía una preciosa máquina de pedal y
cosía con la puerta abierta vigilando la plaza, mejor dicho, el largo Cala
d'Oliva, y que perforaba las orejas de las niñas del pueblo con una aguja
oxidada y un tapón de corcho. Me peinaba todas las mañanas
haciéndome las trenzas en su fresco patio lleno de hortensias en flor,*

*y de la señora Ermenegilda Gargioni, la mujer más inteligente y creativa
que haya conocido nunca, a la que despedimos hace dos años con todo
nuestro amor, la cual, incluso después de quedarse ciega, siguió cosiendo
con su máquina de pedal hasta los noventa y siete años,*

*y de Giuseppina Pescefritto, de la que no recuerdo el apellido, que nada
más terminar la guerra venía a coser algunos días a nuestra casa, les dio
la vuelta a muchos de nuestros abrigos; a mí me hizo muchas batitas con
jaretas delante y solapas, y a mis hermanos, muchos peleles de piqué con
tirantes, y cuando tenía cinco años me enseñó a dar las primeras
puntadas y me explicó con paciencia los rudimentos de la costura,
incluido el uso de la máquina de coser de manivela,*

y de mi abuela Peppina Sisto, que me enseñó a bordar en blanco y en colores, y que cuando me veía usar la aguja sin ponerme el dedal (como siempre he hecho y sigo haciendo), se quejaba a mi madre pronosticando que me convertiría en una mujer ingobernable,

y de todas las modistas del tercer mundo que actualmente cosen para nosotros los pingos de moda que nos cuestan pocos euros en los grandes almacenes de ropa barata —cada una siempre la misma pieza cortada por otra persona, como en una cadena de montaje—, durante catorce horas, usando pañales para no perder el tiempo al ir al baño, y que después de recibir una paga miserable mueren abrasadas en sus enormes fábricas-cárcel. Coser es una actividad creativa y hermosa, pero así no,
ASÍ NO.

Nota de la autora



Los relatos y los personajes que aparecen en este libro son producto de la imaginación.

Cada episodio, sin embargo, se inspira en un hecho ocurrido en realidad del que he tenido conocimiento gracias a las historias que contaba mi abuela, coetánea de la protagonista, a los periódicos de aquella época, a las cartas y postales que ella guardaba en una maleta y a los recuerdos y a las anécdotas de nuestro «léxico familiar». Yo he adaptado los hechos, he llenado los vacíos, inventando detalles, añadiendo personajes secundarios, a veces cambiando los finales. Pero, en aquellos tiempos, hechos del estilo de los que pueden leerse aquí sucedían de verdad, incluso en las mejores familias, como dice el antiguo proverbio.

La figura de la «modista a domicilio» era habitual y estuvo presente en todas las casas burguesas hasta la época en que entré en la adolescencia. Y todavía más al terminar la guerra, cuando «reciclar» y reutilizar con otra forma trajes y tejidos ya existentes era obligado para todos. La lencería y la ropa de producción industrial que puede comprarse ya hecha en las tiendas de ropa, el *prêt-à-porter*, así como las grandes marcas, no llegaron hasta más tarde. Cuando aparecieron los vestidos fabricados a precios bajos en los grandes almacenes, las personas ricas que apostaban por la elegancia o que quizá sólo pretendían distinguirse continuaron haciéndose confeccionar la ropa «a medida», pero por las modistas de renombre, en verdaderos talleres de confección.

La época de las costureras había acabado.

El objetivo de este libro es que no caigan en el olvido.

Vida mía, corazón mío



Tenía siete años cuando mi abuela empezó a encargarme los acabados más sencillos de las prendas que cosía en casa para sus clientas durante las épocas en que no le pedían que fuera a trabajar a domicilio. Nos habíamos quedado las dos solas después de la epidemia de cólera que se había llevado, sin hacer distinciones de sexo, a mis padres, mis hermanos y hermanas y a todos los demás hijos y nietos de mi abuela, mis tíos y mis primos. Cómo conseguimos esquivarla nosotras dos todavía no me lo explico.

Éramos pobres, pero también lo éramos antes de la epidemia. Nuestra familia nunca había tenido nada, excepto la fuerza de los brazos de los hombres y la habilidad de los dedos de las mujeres. Mi abuela, sus hijas y cuñadas eran conocidas en la ciudad por su destreza y precisión en la costura y el bordado, por su honestidad, limpieza y fiabilidad en las tareas domésticas cuando servían en las casas de los señores, ya que tenían cierta gracia si hacían de camareras y además podían ocuparse de la ropa. Del mismo modo, casi todas eran buenas cocineras. Los hombres trabajaban a jornal como albañiles, mozos, jardineros. En nuestra ciudad todavía no había muchas industrias que emplearan obreros, pero la cervecera, el lagar, el molino y también los eternos trabajos de excavación para el acueducto solían necesitar mano de obra no especializada. Que yo recuerde, nunca pasamos hambre, aunque cuando no lográbamos pagar el alquiler de los modestos pisos en los que vivía la gente de nuestra clase debíamos cambiar a menudo de casa y amontonarnos durante un tiempo en alguno de los sótanos o los bajos del casco antiguo.

Cuando nos quedamos solas, yo tenía cinco años y mi abuela cincuenta y dos. Todavía era fuerte y podría haberse ganado la vida si hubiera entrado a trabajar en casa de alguna de las familias donde había estado empleada de joven y había dejado un buen recuerdo. Pero ninguna de ellas le habría permitido tenerme consigo, y ella no quería meterme en uno de los hospicios o albergues para huérfanos tutelados por monjas que había en la ciudad, pero que tenían una pésima fama. Incluso trabajando a media jornada no habría sabido dónde dejarme durante el día. Así que apostó consigo misma a que conseguiría mantenernos a ambas únicamente cosiendo, y le

salió tan bien que no recuerdo haber pasado ninguna privación durante aquellos años. Vivíamos en una vivienda de dos cuartitos en el semisótano de un edificio señorial, en una calle estrecha y empedrada del casco antiguo, y pagábamos el alquiler en especies: limpiando diariamente el portal y las escaleras hasta el cuarto piso. Mi abuela tardaba dos horas y media cada mañana en hacerlo; se levantaba cuando todavía estaba oscuro, y, después de guardar el cubo, los trapos y la escoba, empezaba a coser.

Había arreglado con tanta dignidad y gracia uno de los dos cuartitos que podía recibir a las clientas que venían a traerle encargos y algunas veces a tomarse medidas para las prendas que confeccionaba, aunque casi siempre era ella quien acudía a sus casas con la ropa hilvanada sobre el brazo, envuelta en una sábana para protegerla, y el cojín de los alfileres atado, junto a la tijera, a una cinta que le colgaba sobre el pecho. En esas ocasiones me llevaba consigo después de recordarme mil veces que me debía quedar quieta en un rinconcito. Lo hacía porque no sabía con quién dejarme, pero también para que empezara a aprender con lo que viera.

La especialidad de mi abuela era la lencería: ajuares completos para casa, sábanas, manteles, cortinas, pero también camisas de hombre y de mujer, ropa interior, conjuntos de recién nacido. En aquella época, sólo algunos almacenes de mucho lujo vendían estas prendas de vestir ya hechas. Nuestras grandes rivales en este terreno eran las monjas del Carmelo, a las que se les daban muy bien los bordados. Pero mi abuela también confeccionaba vestidos de día y de noche, chaquetas, abrigos. Todo de mujer. Y, obviamente, reduciendo las medidas, de niño. De hecho, yo siempre iba bien vestida, limpia y correcta, a diferencia de las otras pequeñas andrajosas del callejón. Con todo, a pesar de su edad, a ella la consideraban una «modistilla», alguien a quien dirigirse para las cosas más sencillas y cotidianas. En cambio, en la ciudad había dos costureras realmente importantes, rivales entre sí, que atendían a las señoras más ricas y a la moda, y ambas tenían un taller de costura y varias empleadas. Recibían los catálogos con los figurines, y en algunos casos incluso los tejidos, de la capital. Encargarles que te confeccionaran un traje costaba una fortuna. Con ese dinero mi abuela y yo podríamos haber vivido cómodamente dos años, o quizá más.

Luego había una familia, la del abogado Provera, que incluso se hacía traer desde París los vestidos de baile y de ceremonia de su mujer y sus dos hijas. Una verdadera extravagancia, porque era sabido en la ciudad que para todo lo demás, incluido su propio guardarropa, el abogado Provera era muy avaro, a pesar de poseer uno de los patrimonios más importantes de la localidad. «Cuanto más dinero tienen, más locos están», suspiraba mi abuela, que de joven había trabajado para los padres de la mujer, también riquísimos terratenientes que para la boda habían equipado a su única hija, Teresa, con un ajuar extraordinario, digno de una heredera americana, traído igualmente de París, y le habían asignado una dote principesca. Pero, por lo visto, el yerno sólo estaba dispuesto a gastar en la elegancia de sus mujeres, no en la suya propia. Como todos los señores, el abogado acudía a un sastre para hombres para hacerse sus trajes, aunque el oficio de sastre era por completo distinto del nuestro: se usaban otros tejidos, el corte era diferente;

también eran distintas las técnicas de cosido y las reglas de aprendizaje: no se admitía que ninguna mujer trabajara en ese terreno, tal vez porque por las exigencias del pudor les estaba vetado tocar los cuerpos masculinos para tomarles las medidas, no lo sé, pero se trataba de una vieja tradición. Dos mundos del todo separados.

Mi abuela era analfabeta. Nunca había podido permitirse el lujo de ir a la escuela, y ahora, a pesar de que lo deseaba, tampoco podía concedérmelo a mí. Necesitaba que aprendiera a ayudarla rápidamente y que dedicara al trabajo todo mi tiempo. La alternativa, me recordaba siempre, era el orfanato, donde, sí, me enseñarían a leer y a escribir, pero viviría como en la cárcel, pasando frío, comiendo poco y mal, y luego, a los catorce años, cuando me echaran, ¿qué sería capaz de hacer que no fuera ser criada: vivir en casa de otros, con las manos siempre metidas en agua fría o quemadas por las cazuelas o la plancha, y tener que obedecer, obedecer a cualquier hora del día y de la noche, sin ninguna perspectiva o esperanza de mejorar? Aprendiendo un oficio, en cambio, siempre tendría mi independencia. Lo que temía más que nada, me confesó la abuela muchos años después, poco antes de morir, era que, estando siempre de servicio y durmiendo bajo el mismo techo que la familia, el señor o los señoritos pudieran molestarme.

«¡Yo sabría defenderme!», le dije indignada. Y fue entonces cuando la abuela me contó la triste historia de su prima Ofelia, de cuando su patrón quiso propasarse y ella lo rechazó, lo abofeteó y lo amenazó con denunciarlo a su esposa. Él, para vengarse y anticiparse a las acusaciones, hizo desaparecer del salón una pitillera de oro y la escondió en el cuartito en que Ofelia dormía. Después hizo que su mujer lo acompañara a registrar las pobres cosas de la sirvienta, y, tras «descubrir» la pitillera, la despidieron en el acto, y sin carta de recomendación. La señora les contó el hurto a todas sus amistades. La noticia se propagó y ninguna familia respetable quiso contratar a la «ladrona». El único trabajo que encontró Ofelia fue el de fregona en una taberna. Pero allí los clientes borrachos también le complicaban la vida, le hacían proposiciones indecentes, se la disputaban entre ellos, la involucraban en sus peleas. Una noche la detuvieron y fue el principio del fin. El reglamento de la policía en materia de prostitución, era muy severo. La pusieron bajo vigilancia y a la tercera riña, en la que no tenía ninguna culpa, Ofelia fue obligada a registrarse como prostituta y a vivir en un prostíbulo, donde enfermó y pocos años después murió del mal francés en el hospital.

Para mi abuela, recordar esa historia era como revivir una pesadilla. Sabía la fina línea que separaba una vida honorable de un infierno hecho de sufrimiento y vergüenza. Cuando era niña no me hablaba nunca de ello, es más, hacía todo lo posible por mantenerme en la más absoluta ignorancia de todo lo que tuviera que ver con el sexo, incluidos sus peligros.

En cambio, empezó muy pronto a ponerme aguja e hilo en las manos, y algunos pequeños retales de tela que le sobraban de su trabajo. Como buena maestra que era, me lo presentaba

como un juego. Yo tenía una vieja muñeca de papel maché muy estropeada que heredé de una de mis primas fallecidas, a quien se la regaló muchos años antes la hija de la señora con quien su madre servía a media jornada. La quería mucho y me daba pena, tan desnuda y con todas esas raspaduras a la vista. (Mi abuela, por la noche, la desnudó e hizo desaparecer su ropa.) Estaba impaciente por aprender a hacerle por lo menos una blusa, un pañuelo, y luego una sábana, y después un delantal; la meta, naturalmente, era un traje elegante con pequeños fruncidos y el dobladillo ribeteado con encaje. No era fácil, y al final fue mi abuela quien completó la obra.

Pero durante el proceso aprendí a hacer dobladillos perfectos, con puntos pequeñísimos y todos iguales, sin pincharme los dedos y sin manchar de sangre la batista blanca y suave de las camisolas de los bebés y de los pañuelos. A los siete años, hacer dobladillos se convirtió en mi tarea diaria. Me alegraba cuando oía decir a la abuela: «Eres una gran ayuda para mí». Y, efectivamente, el número de prendas que mi abuela conseguía hacer en una semana aumentaba de un mes a otro, y las ganancias, aunque fueran pocas, también. Aprendí a hacer vainicas en las sábanas, un trabajo monótono que me permitía fantasear, y vainicas ciegas, que requerían más atención. Ahora que había crecido, mi abuela me dejaba salir sola a comprar hilo a la mercería, a entregar la ropa terminada, y si de regreso a casa me paraba a jugar en la acera durante media hora con las otras niñas del barrio, no se quejaba. Pero no le gustaba dejarme en casa sola demasiado tiempo, y cuando se veía obligada a ir a coser todo el día a casa de alguna cliente, con la excusa de que yo la ayudaba, me llevaba consigo. Eran trabajos muy provechosos porque incluso los días oscuros podíamos emplear todas las velas o el petróleo que necesitaba la lámpara sin tener que gastar el nuestro. Y porque a mediodía nos daban de comer, de modo que esos días también podíamos ahorrar en comida. Un buen almuerzo, con diferencia mucho mejor que lo que solíamos comer habitualmente, un poco de pasta, carne y fruta, que en algunas casas teníamos que tomar en la cocina, en compañía de las criadas, y en otras nos lo servían, a nosotras dos solas, en el cuarto de costura. Nunca nos invitaban a sentarnos a la mesa de los señores.

Por lo general, en esas residencias ricas y elegantes había, como he dicho, una habitación dedicada a la costura, bien iluminada, con una mesa grande donde extender el tejido para cortarlo, y a menudo también había, maravilla de las maravillas, una máquina de coser. Mi abuela sabía usarla, no sé dónde aprendió, y yo la miraba fascinada mientras hacía subir y bajar el pedal con un ritmo constante y la tela avanzaba rápidamente bajo la aguja. «Si pudiéramos tener una en casa —suspiraba ella—, ¡podría aceptar muchísimo más trabajo!» Pero ambas sabíamos que nunca íbamos a poder permitirnosla, y además tampoco teníamos sitio para ponerla.

Una de esas tardes, mientras recogíamos las cosas para volver a nuestra morada tras terminar el trabajo, entró empujada por su madre la señorita para la que estábamos cosiendo el vestido blanco de la confirmación, una jovencita de mi edad: entonces tenía once años. Me tendió con timidez un paquete rectangular, bien envuelto en papel grueso de abacería y atado con un cordel.

—Son los tebeos del año pasado —explicó su madre—. Erminia ya los ha leído y releído y

cada semana recibe uno nuevo. Ha pensado que te gustaría tenerlos.

Antes de que la mirada severa de mi abuela me paralizara, se me escapó decir:

—No sé leer.

La señorita Erminia se miró los zapatos incómoda, torciendo la cara en una mueca triste como si fuera a echarse a llorar. La madre, después de un breve titubeo, reaccionó y sonrió desenvuelta.

—No pasa nada. Puedes mirar los dibujos. Son preciosos.

Y puso el paquete entre mis manos.

Tenía razón. Cuando abrí el paquete en casa y esparcí el contenido encima de la cama, me quedé sin respiración. Nunca había visto nada tan hermoso en mi vida. Algunos dibujos estaban coloreados, otros eran en blanco y negro, pero todos me fascinaron. ¡Lo que habría dado por poder leer también lo que ponía debajo! Por la noche, con la sábana tapándome la cabeza, lloré un poco, intentando que la abuela no me oyera. Pero ella me oyó. Y la semana siguiente, después de terminar el trabajo en casa de la señorita Erminia, me dijo: «He hecho un pacto con Lucia, la hija de la mercera. Ya sabes que está prometida y que se casa dentro de dos años. Le he propuesto que le bordaremos doce sábanas con sus iniciales con punto de sombra y ella, a cambio, te dará una hora de clase dos veces a la semana. Había estudiado para maestra, aunque no se sacó el diploma. Estoy convencida de que aprenderás enseguida».

Pero tardé casi tres años, porque Lucia tenía poca experiencia y yo poco tiempo para practicar. De hecho, seguía ayudando a la abuela con tareas cada vez más difíciles, y cuando íbamos a coser a domicilio me veía obligada a saltarme la clase. Al principio, como no contaba con ningún silabario y no quería hacer gastar dinero a la abuela, le pedí a Lucia que me enseñara con las páginas de los tebeos, y ella aceptó. «Mejor. No será tan aburrido.» Ya tenía veinte años, pero se divertía como una niña con los acertijos, las noticias sobre animales extraños, los trabalenguas. Los versos eran graciosos, nos hacían reír, pero no eran palabras que se usaran todos los días. Al cabo de unos meses tuvimos que pedir prestado un libro escolar. En cualquier caso, yo me sentía feliz de aprender y muy agradecida a mi improvisada maestra. Le dije a la abuela que no se preocupara de las sábanas con punto de sombra, quería bordarlas todas yo. Las terminé justo la vigilia de la boda de Lucia. Y por las clases que me dio al año siguiente le cosí doce camisolas de varias medidas para el bebé que esperaba. También hice para él un trajecito bordado inspirándome en los de las dos hijas del rey, las princesitas Yolanda y Mafalda, que había visto en una gran fotografía expuesta en el escaparate de una tienda, en brazos de la reina. Cuando el bebé de Lucia nació, un guapo varón, poco después de mi decimocuarto cumpleaños, ella me dijo: «Se acabaron las clases. Ahora ya no tengo tiempo. Y además ya vas lo bastante adelantada como para seguir sola».

Para que practicara, me regaló unos «tebeos», los suyos, que ya no tenía tiempo ni de hojear. Muchas de las páginas se caían a pedazos al pasarlas, estropeadas después de tanto uso. En realidad, no eran revistas, sino libretos de ópera. Nunca había ido al teatro, pero sabía que cada

año venía a la ciudad una compañía de bel canto que ponía en escena los melodramas más actuales. No sólo asistían los señores, sino también los tenderos y algunos artesanos que podían permitirse una entrada en el gallinero. Muchas arias las conocía porque nuestras clientas más jóvenes las cantaban en su salón acompañándose al piano.

Leí los libretos como si fueran novelas y descubrí maravillada que todas, pero absolutamente todas las historias, hablaban de amor. Amores apasionados, amores fatales. Era un tema al que todavía no había prestado mucha atención, pero desde ese momento empecé a aguzar el oído con curiosidad por las conversaciones de los adultos.

En aquellos días se hablaba mucho, en los salones de las familias importantes, en los cafés que frecuentaban los señores, pero también en nuestro callejón, en las calles adyacentes, incluso en los puestos del mercado, de una historia que se parecía mucho a las de los melodramas de Lucia. La hija de diecisiete años del señor Artonesi se había enamorado perdidamente del marqués Rizzaldo y quería casarse con él a pesar de la oposición del padre. Mi abuela y yo conocíamos a la familia Artonesi, que vivía unas calles más allá, en un gran apartamento en la planta noble de un edificio señorial y elegante, como había muchos en el casco antiguo mezclados con los sótanos, que antiguamente eran los establos y que ahora, al disminuir el uso de caballos y carrozas, se habían convertido en la vivienda de los seres humanos más pobres y desesperados. Habíamos tenido varias veces la oportunidad de ir a coser a la residencia de los Artonesi, llamadas por la gobernanta. Ella dirigía la casa desde que la señora, la esposa del dueño, había muerto en la gran epidemia, dejando una única hija, precisamente la protagonista de los recientes comentarios de la historia de amor. La señorita, a la que habíamos visto crecer y para la que habíamos cosido en su momento varias batas de estar por casa y algún vestido veraniego de muselina bordada, se llamaba Ester y era la niña de los ojos de su padre, el cual no era capaz de negarle nada, ni siquiera lo más extravagante. De hecho, no sólo hacía poco que le había comprado un maravilloso piano de cola que hizo traer de Inglaterra, sino que además le permitía tomar clases de equitación en el picadero, frecuentado casi exclusivamente por jovencitos y por alguna joven señora acompañada de su marido. En la ciudad se murmuraba que Ester Artonesi no montaba a lo amazona, sino a horcajadas, y que por eso llevaba un par de pantalones debajo de la falda. A pesar de las lamentaciones de la gobernanta y de las mujeres de la familia, el padre le perdonaba su total desinterés por la costura, el bordado, la cocina y todas las demás cosas que tuvieran que ver con el gobierno de la casa. Y cuando Ester se encaprichó de las lenguas extranjeras y de las antiguas, llamó a una vieja solterona de origen tunecino para que le enseñara francés dos veces a la semana; a la periodista americana que llevaba muchos años viviendo en nuestra ciudad, para el inglés, y a un cura del seminario para las clases de latín y griego. Desde niña, además, Ester tenía un profesor de ciencias que le enseñaba botánica, química, geografía, y le explicaba cómo funcionaban las máquinas de reciente invención. Estas lecciones la divertían y

nunca las había dejado. (Yo la adoraba porque, una vez que estábamos trabajando en su casa, entró con el profesor de ciencias en el cuarto de costura y permitió que mi abuela y yo asistiéramos a la explicación sobre el mecanismo de la nueva máquina de coser alemana. El maestro la había desmontado por completo, nos dijo el nombre y la función de cada pieza, nos las hizo tocar; después volvió a montarla lentamente mostrándonos los engranajes uno a uno y explicando a mi abuela cómo lubricarlos. A mí, que entonces tenía once años, me pareció que presenciaba un milagro.)

«Quiere educarla como a un chico...», susurraban contrariadas las mujeres de la familia. La cuñada del señor Artonesi se lo había dicho incluso a las claras: «Ten en cuenta que, cuando Ester se case, todo esto no le servirá de nada. La estás estropeando». Pero él se encogió de hombros y la invitó a interesarse por la educación de sus propias hijas, que estaban creciendo como unas verdaderas remilgadas.

El señor Artonesi podía permitirse esa originalidad y ese desprecio por las convenciones, además de todos esos gastos, porque era muy rico. Poseía grandes extensiones de terreno cultivado con trigo, cebada y lúpulo, pero, a diferencia de los otros latifundistas locales, tenía iniciativa y no se limitaba a cobrarles las rentas de las cosechas a los aparceros. Administraba personalmente varios molinos de su propiedad que también molían para otros agricultores, y una gran fábrica de cerveza, la única de nuestra comarca. A menudo se hacía acompañar por su hija en sus rondas de inspección.

—Algún día tú serás quien se encargará de hacerlo —le decía.

—Lo hará su marido —lo corregía su cuñada, la tía materna de la chica—. A menos que con estas extravagancias consigas que se quede soltera.

Era difícil que eso pudiera ocurrir, pensaba yo, porque la señorita Ester Artonesi no sólo era una rica heredera, sino también una chica guapísima. Tenía una figura esbelta, una elegancia y una gracia de movimientos fuera de lo común, un rostro tan dulce y expresivo como para enamorar al más rudo e indiferente de los hombres. A su alrededor rondaban muchísimos pretendientes, pero ella era capaz de mantenerlos a raya. Amable, sin ser nunca ofensiva, con pocas frases les daba a entender que era mejor que se quitaran de en medio. Yo la admiraba también por eso. Los hombres en aquella época me parecían todos ridículos, y más ridículas aún sus zalamerías. Había ciertas cosas que sólo tenían cabida en el mundo del melodrama, donde podían pronunciarse ese tipo de frases absurdas y empalagosas.

Cuando oí que la señorita Ester estaba enamorada del marqués Rizzaldo, a quien había conocido en el picadero, no me lo podía creer. Y, además, con sus treinta años, el marqués me parecía un viejo. Mi abuela, sin embargo, no encontraba nada raro en ello. El marqués, comentó con la dueña de la mercería donde comprábamos agujas e hilos, a pesar de no ser riquísimo como los Artonesi, tenía un discreto patrimonio personal, por lo que no había peligro de que se tratara

de un cazafortunas. Y poseía un título nobiliario antiguo y respetado, del que por culpa de la gran epidemia había quedado como único representante. Era lógico que tuviera prisa por casarse para poder traer al mundo un heredero, tal vez para formar una familia numerosa, mientras fuera lo suficientemente joven. La edad de la novia elegida no representaba un problema para mi abuela y para sus conocidas. Ellas mismas se habían casado alrededor de los dieciséis años.

En cambio, el señor Artonesi, que había cedido a tantos caprichos de su hija, no estaba dispuesto a complacerla en esta decisión. Desde el primer momento no le gustó el marqués, pero no habría sabido decir nada concreto contra él. En cuanto a Ester, la consideraba demasiado joven para el papel de esposa y señora de la casa.

—Todavía no tienes experiencia —le decía—. Todavía te queda mucho por aprender.

—Guelfo me enseñará —contestaba la hija, testaruda.

—Sólo te pido que esperes hasta la mayoría de edad —insistía el padre—. Si por entonces no has cambiado de idea, te daré mi consentimiento.

—¡Cuatro años! ¿Quieres verme muerta? Dentro de cuatro años seré una vieja. Y Guelfo mientras tanto se buscará a otra. No sabes cuántas chicas lo rondan. Y, además, perdona, pero cuando sea mayor de edad ya no necesitaré tu permiso.

Conocíamos el tono de estos diálogos porque nos los contaba la gobernanta. También nos hablaba de las cartas apasionadas que a diario llegaban a casa de los Artonesi acompañadas de ramos de flores. Y de los días que la señorita Ester se pasaba llorando encerrada en su habitación porque su padre ya no le permitía salir sola y sus acompañantes tenían orden de impedir cualquier contacto con el marqués.

Un día, la muchacha entró muy pálida en el estudio de su padre y le tendió en silencio una carta que acababa de recibir. «Si no puedo tenerte, me mataré —decía—. Mi vida no tiene ningún sentido sin ti.»

—Si Guelfo se mata, yo también me mataré —anunció Ester con una calma que asustó al señor Artonesi.

De modo que éste se resignó a recibir al pretendiente y mantuvo con él una larga charla. El resultado fue que los dos jóvenes podían considerarse oficialmente prometidos, pero que nunca debían verse a solas. El marqués podía visitar la casa de Ester, ir a comer todos los domingos, acompañarla junto al padre en sus visitas al molino y a la cervecera, y junto a la tía y las primas a los bailes del Carnaval o a tomar chocolate en el café más elegante de la ciudad, el de la avenida, al que por su estructura exterior de cristal lo llamaban «el Cristal Palace» y que sólo frecuentaban los señores. Pero ellos dos nunca debían intentar quedarse a solas, siempre tenía que haber un testigo que pudiera ver y oír. Aunque podían escribirse sin ninguna vigilancia. En cuanto a la dote, el señor Artonesi se empeñó en conceder a su hija una renta anual muy abundante, pero sin cederle la propiedad de ninguno de sus bienes inmuebles. «Lo heredará todo a mi muerte. Es como si ya fuera todo suyo», dijo, y al marqués le dio vergüenza protestar. El noviazgo iba a durar dos años y pondría a prueba sus sentimientos recíprocos. Era evidente que

romperlo una vez que se había hecho oficial y que la ciudad estaba informada habría sido un escándalo. Pero al señor Artonesi le importaba más la felicidad de su hija que su reputación, y no le daba miedo el juicio de la gente.

La señorita Ester empezó a preparar el ajuar. Su prometido habría querido que lo encargara todo ya confeccionado en París, como las señoritas de la casa de los Provera, pero ella no se fiaba de los catálogos. Para los vestidos más elegantes se dirigió a los dos talleres de confección de la ciudad, para que así nadie se pusiera celoso.

—Esperemos que esas grandes modistas presuntuosas se den cuenta de que la muchacha todavía está creciendo y no le hagan la ropa demasiado a la medida —observó mi abuela desconfiada. Pero se sentía orgullosa de que la novia se hubiera dirigido a nosotras para la ropa de casa.

Durante esos dos años de espera nos olvidamos de todos los demás clientes —aunque eso resultó ser una grave imprudencia— y trabajamos sólo para los Artonesi: los pañuelitos, las sábanas, los manteles y las cortinas en nuestro cuartito; todo lo demás, en su habitación de costura. Mi abuela confeccionó para la futura novia camisones, cubrecorsés, combinaciones, trajes de mañana, toquillas que le quedaban de maravilla, ribeteadas con bordado inglés y encajes llegados expresamente de Suiza. También yo, día tras día, aprendía a realizar las jaretas más finas, los ojales más minúsculos, los pequeños fruncidos de los volantes. Y también yo, como la señorita Ester, crecía en estatura. Al fin y al cabo, sólo nos llevábamos poco menos de tres años.

Nos pagaban puntualmente y con generosidad, ahorrábamos en comida, nos trataban con amabilidad; ¡ojalá un trabajo así nos hubiese durado diez años o incluso más! Al cabo de unos meses me armé de valor y le pedí a la señorita Ester si podía prestarme alguna de sus novelas, y ella no sólo accedió, sino que empezó a guiarme en las lecturas con entusiasmo. Estaba suscrita a una revista llamada *Cordelia* y cada semana me pasaba el ejemplar que ya había terminado de leer. Por su parte, proseguía con sus clases de música, de idiomas y de ciencias, pero con menos entusiasmo y aplicación que antes. También influyó que su prometido le hiciera observar, con indulgencia, eso sí, que él las consideraba una extravagancia, cuando no un capricho infantil.

Si al volver a casa por la noche no hubiese tenido los ojos tan cansados, en esos dos años podría haber aprendido muchas cosas útiles además de las que mi abuela consideraba perjudiciales. «No es bueno calentarse tanto la cabeza y desear cosas que nunca podrás tener», me repetía cuando me veía suspirar con una novela. Y es que hubo una cosa que sí aprendí: que el amor era algo muy bonito, que por amor cualquier sacrificio se volvía ligero, que los hombres sentimentales no eran en absoluto ridículos como creía, y que el marqués Guelfo Rizzaldo era el modelo de los enamorados, dispuesto a dar la vida por su Ester, al igual que ella lo era para él. Yo también soñaba con encontrar un hombre que me amara tan profundamente, un joven guapo y gentil, y los cumplidos groseros que los recaderos me hacían por la calle me ofendían y me

ponían de mal humor. Sabía que antes o después tendría que amoldarme y escoger a uno de ellos, no era tan ilusa como para esperar al príncipe azul. Pero, mientras tanto, soñar no costaba nada.

El tiempo pasaba, la señorita Ester crecía y me regalaba los vestidos que se le habían quedado demasiado cortos, todavía en un excelente estado. Mi abuela se apresuraba a arreglarlos, adaptándolos a mis medidas y despojándolos de todos los adornos: flecos, botones, encajes, alamares y pasamanerías. «No puedes ir por ahí vestida como la hija de unos señores. Harías sentir incómodo a quien te los ha regalado y a mí también por permitirlo.» El hecho era que estaban confeccionados con unos tejidos buenísimos, muy distintos de los que nosotras y la gente de nuestra clase solíamos llevar. Por desgracia, la señorita Ester no podía pasarme los zapatos porque tenía unos piecitos finos y delicados, más pequeños que los míos. Debíamos renovar el calzado cada año, porque también mis pies crecían, y, a pesar de que acudíamos a un zapatero remendón de la callejuela de al lado, no era un gasto insignificante. En cuanto a los sombreros y las sombrillas, una vez que los había usado lo suficiente, la señorita los regalaba a sus primas, que se los daban a la modista para que los remodelara. Era impensable que pudiera dármelos a mí: las mujeres de mi clase no llevaban sombrero, ni siquiera las más acomodadas y vanidosas se habrían atrevido. Y usar el parasol, además, habría sido un gesto de audacia y soberbia inconcebible: sólo las señoras podían utilizarlo.

La señorita Ester dejó de crecer poco antes de cumplir diecinueve años, cuando estaba a punto de terminar el período de noviazgo y se acercaba el día de la boda. Ella y el marqués nunca habían dejado de amarse, nunca se había producido el más leve enfriamiento; es más, parecía que sus sentimientos se hicieran cada día más fuertes y profundos. Con sólo verlos juntos me daba la impresión de estar viviendo en una novela. El señor Artonesi parecía que también se había convencido de haber encontrado a un yerno digno de su hija, que sabría hacerla feliz y protegerla cuando él ya no estuviera.

La boda se celebró con gran pompa, los novios estaban radiantes; ella parecía la princesa de un cuento de hadas y él, un actor de teatro. Las tías de la novia, a pesar de poner toda su voluntad, no encontraron nada que criticar. En todo caso, sentían un poco de envidia porque no iban a poder celebrar la boda de sus hijas con el mismo boato.

Como todavía no tenía veinte años, aunque ahora le correspondiera el título de marquesa, a la recién casada empezaron a llamarla «la marquesita». A mí me costaba mucho dirigirme a ella con el nuevo título nobiliario, estaba demasiado acostumbrada a considerarla como mi querida «señorita». El lector me perdonará, pues, si avanzando en la narración de esta historia no siempre consigo nombrar a su protagonista con el título que le corresponde y alguna vez se me escapa incluso un simple «Ester», como si se tratara de una amiga mía. No obstante, eso no significa que

yo no fuera, y todavía lo siga siendo, consciente de la enorme distancia social que nos separaba y de cuál era mi sitio.

Mi abuela estaba un poco preocupada porque, una vez terminado el ajuar de los Artonesi justo la última semana antes de la boda, nos tocaba buscar un nuevo trabajo y nuevas clientas. Aunque habíamos ahorrado algo de dinero. Yo soñaba con poder dar un anticipo para comprarnos una máquina de coser. La abuela, en cambio, insistía en guardar cada céntimo en previsión de una época de vacas flacas. De hecho, todavía no habíamos encontrado nuevos clientes.

Pero no tuvo que preocuparse durante mucho tiempo, pobrecilla. Aún no había regresado la nueva marquesita de su viaje de novios cuando mi abuela, una tarde, mientras alargaba el dobladillo de mi vestido de invierno, agachó la cabeza sobre el pecho, exhaló un largo suspiro y murió. «Un ataque repentino —sentenció el doctor que debía autorizar el entierro—. Tenía el corazón demasiado fatigado.»

Gran parte de nuestra pequeña hucha se fue en los funerales y el cementerio, porque no quise poner a la abuela en el camposanto de los pobres, como el resto de la familia.

Me había quedado completamente sola. Con un oficio en mi haber, pero por el momento sin ningún encargo de trabajo a la vista. Por la casa no tenía que preocuparme. La propietaria del edificio, que bajó a despedirse de la difunta, aunque después no nos acompañó al cementerio, me dijo que podía quedarme si seguía ocupándome de la limpieza con el mismo ahínco que mi abuela. Pero ¿y para todo lo demás? Cuando se me terminaran los ahorros, ¿cómo lo haría con la comida, el jabón, las velas, el petróleo y el carbón? A mis amigas de la infancia, que ahora eran lavanderas, planchadoras, lavaplatos en ínfimos mesones, no podía pedirles ayuda: todas eran muy pobres y, trabajando quince horas, a duras penas lograban alimentar a sus hijos. ¿No sería mejor que me olvidara de cualquier aspiración de independencia, me sugieran las comadres del vecindario, y me buscara un puesto de criada a tiempo completo en alguna buena familia? Con dieciséis años y medio, me decían, era demasiado joven para vivir sola. Yo pensaba en la historia de Ofelia, de la que me había enterado hacía poco; pensaba en lo que le había costado a la abuela enseñarme un oficio. Me habría parecido estar traicionando sus deseos.

Ingeniándomelas con la más estricta economía, fui tirando unos meses. Salía todos los días y me pasaba por casa de las clientas de antes preguntando si tenían algún trabajo para mí. Me avergonzaba insistir cuando me decían que no, que ya se habían buscado a otra costurera. También me daba vergüenza presentarme ante los Artonesi, por no hablar de la nueva casa donde había ido a vivir la señorita Ester con su marido. ¿Qué podían necesitar después de que mi abuela y yo les hubiéramos hecho de cada prenda docenas y docenas de repuesto que les servirían durante años? Para colmo de la mala suerte, la periodista americana, la que enseñaba inglés a la señorita Ester, de cuya ropa blanca ocasionalmente se encargaba mi abuela, no estaba en la ciudad, había regresado unos meses a su patria para visitar a su hermana.

Todos los días miraba en el cajón de mis reservas, que iban menguando sin parar. Ya había llevado al Monte de Piedad los vestidos que me había ido dando la señorita Ester, las pocas sábanas que mi abuela había acumulado con los años para nuestro uso y para que algún día tuviera un poco de ajuar, la cadenita de oro de su bautizo y los pendientes de coral que me dejó en herencia. Incluso vendí al trapero los pocos libros que poseía, los tebeos de Erminia, los *Cordelias*, los libretos de ópera en buen estado. Leer podría haberme ayudado a pasar el tiempo, y más ahora que la costura no me cansaba los ojos, pero incluso esos pocos céntimos me eran indispensables. Por suerte, había logrado conservar los dos cuartitos donde vivía; de lo contrario, entre que deambulaba por la calle de una casa a otra en busca de trabajo y con mis paseos por los campos de los alrededores para recoger acelgas, cardos, achicoria y otras hierbas comestibles, habría corrido el riesgo de que me arrestaran por vagabunda.

Pero, a pesar de todo, no quería resignarme.

Mi testarudez obtuvo su recompensa. Justo cuando, después de una semana en que no había comido más que pasta sin aliñar y achicoria silvestre, estaba a punto de rendirme, vino a buscarme la gobernanta de los Artonesi.

—La marquesita quiere hablar contigo —me dijo—. Ve enseguida a la villa. Ya sabes la dirección, ¿verdad?

Me quedé desconcertada. ¿Qué podría necesitar la señorita Ester?

En mi ingenuidad, nunca había pensado que, además de las docenas y docenas de bonitas camisas y batas y combinaciones, la joven novia pronto iba a requerir otro tipo de ajuar. No es que desconociera cómo funcionan las cosas de la vida. Pero su historia de amor me había parecido siempre tan poética, tan ideal, tan poco carnal, que mi alma se negaba a pensar en el aspecto físico de su «coronación», como se denominaba en las novelas de Delly, y que pudiera haber consecuencias materiales. Nunca me había parado a pensar que incluso la reina había traído al mundo una tras otra a dos princesitas y a un pequeño príncipe heredero, a pesar de que todas las tiendas exponían en el escaparate la foto ampliada de nuestra soberana con sus tres hijos vestidos con encajes y puntillas. Me fijaba más en las puntillas y en las cofias que en la manera en que quienes las llevaban habían venido al mundo.

Confieso que, como la estúpida romántica que era, me sentó un poco mal la noticia de que mi señorita Ester esperaba un bebé.

En cambio, ella estaba contentísima. Me recibió radiante en el saloncito de la bonita y gran casa donde vivía con su marido.

—Tendrás que coserme el ajuar más bonito que se haya visto nunca —me dijo—. Para el bautizo, llevaremos la toquilla y el faldón antiguo de los Rizzaldo, para Guelfo es muy importante. Este último está un poco amarillento, tendrás que ayudarme a que vuelva a ser blanco. Guelfo también quería encargar todo lo demás a las monjas carmelitas, por los bordados,

¿sabes? Es una tradición de su familia. Pero yo le he dicho que prefería llamar a mi modista de confianza...

La miré contrariada, no lo entendía.

—... que eres tú, ¡tontina! —exclamó la señorita Ester, riendo, y me abrazó.

A simple vista, todavía estaba tan esbelta como antes, pero con el contacto noté que el vientre, a pesar del corsé, ya sobresalía un poco.

—¿Estás libre? —me preguntó—. Habrá que trabajar mucho y necesito que comiences enseguida. Yo también voy a necesitar algo más ancho, más cómodo, ropa de estar por casa. ¿Podrías empezar a partir de mañana?

No tuve valor para decirle que llevaba cuatro meses sin trabajar, que pasaba hambre y que su encargo me estaba salvando del borde de la desesperación.

Acordamos que iría a coser a su casa.

—Así, a lo mejor me puedes enseñar. Me gustaría hacer algo yo misma, no sé, un gorrito, un par de manoplas. A Guelfo lo haría muy feliz. Hasta ahora, en este aspecto, lo he decepcionado por completo.

A mí me parecía estupendo. En primer lugar, por el almuerzo, un buen ahorro. Luego, porque estaría acompañada, si no siempre por la dueña de la casa que salía a menudo en carruaje para hacer sus visitas y sus compras, por sus sirvientas. Por la villa se movían varias criadas, no había logrado contarlas, todas con su bonito uniforme y los delantales almidonados. También había un jardinero y un mozo que se ocupaba del carruaje y de los caballos. Si hubiera trabajado en mi cuartito, tendría que haber estado en la soledad y el silencio más completo. ¡No iba a ponerme a cantar yo sola! Cuando cosíamos en nuestra casa, la abuela y yo, era muy distinto; hablábamos, ella me contaba cosas de cuando era joven, me explicaba, yo le refería mis lecturas y ella refunfuñaba; de vez en cuando alguna vieja amiga suya venía a verla para pedirle consejo, se traía la labor y se quedaba a terminarla con nosotras. Pero esa época se había acabado.

La señorita Ester me ofreció que me trasladara a la villa también a dormir, había mucho espacio. Pero no quise por una cuestión de principios. No porque temiera un comportamiento incorrecto por parte del marqués. Con lo que amaba a su esposa, ¿cómo iba a hacer eso? Pero para mí era importante que me consideraran una trabajadora, una artesana, no una criada. A pesar de que conservar mi pequeño piso me costaba las dos horas diarias de limpieza de las escaleras y los rellanos antes del amanecer, siempre podía referirme a él como «mi casa».

Gracias a su antiguo profesor de ciencias, la marquesita había aprendido a organizarse. Se hizo traer de Francia, por mediación de la profesora tunecina, una revista llena de dibujos que mostraban todas las prendas de vestir necesarias para un niño, desde el nacimiento hasta los dos años, divididas en etapas trimestrales, y diseñó un plan de trabajo. De modo que empezamos a preparar doce camisitas de primera puesta, increíblemente pequeñas. Digo «empezamos» porque

ella me ayudaba con las operaciones más sencillas, como había hecho yo con mi abuela a la edad de cinco o seis años, y rara vez se alejaba de la habitación de costura. Para esas camisitas, decía la revista, no había que usar un tejido nuevo, ni siquiera la tela de batista más fina o percal de «piel de ángel». El único tejido adecuado era el lino de las sábanas viejas, lavado y relavado durante años hasta adoptar una suavidad extraordinaria. Y las costuras había que hacerlas de manera que quedaran en el exterior, no por dentro, porque habrían irritado la piel tan sensible del recién nacido. Nada de bordados, ni de botones ni ojales, sólo cintas de seda ligera cosidas con puntos flojos para que no hicieran la más mínima arruga.

La señorita Ester, como es natural, también tenía una máquina de coser en su nueva casa, pero no sabía utilizarla, como tampoco yo, por otra parte. Y además la revista decía que toda la ropa que iba a llevar en el primer año debía estar cosida a mano.

De vez en cuando, el marqués entraba en la habitación y, al ver a su mujer con la aguja en la mano, se sentía satisfecho.

—Te estás convirtiendo en una mujercita perfecta —le decía—, y serás una perfecta mamaíta. —Si estaba de humor, le cantaba—: Pequeña mujercita, perfume de verbena. —A mí esas palabras me provocaban una sensación de fastidio. Había leído el libreto de *Madame Butterfly*, la novedad de la temporada, y sabía que quien lo cantaba, el oficial americano Pinkerton, no se comportaba como un marido ejemplar.

El marqués estaba incluso más feliz por el embarazo de su esposa de lo que lo estaba ella. Ya había decidido que el niño se llamaría Ademaro, como su padre y como el antiguo patriarca de los Rizzaldo.

—¿Y si nace una niña? —lo provocaba ella. Pero él no perdía la sonrisa.

—La llamaremos Dianora, como mi madre. Y pondremos de nuestra parte para que al cabo de nueve meses llegue también Ademaro. Y después Aimone, y Filippo, y Ottiero... No te va a faltar trabajo de costura en los próximos años —decía dirigiéndose a mí—. Mi más ardiente deseo es tener una gran familia. Nuestro deseo, ¿verdad, Ester?

La mujer se sonrojaba avergonzada, sobre todo por ese «pondremos de nuestra parte», pero no protestaba por los nombres como me habría esperado. El señor Artonesi también se merecía ver su legado en los nietos, pensaba. Pero parecía que la señorita Ester ya no estaba tan unida a su padre como antes. No tenía ojos más que para su marido.

El cuento de hadas de su gran amor proseguía sin ninguna nube, sin ninguna grieta, ni pequeña discusión, ni gesto de impaciencia. No tenía mucha experiencia de la vida en general, y ninguna de la vida matrimonial. Pero con mi abuela había entrado en las habitaciones privadas de muchas familias, y nunca había encontrado un clima de concordia tan completo y de recíproca adoración.

Cuando la esposa, hacia el quinto mes de embarazo, acusó molestias en su salud, aunque eran

ligeras, el marqués se asustó y se desesperó todavía más que la interesada, y llamó a su cabecera al médico más renombrado de la ciudad. A la señorita Ester, desde el principio del embarazo, la controlaba una anciana comadrona que había ayudado a traer al mundo a todos los niños de las buenas familias de la ciudad, pero para el marqués no era suficiente. Contra la opinión de la comadrona, para la que un poco de movimiento, breves paseos diarios, a pie en vez de en carruaje, habrían beneficiado a la gestante, el doctor Frata decretó que, en cambio, la joven señora tenía que meterse en la cama y permanecer en ella hasta el momento del parto. La señorita Ester se doblegó a regañadientes: cuando estaba sola se aburría, también por el hecho de que le estaba taxativamente prohibido leer o escribir para no fatigar su mente. Y además le dolía la espalda, sentía la necesidad de moverse, notaba un hormigueo en las piernas, pero el marqués no aceptaba la más mínima derogación de la prescripción del doctor. Que, por suerte, no le había prohibido también coser.

—¡Menudo inepto! Se le dará muy bien curar la pulmonía, pero de las dolencias de las mujeres no tiene ni idea —rezongaba en voz baja la comadrona sin que el marqués pudiera oírla. Nosotras no le hacíamos caso. Ya se sabía que entre médicos y comadronas nunca había habido buena relación, y pensábamos que tenía envidia.

Trasladamos todos los utensilios y las telas de la habitación de costura al gran dormitorio matrimonial, que se encontraba en el primer piso, y proseguimos allí nuestro trabajo.

—Menos mal que estás tú para hacerme compañía —me decía Ester. A diferencia de las otras casas señoriales, cuando el marido almorzaba fuera, cosa que sucedía muy a menudo, ella no me mandaba a comer a la cocina, me pedía que le hiciera compañía. Parecía que me hubiera leído el pensamiento: no quería que la llamara «marquesita» como hacían las otras criadas y el jardinero —. Para ti siempre seré la señorita Ester, como cuando éramos pequeñas en casa de mi padre.

Me trataba con mucha confianza. Alguna vez bromeábamos, reíamos. Como cuando descubrimos que el tubo de la nueva estufa de hierro que acababan de instalar, por alguna extraña conexión con la salida de humos, comunicaba con el hogar del salón en la planta baja, y, si se abría el regulador del tiro, dejaba oír todo lo que se decía en aquella habitación. A la hora en que sabíamos que las dos camareras encargadas de la limpieza estarían la una barriendo la ceniza y poniendo el carbón en la chimenea y la otra sacudiendo los cojines de los sofás, nos poníamos a escuchar para enterarnos de sus confidencias. En una ocasión las oímos coquetear con el jardinero, que había entrado a traer flores frescas para los jarrones. En otra descubrimos que a la más joven la cortejaba el mozo de la tienda de comestibles, y ésta le pedía a su compañera algún consejo sobre cómo debía comportarse. La más mayor, nunca lo habríamos sospechado, cuando se quedaba sola quitando el polvo con el plumero a los marcos de los cuadros y a los muchos adornos, cantaba en voz baja las últimas romanzas de moda, y un par de veces tocó la melodía en las teclas del piano. Era evidente que tocaba con un dedo, titubeando, pero las notas eran las acertadas. Yo, a decir verdad, me sentía un poco incómoda espiando a esas personas, que eran más o menos mis compañeras. A mí no me habría gustado que me escucharan sin yo saberlo.

Pero, por un lado, la señorita no tenía ninguna malicia al hacer algo que para ella era una de las pocas diversiones que le quedaban, y, por el otro, las criadas eran chicas serias, bien educadas y de confianza, y nunca se dio el caso de que las oyéramos decir nada inconveniente o incorrecto que no pudiesen haber repetido en presencia de extraños. Si hablaban de la señorita Ester y su marido, lo hacían siempre con respeto. La marquesita, asimismo, parecía inspirarles un afectuoso instinto de protección. Se lo había ganado al tratarlas a su vez de la mejor de las maneras, y oír la confirmación a través de aquellas escuchas secretas le gustaba mucho. De modo que pronto yo también olvidé mis escrúpulos. Y, además, aquella ocupación perdió enseguida cualquier interés porque, dejando a un lado las criadas, ahora que la marquesita estaba relegada a la primera planta y recibía allí a las pocas visitas que tenía, en el salón de la planta baja ya no entraba nadie.

El tiempo pasaba, el ajuar ya estaba bastante adelantado, la señorita Ester iba engordando progresivamente, mejor dicho, a mí más que gorda me parecía hinchada, una hinchazón malsana. La comadrona refunfuñaba y el doctor también se mostraba un poco preocupado. Sin embargo, no permitía que la marquesita se levantara de la cama.

La fecha prevista para el parto se iba acercando. El señor Artonesi pasaba todos los días a ver a su hija y regresaba a su casa con el rostro ensombrecido. Yo acepté quedarme a dormir en la casa, en el vestidor adyacente al dormitorio de la marquesita. Su marido se había trasladado a una de las habitaciones de invitados, si bien durante el día se sentaba todo el tiempo al lado de su esposa cogiéndole la mano, apartándole el pelo de la frente, besándola con gran cautela, leyéndole el periódico. No dejaba de comentarle que estaba impaciente por verle por fin la cara al fruto de su amor. Le daba las gracias por ese enorme regalo.

—Vida mía —le decía—, no puedes imaginar cómo te admiro por tu valor, tu paciencia, tu fortaleza. ¿Qué haría sin ti, mi corazón? Mi vida sólo tiene sentido porque existes tú.

La esposa, al oír esas palabras, se iluminaba de placer, se olvidaba de cualquier molestia física, de cualquier temor por la prueba inminente que debía afrontar y respecto a la cual, como es lógico, sentía cierta aprensión.

Yo, lo confieso, tenía miedo por los dos. Había oído tantas historias de partos desafortunados, y ahora acudían todas a mi mente. Si a la señorita Ester le pasaba algo malo, estaba segura de que el marqués no sobreviviría. Se pegaría un tiro, se arrojaría por un precipicio. Y el pequeño Ademaro crecería huérfano de ambos padres. O tal vez también muriera a causa de las complicaciones del parto. Mejor así, pobre alma, fantaseaba. Los tres en la misma tumba, unidos en un único abrazo.

La comadrona, que también se pasaba todos los días, cuando le confiaba mis pensamientos, por una parte reía y por otra se enfadaba.

—No seas pájaro de mal agüero —me señalaba—. La marquesita está bien, no tiene nada que no funcione. Sufrirá un poco, es lógico. Pero son dolores que se olvidan muy pronto, en cuanto tienes al bebé en brazos.

Me explicó los síntomas ante los que tenía que ir a llamarla inmediatamente. El doctor, en

cambio, había espaciado sus visitas porque debía permanecer a la cabecera de un enfermo importante —más importante que el marqués—, del que se esperaba de un momento a otro la crisis que podría matarlo o sacarlo del peligro.

—El trabajo de parto de una primeriza siempre es largo —le había dicho al futuro padre para tranquilizarlo—. Al principio bastará con que esté la comadrona. Tiene mucha experiencia. Ella sabrá cuándo ha llegado el momento de enviar el carruaje a buscarme.

Por fin empezaron las contracciones, un jueves de febrero poco antes del alba. Envié al mozo de cuadra a avisar a la comadrona, y, al cabo de menos de media hora, ya estaba al lado de la partera.

—Debéis tener paciencia —le dijo a la señorita Ester y a su marido, que había acudido en bata desde el cuarto de invitados con todos los cabellos tiesos—. Creo que este jovencito, o señorita, no nos honrará con su presencia antes de esta noche. Siempre que se dé prisa, porque podría tardar incluso más. Ánimo, marquesita. Piense en la avenida un domingo por la mañana, en un gran baile de Carnaval con el teatro lleno de gente, piense en una multitud. Piense que todos hemos nacido de la misma manera.

La señorita Ester sufría mucho, y los dolores parecían no tener fin. Entre una serie de contracciones y otras, la comadrona la invitaba a dormir para recuperar las fuerzas. Al marqués lo había echado de la habitación porque, con su ansiedad y su ir y venir alrededor de la cama, sólo molestaba. Llegó la hora del almuerzo y luego la de la cena. La comadrona cada vez bajó con calma a comer a la cocina diciéndome que estuviera tranquila, que en su ausencia no iba a suceder nada, y que si yo no quería bajar también, ya me traería algo. Yo tenía el estómago cerrado. No podía hacerme a la idea de cómo, en los intervalos entre una serie de contracciones y otra, la señorita Ester encontraba fuerzas para hablar, incluso para reír. Me pidió que abriera el armario y le mostrara las camisitas y los patucos de la primera puesta.

—Nos hemos equivocado al hacerlos tan pequeños —indicó—. Me parece que hay un gigante abriéndose paso en mis entrañas sin encontrar la salida.

Unas veces jadeaba y gemía y mordía la sábana; otras, se adormecía. Se despertaba con un chillido, apretaba la mano de la comadrona, luego se disculpaba por haber hecho que nos preocupáramos. Preguntaba por su marido.

—No le digáis que estoy sufriendo tanto —nos pedía.

Él de vez en cuando llamaba a la puerta: si era un momento de calma, la comadrona lo dejaba entrar; en caso contrario lo conminaba:

—¡Fuera! Esto no son cosas de hombres.

El señor Artonesi vino a conocer las novedades, le dio un beso en la frente sudada a su hija, que en ese momento descansaba, y volvió a su casa. La noche llegó y pasó. Al igual que la parturienta, la comadrona y yo también nos concedíamos alguna breve pausa de sueño en los

instantes de calma, sentadas en la butaca, pero sin tumbarnos en ninguna ocasión. Vimos salir el sol por las ventanas. De vez en cuando la comadrona levantaba las sábanas y miraba.

—Ánimo, marquesita, un poco más de paciencia.

A las ocho llamó el marido, metió la cabeza.

—¿Todavía nada?

La señorita Ester en ese instante estaba gritando y no lo oyó. Él se retiró precipitadamente.

A media mañana oí el ruido de las ruedas del carruaje en la grava del jardín. Era un milagroso momento de paz. La marquesita dormía. La comadrona había ido al vestidor a enjuagarse la cara en la palangana y a arreglarse el pelo. Yo me acerqué a la ventana y vi que del carruaje bajaba el doctor Frata con su maletín y que el marqués salía a su encuentro. ¿Lo había llamado sin decirnos nada, asustado por los gritos, o el doctor había venido por iniciativa propia? Los vi entrar en el salón pasando por la puerta del jardín.

No sé cómo se me ocurrió esa idea, algún ángel custodio o genio maligno me la sugirió. Acudí deprisa a la cama, mojé un paño en el jarro y lo pasé con suavidad por la frente de la señorita Ester, que se despertó dulcemente.

—¡Chisss! —le dije llevándome el dedo a los labios—. Vamos a escuchar.

Me acerqué a la estufa de puntillas y abrí la portezuela. Las dos voces masculinas resonaron con claridad en la habitación, tan fuertes que la comadrona vino del vestidor y miró alrededor asombrada de no ver a nadie extraño. También a ella le señalé la estufa haciéndole una señal de que guardara silencio. El doctor anunciaba:

—Por lo que he oído, la situación es crítica y hay que intervenir. No hay tiempo que perder.

Arriba, en el dormitorio, la comadrona hizo una mueca de desprecio. Me lo había dicho hacía sólo unos minutos: «Voy a lavarme la cara mientras la marquesita duerme. No hay prisa. El niño está en el buen camino, en la posición adecuada, pero puede tardar una hora o incluso dos. Quédate tranquila, va todo bien».

¿De qué situación crítica hablaba el doctor, que acababa de llegar y no había visto nada? «Por lo que he oído.» ¿Qué era lo que había oído, de quién?

—¡Pues suba! —lo invitaba el marqués exaltado—. Mi esposa...

—Precisamente, su esposa —lo interrumpió, grave, el doctor—. Perdóneme, pero estoy obligado a preguntarle una cosa.

—¡Vamos! Ya me lo preguntará por la escalera, o arriba, en el dormitorio. Subamos.

—No, marqués. Tenemos que hablar en privado, usted y yo. Y que no nos oiga nadie. En especial su esposa.

En ese momento, Ester se incorporó en la cama con unos ojos como platos.

«¡Silencio!», le ordené con la mirada.

—Lo escucho —dijo el marqués al doctor ardiendo de impaciencia.

—Puede ser, y digo puede, pero tenemos que estar preparados, que la situación haya llegado a un punto en que ya no sea posible salvarlos a ambos.

Ester, alarmada, interrogó con la mirada a la comadrona, que también en silencio y con gestos y movimientos de los labios la tranquilizó: «No es cierto. Ése está loco. Va todo bien. Tranquila».

Oímos el gemido ahogado del marqués.

—Habrá que elegir —prosiguió el doctor—. Y sólo usted puede hacerlo. Yo respetaré su decisión. ¿Quiere que viva su esposa o el bebé?

—¿Tengo que decidirlo yo? ¿Yo? —Su tono era de incredulidad.

—¿Y quién, si no?

Siguió un largo silencio.

Ester se abandonó sonriente sobre los almohadones. No tenía dudas sobre lo que su marido iba a responder. «Vida mía, corazón mío, sin ti no puedo vivir», podía leerle en el rostro aquellas palabras.

La comadrona, en cambio, frunció la boca.

Abajo, el doctor lo apremiaba.

—Marqués, no me acercaré a la cama de su mujer antes de que me diga lo que debo hacer. Se lo repito, ¿la madre o el niño?

—¿Cuánto tiempo me da para pensarlo? —fue su respuesta llena de angustia. Arriba, en la habitación, la sonrisa palideció un poco en los labios de la marquesita, pero volvió a aflorar enseguida.

—Tres minutos, ni uno más —dijo el doctor.

—Disculpe, necesito saber una cosa más. ¿Mi mujer podrá tener más hijos?

—Me temo que no. Tendré que cortar en varios puntos para extraer el feto. Estos nacimientos cruentos estropean todos los órganos de la procreación.

Silencio. Cómo pasaron esos tres minutos no podría decirlo. Yo pensaba en el maletín del doctor, en sus hierros, estaba aterrorizada. Me parecía estar oyendo sus pasos asesinos subiendo por la escalera. La comadrona se había puesto a la espalda de la marquesita, la había cogido por las axilas y, en un santiamén, le susurró en el cuello:

—¡Empuje! No hay tiempo que perder. Si el doctor entra, tendré que obedecerlo.

Pero Ester esperaba tranquila y confiada. «Vida mía, corazón mío, ¿cómo podría vivir sin ti?»

Finalmente se oyó un carraspeo y la voz del marqués comenzó a decir, titubeante:

—Si el niño es un varón, tendré un heredero. Y, si es una niña, siendo viudo siempre podría volver a casarme y tener más hijos.

—¿Así pues?

—Si, en cambio, elijo a mi esposa, renuncio a tener herederos; hoy, si el que no consigue nacer es un varón, y para siempre, porque ella no podrá darme más...

—No le dé tantas vueltas, marqués. Necesito una respuesta concreta: ¿a quién debo salvar?, ¿a la madre o al niño?

Otro breve silencio. La marquesita se había puesto más blanca que las sábanas. Con cada

palabra de su marido, un velo opaco de incredulidad se le esparcía por la cara.

—Al niño —contestó el marqués.

—Bien. Ahora subo —dijo el doctor—. ¿No quiere venir conmigo a besar a su esposa? Podría ser la última vez.

—No tengo valor. Salgo. Daré una vuelta a caballo. Regresaré esta noche cuando todo haya acabado.

Oí el ruido de la puerta del jardín y el de sus pasos saliendo en dirección al establo; después, los del doctor levantando el maletín con los hierros y dirigiéndose a la escalera.

Ester lanzó un grito, pero abajo, en el salón, ya no había nadie que pudiera oírla.

Cerré de un golpe y con rabia la portezuela de la estufa y miré a mi alrededor en busca de un objeto pesado con el que golpear al doctor en cuanto cruzara el umbral. La comadrona, más práctica, corrió a la puerta y cerró el pasador; a continuación volvió al lado de la cama. La señorita Ester no había gritado como yo creía por miedo al doctor ni por la decepción de la traición, sino porque una oleada violenta y repentina de dolor le había atacado los riñones y el vientre como un latigazo.

—¡Respire profundamente! ¡Empuje! —la incitaba la comadrona.

La manija de la puerta bajó. Yo cogí la lámpara de alabastro con forma de flor de lis que estaba encima de la cómoda, cuyo pie descansaba sobre un pesado pedestal cuadrado de mármol negro. Fuera, el doctor movía la manija.

—¿Qué ocurre? ¡Dejadme entrar!

La blanda madera de la puerta empezaba a astillarse.

«Antes de que se acerque a mi señorita y le ponga las manos encima, lo mato», pensaba yo.

—¡Ánimo, empuje, marquesita! —exclamaba la comadrona.

—¡Abrid! Dejadme entrar —gritaba el doctor sacudiendo la puerta.

El pasador cedió. Yo levanté la lámpara. Él entró llevando el maletín de los hierros.

—Pero ¿es que os habéis vuelto locas? ¡Quítate de en medio, mocosa! Déjame pasar.

Le franqué el paso dispuesta a golpearlo con el pedestal de mármol en la cabeza.

Creo que hoy tendría un muerto sobre mi conciencia si en ese momento en la habitación no hubiera resonado el grito exultante de la comadrona:

—¡Buena chica! ¡Aquí está! —e, inmediatamente después, un llanto.

Bajé la lámpara. El doctor se detuvo desconcertado.

—¿Es un varón o una niña? —preguntó la voz exhausta de la joven madre.

—Es una niña.

—Los marqueses Rizzaldo se han quedado sin herederos. Ni hoy ni mañana —dijo Ester, y a pesar del agotamiento fue presa de un ataque histérico de risa. Y, riendo, se desmayó.

Justo después reinó el caos en la habitación. La comadrona había cortado el cordón a la niña,

la había envuelto todavía sucia en un paño y me la había dado para que la sostuviera mientras ella intentaba reanimar con rapidez a la madre para que colaborara en la última fase de expulsión. El doctor dejó el maletín en el suelo y se agachó, pero, antes de que pudiera abrirlo, sin dejar de sostener al bebé, lo hice salir volando de una patada.

—¡Ni se atreva! —grité.

En éstas, se abrió la puerta y, precedido de una criada, entró el señor Artonesi. Le puse a su nieta en los brazos y corrí a la cama. Tras las sacudidas y los bofetones de la comadrona, la señorita Ester recobraba el sentido. Reconoció a su padre.

—¡Papá! —exclamó—. Si vuelve Guelfo, no lo dejes entrar.

—Pero... ¿qué?

—La marquesita está delirando —dijo el doctor.

—Vamos a ver esta placenta —mascullaba la comadrona mientras tanto, despreocupándose del nerviosismo que había alrededor.

—Bien, está en su sitio. Y tú —dirigiéndose a la criada—, ¿qué esperas ahí con la boca abierta? Baja corriendo y tráeme más agua caliente.

—Que no entre —repitió Ester—. Mi marido. No quiero verlo. No quiero verlo nunca más.

Y mantuvo su palabra. El señor Artonesi, mientras las mujeres nos ocupábamos de lavar a la recién nacida y de vestirla, habló en voz baja con su hija.

—¿Cuándo estará en condiciones de dejar la cama? —preguntó luego a la comadrona, ignorando abiertamente al médico—. Me gustaría llevármela a casa.

—¡Queréis matarla! —exclamó el doctor.

—Ya que usted no ha llegado a tiempo —comentó la marquesita. No la habría creído capaz de utilizar el sarcasmo, sudada y descompuesta como estaba, molida de cansancio.

—Es mejor que no se levante en unos días —dijo la comadrona.

—No dejaremos que se levante —aseguró el padre.

En media hora organizó el transporte. Mandó al mozo a llamar a dos hombres robustos de la cervecera para que vinieran con el furgón de la fábrica, grande, tirado por dos caballos. Mientras tanto, con palabras firmes y un cheque, despidió al doctor. La señorita Ester fue trasladada con cautela sobre una butaca que los dos operarios que se presentaron levantaron sin ningún esfuerzo, la bajaron por la escalera y la cargaron en el furgón. Nosotros también subimos a él: la comadrona con la recién nacida en brazos, el señor Artonesi que no soltaba la mano de su hija y yo en último lugar, llevando la cesta forrada de raso y adornada con puntillas y cintas que contenía el ajuar. Ester encontraría su ropa y su guardarropa de soltera en casa de su padre, pero la niña necesitaba de todo, y habría sido un verdadero desperdicio, pensaba yo, dejar en la casa el resultado de nuestros siete meses de trabajo.

Hacía unas horas que habíamos llegado, la marquesita dormía en la gran cama que había sido

de su madre, la comadrona cambiaba los pañales a la recién nacida en la habitación de al lado y yo me disponía a regresar a mi pisito cuando oímos unos fuertes golpes en el portón que daba a la calle. Espiamos por la ventana. Como era de esperar, se trataba del marqués. De su estupor, de su incredulidad cuando regresó a la villa y se encontró el dormitorio vacío, me enteré más tarde por el mozo de cuadra. Muy difícilmente podía ser consciente de lo que había sucedido, pero entender el porqué, nunca llegó a entenderlo. Ester siempre se negó a verlo, a hablarle, a explicarle el motivo de su fuga. Ni siquiera el señor Artonesi quiso recibirlo. En vez de eso, le mandó a su abogado, un astuto zorro que supo rechazar todas las pretensiones del marido abandonado y volverlas en su contra. No sé cómo lo hizo. En aquellos tiempos una mujer no podía dejar el techo conyugal sin consecuencias, y mucho menos llevarse consigo el fruto legítimo del matrimonio. Pero Ester Artonesi, gracias al apoyo y al dinero de su padre, lo consiguió. Tal vez, si en lugar de una niña hubiera traído al mundo un varón, el marido no se habría resignado a dejárselo y habría luchado más tiempo y con más determinación.

Lo que más atormentaba al marqués, más todavía que su orgullo herido, era ignorar el motivo por el que el amor inmenso de su joven esposa de repente se había transformado en un odio tan profundo. La única hipótesis que se le ocurría era que a causa de los dolores del parto se hubiera vuelto loca.

Las únicas que sabíamos la verdad, aparte de la interesada y probablemente su padre, éramos la comadrona y yo, pero ninguna de nosotras abrió nunca la boca al respecto. La comadrona ya era vieja y había visto muchas cosas, pero para mí la decepción fue realmente hiriente. Descubrir, y de ese modo, que el gran amor era sólo un engaño, que sólo existía en las novelas, que los hombres eran todos unos traidores egoístas como Pinkerton, destruyó cualquier ilusión que pudiera haber acariciado antes. No podías fiarte de nadie. Vida mía, corazón mío, sin ti puedo vivir muy bien, o incluso mejor.

Pero quien rehízo su vida fue la señorita Ester. No dejó que el marqués viera nunca a la niña, a la que puso de nombre Enrica, como el señor Artonesi, y no Dianora, como la abuela paterna. Junto con la pequeña Enrica se dedicó a viajar, lejos de las habladurías de nuestra ciudad, y conoció a tanta gente que yo ni siquiera me lo podía imaginar. Estaba en Bruselas cuando en la ciudad estalló el escándalo de los vestidos parisinos de la casa de los Provera. Y cuando regresó dijo que la gente era en verdad estúpida al dar tanta importancia a una tontería como ésa.

La suprema elegancia



En los hechos que provocaron el escándalo de los «vestidos parisinos» yo también desempeñé un papel, y no pequeño. Fue por pura casualidad, mejor dicho, por culpa de la reina Elena o, si lo preferís, gracias a ella, a su visita a nuestra ciudad representando a su marido. Lo cierto es que hasta entonces nunca había trabajado para la familia Provera. Ninguna otra costurera de la ciudad había trabajado para los Provera. Ni tampoco los dos grandes talleres de costura que contaban con empleados. Cada temporada, para envidia de las demás señoras, era público y notorio que hacían traer los vestidos de la madre y las dos hijas de París de los lujosos almacenes Printemps. En cuanto a la ropa blanca, parece que se ocupaba de ella una pariente pobre del abogado, la señorita Gemma, que la familia acogía por caridad y que tenía fama de ser muy habilidosa bordando y zurciendo.

Por eso, cuando la mercera me dijo que la señora Teresa Provera había pasado personalmente a preguntarle el nombre de una buena y experta modista pero con pocas pretensiones económicas, me quedé bastante asombrada. Yo ya me había ganado cierta fama entre las familias más modestas, gracias también a que la marquesita Ester, a su regreso de uno de sus primeros viajes al extranjero, en señal de gratitud, me trajo un precioso regalo: una máquina de coser portátil alemana, de manivela, sin pedal y sin mueble, con un maletín con un asa. Negra, brillante, con filigranas y adornos dorados, era preciosa. No era fácil usarla, porque había que girar la manivela con la derecha y de este modo sólo quedaba una mano libre, y encima la izquierda, para guiar el tejido bajo la aguja. Pero practicando con sábanas viejas acabé aprendiendo: lo importante era no ir demasiado aprisa. Ahora, las madres de familia pequeñoburguesas y las tenderas acomodadas de vez en cuando me pedían que les confeccionara no sólo la ropa blanca, sino también trajes sencillos para ellas y sus hijos. Me traían el tejido que escogían de entre los más económicos. Por una parte, porque no podían permitirse otra cosa, y, por la otra, porque no se fiaban de dejar en mis manos un tejido más caro. ¿Y si lo estropeaba? Pero en general había acabado siendo casi tan buena como mi pobre abuela, ganaba lo suficiente para vivir e incluso para permitirme algún pequeño lujo, como el abono a la biblioteca circulante, que me proporcionaba el préstamo de unas novelas que me gustaban mucho y de las revistas que

me mantenían informada sobre el mundo. Ese deseo de saber lo que ocurría no sólo en nuestra ciudad, sino en todo el país y también en el extranjero, se despertó en mí con los primeros viajes de «mi señorita», la marquesita Ester; en la ciudad todavía la llamaban así a pesar de la separación. Quería seguirla al menos con el pensamiento, quería poder escuchar sus historias, a su regreso, sin caerme de las nubes como la mayor de las ignorantes. De vez en cuando pedía prestada una revista de moda. Había algunas que además de los figurines ofrecían un breve curso de costura por entregas. Leía esas páginas con avidez intentando descubrir algo que no supiera todavía, pero iban dirigidas a las señoras burguesas que cosían como pasatiempo; las explicaciones eran de lo más sencillas y previsibles, nunca aprendí nada nuevo de ellas. Incluso conseguí recuperar del Monte de Piedad la cadenita y los pendientes de coral de la abuela. También tenía una caja de hojalata en la que cada semana ponía las pocas monedas que lograba ahorrar para poder permitirme al menos en una o dos ocasiones una entrada en el gallinero durante la temporada lírica. Para no tener la tentación de usar ese dinero cuando necesitaba comprar algo cotidiano, como agujas, pasta o un poco de carbón, la guardaba en el dormitorio, escondida detrás de una estatuilla de yeso de la Virgen que había sido de mi abuela, en una oquedad de la pared que ella usaba como una especie de altar. Tan arriba que para alcanzarla tenía que subirme a una silla. En el primer cajón del canterano, en cambio, guardaba aquellos ahorros destinados a los gastos corrientes y a las emergencias, una cantidad modesta que crecía o disminuía según tuviera mucho o poco trabajo, pero que hasta ahora me había permitido afrontar sin angustia los breves períodos en que ninguna señora o familia necesitaba de mis servicios.

No tenía novio, a pesar de que mi negocio bien encaminado y mi, aunque modesta, situación económica hacían de mí, para los solteros de cualquier edad de mi clase social, un excelente partido. Y, de hecho, había recibido numerosas propuestas, tanto directas como a través del casamentero que se movía entre la gente de mi categoría por todos los barrios de la ciudad y también en el campo y los pueblos cercanos.

Pero era tan ingenua que todavía pensaba en el matrimonio no como un arreglo, sino como la realización de un sueño de amor, y en este sentido la reciente experiencia de mi señorita Ester me había escaldado. Si algún joven del vecindario al que conocía desde la infancia me paraba por la calle y me dirigía un cumplido, me ponía ojos dulces, me proponía ir a pasear el domingo por las avenidas destinadas a la gente de nuestra clase, reaccionaba con recelo, respondía bruscamente, lo ponía en su sitio. Y si me parecía que mientras iba a trabajar algún joven burgués, algún estudiante u oficial, me seguía, o sólo que me mirase con más atención de lo normal, cambiaba de camino. Sabía que no podía esperar de ellos nada bueno, excepto engaños y vergüenza. Lo había leído en las novelas y tenía algún ejemplo delante de los ojos. No temía la soledad. Todos mis sueños, los deseos y los planes de futuro se centraban en el trabajo, en los progresos que hacía en el corte y confección y en ampliar la clientela.

Con todo, que me llamaran de casa de la familia Provera era lo último que esperaba. Probablemente, pensé, la pariente pobre se habría puesto enferma, o ya no veía bien, y necesitaba que ribeteara alguna funda de almohada o zurciera alguna camisa vieja. A diferencia de la mujer y las hijas, como ya he dicho, al abogado, fiel a su conocida avaricia, le importaba muy poco su propia elegancia e iba por ahí con los puños de las camisas deshilachados, que hacían reír a todo el tribunal.

Acepté porque justo en ese momento no tenía trabajo y sobre todo porque me podía la curiosidad. Ningún extraño, por lo menos ninguno de mis conocidos, había entrado nunca en aquella casa. Los Provera no tenían servicio, aparte de una jovencísima criada procedente del campo, Tommasina, que ni siquiera sabía hablar italiano y con la que, las raras veces en que me cruzaba con ella por la calle con sus capazos y paquetes, descalza con el buen tiempo, no era posible intercambiar unas palabras. Nos preguntábamos si ella sola se ocupaba de todas las tareas: limpieza, cocina, colada, compra. O quizá la ayudaba la pariente pobre que vivía con ellos por caridad. Eso explicaría la insólita generosidad del abogado al acogerla en la familia. Comida, alojamiento y ningún salario, y a cambio una hábil costurera y una criada de confianza. Además, la señorita Gemma salía de casa en raras ocasiones y, sobre todo, no cotilleaba.

Nosotras, en cambio, costureras, modistas, planchadoras, lavanderas, pequeñas tenderas, comadres de las callejuelas, no parábamos de cotillear. Y probablemente también cotilleaban las familias de la alta burguesía y las de la aristocracia, muchas de las cuales estaban emparentadas con los Provera. Pero eso nosotras no lo sabíamos.

Me presenté, siguiendo las indicaciones de la mercera, a las ocho de la mañana. La casa se encontraba en el centro, a un lado de la piazza Santa Caterina, frente a la iglesia. Un edificio señorial, de dos plantas, que se asomaba a un gran patio empedrado protegido por un alto muro, al que se podía acceder desde la plaza a través de una amplia puerta transitable que permanecía cerrada día y noche para que los transeúntes no pudieran ver el interior.

En el momento de mi llegada, sin embargo, estaba abierta porque acababa de entrar un carrito de campesinos tirado por un asno, de modo que no tuve que hacer sonar la campana y me metí también hacia dentro. El aparcero había atado al animal a una de las anillas de hierro clavadas en la pared y estaba descargando un gran cesto de alcachofas cuando salió de la casa una mujer de mediana edad, vestida con modestia, que, sin mediar palabra pero con expresión ceñuda, se precipitó a cerrar los gruesos batientes de madera oscura.

—Cuánta prisa, señorita Gemma, iba a cerrar yo —dijo el campesino.

—Deberías haberlo hecho enseguida —contestó ella—. ¿No ves que la primera criada impertinente que pase podría colarse a curiosear? —Y a mí, señalando un resquicio que había dejado abierto a propósito en el portón—: ¡Vete inmediatamente, muchacha!

—Soy la modista —repuse más divertida que ofendida. En efecto, estaba mirando a mi alrededor con una gran curiosidad—. La señora Provera me ha dicho que viniera.

—¡La modista! ¿Y por qué no has traído contigo la máquina de coser?

—No sabía que la necesitara —dije. Aunque fuera portátil, tampoco era tan ligera, y había pensado que para hacer algún dobladillo y zurcido no sería de utilidad.

—Bueno, a partir de mañana la traerás —me indicó la mujer, que por el nombre había identificado como la pariente pobre—. Y, en vista de que tienes las manos libres, ayúdanos a llevar a casa estos cestos.

En el carrito, además de los cestos, había sacos y alforjas, llenos de fruta, zanahorias, patatas, garbanzos y habas, achicoria, acelgas y otras verduras que el aparcero había traído de un campo poco alejado de la ciudad propiedad del abogado. El campesino venía con su carrito dos veces a la semana, como supe más adelante, y aprovisionaba a la familia de todo lo necesario. Por ese motivo nunca se veía por la calle a la sirvienta de los Provera con la cesta de la compra. Incluso la carne —pollo, cordero, cabrito— procedía del campo. Aquella primera mañana, las provisiones me parecieron más que abundantes para una familia de seis personas. «Comeremos bien», pensé. Pero la señorita Gemma me quitó enseguida esa ilusión. Al ver que no llevaba ningún envoltorio en las manos, me dijo descontenta:

—¿No te has traído el almuerzo?

Me quedé de piedra. Nunca, nunca me había pasado que al ir a coser a domicilio a casa de unos señores no me dieran la comida del mediodía. Ni a mí ni a ninguna otra costurera. Nos contábamos mutuamente el tipo de comida que nos daban, las recetas, la abundancia, la variedad o la monotonía de los platos de cada familia. Como es evidente, en casa de los Provera no se respetaba esa tradición. O tal vez ni siquiera la conocían, en vista de que no tenían por costumbre llamar a nadie para trabajar en casa.

Cogiendo el cesto de peras que no iba a probar, subí contrariada la escalera que conducía a la vivienda, y la señorita Gemma me guio hacia la cocina. Desde la puerta abierta pude ver que, en la sala, la familia estaba terminando de desayunar: las tres mujeres con ropa de estar por casa, el abogado ya listo para salir. En la cocina, la criada, de pie, mordisqueaba un pedazo de pan duro.

—¿Todavía no has acabado? —la riñó en dialecto la señorita Gemma—. Venga, baja a echar el salvado a las gallinas, que después tienes que limpiar la habitación de costura antes de que nosotras empecemos a trabajar.

Desde la galería a la que daba la puerta de la cocina, en la parte trasera de la fachada, una escalerilla exterior conducía a un jardín descuidado, tan grande como el patio delantero pero sin adoquinar, donde, posadas sobre las ramas de algunos naranjos y granados o picoteando el suelo en busca de gusanos, vi una gran cantidad de gallinas, cuarenta o cincuenta, un vasto gallinero como no era habitual tenerlo si no era en el campo o en las afueras. Al fondo había una construcción baja para las puestas que ocupaba toda la longitud de la pared. En aquellos años no estaba prohibido criar animales de granja como gallinas o conejos en las casas de ciudad, pero la gente lo hacía para uso personal, seis o siete ejemplares, diez como máximo si eran conejos, que no molestaran con el olor y los cantos la tranquilidad de los vecinos. El gallinero de los Provera,

en cambio, era tan grande que me preguntaba quién podía comerse todos aquellos huevos, suficientes para una residencia entera de colegialas.

Pero las rarezas de aquella familia no terminaban ahí. En cuanto el abogado hubo salido, la señora me mandó llamar a la sala, donde las dos hijas estaban quitando la mesa del desayuno, que por el número de platos se intuía que no había sido demasiado abundante.

A través de la mercera ya habíamos acordado la compensación diaria, de modo que sólo esperaba a que me explicaran el trabajo que debería realizar. La señora Provera, en cambio, después de haber hecho salir a las dos chicas y comprobar que las ventanas y la puerta estuvieran bien cerradas, me cogió de las manos y, mirándome a los ojos, me dijo con gran seriedad:

—Antes de empezar a trabajar para nosotros, tienes que hacer un juramento.

La miré desconcertada.

—¿Qué tengo que jurar? —pregunté.

—Que cualquier cosa que veas en esta casa, cualquier cosa que oigas, cualquier hecho del que tengas conocimiento no se lo contarás a nadie.

—No soy una chismosa —contesté indignada—. No es necesario ningún juramento. —Y, además, ¿de qué hechos terribles podría haber tenido conocimiento? ¿Qué misterios podía esconder una respetable y respetada familia de la ciudad? Ni que estuviéramos en una novela. Que el abogado era muy avaro no era ningún secreto, lo sabía todo el mundo. Pero también se sabía que era muy rico, de modo que pensé que tal vez tenían miedo de los ladrones, de que yo pudiera hablar de los objetos de valor, las joyas y el dinero, de dónde los guardaban, o bien de las vías de acceso más fáciles para quien supiera escalar muros y forzar cerraduras—. No le diré nada a nadie, esté tranquila —repetí.

Pero la señora estaba decidida.

—Vamos a la iglesia —me dijo echándose un manto sobre los hombros—. Harás tu juramento delante de Dios.

Mandó llamar también a la pariente pobre, me pusieron en medio de las dos y me llevaron por la escalera. El patio de la fachada principal estaba desierto, el portón cerrado. El aparcero debía de haber regresado al campo. La señorita Gemma abrió y volvió a cerrar con una gran llave de hierro que llevaba atada a la cintura. Atravesamos la plaza y entramos en la iglesia de Santa Caterina, que distaba unos pocos metros. Dentro no había nadie, pero en el altar ardía la llama del Santísimo.

—Aquí, delante de la hostia consagrada, tienes que jurar. Nosotras dos seremos testigos. Recuerda que si infringes el juramento te espera el infierno.

Me parecía todo tan ridículo...; parecía uno de esos cuentos de mi abuela sobre guerras de independencia y los carbonarios. Por otra parte, el abogado Provera, cuando éste era joven, y su padre, eran famosos por haber sido fervientes seguidores de Mazzini, quien abogaba por la unificación de Italia. En cualquier caso, pensé, ¿qué tenía que perder? Era mucho peor tener que renunciar al almuerzo.

De modo que juré. La señora me decía las palabras para que las pronunciara y yo las repetía con exactitud. Cuando regresamos a su casa me mostró un papel con la fórmula del juramento que ya tenía preparado para que lo firmara. Se maravilló de que supiera escribir, la gente de mi condición por lo general firmaba con una cruz. Siempre me había preguntado cómo lo hacían después las autoridades para reconocer que tal cruz la había trazado en concreto tal persona. Llamó a sus dos hijas para que firmaran como testigos, y en aquellas circunstancias supe que se llamaban Alda, la mayor, e Ida, la más pequeña. No había mucha diferencia de edad entre las dos, parecían tener la misma y ser todavía muy jóvenes, a pesar de que ambas pasaran de los veinte. Ambas eran agraciadas, pero no especialmente bonitas. Nada que ver con el encanto radiante de mi señorita Ester. Además vestían, como la madre y la tía, unos vestiditos de estar por casa modestos y un poco desgastados, de un modelo que se remontaba a varios años atrás. Tal vez, pensé, cuando salían a la calle, a los jardines, al teatro, a las fiestas y a los bailes, a la vista de los conocidos, los trajes parisinos y la perspectiva de una rica dote las hacían parecer dos verdaderas bellezas.

La señora Teresa guardó el documento en un cajón, que cerró con llave, y exhaló un suspiro de alivio.

—Ya habrás comprendido —me dijo— que te hemos llamado por un motivo excepcional, una emergencia. En general logramos hacerlo todo nosotras mismas, pero esta vez no hay tiempo. La reina Elena llega de visita a nuestra ciudad en menos de un mes.

No entendía qué tenía que ver la reina, todo me parecía cada vez más extraño.

—He oído que sabes cortar, además de coser —prosiguió la señora—, y que tienes una máquina alemana portátil y sabes usarla. Se va mucho más deprisa, ¿verdad?

—Depende. Para las costuras largas y rectas sí, sin duda —contesté asombrada de que me lo preguntara.

En aquella época todas las familias acomodadas de la ciudad, aunque sólo fuera para ribetear las sábanas y los trapos de cocina, tenían una máquina de coser. La mía era de las antiguas; la marquesita Ester la había elegido por su tamaño. Sabía que en mi pisito no había sitio para una máquina de pedal. Yo creía que la señorita Gemma me había dicho que la trajera por curiosidad, para ver cómo funcionaba la manivela.

Pero cuando nos dirigimos a la sala de costura tuve la confirmación de que allí no había ninguna máquina de coser, ni de pedal ni de ningún otro tipo. En contrapartida, encima de la gran mesa de planchado había tres piezas de una preciosa seda gruesa, cada una con dibujos florales de colores brillantes, pero en tonos y fantasías distintos, como nunca había visto en ninguna parte. De doble ancho, todavía enrolladas al tubo de cartón rígido. Calculé a ojo que cada una debía de medir más o menos diez metros. Más que suficiente para un traje elegante a la última moda, con una pequeña cola, drapeados en las caderas, otros posteriores para el polisón, la

toquilla, tal vez también un bolsito para llevar en la cintura. No es que hubiera confeccionado nunca nada parecido, pero era capaz de valorar según la hechura cuánto tejido hacía falta. Junto a las tres piezas había un metro de sastre, unas tijeras grandes, tiza y algunos recortes de papel grueso que debían de proceder de algún figurín.

Encima de una mesita de bordado vi una revista de moda con un título en francés.

No era difícil entender que me habían llamado para confeccionar uno o más trajes elegantes con esos preciosos tejidos siguiendo la moda de París.

—No soy capaz —declaré enseguida, incrédula—. Los trajes que sé hacer son mucho más sencillos. Además, nunca he trabajado la seda. —Sabía que era muy difícil, que era resbaladiza y se escapaba por todas partes, y peor aún si había que trabajarla al bies—. Tienen que acudir a Belledame o bien a La Suprema Eleganza —dije.

Sabía que, en esos talleres, además de con sus propios tejidos, aceptaban trabajar con los que llevaban los clientes. No osaba preguntar: «Pero ¿por qué esta vez no se dirigen también a los almacenes Printemps de París?». Cambiar aquella fuente de maravillas por una pobre costurera a domicilio me parecía demencial.

—No soy capaz —repetí—. Tienen que dirigirse a otra persona.

—No te preocupes —me dijo con calma la señorita Gemma—. Nosotras sí somos capaces. Tú sólo tienes que ayudarnos con las costuras y los acabados. Hoy, por suerte, sólo vamos a cortar e hilvanar, pero mañana debes traer la máquina.

Y, con un gesto decidido, desenrolló la pieza que tenía más cerca, de unos tonos verdeazulados, y extendió sobre la mesa una gran tira de aquella seda maravillosa con dibujos de rameados de flores de cerezo. La señorita más joven, Ida, se acercó con una plantilla de papel del figurín y una almohadilla de agujas mientras su madre y su hermana ponían a calentar la plancha. No me podía creer lo que estaba viendo.

Lo que descubrí y fui reconstruyendo un día tras otro durante el mes siguiente, el secreto que juré no revelar a nadie, os lo contaré a continuación. Ahora ya ha pasado mucho tiempo y, después de que estallara el escándalo, se enteró toda la ciudad, por lo que no me parece que esté rompiendo ninguna promesa.

En pocas palabras, la familia Provera había mentido durante todos esos años. Nunca, ni una sola vez, se había hecho traer los vestidos de París, sino que siempre los habían confeccionado a escondidas las mujeres de la casa, sin disponer siquiera de una máquina de coser, los hacían completamente a mano. Y trabajaban tan bien que nunca nadie se dio cuenta. Por otra parte, ¿qué decía mi abuela cuando nos parábamos delante de los escaparates para admirar los vestidos de alta costura llegados de la capital? «¿Quién crees que los ha hecho, hija mía?, ¿unas diosas del cielo? Los han cosido mujeres como nosotras, sólo que mejores y más expertas.» Después suspiraba un instante y añadía: «... y sin duda mejor pagadas».

En casa de los Provera, muchos años antes, había habido auténticos vestidos parisinos en los que inspirarse. Lo supe más adelante por la señora Teresa, que, confiando en mi juramento, no podía contenerse en los momentos de mayor desánimo. Vestidos que formaban parte de su ajuar de novia, ese ajuar digno de una princesa que su generoso padre le había hecho traer de las más lujosas tiendas de toda Europa. Trajes de ceremonia, de baile, de teatro, de verano y de invierno, chaquetas de paseo y faldas, abrigos y capas, camisas finísimas de interior y de exterior. Y para cada traje el corsé, los acolchados según los diversos modelos, el sombrero a juego, la sombrilla, los guantes y los zapatos. Parecía que no hubiera suficientes días en un año, ni suficientes horas en un día para ponérselos todos. Llegaron dentro de grandes cajas de cartón reforzado forradas de papel gofrado azul claro con el nombre de los almacenes Printemps grabados en oro y alguna con el nombre de otras tiendas de Bruselas y de Londres. Parecía que no hubiera bastantes armarios ni habitaciones en casa de los Provera para guardarlas todas. El abogado Bonifacio, entonces joven novio, estaba orgulloso de llevar a pasear a una esposa más elegante que la reina Margarita y sus damas de la corte, pero cuando volvían a casa y ella, a falta de una camarera que la ayudara, se las apañaba para desnudarse desatando y desabrochando, le decía sarcástico:

—Disfrútalos mientras estén de moda. Porque seguro que yo no te compraré otros nuevos. Ni en París ni aquí, en la ciudad.

La pobre señora Teresa, acostumbrada a vivir en la abundancia y el lujo en casa de sus padres, a causa de la avaricia de su marido, tuvo que adaptarse en poquísimo tiempo a un régimen de vida con tantas estrecheces que se pasaba la mitad del día echada en un sofá llorando. No corría el riesgo de tener que avergonzarse de si la oía la servidumbre: no tenían servidumbre, excepto una criada descalza siempre relegada a la cocina, hija de algún aparcerero del abogado, que por todo salario recibía el alojamiento y la comida, que también era escasa.

Asimismo, el almuerzo y la cena de los señores eran muy parcos. Las primas y las sobrinas de la esposa habían dejado de aceptar sus invitaciones después de que les ofrecieran siempre y sin excepción una sopita en la que el agua era más abundante que las dos hojas de achicoria y el medio diente de ajo que tenía como únicos ingredientes, sin tan siquiera un poco de pasta o una gota de aceite; después, un bocado escaso de carne con una patata hervida y una sola fruta a menudo vieja y arrugada.

Pero lo que humillaba más que cualquier otra privación a la joven esposa era no poder disponer personalmente ni siquiera de un céntimo. «¿Para qué lo quieres? ¿De qué te serviría el dinero?», le decía el abogado. Toda la comida, así como el vino y el aceite, procedía de los campos de su propiedad, de modo que no había que pagarlos. En la tienda, adonde era inevitable acudir cuando faltaban velas, jabón, agujas, utensilios de cocina, bacalao salado y otras pequeñas cosas necesarias, su marido había abierto una cuenta que saldaba en persona una vez al año tras examinar la lista de las compras con atención desproporcionada. Y si consideraba que el número

de agujas o de velas gastadas era sólo un poco superior al del año anterior, la mujer tenía que tragarse un sermón sobre la mesurada administración de la vivienda.

En casa de su padre siempre había un cuenco de plata al lado de la puerta lleno de monedas sueltas, de donde ella y su madre cogían al salir una pequeña cantidad que les serviría para una limosna, una propina, un carruaje, una taza de chocolate en el Caffè Cristal Palace, y de las que nunca tenían que dar cuenta a nadie. En casa de los Provera todos esos gastos se consideraban superfluos, verdaderos despilfarros en detrimento del patrimonio familiar. La dote de la novia fue incorporada al patrimonio, invertida en acciones y en nuevos terrenos. Su padre, al descubrir que a su hija no le había quedado ni una pequeñísima renta para su uso personal, se ofreció a crearle él mismo otra nueva. Pero el yerno no lo permitió, se sintió ofendido. «Soy perfectamente capaz de cuidar de mi esposa —protestaba—. No dejo que le falte de nada.»

Sobra decir que no le abrió ninguna cuenta en la tienda de tejidos ni le permitía acudir a ninguno de los talleres de confección elegantes. «Con ese montón de puntillas y cintas que te compró tu padre tendrás suficiente mientras vivas. Y lo mismo sirve para los guantes, los zapatos y ese centenar de sábanas y otra ropa blanca», le decía.

Cuando nació la segunda niña y la ayuda de la criada no fue suficiente para la joven madre, el abogado Bonifacio decidió ofrecer su hospitalidad a la señorita Gemma, una prima de segundo grado, huérfana y pobre, de la que se había desinteresado hasta el momento, que vivía en un colegio de monjas donde a cambio de comida y alojamiento se encargaba de muchas y agotadoras tareas de todo tipo. Feliz de tener por fin una familia, muy encariñada con las dos niñas, que la llamaban tía, y acostumbrada desde pequeña a un estilo de vida espartano, la señorita Gemma se adaptó sin protestar a las estrecheces domésticas impuestas por su primo. Pero, a diferencia de la señora Teresa, con la que además se entendía como con una hermana, se remangó y miró a su alrededor buscando cualquier manera posible de aliviarlas. Aumentó gradualmente el número de gallinas en el jardín de los naranjos, las escogió todas ponedoras y encontró a quién vender los huevos, que venían a recoger cada dos días a escondidas para llevarlos al mercado. Para el consumo de la familia tenían suficiente con los que traía el campesino con la verdura y la fruta en el carrito. También encontró el modo de vender bajo mano alguna botella de aceite o de vino de la misma procedencia. El abogado, una vez que estableció sus principios, no se fijaba o fingía no darse cuenta de esos pequeños manejos, que, sin embargo, mes tras mes, año tras año, aumentaban y proporcionaban a las dos mujeres unos ahorrillos de los que disponer sin control.

En cuanto a la ropa, el ajuar de novia de la señora Teresa era realmente una mina casi inagotable. Las dos niñas tuvieron de pequeñas sus vestiditos y toquillas de bordado inglés como todas las demás hijas de señores de la ciudad. Sólo que los suyos procedían de las batas y los cubrecorsés de la madre, desmontados y vueltos a coser por la señorita Gemma con tanta

pericia que nadie podría haberse dado cuenta. Cuando los trajes de la señora pasaban de moda, volvían a remodelarlos las mismas hábiles manos; a algunos les reducía la talla para las dos hijas, y como los tejidos eran excelentes y las pasamanerías, los botones y las cintas iban de un vestido al otro, nadie los reconocía. La señorita Gemma también era una buena modista, tenía gusto e inventiva. Los sombreros que ya no estaban de moda eran desmontados, reconstruidos con hierro caliente, decorados con nuevos lazos, flores de seda, fruta de cera, alas de pájaro embalsamadas y plumas. Lo mismo hacía con las sombrillas, adornando el ribete con nuevas puntillas, cintas y flores artificiales sacadas de los vestidos. Era muy hábil haciendo flores de imitación con recortes de seda, curvando los pétalos con pequeños hierros calentados en las brasas y abrigando las hojas con cera fundida. El abogado Bonifacio estaba al corriente de ello y se sentía exultante por el ahorro y lo bien que seguían mostrándose sus mujeres delante de sus conciudadanos. Siempre que no le pidieran que gastara.

Con el tiempo, la señora Teresa también aprendió a coser, aunque no con la habilidad de su prima política, la cual, a medida que iban creciendo, enseñó asimismo a las señoritas.

El trabajo habría salido mejor, más fácil y rápido si hubieran tenido en casa una máquina de coser. Pero era un objeto demasiado aparatoso para poder esconderlo en un armario, y demasiado caro para justificar su presencia al abogado, ni los ahorrillos de los huevos y el aceite eran suficientes para pagarla de una sola vez, y a plazos no era posible hacerlo sin que se corriera la voz.

Las señoritas crecían, y, cuando la mayor cumplió doce años, estalló una pequeña tragedia familiar.

Las autoridades de la ciudad decidieron colocar un busto de mármol de Cavour en el atrio del ayuntamiento. Para la inauguración estaba prevista una ceremonia con la banda y un grupo de niñas vestidas de blanco que esparcirían flores en la base del monumento mientras bailaban. Éstas habían sido escogidas entre las hijas adolescentes de las más respetables familias de la ciudad. Entre ellas estaba Alda Provera.

El abogado, a pesar de su fe republicana, se sentía orgulloso, pero Alda no quería ir. Le dio por hacer una pataleta, llorando y gritando tanto que se la oía hasta en el interior de la iglesia de Santa Caterina, me contó la madre.

—No iré si no tengo un vestido nuevo.

—Te lo haremos, corazón, tranquilízate.

—No, digo un vestido nuevo de verdad. Las telas blancas de los que tenemos en los armarios se ven gastadas. Todo el mundo se dará cuenta de que es un vestido viejo vuelto a coser.

Y, efectivamente, tras desarmar y recoser, desmontar y hacer un nuevo modelo, en esos trece años todas las prendas de la señora Teresa habían sido utilizadas una y otra vez. Los tejidos eran buenos y los más gruesos todavía aguantaban, pero los finos habían perdido consistencia, se habían ablandado, alguno se había agujereado y era imposible remendarlo. Y, en cuanto a los tejidos mejor conservados, añadió Alda en aquella ocasión, tampoco podían obligarla a

ponérselos más. Los elementos decorativos ya se habían visto demasiadas veces en las fiestas, las meriendas, los jardines públicos, el Carnaval de los niños.

—Con la hucha de los huevos podríamos comprar tres metros de batista, de muselina o de bordado inglés... —aventuró titubeante la tía Gemma.

—¿Y dónde? —preguntó desconsolada la señora Teresa. En la ciudad sólo había dos tiendas de tejidos, y los propietarios eran ambos clientes del abogado, el cual sin ninguna duda lo llegaría a saber, armaría un escándalo sobre el derroche y los gastos inútiles e indagaría sobre la procedencia de los ahorros que habían ido guardando las dos mujeres, descubriendo que no eran tan exiguos y tal vez haciendo que se los entregaran.

Alda lloraba, y también Ida lloraba por simpatía. Sólo tenía diez años, pero era más vanidosa que su hermana, y sufría todavía más por no poder lucir nunca un vestido nuevo que estrenar con sus amigas. También la madre lloraba pensando en el futuro, pensando en que pronto sus hijas tendrían que presentarse en sociedad, participar en los bailes y en las fiestas donde las chicas de buena familia se mostraban para intentar conquistar, si no a un príncipe, al menos a un marido adinerado de su misma clase social. ¿Cómo iban a quedar bien Alda e Ida si no vestían de manera adecuada?

La señorita Gemma no lloraba, pero hacía trabajar el cerebro en busca de una solución.

Gracias a su «comercio clandestino» de huevos, vino y aceite, la señorita Gemma había entrado en contacto con varios personajes dedicados a pequeños manejos no demasiado regulares, siempre al borde de la legalidad, conocidos por las autoridades, pero completamente desconocidos para las clases acomodadas. No eran sólo quincalleros ambulantes, sino además personas que recogían y revendían a las familias más pobres y a los artesanos más modestos las sobras de cualquier cosa, desde los huesos de los carniceros hasta la crin vegetal de los colchones podridos, viejos muebles por piezas, trapos, chatarra. Preguntando por ahí, la señorita Gemma se enteró de que ese submundo de desgraciados tenía su príncipe, que no era tan pobre porque con los años había sabido ampliar su actividad, adquiriendo, en la pequeña ciudad de B., a treinta kilómetros de la nuestra, un enorme almacén subterráneo, una especie de antro oscuro lleno de estantes de madera, donde atesoraba objetos de todo tipo procedentes de la quiebra de las tiendas y las fábricas más variadas y, sobre todo, de la demolición de casas, despachos públicos, hoteles, instalaciones industriales, burdeles de primera y segunda categoría, e incluso de los vagones de tren en desuso. Y no sólo objetos, sino también piezas de la decoración y de la estructura de los edificios, tapicerías, barandillas, manijas, lámparas de gas, ventanillas, balaustradas de terrazas y balcones, escalones, alféizares y umbrales, de mármol y de pizarra. Poseía un gran carromato tirado por cuatro caballos con el que batía continuamente las regiones de alrededor, en un radio de unos setenta, ochenta kilómetros, para conseguir nueva mercancía. En sus recorridos llegaba hasta la costa, hasta el puerto de P., y compraba en bloque la carga de los barcos mercantes con

problemas. Según las peticiones de la clientela, pedía a los marineros que le trajeran del extranjero determinados productos. Y todo sin ningún control por parte de las autoridades, sin pasar por registros, sin pagar aranceles ni ser examinado por la Cámara de Comercio. Se llamaba Tito Lumia.

La señorita Gemma se informó de su paso por nuestra ciudad y, con el traje más estropeado que tenía y la cabeza cubierta con un chal, como la mujer valiente y emprendedora que era, fue a hablar con él. Le preguntó si en su «muestrario» había también telas, y al recibir una respuesta positiva, le explicó que necesitaba tejidos de primera calidad, mejor si procedían del extranjero, que debían ser transportados y entregados a una dirección que no era la de su casa con la máxima discreción, que quería escogerlos y poder decidir si devolverlos. Y que nadie, pero absolutamente nadie, debía saberlo. El silencio también tendría su recompensa en dinero. A Tito Lumia la petición le pareció un poco singular, pero aceptó; no le importaba que detrás hubiera algo que esconder: casi todos sus negocios eran un poco turbios.

De modo que dos veces al año la familia Provera pudo disponer de sedas, brocados, damascos, terciopelos, organzas, muselinas bordadas que nunca se habían visto en nuestra ciudad. Algunos de los tejidos no tenían como destino la confección de vestidos, sino la tapicería. La señorita Gemma, sin embargo, conocía una técnica especial, a base de bicarbonato y otros polvos caseros, para ablandarlos con la ayuda de la plancha. Algunas veces los teñía con jugo de plantas, como hacían en su pueblo siguiendo las costumbres regionales. Nadie de la ciudad habría imaginado la existencia de un laboratorio así en la céntrica y burguesa casa del abogado Provera.

Alda llegó a tiempo de tener su bonito vestido de muselina blanca para bailar a los pies del monumento a Cavour esparciendo pétalos de rosa.

Para que no le preguntaran en cuál de los dos grandes talleres de confección de la ciudad se lo habían hecho, la señorita Gemma tuvo una ingeniosa idea. Por fortuna, la casa era grande, llena de armarios y trasteros, y la señora Teresa había podido conservar las grandes cajas en las que había llegado su ajuar de novia. Las había guardado con cuidado, protegiéndolas del polvo y la humedad, en especial las azules de los almacenes Printemps de París, que tanto le gustaban y que todavía parecían completamente nuevas.

Escogieron una con la medida adecuada para el vestido nuevo de Alda, el cual colocaron entre muchas hojas de papel de seda. Obligaron a la criada de entonces a guardar el secreto, la llevaron a la iglesia a jurar como habían hecho conmigo, y sin duda se tomó el compromiso mucho más en serio que yo; además del infierno, temía ser despedida. Le enseñaron una frase en italiano y la entrenaron para que la pronunciara de manera clara y comprensible. Su tarea era salir de casa cuando todavía fuera de noche, con la caja envuelta en un chal negro, y dirigirse por las callejuelas más estrechas y oscuras, por donde los burgueses no pasaban nunca, a la estación del ferrocarril. Allí debía esperar la llegada del primer tren nocturno procedente de P., del puerto,

coincidiendo con el atraque del barco de Marsella. Debía mezclarse entre los mozos que descargaban las mercancías, destapar la caja azul quitándole el chal (que se pondría), cargarla en la cabeza sujetándola lo más arriba posible y volver a subir hacia la ciudad por la avenida que ya se iba despertando. Tenía que pasar por delante de los cafés donde los primeros clientes matutinos desayunaban, por delante de las tiendas y los estancos que levantaban las persianas, por delante de la barbería, de la farmacia, por delante del portón de la escuela, siempre con la caja azul bien a la vista, y gritar tanto hacia quienes la miraban intrigados como hacia quienes la ignoraban, con voz alta y cristalina: «¡Ha llegado de París el vestido para nuestra señorita!». Debía gritarlo a lo largo de todo el camino, y al llegar a casa recibiría una taza de leche caliente y una pequeña propina.

Naturalmente, alguna persona que la vio subir por la avenida habló, y se corrió la noticia por la ciudad de que la señora Teresa Provera había seguido el ejemplo de su padre, y que para esa ocasión importante había encargado el vestido de su hija nada menos que en París.

En vista del buen resultado, repitieron la experiencia en verano y en invierno. La señora Teresa se había suscrito a una revista de moda francesa que las mantenía al día sobre los últimos modelos. Descubrieron que podían pedirle a Tito Lumia que les suministrara los figurines con los patrones en papel para cortar la tela con la forma adecuada. La señorita Gemma dirigía las tareas. Ella era quien cortaba y montaba; las otras tres se habían vuelto tan hábiles cosiendo, rematando y aplicando los adornos que los trajes parecían hechos en un verdadero taller de costura con empleadas especializadas. Por supuesto, era necesario planearlo todo con tiempo y mucha anticipación. Los tejidos que traía Lumia no siempre eran adecuados y tenían que esperar otros nuevos. Y, con el cambio de la moda, los nuevos figurines no siempre estaban actualizados ni tenían una elaboración fácil. Pero la señorita Gemma era una excelente organizadora, y el taller casero nunca se perdía una cita con las nuevas temporadas.

Cada seis meses la criada subía por la avenida gritando: «Han llegado de París los vestidos de la señora y las señoritas».

Ahora las cajas eran tres; mantenerlas en equilibrio sobre la cabeza incluso con la ayuda del rodete habría sido difícil y demasiado cansado para la pobrecilla, en especial en invierno, cuando los tejidos eran gruesos. Pero la señorita Gemma enseguida encontró una solución. No había ninguna necesidad, dijo, de que dentro de las cajas estuvieran realmente los vestidos. Nadie, durante el breve recorrido desde la estación hasta la casa, las abriría para comprobarlo. Podían transportarlas vacías con tranquilidad, sólo con un poco de papel de seda amontonada en el interior.

La criada, asustada por la doble amenaza del infierno y del despido, no reveló nunca el secreto. Ni siquiera cuando creció y se fue a servir con otra familia. Llegó una nueva chica de un pueblecito del interior, y también a ella la hicieron jurar, hasta que llegó el turno de Tommasina.

Tommasina era una tumba, porque, a excepción de la frase que tenía que gritar por la avenida, no hablaba ni entendía una sola palabra de italiano, y se comunicaba en un dialecto muy cerrado que únicamente entendía la señorita Gemma.

Hasta ese momento las cosas habían salido rodadas, nadie en la ciudad sospechaba nada del enredo, y la fama de los vestidos llegados cada temporada de París se había extendido por todas partes, incluso en las ciudades vecinas, provocando la admiración y la envidia de todas las señoras hacia «esas mojigatas y mosquitas muertas de las Provera».

Así era como llamaban a las dos chicas porque todos sabían que, después de la rebeldía de la adolescencia, habían crecido tímidas y obedientes, no tenían pájaros en la cabeza, no leían novelas, en los acontecimientos sociales en los que participaban por obligación siempre mantenían los ojos bajos, no cotilleaban con los jovencitos, nunca habían demostrado ninguna inclinación o preferencia. La casa y la iglesia eran toda su vida, y esta última, además, la tenían tan cerca que para ir no necesitaban ni dar un breve paseo. La única «distracción» que se permitían consistía en dos semanas de ejercicios espirituales en el convento de las monjas benedictinas, en un monasterio en las montañas a pocos kilómetros de nuestra ciudad. Y para llegar hasta allí no viajaban solas, las acompañaba la madre o la tía. Tal irreprochabilidad, unida a la riqueza del padre y a la previsión de una dote considerable, les había procurado muchos pretendientes entre los jóvenes de buena familia, y el abogado Bonifacio había recibido muchas peticiones, formuladas con discreción. Si ni una hermana ni otra se habían prometido todavía, a pesar de su edad, era porque su padre apuntaba muy alto.

En cuestión masculina, el mejor partido de la ciudad era, sin duda, el joven Medardo Belasco, sobrino predilecto del obispo, en cuya casa se había criado; era muy religioso, tanto que había renunciado a entrar en el seminario y tomar los hábitos únicamente porque era el único heredero que quedaba de su linaje, y sus padres, al igual que su tío, lo habían destinado a perpetuar el nombre de la familia. Justo después venía el hijo primogénito del barón Vetti, don Cosma, que se había formado en la academia militar de M., de donde había regresado con el grado de capitán y un conocimiento del mundo superior al de cualquiera de sus coetáneos de la ciudad. En sus planes, el abogado Provera lo había destinado a Ida, mientras que el joven Belasco le parecía el marido ideal para Alda. Había hecho algunos sondeos, sin comprometerse demasiado, y no había encontrado resistencia ni objeciones. Pero sabía que era mejor no precipitar las cosas. Había que hacerlo de manera que los cuatro jóvenes se conocieran como por casualidad, que las chicas causaran buena impresión, que a su vez no les parecieran desagradables y mucho menos repugnantes los dos partidos que su padre había elegido para ellas. Unos años antes sucedió que la hija del ingeniero Biffi, para no casarse con el conde Aghiati, al cual la habían destinado, había huido de casa, provocando un escándalo tremendo, y además nunca se supo adónde había ido a parar, con quién ni cómo se ganaba la vida.

Alda e Ida habían visto varias veces a los dos jóvenes, pero siempre de lejos: desde el balcón, en la iglesia, en el teatro, en los jardines públicos, y ellos también las habían visto a ellas. Nunca habían hablado ni nunca habían oído su voz. Y tampoco habían hablado de ello con las otras muchachas, no habían oído murmuraciones o chismorreos sobre ellos. Llevaban una vida muy retirada, se bastaban la una a la otra, no sentían la necesidad de tener amistades, no se relacionaban con las chicas de su edad y su misma condición. Interrogadas por sus padres, se declararon de acuerdo con la elección del padre, que, animado, había seguido adelante con las negociaciones.

Las cosas estaban en ese punto cuando, para desatar el nerviosismo de las señoras del mundo acomodado, ricas burguesas y aristócratas, llegó la noticia de la visita de la reina Elena a nuestra ciudad. Iba a celebrarse una gran recepción en la enorme sala decorada con frescos del palacio de la prefectura, una fiesta con baile. Todas las familias importantes habían sido invitadas y el protocolo no escrito exigía que las señoras, «damas y damiselas», como se definían en la invitación, exhibieran un traje nuevo, nunca visto antes. Las dos grandes sastrerías de la ciudad fueron tomadas al asalto, pero tanto la una como la otra, a pesar de emplear a más costureras de manera excepcional, no eran capaces, en el poco tiempo de que disponían, de satisfacer todas las peticiones.

Algunas señoras cogieron el tren y fueron a G., que al ser una ciudad más grande que la nuestra tenía muchas tiendas bonitas y talleres de confección elegantes con capacidad, si no para elaborar en poco tiempo vestidos nuevos, sí para arreglar los que les llegaban de Turín y de Florencia.

Las cuatro modistas clandestinas de la casa Provera fueron presa del pánico. ¿Cómo iban a disponer de las telas y realizar tres bonitos vestidos que estuvieran a la altura para exhibirlos ante la reina y sus damas de honor en poco más de un mes?

Como de costumbre, la señorita Gemma no se desalentó. Tito Lumia, avisado con urgencia, consiguió proporcionarles milagrosamente en una semana las tres piezas de seda con unos estampados preciosos y originales. Una seda muy gruesa, quizá en su origen destinada a cortinas y no a prendas de vestir, pero con un buen corte y el tratamiento suavizante de la señorita Gemma quedaría muy manejable.

Seguían teniendo el problema del tiempo.

—Ni trabajando día y noche lo lograremos —se lamentaba la señora Teresa.

—Eso significa que esta vez cogeremos a una ayudante experta. Y usaremos una máquina de coser —declaró la prima.

Ésa era la explicación de que me hubieran llamado. Como no era de esperar que mi ir y venir pasara inadvertido, la señora Teresa hizo correr la voz de que a su marido el abogado le había dado el capricho de hacerse confeccionar dos docenas de camisas de dormir cosidas a máquina.

Primero empezó diciendo sólo camisas, pero la prima le hizo caer en la cuenta de que luego, en el tribunal, los colegas comprobarían si realmente el marido llevaba camisas nuevas. En cambio, las camisas de dormir sólo podían verlas la mujer y la familia.

Ese día, como había dicho la señorita Gemma, lo dedicamos a cortar y a montar el primer traje, el destinado a la señora de la casa. Fuimos uniendo las distintas piezas de tela con alfileres y luego las hilvanamos. Nunca había visto a nadie trabajar con tanta celeridad, seguridad y destreza como la señorita Gemma. Cuando cortaba, no desperdiciaba ni un centímetro de tela. Donde se preveía poner jaretas o fruncidos, los centímetros necesarios de más se calculaban al milímetro. Las piezas cortadas se manejaban con mucha cautela para que los bordes no se deshilaran (con la seda sucede más que con otros tejidos, el más compacto es el percal, eso yo también lo sabía) antes de recortarlos con cuidado, pero sólo después de que cada pieza — manga, cuello, varias partes del corpiño y de la falda, tiras para el drapeado— hubiera sido colocada y probada en el cuerpo de la señora Teresa a la espera de ser hilvanada, probada por segunda vez y, por último, cosida. Para llevar a cabo esta operación estaba mi máquina de manivela, con la prevención de montar la aguja de la medida más fina posible. A la señorita Gemma le habría gustado usar la máquina también para las jaretas y los fruncidos, pero le expliqué que con la manivela no se podía ir tan recto, arrimado y paralelo. Eso podría haberlo hecho con una máquina de pedal, usando ambas manos para guiar la tela, y aun así con la seda habría sido muy difícil. Tenían que resignarse a coserlos a mano como se había hecho siempre, ayudándose con el metro y la plancha.

Llegó la hora del almuerzo, pero el trabajo no se interrumpió como era habitual en las otras familias. Tommasina trajo una tetera y pan tostado; las cuatro costureras, por turnos, se apartaron un instante de la mesa, ingirieron una taza de té, tragaron rápidamente una tostada, se enjuagaron las manos en una palangana y volvieron enseguida al trabajo. A mí no me ofrecieron nada.

—Ya te recuperarás con la cena —me dijo la señorita Gemma—. Y mañana tráete algo que puedas comer deprisa, porque no te daré un descanso de más de cinco minutos.

Cuando oscureció, bajaron sobre la mesa, tirando de ella, una bonita lámpara de petróleo de opalina rosa. La luz era tenue; me explicaron que regulaban la mecha dependiendo de si el tejido era claro u oscuro, y éste era claro y de colores vivos. Hasta ese poco petróleo tenían que ahorrar, por orden del abogado Bonifacio.

Me fui a casa cuando la campana de Santa Caterina tocaba vísperas. Me dolían los ojos, me dolía la punta de los dedos, sólo uno estaba protegido por el dedal. Regresé a casa siendo noche cerrada, guiada por las pocas farolas de gas, y me sentía demasiado cansada para cocinar algo. Mordisqueé un poco de pan con queso, calenté un cuarto de leche. La tentación de dejar el trabajo, de no presentarme al día siguiente y de enviar a Assuntina, la hija de la planchadora de enfrente, a decir que se buscaran a otra era muy fuerte. Pero sabía que no podía hacerlo, se

propagaría la fama de que no era de fiar, no volvería a llamarme nadie. Y, además, a pesar de lo extraño de la situación, a pesar del esfuerzo excesivo que me pedían, a pesar de la ofensa de no ofrecerme de comer, comprendí que de esa experiencia iba a aprender muchísimo. Nunca me habían dado una verdadera clase de costura, mi única maestra había sido la abuela. Nada que ver con la técnica de las grandes modistas, la que se intuía en los trajes de los escaparates y en las ilustraciones de las revistas de moda, de las que tal vez mi abuela incluso ignoraba su existencia. Pero yo había hojeado muchas, las suficientes para entender que la señorita Gemma tenía una habilidad muy superior a la de las modistas como yo, una técnica perfecta, un gusto educado y puede que también un don especial. Si hubiera abierto un taller de confección le habría robado la mejor clientela a La Suprema Eleganza y a Belledame. En el fondo, mi compromiso con las Provera sólo iba a durar un mes, valía la pena soportar un poco de hambre y cansancio.

Se me cerraban los ojos de sueño, pero reuní fuerzas para salir y llamar a casa de la planchadora, que era muy pobre y siempre tenía una necesidad desesperada de ganar alguna moneda de más. Le pedí, a cambio de una modesta compensación, que me cocinara una polenta y me la trajera a la mañana siguiente ya tostada, con las rebanadas envueltas en papel encerado, y que me preparara un poco de cena, quizá una sopa de hinojo con garbanzos que me dejaría por la noche al lado del fogón. Y sobre todo que se encargara ella, durante ese mes, de la limpieza de la escalera y el portal de mi edificio, como solía hacer cuando yo estaba ocupada con algún trabajo. El sobre del primer cajón del canterano en ese momento estaba casi vacío. Por primera vez tendría que sacar del contenido de la caja de hojalata. Paciencia, ese año no podría ir al teatro. Esperaba que la casera no tuviera ninguna queja por esa sustitución temporal, pero yo sabía que no iba a poder levantarme cada mañana a las cuatro y media y luego estar cosiendo hasta la hora de vísperas.

Por fin caí rendida en la cama. Dormí tan profundamente que por la mañana no recordaba qué había soñado, excepto algunos destellos, el estampado de colores de la seda que no tenía forma de traje según nuestra moda, sino del quimono de madame Butterfly con sus rameados de flores de cerezo, como la había visto en el teatro el año anterior. En efecto, cuando al día siguiente volví a ver despierta esos tejidos y esos estampados, me trajeron a la memoria ilustraciones, estampas, donde aparecían figuras y ambientaciones japonesas. Las había admirado en las revistas y alguna enmarcada en casa de la señorita Ester. Desde hacía un tiempo, me había contado la marquesita, Japón se había puesto muy de moda en el extranjero, una moda que llamaban «japonismo».

Mi máquina de coser fue recibida con gran curiosidad, y la señorita Gemma enseguida encontró la manera de aprender y enseñar a las dos sobrinas a girar la manivela siguiendo mi ritmo, de manera que me quedaran ambas manos libres para guiar la tela. De este modo, el trabajo se hacía deprisa; más tiempo requerían los acabados, la aplicación de la pasamanería, las cintas, los

acolchados, los corchetes y los botones, operaciones que debían realizarse a mano, sin prisa y poniendo mucho cuidado. Nos repartimos el trabajo. Mientras la madre y las hijas terminaban el primer vestido, la señorita Gemma y yo cortábamos y cosíamos el segundo y después el tercero. Estaba asombrada y llena de admiración al ver cómo la señorita, con pocos gestos seguros, juntaba los varios retales de tejido —algunos grandes, otros medianos y otros muy pequeños—, los sujetaba entre sí con alfileres, los hilvanaba y, después de habérselos hecho probar a la interesada para ver cómo le quedaban, me los pasaba para que yo los cosiera, vigilando con atención el recorrido de la aguja, y cómo después, cuando me los quitaba de las manos y los sacudía delicadamente, esos mismos retales se transformaban, constituían un todo único, con tres dimensiones y una forma exquisita. Entonces no habría sabido usar tales palabras para describir mi asombro, pero sin duda tenía como la sensación de estar presenciando un milagro.

Primero montábamos el corpiño; sólo después de que las mangas y el cuello también estuvieran cosidos y repasados procedíamos a acoplar la falda, la probábamos en el cuerpo de una señorita o de la otra, la sujetábamos con alfileres, hilvanábamos la cintura y al final la deslizábamos por debajo de la aguja. Tal vez por la preciosidad de la tela, para mí era como ver brotar una flor, pétalo tras pétalo. Y en mi fantasía la señorita Gemma se parecía al hada madrina de Cenicienta, que, con un movimiento de varita mágica, convertía los trapos en un traje de princesa. Por orgullo nunca dejé traslucir mi asombro, fingía conocer ya cada paso y saber realizarlo. Pero en ese mes aprendí de confección muchísimo más de lo que la abuela me había enseñado en tantos años y de lo que había estudiado en las revistas.

Todas las noches regresaba a casa muerta de cansancio, arrastrando tras de mí la máquina de coser. No me fiaba de dejarla en casa de las Provera. Alguien, tal vez Tommasina, podría tocarla por curiosidad, hacer girar la rueda en sentido contrario, torcer el eje o la varilla de la aguja y estropearla. Prefería tenerla siempre bajo mi control. Una vez en casa, devoraba ávidamente la sopa y el pan con ese poco de acompañamiento que la planchadora me dejaba aún caliente en el rincón de los fogones de carbón. Me preguntaba cómo lo hacían mis cuatro compañeras de costura para aguantar tantas horas sólo con un poco de pan tostado. A mí el tentempié de polenta y queso de mediodía que engullía con rapidez me aportaba poquísima energía. Pero la satisfacción del trabajo realizado hacía que cualquier inconveniente fuera insignificante.

La señorita Gemma había elegido tres modelos muy parecidos, con ligeras variaciones, en especial en los drapeados de las caderas, en los escotes, en las puntillas y en las cintas. Los de las dos chicas tenían un polisón no demasiado pronunciado. Las mangas se abultaban cerca de los hombros, eran ahuecadas, como dictaba la moda, luego se estrechaban en el codo; el corpiño bajaba en punta por delante y las faldas acampanadas caían desde las caderas. Cuando por fin los vestidos estuvieron listos, nadie habría dicho que los habían hecho en casa. Y las señoritas, como había previsto, una vez que se los hubieron puesto y que la tía les arregló el pelo ahuecándolo

con el rulo de crin y lo adornó con plumas y cintas en una especie de ensayo general, parecían dos bellezas de verdad. El traje de la madre era un poco más modesto, como correspondía a su edad.

El abogado Bonifacio, que también entró en la habitación de costura para presenciar la prueba, estaba exultante de satisfacción. Sin preocuparse de mi presencia, ni de mi juramento, informó a las mujeres de que las negociaciones con el joven militar y el sobrino del obispo habían concluido favorablemente. Ahora les tocaba a Alda y a Ida conquistar la aprobación y la benevolencia de las futuras suegras, que junto a los maridos y al obispo participarían en la recepción de la reina. Y, como es natural, debían conquistar la admiración de los dos futuros novios, que por primera vez no sólo las verían de cerca, sino que, además, durante el baile tendrían con ellas un, aunque respetuoso, contacto físico y respirarían su perfume.

—Recordad llevar y chupar pastillas de menta o de violeta —les recomendaba el abogado—. No hay nada que desagrade más a un hombre que el mal aliento. Y hablad poco. —Los dos jóvenes rozarían con la mejilla su cabello, apreciarían la suavidad de sus manos, la fina cintura, el cuello blanco y flexible—. Es imposible que no les gustéis.

Las dos señoritas se ponían coloradas con las palabras de su padre. Yo también tendría que haber soñado imaginando la magia de aquel primer encuentro, el nacimiento de la atracción, el florecer de un amor. Pero la historia de la señorita Ester y del marqués Rizzaldo me había enseñado las mentiras que se escondían detrás de esa ilusión. Miraba a las dos hermanas con sus preciosos trajes de diseño japonés y pensaba en la pobre madame Butterfly, seducida, engañada, abandonada, suicida. A la señorita Ester la salvó su padre; Cio-Cio-San ya no tenía padre, se mató para salvar su honor, como haría también su hija repudiada. ¿Cómo reaccionaría el abogado Provera si por casualidad los dos yernos, una vez casados, se portaran mal con Alda e Ida?

Hablé de ello con la planchadora por la noche y ella, a pesar de tener un marido borrachuzo que le pegaba, me acusó de ser demasiado pesimista. Ninguna de las dos podía imaginar cómo iba a terminar la historia del compromiso de las señoritas Provera.

Cuando los trajes estuvieron listos, faltaban tres días para la llegada de la reina. La señorita Gemma me pagó la cantidad acordada sin añadir ni un céntimo de propina y me despidió recordándome el juramento. El beneficio había sido escaso comparado con el mucho trabajo, pero estaba contenta porque todo lo que había aprendido tenía un valor incalculable.

A la mañana siguiente, a pesar de estar muy cansada, me levanté temprano y bajé a la avenida, me paré en la puerta del barbero y no tuve que esperar demasiado: ahí estaba Tommasina, que, descalza, subía por la acera con las cajas azules encima de la cabeza, gritando:

—¡Han llegado de París los vestidos de nuestra señora y nuestras señoritas!

Cuando pasó por mi lado, nuestras miradas se cruzaron; a mí se me escapaba la risa, pero ella permaneció impasible, sin mostrar ningún signo de reconocimiento.

Como siempre, la noticia de la llegada de los «vestidos de París» se propagó por todas partes, y como siempre la curiosidad y la envidia de las señoras que debían participar en la recepción de la reina se desataron con habladurías y calumnias sobre la extraña avaricia del abogado, que luego, sin embargo, permitía tales despilfarros a la vanidad de las mujeres de su casa.

Pero ninguna, incluida yo, tenía dudas sobre el hecho de que Alda e Ida Provera serían las dos «damiselas» más elegantes de la fiesta. Los rumores de que las negociaciones matrimoniales habían llegado a buen puerto también circulaban por los salones: se esperaba el anuncio oficial de los dos compromisos durante la fiesta o, si el protocolo de la corte no lo permitía, en los días inmediatamente posteriores.

La reina llegó en tren con su séquito. El viaje desde la capital había sido muy largo porque el vagón debía detenerse cada pocos kilómetros para recibir el homenaje de las poblaciones locales, que, alineadas en el andén de las pequeñas estaciones, ofrecían flores y hacían ondear banderas. En nuestra ciudad todos los escaparates de las tiendas exhibían la fotografía de la soberana rodeada por las pequeñas princesas y el heredero vestido de marinero. Sentíamos curiosidad, las grandes damas, las burguesas y las mujeres de las callejuelas, pero en especial las grandes modistas y las costureras a domicilio, por ver qué trajes iba a llevar la reina. Sabíamos que a su llegada a Roma, recién casada, la habían tildado de rústica y ordinaria, que las parientes Saboya la llamaban con desprecio «la pastora». Sin embargo, la gente humilde la admiraba; en nuestra ciudad, una gran multitud también se situó en los andenes de la estación para recibirla con manifestaciones de saludo, y no me avergüenza decir que entre la muchedumbre también estaba yo. Debo confesar que en mi ingenuidad me sentía orgullosa por el hecho de que tres trajes en cuya confección había participado, que mi máquina de manivela había cosido, fueran vistos por la reina, tal vez tocados, quizá admirados por ella, pastora, sí, pero acostumbrada a vestirse en los mejores talleres de confección de Italia y de Europa.

La reina y su séquito se alojaron en el hotel Italia, el más lujoso de la ciudad. El primer día la soberana descansó del viaje y recibió en privado sólo a las primeras autoridades. El gran baile estaba previsto para el día siguiente.

Lo que ocurrió en el transcurso de la fiesta no lo supe hasta tres o cuatro días más tarde. Al principio se procuró ocultar el escándalo, y cuando ya no fue posible impedir que circularan las habladurías por todas partes, éstas eran confusas, vagas, imprecisas. No se entendía por qué el descubrimiento de que los tres trajes de las Provera no venían de París, sino que habían sido hechos en casa, constituía, además de una humillación para ellas, un ultraje, una ofensa gravísima para la reina y para el resto de las damas presentes. Incluso se hablaba de un intento de «lesa majestad», aunque luego no se tomó ninguna medida penal contra el abogado Bonifacio.

Pero la reputación de la familia, y en especial la de las dos hijas, se decía, estaba irremediablemente dañada.

Durante algún tiempo la noticia circuló sólo oralmente, y en voz baja. El portón de la casa de los Provera en la piazza Santa Caterina permanecía cerrado. Sus parientes y quienes habían sido amigos de la familia se ruborizaban si se tocaba el tema, y se negaban a hablar de ello. El único comentario que habían podido arrancar a alguno de ellos consistía en una única palabra: «¡Inexplicable!». Pero tras la marcha de la reina las personas que habían estado presentes en la fiesta empezaron a hablar con más libertad; los solteros, sin esposas ante las que justificarse y que alardeaban de sus gestas eróticas, refirieron los detalles más picantes, y ya no fue posible que el prefecto y las otras autoridades hicieran callar a la prensa. Diez días después de lo ocurrido, un diario satírico particularmente audaz, de los que no entraban en las casas con hijas casaderas, publicó un largo resumen. Fue a través de ese periódico cuando descubrí por fin lo que había sucedido, asombrada y a la vez un poco aliviada porque el cronista sólo hablaba de la confección casera de los vestidos como de pasada, sin otorgarle demasiada importancia, y no citaba mi nombre, pero escribía «con la ayuda de una costurera a domicilio». Me guardé el periódico para mostrárselo a la señorita Ester cuando volviera, y todavía conservo el recorte. Era la primera vez que me veía envuelta, aunque fuera de manera anónima, en un escándalo, y no iba a ser la última. Pero de la segunda vez hablaré más adelante. Ahora me limitaré a satisfacer la curiosidad de quienes estáis leyendo sobre lo que ocurrió aquella noche en la sala de los frescos de la prefectura.

Pues bien, el ceremonial preveía que en la primera fase de la recepción las señoras que iban entrando se separasen de los caballeros para reunirse en la sala llamada «de las Ninfas» por los frescos que la decoraban, destinada para la ocasión como guardarropía con espejos y tocadores donde podrían quitarse la capa y arreglarse el vestido y el peinado. Cuando todos los invitados hubieran llegado y se cerrasen las puertas de la prefectura, las damas se reunirían con sus respectivos maridos, padres y hermanos en la sala de los frescos marinos y juntos tomarían un ligero aperitivo, a la espera de que la reina, en el salón principal, tomara asiento y se dispusiera a recibir los saludos de los invitados, los cuales tendrían que desfilar por delante de uno en uno, en orden de importancia, para ser presentados. Después de esta ceremonia daría inicio el baile.

En el salón de la guardarropía, cuando la señora Teresa y sus hijas se quitaron las capas, contaba el periódico, los tres trajes «parisinos» dejaron a las demás damas sin respiración por la admiración, la sorpresa y, según insinuaba malicioso el cronista, la mal disimulada envidia. Las aristócratas más mayores y soberbias los observaban con desdén desde lejos a través de los impertinentes, pero la mayor parte de las señoras se acercaron para observarlos de cerca y elogiarlos con más o menos hipocresía. Por mi parte, suponía que las parientes y las amigas de la familia, al corriente de las negociaciones matrimoniales, abrazaron a Alda y a Ida susurrándoles

a cada una: «Seguro que lo conquistas. ¡Buena suerte!». Y me preguntaba si la hermana del obispo y la condesa Vetti, futuras suegras, apreciarían la sencillez de sus maneras, aprobarían la elegancia de los trajes de las dos señoritas Provera y les darían alguna señal de benevolencia.

Pues bien, continuaba diciendo el cronista, las damas se reúnen con los señores en la sala de los frescos marinos. Las Provera entran modestamente entre las últimas. El sobrino del obispo ve a Alda, se le ilumina la mirada y hace ademán de ir a su encuentro, pero su tío lo coge del brazo con mano férrea y hace que se quede a su lado. Su excelencia está como un tomate, no se lo puede creer. También el capitán Vetti, don Cosma, que se dirigía alegre hacia Ida, se para a mitad de camino. Susurros de desdén y de indignación corren de boca en boca entre los caballeros. Las damas, incluidas las tres Provera, no entienden nada. No pueden entenderlo. Y los caballeros, añade el periódico, no pueden explicar el porqué de su desdén.

A estas alturas de la lectura me pregunté con gran estupor cómo era posible que unos señores que nunca habían tenido un alfiler en la mano pudieran haber reconocido lo que les había pasado por alto a sus esposas, la confección casera de los vestidos, por qué se lo tomaron tan mal y por qué no podían explicarlo. La gente encumbrada, como solía decir mi abuela, era en verdad incomprensible.

Pero el cronista, después de despertar la curiosidad del lector, enseguida explicaba el motivo, un motivo muy distinto y más grave de lo que me temía.

Sobre el hecho de que los trajes hubieran sido confeccionados en casa y no en París, nadie se dio cuenta. Es más, precisamente el hecho de creer que los habían cosido en la capital francesa daba mayor crédito al motivo del escándalo.

Lo que suscitó la indignación de los señores no fue la confección de los vestidos, sino el tejido, la bonita seda con los dibujos exóticos sobre los que nuestros dedos tanto esfuerzo habían puesto durante un mes entero. ¿Y por qué? Porque muchos lo reconocieron como procedente de un famoso lugar de pecado, un célebre burdel del cual sus santas esposas, y con más motivo la reina, no podían siquiera sospechar su existencia.

Lo que se supo más adelante, ya que el periodista entonces no lo sabía y no podía escribirlo (aunque yo lo sospeché inmediatamente), fue que a escondidas de las pobres Provera, y tal vez ignorándolo él mismo, en vista de que era semianalfabeto y no leía los periódicos, Tito Lumia había comprado de un buque francés los restos de los tejidos con los que había sido decorada unos años antes «la habitación japonesa», orgullo del más lujoso burdel parisino llamado — copio el nombre del recorte del periódico— «Le Chabanaïs». Todos los hombres de Italia, de Europa, del mundo civilizado, lo conocían, al menos por su fama. Las mujeres, en cambio, descubríamos ahora su existencia, con todos los detalles picantes, a través de las páginas del periódico satírico. Era el prostíbulo más célebre de Europa, frecuentado por ricos millonarios, testas coronadas, los artistas más en boga de medio mundo y por quienes podían permitirse, quizá una sola vez, por curiosidad, como le había ocurrido a alguno de nuestros conciudadanos, la tarifa mínima de quinientos francos. El heredero al trono de Inglaterra tenía una habitación

privada en Le Chabanais, con muebles preciosos fabricados a propósito, y una bañera de bronce dorado con forma de barco con mascarón de proa que llenaba de champán para bañarse desnudo junto a una o más «pupilas» de la casa. Las otras habitaciones, las destinadas a los clientes «normales», eran temáticas: la habitación morisca, la india, la medieval, la rusa, la española y, claro está, la japonesa. La decoración de la habitación japonesa era tan elegante, estaba tan bien hecha que, cuando se exhibió en la Exposición Universal de 1900, ganó el primer premio de la categoría de Artes Decorativas y su fotografía apareció en algunas revistas ilustradas, aunque no en las que entraban en las casas de las familias respetables. Sus cortinas y colgaduras, la funda de los muebles, el dosel de la gran cama, todo estaba hecho con la bonita seda con el rameado de flores de cerezo en tres tonalidades de color, la misma de los tres vestidos de las Provera. Una seda, especificaron los expositores, de un diseño único, original, protegido bajo licencia.

¿Cómo era posible, se preguntaron los caballeros y se preguntaba también el periódico, que una de las familias más conocidas y estimadas de nuestra ciudad hubiera conseguido ese tejido? ¿Acaso el abogado Bonifacio Provera tenía intereses o poseía acciones de Le Chabanais? ¿Quizá, insinuó alguien, las dos señoritas, cuando se ausentaban con el pretexto de los ejercicios espirituales, en vez de eso iban a París a ejercer temporalmente la profesión más antigua del mundo? ¿Y por qué se habían puesto esos trajes pecaminosos y comprometedores para exhibirlos delante de la reina? ¿Para deshonorar a la monarquía, para ofenderla? ¿Acaso el espíritu republicano y mazziniano del abogado lo había organizado todo de forma deliberada para ultrajar en público a la soberana?

Todo eso, repetía el periodista, se habían preguntado los señores presentes en el salón de los frescos azules. Gran parte de ellos reconocieron de inmediato la tela porque, durante un viaje a París, la habían visto con sus propios ojos, incluido su excelencia reverendísima el obispo, que también quiso darse ese capricho. (Y, sobre este detalle, el diario, satírico y anticlerical, se despachaba a gusto.) Al igual que la reconocieron, por el mismo motivo, los dignatarios de la reina llegados con ella desde la capital. El único que desconocía tanto la existencia del burdel como su decoración era el frustrado seminarista Medardo Belasco, que, a diferencia de su tío el obispo, se tomaba en serio el sexto mandamiento. Pero si éste, al igual que el capitán Cosma Vetti, no podía aceptar como prometida a una joven sobre cuya cabeza pendía la sombra de una sospecha tan oscura, del mismo modo los dignatarios de la corte no podían permitir que las tres damas se acercaran a la reina y la ofendieran.

Dos granaderos con uniforme de gala se aproximaron a la señora Teresa y a sus dos hijas e, intentando ser discretos sin lograrlo, las apartaron de la sala. El abogado las siguió sin entender nada. La humillación para ellos había sido atroz, pero por fortuna la reina se encontraba en el otro salón y no se dio cuenta de esas maniobras, y el resto de la velada siguió como se había previsto.

No obstante, como era de esperar, entre bastidores se armó la gorda. En cuanto la reina se fue, el prefecto y el jefe de la policía mandaron llamar al abogado Provera para pedirle cuentas de la

afrenta. El abogado no se enteraba de nada; por lo que a él respectaba, las telas incriminatorias no eran en absoluto escandalosas, habían salido del ajuar de su esposa, procedente de París, sí, pero casi un cuarto de siglo atrás. No podía reconocerlas porque, a pesar de que últimamente había estado algunas veces solo en París, su avaricia —más que su fidelidad conyugal— le impedía visitar un lugar de perdición tan caro como Le Chabanais. Y además no sabía nada de Tito Lumia ni de los tejemanejes urdidos a sus espaldas por las mujeres de su casa. Sólo admitió el engaño de las cajas y que los vestidos habían sido confeccionados en su casa. Como abogado sabía que engañar, burlarse de la opinión pública, no era delito. Quedaba fatal, eso sí. Pero el señor prefecto y el señor jefe de la policía tenían que estar de acuerdo con él en que los vestidos de su esposa y de sus hijas eran más bonitos, más elegantes y estaban mejor hechos que los de las demás señoras. Testarudo, seguía negando que las telas tuvieran nada ofensivo. Los dos funcionarios tuvieron que posponer la reunión y convocar a otros caballeros (aunque no al obispo) para que testificaran, y delante de ellos, el prefecto admitió con cierto orgullo que él mismo había estado en el burdel parisino. Y no sólo eso; asimismo, mostraron al abogado Bonifacio la revista con las fotografías de la habitación japonesa premiada en la Exposición, y ciertos calendarios perfumados de barbería donde el diseño exclusivo de los tejidos era perfectamente reconocible.

Aquí terminaba el artículo del periódico, con una cancioncilla de escarnio atribuida a los estudiantes universitarios en la que se presentaban en verso las embarazosas escenas familiares en que los ricos y nobles maridos de la ciudad se veían obligados a confesar sus traiciones y despilfarros a sus pudibundas consortes.

Casi dos meses después tuve que ir por un funeral a la iglesia de Santa Caterina. En un banco se sentaba la señorita Gemma, vestida de negro como si estuviera de luto riguroso, enflaquecida, pálida, con un temblor en las manos que no podía controlar. Esas manos que había visto tan firmes y seguras al empuñar las tijeras para cortar la preciosa tela. Me reconoció, me saludó, me invitó a subir con ella a su casa al final del oficio para saludar a la señora Teresa y a las señoritas.

—¿No nos desprecias tú también como todos los demás? —me preguntó—. Al fin y al cabo, estabas al corriente desde el principio de nuestro secreto, podrían acusarte de ser nuestra cómplice. Te agradezco que hayas mantenido el juramento, que no hayas chismorreado por ahí. Tú sabes cómo fueron las cosas, y la acusación de que sabíamos la procedencia de las telas es una verdadera infamia. ¿Cómo podíamos comprobar, nosotras, de dónde las sacaba nuestro proveedor?

La acompañé a casa, donde la señora Teresa, milagro, me ofreció una taza de café con alguna galleta. Ella y sus dos hijas también iban vestidas de luto, pero no parecían tan abatidas como la señorita Gemma. Observé el tejido de los vestidos negros, eran de estar por casa pero elegantes. Un bonito shantung suave, aunque con cuerpo, como había visto en el escaparate de la mejor

tienda de tejidos de la ciudad. El negro era uniforme, denso, sin reflejos verdosos. El corte era excelente, los acabados perfectos como era de esperar. Todo muy distinto de los descuidados y gastados vestiditos de estar por casa a los que la madre y las hijas me tuvieron acostumbrada durante el mes de trabajo común. La mayor sorpresa, sin embargo, me la reservaba el abogado Bonifacio. En la ciudad no se había filtrado nada, pero unos días después de su encuentro con las autoridades, el pobrecito sufrió una apoplejía que lo dejó paralizado y mudo en una silla de ruedas. Aunque se enteraba de todo. Él, al verme, me reconoció, pero cuando lo saludé volvió la cara hacia la pared, descortés. Había entrado en la habitación de costura, donde la señora Teresa me servía el café con galletas, empujado en la silla de ruedas por la criada. Tommasina, que llevaba un delantal limpio y decoroso y dos botines robustos en los pies, ahora intentaba darle de comer, al menos una cucharadita de café, pero él mantenía la boca cerrada y lanzaba miradas furiosas a todas partes. Comprendí que no soportaba haber tenido que ceder a su mujer el manejo del dinero y que al ver que se concedía incluso aquella pequeña liberalidad conmigo sufría como si estuviera en el infierno. Sus ojos también se encendían de ira cuando la mirada se posaba sobre la bonita y nueva máquina de coser de pedal que destacaba debajo de la ventana.

Al acompañarme fuera, la señorita Gemma se quejó conmigo de que su prima era demasiado manirrota. Después de haber sufrido tantas privaciones durante tanto tiempo no comprendía el valor del dinero, lo derrochaba, le compraba al carnicero cantidades exageradas de carne de ternera que no podían acabarse, regalaba los huevos del gallinero al orfanato, en la iglesia metía billetes en el cajón de las ofrendas. Una vez abierta la caja fuerte de la casa y después de comprobar los depósitos y los títulos con los funcionarios del banco, les dijo a sus hijas, exultante:

—Somos riquísimas. ¿Qué nos importan las malas lenguas de la ciudad?

Y ahora incluso planeaba comprar un automóvil. No una carroza y un caballo, no. Un automóvil.

—¿Y quiere aprender a conducirlo? —pregunté asustada.

—Pero ¡¿qué dices?! Quiere contratar a un..., ¿cómo lo llaman en Francia? No un mecánico, no, un *chauffeur*.

Le conté aquella visita a la marquesita Ester, que había vuelto a la ciudad de uno de sus primeros viajes. Ella estaba indignada por el escándalo, sostenía que los dos novios deberían haber honrado su palabra. Si quería tomarse la moral como pretexto, decía, las dos hermanas Provera no habían cometido ningún pecado; la mentira sobre los vestidos parisinos podía considerarse una broma, no habían hecho daño a nadie y las cuatro mujeres habían trabajado duramente para poder estar a la altura de las otras damas presuntuosas y quisquillosas. Esos trajes eran, a su parecer, la garantía de que Ida y Alda habrían sido dos esposas modélicas. En todo caso, los pecadores eran los caballeros de la ciudad que acudían a los burdeles, prefecto y obispo

incluidos. «Pero aquí no se trata de verdadera moral, se trata de hipocresía», decía. Tenía unas ideas realmente extravagantes sobre la igualdad de sexos, mi señorita Ester, y sobre el hecho de que los hombres no debían pretender de las mujeres lo que ellos mismos no estaban dispuestos a hacer o a dejar de hacer. Se indignaba cuando leía en la última página de los periódicos las novelas por capítulos que hablaban de mujeres «perdidas» o «pecadoras redimidas». Me regaló un libro famoso titulado *Los misterios de París*. Era grueso, tardé casi un año en leerlo. Ella me preguntaba, le gustaba comentarlo conmigo, y cuando descubrió que me había conmovido con la muerte de Fleur-de-Marie, me dijo: «No debes llorar, debes enfadarte. No fue ella quien eligió ese oficio. ¿Por qué no podía casarse y vivir una vida normal?». Yo reflexionaba sobre sus palabras. Desde que había vuelto a vivir con su padre, la señorita Ester ya no hablaba de amor, parecía haberlo borrado de su vida. Y, por otra parte, una mujer joven separada tampoco podía pensar en el amor. Según la ley, todavía estaba casada con su marido, sólo podía volver con él con la esperanza de que la perdonara. Pero yo sabía que eso mi señorita no lo haría nunca.

Cuando se supo que el abogado Bonifacio había tenido un segundo ataque de apoplejía y había muerto, la marquesita me dijo:

—¿Sabes lo que tendría que pasar ahora si el mundo fuera como tiene que ser? —Y se puso a inventar como si estuviera escribiendo una novela, pero basándose en sus principios—: Pues bien, una vez muerto el abogado, su mujer, sus hijas y la prima retirarían la herencia y desaparecerían. Partirían hacia algún país de ultramar. No querrían permanecer en una ciudad que las había despreciado tan injustamente. Durante unos cuantos años no se sabría nada más de ellas.

»Después, la periodista americana, miss Briscoe, la que vive en nuestra ciudad, mi profesora de inglés, de regreso de un viaje a Estados Unidos hablaría sobre una famosísima modista francesa de Nueva York ante la que las mujeres de las cabezas coronadas y de los millonarios de todo el mundo hacían cola para conseguir que les confeccionara una prenda original, única, que pagaban a precios desorbitados. El taller de confección lo dirigiría una madura señora llamada..., veamos, cómo se puede traducir Gemma en francés..., madame Bijou. La ayudaría una *couturière* más joven, su hija o sobrina, Ida, como es natural, y el taller sería italiano, pero hacerse pasar por francesa es más chic. Ida se habría casado con un patronista húngaro que trabajaría en la empresa y tocaría el violín en su tiempo libre. Tendrían tres hijos guapos y buenos que estudiarían en la mejor escuela de Nueva York. ¿Y Alda? Alda se habría casado loca de pasión con un joven pintor catalán, en principio sin un céntimo, quien, animado por ella, empezaría a diseñar preciosas telas que estamparía con una técnica secreta que acabaría patentando. Los diseños de esos tejidos inimitables serían el secreto del éxito del taller de costura Bijou.

»Alda y Mariano también tendrían hijos, mejor dicho, hijas. Cuatro niñas, todas con unas

marcadas inclinaciones artísticas: una la pintura como el padre, otra la música como su tío violinista, otra la danza (¿la enviamos a la escuela de Isadora Duncan?) y la más pequeña con una voz de ángel.

»¿Quién se ha quedado fuera? ¿Madame Thérèse? Madame Thérèse se habría ido a vivir al Bronx con Tommasina para abrir una escuela de corte y confección para niñas pobres, una especie de residencia donde las estudiantes dormirían, además de aprender las técnicas de la costura. Mister Singer, el industrial, admirado por su iniciativa, habría regalado a la escuela setecientos cincuenta máquinas de coser del último modelo. Espera. La escuela no sólo estaría dedicada a las niñas. Habría una sección en la que de vez en cuando también impartiría cursos madame Bijou, y donde recibirían alojamiento, comida y protección, además de las clases de costura, las prostitutas que quieren dejar la calle y vivir honestamente.

Yo reía.

—Señorita Ester, es usted demasiado optimista, disculpe, y también demasiado romántica. Por desgracia, en la vida real las cosas no son así.

Y, de hecho, los temores que me había transmitido la señorita Gemma al final resultaron fundados.

Desprovista de ningún sentido práctico, sin darse cuenta de que desde que se había casado se había producido una inflación y que el dinero que a ella le parecía muchísimo era mucho pero no infinito, la señora Teresa derrochó en poco más de dos años todo el patrimonio que su marido había acumulado con tanta avaricia. No controlaba a los aparceros que robaban más de la cuenta, ya no se hacía traer para la cocina los productos de sus campos, sino que los mandaba comprar en el mercado o en las tiendas de *delicatessen* más caras. Renovó la decoración de la casa. Pero en casa paraba poco. Todas las mañanas, a última hora, iba con sus hijas a tomar chocolate al Cristal Palace. No se sentaban en una salita interior como hacían normalmente las pocas señoras más libres y desenvueltas que solían ir, sino que incluso ocupaban una de las mesitas más a la vista, las que daban a la acera, protegidas por la estructura de vidrio y cristal que formaba una especie de escaparate y donde los señores más ricos y ociosos se pasaban la jornada leyendo el periódico, fumando puros, hablando de política y sacando los trapos sucios de la gente. Tal vez tenía la esperanza, al exponer así a las dos chicas, de poder procurarles dos nuevos novios aristocráticos. Y como los jóvenes de buena familia de la ciudad no eran muchos, decidió buscar también en otra parte. Viajó con sus hijas a lo largo y ancho del territorio, fue a París y compró de verdad un espléndido ajuar a cada una en los almacenes Printemps. Adquirió un automóvil, uno de los pocos que circulaban por la ciudad, contrató a un chófer, le hizo poner uniforme y una gorra con galones. Incorporó a dos camareras más, las vistió con batas azules, delantal blanco y cofia. Contrató a una cocinera. Tommasina sólo tenía que ocuparse del abogado, y lo hizo con devoción hasta que éste, como ya he dicho, sufrió un segundo ataque y murió. La señora Teresa

fue con sus hijas a tomar las aguas a un elegante balneario. Pero para sufragar todos estos gastos tuvo que empezar a vender, uno tras otro, los campos, los apartamentos, luego los almacenes, después los bonos del Estado. El patrimonio se iba haciendo cada vez más exiguo, y encima no había nadie que trabajara para engrosarlo. Tommasina se escapó, llevándose consigo diez cucharas de plata, los dos collares de perlas de las señoritas y una caja azul de los almacenes Printemps llena de retales de seda. Cuando unos días después la encontraron, no quiso decir a quién le había vendido el botín y no fue posible recuperarlo. La señora Teresa le dio muchas bofetadas a la ladronzuela, la encerró en su habitación a pan y agua, pero se negó a denunciarla a la policía. En el fondo la apreciaba y no quería que acabara en un correccional y, de allí, como siempre sucedía, que pasara a una casa de citas.

En ese punto la señorita Gemma, pese a estar atormentada por el temblor en las manos, que no quería abandonarla, tomó las riendas de la familia por segunda vez, habló seriamente con su prima y con sus sobrinas y puso freno a esos gastos atolondrados. El apartamento de la piazza Santa Caterina estaba cubierto de hipotecas y pronto tendrían que abandonarlo, pero a las Provera les había quedado una pequeña casa en el campo, no muy lejos de la ciudad, toscamente decorada pero provista de todo lo necesario. Se retiraron allí, llevándose la máquina de coser, que, por consejo de la señorita Gemma, no habían vendido junto con los muebles elegantes. La señora Teresa se resignó con gran disgusto a despedir a las camareras, la cocinera y el chófer y a quedarse sólo a Tommasina como criada. Le daba vergüenza poner a la venta el automóvil y los ajuares parisinos de sus hijas ante sus conciudadanos. Así que la señorita Gemma llamó a Tito Lumia, que compró todo el lote como era habitual en él, aunque el beneficio fue muy inferior a la suma que esos lujos les habían costado. No obstante, en cualquier caso, tuvieron la posibilidad de reunir una pequeña dote para ambas hijas. Naturalmente, ahora era muy difícil encontrar marido a las dos hermanas. Sus coetáneas de buena familia las evitaban y los hermanos se apartaban de su camino. Lo que pasó al final fue que Alda aceptó casarse con un tosco tendero de un pueblo vecino que le propuso el casamentero. Su marido no le permitía que alojara y mucho menos que ayudara a sus parientes, y la ridiculizaba y humillaba continuamente reprochándole sus gustos refinados y la parquedad de su dote.

Ida, en cambio, se quedó a vivir con su madre y su tía. Si hubiera sido menos orgullosa se habría buscado un trabajo como «empleada joven» en uno de los dos grandes talleres de confección de la ciudad. Pero no quería que la vieran con el metro en la mano tomándoles medidas a las señoras cuyos salones había frecuentado como invitada distinguida y con las que había intercambiado visitas en los palcos del teatro.

Cuando supe que la madre y la hija se habían puesto a coser por cuenta propia tuve miedo, al igual que las otras costureras de la ciudad, de que con lo buenas que eran nos hicieran la competencia. Pero las Provera se avergonzaban de ir a coser a domicilio a casa de las familias que «antes» habían tratado como iguales, y ni podían ni querían recibir a las ricas clientas en su sencilla casa del campo. De manera que tuvieron que acudir a una clientela muy modesta, gente

de pueblo, campesinos que les pedían arreglos y remiendos, batas y camisas de rayadillo, pobres ajuares con sábanas de tela gruesa y sencillos dobladillos sin bordados. Me enteré de que incluso habían aceptado coser, por encargo de Tito Lumia, una partida de grandes sacos de cáñamo para un mayorista de legumbres secas. Me preguntaba si la bonita máquina de pedal con los adornos dorados tenía la fuerza suficiente para empujar la aguja a través de un tejido tan grueso y duro, y si la aguja no se habría roto enseguida, o si existían otras mucho más robustas que yo no conocía. Para la seda del escándalo tuvimos que montar en mi máquina de manivela una aguja muy fina que, sin embargo, se podía encontrar en todas las mercerías.

Un disparo al corazón



No me lo podía creer. No podía creer que la miss americana, la profesora de inglés de la señorita Ester, hubiera tomado esa decisión como aseguraba Filomena. No tenía ningún motivo para hacerlo. Estaba absolutamente entusiasmada cuando me dijo que se marchaba y me pidió que le cosiera un corsé nuevo, especial, lleno de bolsillos interiores entre varilla y varilla en los que esconder el dinero durante el viaje. Estaba contenta, aliviada de haber podido por fin liberarse de un vínculo que la oprimía y que en los últimos años le había arruinado la vida. Yo no sabía de qué vínculo se trataba, la miss no se confiaba a mí, pero no pude evitar constatar que su humor en los últimos tiempos había mejorado. Sí sabía, en cambio, que ya había escrito a su hermana, a Nueva York, anunciándole su llegada, porque era yo quien había ido a Correos para enviar la carta. Sabía que ya había comprado los billetes para el barco que debía llevarla a Liverpool y para el transatlántico que tres meses después la llevaría de Inglaterra a América; yo misma retiré los billetes en la agencia de viajes. Los días que iba a su casa a ocuparme de su ropa blanca también me encargaba de esas pequeñas tareas. A su sirvienta Filomena no le gustaba que la mandaran a hacer recados como si fuera una joven criada recién llegada, mientras que a mí, que me pagaban por días, no me importaba, es más, me alegraba poder estirar las piernas de vez en cuando y echar una ojeada por la ciudad. Filomena, con su altanería, no sabía leer y fingía indiferencia, si no desprecio, por el trabajo de su señora. A mí, por el contrario, el hecho de que la miss fuera periodista me suscitaba curiosidad y entusiasmo. Lástima que ninguno de sus artículos se publicara en las revistas que de vez en cuando cogía prestadas de la biblioteca. De hecho, escribía en inglés, y nadie de la ciudad, excepto tal vez la señorita Ester, era capaz de seguir sus artículos, que se publicaban sólo en América. Pero ella, al verme interesada en su trabajo, hacía poco me había dicho muy contenta que había firmado un compromiso con el periódico de Filadelfia con el que colaboraba para escribir una serie de doce reportajes sobre cuadros antiguos con fondo de oro que había descubierto en nuestras iglesias del campo.

Le tenía aprecio a la miss, a pesar de que era una mujer extravagante y de que las buenas familias

de la ciudad no la recibían y propagaban mil habladurías sobre ella acusándola de ser una bala perdida, como sin duda lo eran todas las mujeres sin marido, extranjeras o italianas, que dejaban la casa paterna para recorrer el mundo y que se ganaban la vida trabajando. Si hubiera sido pobre, costurera como yo, obrera o criada, se lo habrían perdonado con tal de que permaneciera en su sitio y no pretendiera tratarlas de igual a igual. Pero ella se consideraba al mismo nivel, o tal vez, como buena americana, ni siquiera se daba cuenta de que para nosotros las distancias entre las diferentes clases y familias eran profundas e insalvables. Y que a las mujeres no les estaba permitido comportarse con la misma libertad que a un hombre. En el pasaporte, la miss había hecho poner «profesional». Se refería, evidentemente, al campo del periodismo y de la crítica de arte; pero el comisario de la policía lo fue contando por ahí y los señores se reían. Para ellos, me explicó la señorita Ester, «profesional» referido a una mujer sólo significaba una cosa, eso que llamaban «la profesión más antigua del mundo»: prostituta.

Ester también apreciaba a miss Lily Rose. Casa Artonesi había sido la única que le había abierto las puertas a la joven americana cuando unos diez años atrás había venido a vivir a nuestra ciudad. El señor Enrico la había llamado para que diera clases de inglés a su hija, y así fue cómo yo la conocí.

Mi abuela todavía vivía, a menudo pasábamos los días cosiendo en la residencia de los Artonesi cuando la miss, que hablaba italiano perfectamente, le pidió si también podía ir a su casa, una vez a la semana, para mantenerle en orden la ropa blanca. Yo la acompañaba algunas veces. La miss vivía en un apartamento de alquiler en la parte moderna de la ciudad, un bonito alojamiento decorado de manera muy sencilla, pero lleno de cuadros muy vistosos. Algunos los había pintado ella misma, otros los había comprado mientras recorría el campo y los pueblos del interior, visitando iglesias y sacristías. Pintaba por placer, pero se ganaba la vida como crítica de arte y coleccionista, nos explicó. Sus artículos, que enviaba por correo al periódico de Filadelfia, hablaban de la pintura italiana, en concreto de la de nuestra región, pintura antigua sobre todo, pero también la más moderna. Después de llevar unos meses yendo a su casa, aunque fuera esporádicamente, mi abuela hizo este comentario: «Que digan lo que quieran los chismorreos de la ciudad: miss Briscoe es una mujer respetable. Y una verdadera señora». También me hizo observar cómo, a pesar de la simplicidad de su apartamento y de sus vestidos, miss Lily Rose debía de ser una mujer más rica de lo que aparentaba. Viajaba a menudo, por nuestra región y por toda Italia, sin reparar en el coste de los transportes. Iba al teatro. Estaba suscrita a muchas revistas italianas y extranjeras y, los días de buen tiempo, solía ir a leerlas al Cristal Palace, donde se sentaba al lado de los ricos ociosos, dentro del recinto acristalado. Por lo general, las señoras, como ya he dicho, ocupaban las salitas del interior y siempre acudían acompañadas, mientras que la miss permanecía sola leyendo, sin preocuparse de los curiosos que se paraban en el exterior del cristal a mirar a los señores que fumaban cigarros y comían helado. Un día de

mucho calor vio a un chaval vestido con harapos que aplastaba la nariz contra el cristal y lo llamó para que entrara. Era uno de esos granujas de los callejones que cada mañana, con un cesto sobre los hombros, esperaban entre los puestos del mercado a que algún caballero les encargara por cinco monedas llevarles la compra a casa. Miss Briscoe quería darle su helado, pero acudió un camarero y echó al granuja de malas maneras a la vez que dirigía una severa mirada de reprimenda a la señorita.

Filomena iba contando por ahí que su señora comía carne todos los días, incluso los viernes, porque no era de religión católica, y eso también era motivo de críticas y habladurías en la ciudad. La miss poseía, y sabía usar, una cámara de fotos muy cara. Los artículos que enviaba a América siempre iban acompañados de imágenes de iglesias, cuadros y paisajes, fotos que había sacado y revelado ella misma en un cuartito de su apartamento equipado para ese fin. Tenía además una bicicleta con la que se movía por el campo no sólo en busca de obras de arte, sino también para recoger hierbas de todo tipo que después secaba entre dos hojas de papel y colocaba con esmero en un gran cuaderno, y debajo escribía los nombres en latín. Ninguna mujer del lugar, fuera de la clase que fuera, iba en bicicleta. Ni siquiera a la señorita Ester se le permitió, cuando alcanzó la edad de pedirla, que tuviera una.

Yo observaba con mucha curiosidad los trajes que la miss se ponía para sus excursiones: llevaba una especie de falda hinchada, con un pliegue central que se abría al andar como un pantalón masculino, tan corta que mostraba completamente el tobillo. Más adelante, cuando pasé de los dobladillos y las costuras a cortar prendas sencillas, la factura de esa falda me obsesionaba, me habría gustado cogerla, extenderla encima de una mesa, comprender de qué piezas estaba compuesta, cuántas eran y dónde estaban las pinzas. ¿Había algún figurín con un patrón que pudiera trasladarse al tejido? Adivinando mi curiosidad, una vez miss Briscoe me dijo que las compraba ya hechas en París, en unos grandes almacenes donde vendían todo lo necesario para el deporte del ciclismo masculino y femenino. Si quería, podía mostrarme un montón, me las dejaría tocar y observar del derecho y del revés para que viera cómo estaban cosidas. Yo me avergoncé y dije: «No, no». Y, por otra parte, ¿qué mujer del pueblo o señora de nuestra ciudad me pediría alguna vez que le confeccionara una prenda tan extravagante?

La miss no se fijaba en la elegancia, no seguía la moda, cuando hacía buen tiempo solía salir sin sombrero; nunca nadie la había visto protegerse la piel bajo la sombrilla y, de hecho, en verano estaba bronceada como una campesina, incluidas las manos, porque sólo se ponía guantes en invierno. Llevaba el mismo traje desde hacía años —la tela era excelente y no se gastaba—, lo importante para ella era que fuera cómodo. A mi abuela le explicó, como disculpándose por no encargarnos la confección de algún vestido además de la ropa blanca, que los compraba o los encargaba hacer todos en el extranjero. Viajaba mucho, como he dicho, y no sólo por Italia. Cada dos o tres años aproximadamente iba a Inglaterra y de allí tomaba un transatlántico hacia

América. Regresaba al cabo de sólo dos meses. Parecía que para ella cruzar el océano fuera como salir de excursión el día de Pascua a las afueras de la ciudad. Tal vez Ester había tomado de ella la pasión por viajar.

Pero el motivo de que la miss no regresara de forma definitiva a su país y se quedara a vivir en nuestra ciudad nunca llegamos a saberlo. Mi abuela sospechaba que en ello se escondía algún asunto del corazón. Sin embargo, la miss, por su trabajo, frecuentaba a muchos hombres — aristócratas, burgueses, artistas, párrocos de campo, artesanos, pobres que usaba como modelos en sus cuadros—, y resultaba difícil saber si alguno era su preferido. Los recibía en su apartamento sin preocuparse de que hubiera o no una carabina. Su sirvienta estaba casada y por la noche volvía a su casa a dormir. A mí esa Filomena no me caía demasiado bien. Tal vez porque la envidiaba. De hecho, la miss, añadiendo un escándalo más a su lista, cada año, cuando llegaba la temporada lírica, alquilaba un palco ella sola en compañía de la sirvienta, vestida de manera sencilla, igual que había ido durante el día. La primera noche que llegó al teatro con aquella escolta, la gente pensó que se había hecho acompañar por miedo a la oscuridad cuando regresara, y que dejaría a la sirvienta esperando abajo, en la sala de guardarropía. Pero entonces Filomena apareció a su lado en el palco, con su ropa pueblerina, y se sentó en la banqueta de terciopelo, asomándose desenvuelta a la barandilla y mirando a su alrededor con los anteojos. Nadie se atrevió a decirle a la miss que su comportamiento era inconveniente y ofensivo, al igual que lo era, por otra parte, que llevara la ropa de diario, la que usaba para trabajar, cuando en el teatro era obligado ir elegantemente vestido. Y que si a su sirvienta le gustaba tanto la música, su señora tendría que haberle comprado una entrada en el gallinero. Ninguno de los señores, ni hombres ni mujeres, puso un pie en ese palco, nadie la visitó durante los entreactos, ni siquiera por curiosidad. «¡Ay, estos americanos! Son unos verdaderos salvajes», comentó alguien a la salida sin bajar la voz. Es probable que miss Lily Rose lo oyera, pero le daba absolutamente igual. En cuanto a Filomena, no creo que le importara demasiado la música, pero se pavoneaba delante de las demás sirvientas por esas «incursiones» en el mundo de los señores. Era una mujer muy ambiciosa, le encantaba el lujo y le habría gustado poder permitírselo. Se tomaba algunas libertades, algunas confianzas, que sólo una señora americana podía dejarle pasar; ninguna señora de buena familia se las habría permitido.

Después de la muerte de mi abuela yo ocupé su lugar y seguí cuidando de la ropa blanca de la miss. La llevaba a la lavandería y después a casa de mi amiga la planchadora; si había algún roto lo remendaba, recosía los botones de los corpiños y las camisas. La americana me pagaba, por aquellas pocas horas semanales, una cantidad tres o cuatro veces superior a la que me daban las señoras de nuestra ciudad por dos días remendando de sol a sol. No tenía, según Filomena, ningún sentido del valor del dinero. También a ella, que iba todos los días a jornada completa, le pagaba una cantidad disparatada.

Un día, al quitar las sábanas de la cama para cambiarlas (debería haberlo hecho Filomena, pero ella se desentendía, habría dejado las mismas durante dos meses seguidos), me fijé en que el colchón estaba descosido de un lado y que de la abertura empezaba a salir un mechón de lana. Arreglarlo debería haber sido tarea del colchonero, pero era un descosido realmente pequeño y pensé que podía hacerlo yo misma. De modo que la semana siguiente llevé conmigo el estuche de reserva de la abuela, ese donde ella guardaba las agujas con las formas y medidas más extrañas y los hilos especiales que no solían utilizarse pero que, aun así, era conveniente tener en casa. Era un día caluroso, no llevaba chaqueta, sólo la camisa, y me había arremangado por encima de los codos. Sabía que la miss había salido en bicicleta a recoger hierbas y que Filomena estaba en el mercado haciendo la compra. Era fácil entrar en su casa porque nunca cerraban la puerta con llave, sólo ponían la aldabilla. De modo que no me asomé cuando, al cruzar el salón, vi a una persona, un caballero con un cigarro entre los dedos que se había puesto el monóculo y observaba de cerca uno de los cuadros todavía inacabado de la miss que estaba secándose en el caballete. Me pareció reconocerlo: era un asiduo de la casa, el barón Salai, un entendido en arte de mediana edad, rico y respetado, que ya había visto otras veces en el apartamento de la miss. Tal vez quería comprar ese cuadro, pensé. Tal vez sólo sentía curiosidad por ver cómo avanzaba el trabajo. No le presté mucha atención, lo saludé educadamente y proseguí hacia el dormitorio. No me preocupé de cerrar la puerta. Aparté la sábana del lado del descosido del colchón, estimé el grosor y la dureza del tejido, abrí el estuche y escogí la aguja más larga, recta, gruesa y puntiaguda que había, con un ojo ancho. Había otras curvadas que tal vez me habrían facilitado el trabajo, pero parecían demasiado finas: temía que no tuvieran suficiente fuerza para pasar de una parte a la otra, y además, ¿cómo iba a empujarla? El dedal que llevaba conmigo no era adecuado para una aguja de ese tipo. Busqué entre los carretes un hilo lo bastante grueso, lo enhebré en el ojo y me incliné sobre la cama. Con los dedos, volví a meter hacia dentro la poca lana que sobresalía por el descosido y junté los bordes. Todavía no había introducido la aguja en la tela cuando noté que me cogían por las caderas, y en el cuello, un cosquilleo áspero de bigotes engominados y un aliento caliente que olía a cigarro. El hombre, enseguida comprendí que era el barón Salai, no dijo una palabra. Intentó levantarme la falda y ponérmela encima de la cabeza. Las amigas sirvientas que habían tenido que defenderse de sus señores me habían descrito más de una vez ese gesto. Servía para dejarte el trasero al descubierto y también para inmovilizarte los brazos, impedirte cualquier movimiento y taparte los ojos de manera que no pudieras verles la cara mientras hacían lo que querían. Pero yo fui más rápida; antes de que el barón pudiera echárseme encima paralizándome con su peso, me levanté de repente golpeándolo sin querer con la cabeza en la barbilla, le arranqué el borde de la falda de las manos y me volví. Era la primera vez que me enfrentaba a una agresión de ese tipo. Me vino a la cabeza lo que, ignorante y osada, le dije a la abuela cuando me ponía en guardia: «¡Ya sabría defenderme!». Y apunté la aguja de colchonero contra el pecho de mi agresor, en alto, un poco por debajo de la garganta.

—¡Váyase! —le ordené con la voz enronquecida a causa de la emoción y el miedo.

—No seas estúpida —contestó él en tono sarcástico. A saber cuántas veces más había tenido que lidiar con una mujer que se resistía. E intentó apretarme los brazos contra el busto.

Pero yo tenía las manos libres y empujé la aguja. No mucho, pero lo suficiente para atravesar la corbata y la camisa y llegar a la piel desnuda.

—Váyase —repetí.

Él había notado la punta de acero tocando su garganta, pero todavía reía.

—¿Qué pretendes hacer con ese juguete?

Yo empujé un poco más y una pequeña gota de sangre afloró sobre la pechera de la camisa. El barón se echó hacia atrás blasfemando, y entonces fue cuando vio la aguja entera y que era tan larga como un estilete.

—No me toque —le dije.

Él me insultó con una palabra vulgar que no quiero escribir.

No sé cómo habría terminado si el ruido de la puerta de la casa al cerrarse no nos hubiera sobresaltado a ambos. Oímos dos voces que decían frases jocosas. La de Filomena y la del fontanero, aunque eso lo supe después, del que iba acompañada para que reparara algo que se había roto en el grifo del fregadero. El barón Salai se recompuso. Con un gesto rápido se arregló la corbata para tapar la manchita de sangre, se pasó una mano por el pelo y, sin decir una palabra, volvió al salón. Yo lo seguí, siempre con la aguja en la mano, pero ya se había ido. Filomena estaba en la puerta de la cocina.

—¿Qué haces? —me preguntó.

Desde allí oía los golpes que daba el fontanero.

—Ese cerdo... —dije con la voz rota.

Y ella, riendo:

—Ah, también lo ha intentado contigo. —Entonces se puso seria. Me pasó la mano por la mejilla como en una áspera caricia—. Escucha —me dijo—, tú aprecias a la miss, ¿verdad? —La miré desconcertada. ¿Qué tenía que ver la miss ahora?—. Si la aprecias —continuó diciendo Filomena—, no debes decirle nada de lo que ha pasado.

—Pero ese cerdo —insistí— deambula por la casa, entra y sale a su antojo. Podría intentarlo con ella.

—No seas ingenua. Y hazme caso. No le digas nada a la miss. La harías sufrir.

Sus palabras tenían un tono tan rotundo que no tuve valor para insistir. Ella se puso detrás de mí y me colocó las horquillas de las trenzas que se me habían soltado del moño.

—Y ahora venga, vuelve al dormitorio y termina tu trabajo.

Pero la semana siguiente, cuando me encontré a solas con la miss, se lo conté todo. Para mi sorpresa, ella no se indignó. Suspiró, se puso triste.

—Debes tener cuidado —me dijo—. Intenta no quedarte nunca sola con él. Mejor vete, no te preocupes por el trabajo de ese día. Te lo pagaré igualmente.

No podía entenderlo. En otras ocasiones se había mostrado muy combativa a la hora de defender la libertad y el honor de las mujeres, su derecho a ser tratadas con respeto, en especial las más pobres.

Me habría gustado hablar de lo sucedido y de la extraña reacción de la miss con la señorita Ester, pero estaba de viaje.

Ahora tenía miedo de entrar en ese apartamento con la puerta siempre abierta. Igual que entraba yo, podía entrar cualquiera. Nunca sabía con antelación si iba a encontrar a la señora o a Filomena o a nadie. O bien a un asesino, a un ladrón o a un caballero convencido de que podía robar el honor de una chica pobre e indefensa. Pero ¿por qué la miss no adoptaba la costumbre de cerrar con llave y darnos una copia sólo a las personas de su confianza?

Estaba tan preocupada que, al cabo de aproximadamente un mes, mientras levantaba un pesado cesto en el que había puesto las cortinas, las sábanas y la colcha para llevarlo a la lavandera, oí un ruido en la habitación de al lado y del susto me sobresalté y tropecé con un borde de tela que colgaba del cesto. Me caí y me disloqué la muñeca de la mano derecha. Un buen problema. ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer inmovilizada con el vendaje y sin poder coser? ¿Y la limpieza del edificio donde vivía? ¿Tendría que recurrir una vez más a la ayuda pagada de mi amiga lavandera? ¿Gastaría todos mis ahorros?

Intenté mover los dedos, pero también se habían hinchado y el dolor era muy agudo. No me avergüenzo al decir que me eché a llorar del disgusto, y así me encontró la miss cuando regresó.

—¿Qué te han hecho? —preguntó preocupada, sin especificar a quién se refería.

Cuando supo que me había caído sola mostró un gran alivio. Me puso con habilidad un vendaje apretado; luego envió a Filomena a buscar el carrito del hielo y le hizo comprar un buen pedazo, que trituró y me aplicó en la muñeca.

—Deja estar la ropa blanca. Ya llevará Filomena el cesto a la lavandera. Tú mantén el brazo colgado y regresa mañana, que te pondré más hielo.

Había dejado de llorar, pero tanta solicitud casi maternal hizo que se me volvieran a llenar de lágrimas los ojos.

En efecto, con las aplicaciones diarias de hielo y la inmovilización de la muñeca me recuperé más rápidamente de lo que me temía. Al cabo de una semana pude volver a coger la aguja, aunque todavía no podía sostener peso.

Pero estaba impaciente. Tenía un trabajito que hacer en casa del ingeniero Carrera, el forastero que trabajaba en la construcción del acueducto. Su mujer quería que cosiera un traje de Carnaval para su niña, de siete años, y como no tenían máquina de coser en su casa, debería llevar yo la mía.

Pensé que podría sostener el maletín con la mano izquierda y me encaminé con tranquilidad hacia allí, pensando en cómo cortar esos pantalones de tafetán tornasolado para que quedaran vaporosos como los del dibujo del libro. Tal vez tendría que sujetarlos con un forro de paja trenzada o de tarlatana.

La hija del ingeniero era una extraña criatura, un poco frágil pero bonita y delicada, tan rubia como un hada del norte, como los seres alados de los libros de cuentos que Ester había comprado en Londres para Enrica. Su madre la había dejado escoger entre las propuestas de una revista de moda. Pensaba que la niña me pediría que le hiciera un vestido de princesa. En cambio, esa pequeña extravagante se fijó en la cubierta de una novela de su padre, *Los piratas de Malasia*. Y no quería vestirse como la Perla de Labuán, sino que quería el traje de Sandokán. Turbante, chaqueta entallada de raso con doble botonadura, una faja en la cintura en la que meter pistolas y puñales, pantalones bombachos, babuchas con la punta curvada. Si hubiese sido mi hija, le habría dicho que no estaba bien ir al baile de los niños vestida de varón, pero sus padres se lo concedían todo. La madre compró la tela para los pantalones y la faja. El turbante y la chaqueta tendrían que salir de sus viejas batas de raso.

Caminaba doblada hacia el lado izquierdo por el peso del maletín que llevaba a duras penas y pensaba en los carnavales de mi infancia, cuando bastaba una sábana con dos pequeñas puntas atadas que hicieran de orejas para ir disfrazada de gato. Mi abuela se vestía asimismo de gato para acompañarme a la plaza a tirar confeti y hacer ruido con el matasuegras. Ella también se reía como una niña. Ése era nuestro gran acontecimiento social, nuestro único lujo.

Estaba tan inmersa en mis recuerdos que no me fijé en el joven que me había cortado el paso hasta que su mano se posó en el asa del maletín y me liberó del peso. Mi primer pensamiento fue que quería robármelo. De forma instintiva, lo cogí con más fuerza. Una voz amable y educada me dijo en un correcto italiano:

—Disculpe si la he asustado, señorita. Sólo quería ayudarla.

¿Señorita, yo? Tuve que levantar la cara para mirarlo, porque era alto. Él sí era un señorito. Un estudiante vestido a la moda, con traje hecho a medida, abrigo y sombrero, bufanda de seda; un hijo de buena familia. Más o menos de mi edad, tal vez algo más joven, completamente afeitado, mejillas frescas, boca plena, bonitos ojos oscuros, grandes y límpidos. De repente me vino a la cabeza el recuerdo de un verso que me había hecho leer la señorita Ester, escrito por un poeta persa, «mejillas de rosa y ojos de gacela». Pero en él se hablaba de una chica. Aunque tuve que admitir que el desconocido no tenía nada que fuera poco varonil. Podía ser, en vez de un estudiante, un cadete, un joven oficial vestido de calle.

Me sentía cohibida, no sabía qué decirle. Seguía sujetando el asa del maletín y nuestros dedos se tocaban.

—Si me permite, me presentaré —dijo él—. Me llamo Guido Suriani, a su servicio.

Me miró a los ojos esperando que contestara con mi nombre. Pero yo me quedé callada. No quería darle confianzas. No sabía quién era. Ese apellido no lo había oído nunca en la ciudad, donde sin embargo no eran muchas las familias de cierto nivel. Suriani. Un forastero. ¿Y por qué me trataba como si fuera su igual? ¿No se notaba que era una costurera? ¿Quería burlarse de mí? Llena de desconfianza, le dije con descortesía:

—Suelte. No necesito ayuda.

—Sí que la necesita —insistió. Y para demostrármelo levantó la máquina de coser como si fuera una pluma—. Yo la llevaré, señorita. ¿Adónde puedo acompañarla?

Yo, callada. No podía arrancarle el maletín de la mano, no lo habría logrado. Tenía ganas de llorar de rabia, pero me contuve.

—Si no me lo devuelve, llamaré a un guardia —lo amenacé.

Él se rio y soltó el peso. Pero entonces yo ya no era capaz de levantarlo, sentía el brazo débil, sin fuerza, con una extraña languidez. Tuve que dejar que volviera a cogerlo. Irritada, apreté la boca y me dirigí hacia la casa del ingeniero; él vino detrás de mí con mi maletín.

En el portón de la casa nos encontramos a la señora, que demostró conocer a mi acompañante.

—¡Buenos días, Guido! —lo saludó con cordialidad—. ¿Has vuelto para las vacaciones? ¿Cómo te va por Turín?

No quise oír nada más. En ese momento volví a ser capaz de llevar la máquina de coser. Alargué la mano, él me la cedió, me metí en el portón y subí la escalera.

Pensé en aquel encuentro durante toda la tarde, mientras cortaba e hilvanaba las piezas del traje de pirata para Clara, que permanecía a mi lado, casi pegada a mí, con el libro de su padre en la mano, vigilando que me quedara exactamente igual que en la imagen. Estaba atenta para recoger los alfileres que se caían, se levantaba de un salto como una pequeña ayudante, una «niñita», como decían en Milán. Le probaba el fajín de seda con flecos que había sacado de una vieja cortina y mientras tanto pensaba en el señorito que me había seguido. Era un joven muy guapo, no podía negarlo, y parecía amable y educado. Se había comportado de una manera respetuosa. Pero cuántas historias había leído en las novelas, cuántos cuentos había escuchado de mis amigas y de las mujeres mayores sobre jovenzuelos de buena familia que cortejaban y seducían a una pobre chica de pueblo, la engañaban con mil promesas, le causaban problemas y después la abandonaban. Incluso había una novela de Carolina Invernizio titulada *Historia de una costurera* que te ponía en guardia ante tales peligros. Me sentía turbada, tenía miedo, porque además era la primera vez en mi vida que un joven me impresionaba tanto. Por suerte, estudiaba en Turín, pensé, y al final de las vacaciones de Carnaval volvería a irse.

Pero en los días siguientes me lo encontré varias veces en mi camino. Ya no llevaba conmigo el maletín de la máquina de coser. La mujer del ingeniero me convenció de que la dejara en su casa hasta que terminara el traje, teniendo en cuenta que todavía tenía la muñeca derecha un poco

débil. Nadie la tocaría, podía estar tranquila, la guardaría cerrada con llave dentro de un armario. Guido Suriani me saludaba con una ligera inclinación quitándose el sombrero. No sabía si lo hacía en serio o en broma. Yo no le devolvía el saludo ni siquiera con la mirada y seguía andando. Pero no podía dejar de pensar en él.

La marquesita Ester había regresado, pero no me atrevía a hablarle de ello. Además, ¿qué podría haberme aconsejado? Era evidente que entre un señorito de buena familia y yo no podía haber nada. No quería que pensara que se me habían metido ideas extrañas en la cabeza. Confieso que, después del primer impulso dictado por la indignación, tampoco tuve el valor de hablarle del barón Salai. Estaba avergonzada por lo que había ocurrido, como si fuera culpa mía, como si lo hubiera provocado. Y además el barón gozaba de gran estima en la ciudad, estaba emparentado con los linajes más importantes. Su familia no era de las más ricas, pero su título era muy antiguo. Él era el único heredero y tenía dos hermanas mayores, dos solteronas muy altivas que siempre habían impedido que él se casara. En cada ocasión, dictaminaban que la señorita escogida tenía unos orígenes demasiado humildes para convertirse en una Salai. Incluso si se trataba de una riquísima condesita o de la hija de un marqués. Él no parecía sufrir por la soledad. Corría detrás de las faldas, lo sabía todo el mundo, pero también estaba muy ocupado: formaba parte del gobierno municipal, del consejo de administración del orfanato, era consejero del prefecto, perito del tribunal, y había sido director del museo de la ciudad durante años.

Me lo encontraba a menudo en casa de la miss, demasiado a menudo. Me contemplaba de manera descarada, como diciendo: «Antes o después te atraparé». Y yo, si no había otras personas en casa, salía por piernas. Si estaba la miss, no podía evitar observar que él la trataba con descortesía, la miraba por encima del hombro, le daba órdenes y la criticaba. Pero ¿por qué no se quedaba en su casa? Y ella, ¿por qué consentía en recibirlo? Por si acaso, no guardé la aguja para colchones en el estuche especial. La llevaba siempre conmigo, metida en la botonadura del corpiño, con la punta protegida por el cordoncillo, pero al alcance de la mano. Para defenderme del barón y, quién sabe, del estudiante si hubiera sido necesario.

En pocos días terminé el traje de Sandokán para Clara. Todavía no se lo habíamos hecho probar por completo, sólo una pieza cada vez. Esa tarde sería la prueba general, y si todo iba bien me pagarían, nos despediríamos y yo me llevaría mi máquina de coser.

La madre y yo pusimos a la niña de pie encima de la mesa del comedor y le quitamos el vestidito de flores, dejándola con el pelele. Éste también se lo había hecho yo, como todo el resto de la ropa interior: la parte de arriba de piel de ángel sin mangas adornada con encajes, botones en la cintura para sostener las bragas cortas, de niña, de manera que pudieran desabrocharse y bajarse rápidamente en caso de urgencia. Le hicimos poner la chaqueta de raso con la doble botonadura y el faldón acampanado, ribeteado de flecos a juego con el fajín. Luego las calzas del mismo color que los pantalones bombachos, después los pantalones, el fajín en la cintura, los

zapatitos con la punta curvada también forrados de raso, rellenos de algodón y decorados con dos hileras de perlititas de cristal. Al final le recogimos el pelo rubio en lo alto de la cabeza y se lo cubrimos con el turbante. Clara estaba allí tranquila, muy contenta, y se dejaba vestir. Yo me sentía satisfecha de mi trabajo, aunque todavía me causaba impresión ver a esa niñita frágil y rubia vestida como un feroz pirata. Cuando estuvo lista, la madre la cogió por debajo de las axilas y la puso en el suelo. Fuimos juntas al dormitorio de los padres para que la niña pudiera verse en el gran espejo del armario.

—¿Te gusta? —preguntó la madre.

Clara lanzó una mirada y, dejándonos de piedra, estalló en un llanto desesperado.

—¡No, no! —gritaba—. Yo lo quería así —y mostraba la cubierta del libro que llevaba consigo.

—Pero, cariño, es así —protestaba la madre desconcertada—, lo has visto mientras la modista lo cosía. Te lo ha hecho igual.

Clara lloraba tan fuerte que el ingeniero acudió desde su estudio. Y, para mi gran sorpresa, vino acompañado de mi pretendiente, de Guido Suriani, que había pasado a saludarlo. Pero la desesperación de la niña era tan grande que no podíamos ocuparnos de nada más que de ella. El padre se arrodilló delante de la pequeña:

—¿Qué sucede, muñeca?, ¿qué es lo que no va bien? Díselo a papá. Todo puede arreglarse.

—Yo lo quería así —repitió Clara entre sollozos con el dedo encima de la cubierta del libro.

—Pero si es así —insistía la madre.

Guido siguió con la mirada el dedo de la niña y vio que no señalaba el traje, sino la cara del pirata. Contuvo una breve carcajada.

—Tienes razón —dijo—. Pero, como dice tu padre, se puede arreglar. —Y dirigiéndose a la madre añadió—: Por favor, ¿podría traer un tapón de corcho y una vela?

Se sentó en el taburete del tocador, se puso entre las rodillas a Clara, que había dejado de sollozar, y le secó la cara.

—Ya verás cómo ahora todo estará bien —le dijo en tono tranquilizador. Me gustaba que tratara a los niños de esa manera tan bonita.

La madre, que lo había entendido, estaba carbonizando el corcho en la llama de la vela. Con paciencia, Guido trazó en la cara de la pequeña un buen bigote, una barba hasta el cuello como la de Cavour y le agrandó las cejas con el tizne. Condujo a Clara hasta el espejo.

—¿Está bien?

—¡No! —gritó la niña. Se arrancó con rabia el turbante de la cabeza y lo arrojó al suelo. Se quitó los zapatos y los estampó contra el espejo, a continuación, con frenesí, las demás prendas del disfraz. Se quedó con el pelele, con los rizos rubios cayéndole sobre los hombros, apretando con fuerza el libro de Salgari contra el pecho. El bigote y la barba mezclados con las lágrimas en su clara y delicada piel causaban un extraño efecto.

—¡Pero Clarita! ¿Cuál es el problema? —preguntaba el padre consternado.

A Guido se le ocurrió una idea. Se acercó a la niña, le cogió el libro de la mano y le señaló la cara del pirata, pintado con témperas como todas las ilustraciones de la colección. Era un rostro moreno, demacrado, con la nariz aguileña, los ojos brillantes, un rostro adulto y feroz.

—¿Era esto lo que querías?

—Esto —dijo Clara.

—¿O sea que tú habías pensado que al vestirme como Sandokán también tendrías una cara igual que la suya?

La niña asintió en silencio. La madre dijo:

—Pero él es un hombretón feo, tesoro. ¿Cómo podías pensar que te parecerías a él?

—Un disfraz de Carnaval no puede hacer estos milagros —añadió el padre—. Y, además, tú eres mucho más hermosa, eres mi florecita de oro.

Clara empezó a llorar de nuevo, esta vez ya no con rabia, sino desconsolada. Guido la estrechó en su pecho en silencio. Los demás adultos nos mirábamos perplejos. ¿Cómo se puede comprender el razonamiento de un niño, sus deseos, sus pesares?

—Venga, venga. Ya verás cómo en la fiesta todos te admirarán, irás con el disfraz más bonito —indicó la madre.

—No quiero que sea un disfraz. Quiero ser un pirata —susurró Clara contra el pecho de Guido.

—¿No te gusta cómo te he pintado la cara? Puedo dejártela mejor, si tienes un poco de paciencia.

—No quiero la cara de pirata. Quiero ser un pirata. Como Sandokán. Un pirata de verdad. Para siempre.

—Cuando seas mayor podrás ser un pirata, te lo prometo —contestó Guido en voz baja.

Después de haber asistido juntos a un drama infantil tan poco comprensible para nosotros los adultos, pero aun así tan profundo, pareció natural que al marcharnos él me acompañara y llevara caballerosamente el maletín. Ya no me daba miedo que viera dónde vivía.

—Mañana me marchó a Turín —me dijo por el camino—. Estudio en la universidad. Ingeniería. Pero cuando vuelva, señorita, me gustaría que volviéramos a vernos. Es más, mientras tanto, me gustaría escribirle, si me lo permite.

—Mejor que no —contesté instintivamente. Temía hacer el ridículo con mis frases llenas de errores gramaticales. Y, además, era mejor cortar de raíz esa relación que no auguraba nada bueno para el futuro. Yo tenía mi orgullo. Pero al mismo tiempo me daba miedo que él pudiera pensar que no quería escribirle porque no sabía hacerlo, porque era analfabeta. Cuántas contradicciones. Él no insistió. Ni siquiera para que le dijera mi nombre. Aunque eso, si hubiese querido, podría habérselo preguntado a la mujer del ingeniero.

Nos despedimos delante del portal de mi edificio. Y de pronto, en mi mente, apareció una

nueva ilusión. Como era un edificio señorial, él podía creer que vivía en uno de los apartamentos altos, no en el semisótano. ¡Pero ¿en qué estaba pensando?! Se veía al instante que sólo era una costurera. No sólo por mi ropa, sino por el hecho de que en vez de sombrero en la cabeza llevaba un pañuelo anudado en la nuca o debajo de la barbilla. El motivo de nuestro primer encuentro había sido mi máquina de coser. ¿Cómo iba a hacerme pasar por una señorita de buena familia? ¿Y cómo iba él a tener intenciones serias conmigo?

¡No, no! Como había gritado Clara, no era así como quería vivir mi historia de amor. Mentiras, engaños, decepciones, abandono. En ese mismo momento, dentro de mi corazón, renuncié a ello. Guardaría para siempre el recuerdo de su amabilidad.

—Gracias por todo —dije un poco solemne. Cogí el maletín y cerré el portón a mi espalda.

No supe si después Clara se había dejado convencer para ponerse el traje de Sandokán para el baile de los niños que se celebraba cada Carnaval en el pequeño teatro Mascagni. Tenía que terminar otro trabajo urgentemente, el ajuar para un bebé que nacería en abril y cuya abuela quería regalárselo completo el día de su nacimiento. Incluidos los paños de muletón con los que envolverle las piernas, porque era gente moderna como los Artonesi, y con las fajas rígidas de piqué afelpado y respunteado sólo le envolverían el pecho y las caderas para sujetarle la espalda. Cosía en casa, me pasaba todo el día sola, tenía mucho tiempo para pensar. Bordando aquella ropita, las toquillas, los pañales, me sorprendía fantaseando con un hijo mío, un niño que tendría las mejillas sonrosadas y los ojos oscuros y dulces de gacela. Pero enseguida apartaba ese pensamiento.

Entretanto, como siempre dedicaba un día a la semana a la ropa blanca de miss Lily Rose. La chismosa de Filomena me había informado de que últimamente la miss estaba de pésimo humor, que se encerraba en su habitación a llorar, que no podía dormir si no se tomaba una medicina que la sirvienta llamaba «su droga». También yo, cuando coincidía que la encontraba en casa, la veía abatida, melancólica. Había adelgazado tanto que tuve que estrecharle las faldas y correr los botones de las chaquetas. Comía poquísimo. Parecía enferma, a pesar de que se dedicaba a sus acostumbradas actividades con la misma energía de siempre.

Un día observé que en el pómulo derecho tenía una mancha amarillenta, como un cardenal que se hubiera descolorido. Ella se fijó en que la estaba mirando y se apresuró a explicarme: «El freno de la bicicleta. Me caí, una rama se me metió entre los radios de la rueda delantera. Por suerte no me disloqué una muñeca como te ocurrió a ti». Mucha suerte: en aquellos días estaba terminando un cuadro de tema religioso, grande, con mucho azul, y trabajaba deprisa con la espátula y el pincel. «Me lo ha encargado el deán de la catedral de G. —tuvo la amabilidad de explicarme—. Tengo que entregarlo a tiempo para la inauguración de la nueva capilla.» También ella, al igual que yo, tenía plazos que cumplir.

En su apartamento había el habitual ir y venir de gente. De vez en cuando se presentaba el

barón Salai con sus aires de dueño del mundo, lo criticaba todo, observaba de cerca el cuadro con su monóculo, decía que la perspectiva era por completo errónea, que los colores no casaban entre sí. La miss, sin embargo, al contrario de lo que solía hacer, no aceptaba sus críticas, defendía el trabajo que realizaba, y un día, en mi presencia, incluso lo mandó al diablo.

Cuando el cuadro estuvo terminado, en vez de enviarlo con el correo, la miss decidió llevarlo en persona a G. y tomarse unas breves vacaciones en aquella ciudad, donde tenía una amiga cuyo marido criaba caballos. «Un poco de equitación al aire libre me irá bien», nos dijo mientras preparaba el equipaje.

Al final las vacaciones no fueron tan breves. Miss Briscoe estuvo fuera más de un mes, y cuando volvió estaba del todo cambiada. Seguía delgada, pero con color en la cara por los paseos a caballo al aire libre, con la espalda más recta, de un humor más sereno. Se había comprado un sombrero nuevo, elegantísimo, con rosas de seda, plumas de pavo real, cerezas y otras frutas de cera, como nunca antes se había visto ninguno en nuestra ciudad. Había dejado de tomar las medicinas para dormir, me dijo Filomena, y como además mientras tanto había llegado la primavera, daba todos los días largos paseos en bicicleta. Pero no volvía con los habituales ramos de flores silvestres. Al contrario, me pidió que la ayudara a disponer en un pequeño baúl el álbum con el herbario, algunos libros antiguos, la máquina fotográfica con lo necesario para el revelado; después me hizo llevar el baúl a Correos para enviarlo a la dirección de su banco en Inglaterra. Filomena y yo nos hacíamos mil preguntas sobre las intenciones que podía tener la miss, y todavía fue mayor nuestro asombro cuando, al abrir el cajón de su mesilla en busca de un botón que se había caído de su camión, en vez del botón encontré una pistola. Un pequeño revólver que se podía llevar en el bolsillo, o en un bolsito de señora.

La miss nos sorprendió mientras nos pasábamos pasmadas aquel objeto peligroso, pero no se enfadó como nos temimos. Nos dijo que era culpa suya, que debería haberlo guardado bajo llave. Por suerte, estaba descargado, pero si lo veíamos otra vez por alguna parte no teníamos que tocarlo bajo ningún concepto. No era difícil que se escapara un disparo y muriera alguien.

Filomena, más descarada que yo, le preguntó:

—Pero ¿qué necesidad hay de tener una pistola en casa?

—Tienes razón. Y de hecho hasta hoy nunca he tenido ninguna. La compré en G. porque con mi amiga y su marido hice varias excursiones por los bosques de aquella zona, donde dicen que existe la posibilidad de encontrar salteadores. ¡Qué tonterías! —se rio—. Nos encontramos con algunos hombres un poco primitivos, pero eran pastores, y todo lo que querían de nosotros era que probáramos y compráramos su riquísimo queso.

—Pero ¿sabe utilizarla? —siguió preguntando Filomena.

—Sí, desde que era joven. En América, cuando vas de viaje, todo el mundo lleva una pistola encima. Tengo permiso de armas, de no ser así, en G. no me la habrían vendido. Pero tal vez sea mejor que la deposite en el banco, en la caja de seguridad.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que descubriéramos que no lo hizo.

Unos días después del descubrimiento de la pistola, la miss me llamó aparte y me preguntó si quería su bicicleta.

—A Filomena no se la puedo dar, su marido no le permitiría usarla. Pero tú no tienes marido, y he visto que muchas veces tienes que recorrer un largo trecho para ir a trabajar. Te sería muy útil. Además, tiene un portaequipaje grande.

«Por el amor de Dios —pensé—, toda la ciudad se reiría a mis espaldas. Pensarían que soy una chica poco seria. Y, además, ¿tendría que ponerme aquellas ridículas faldas pantalón?» Pero no podía decírselo. No podía devolverle su generosidad con una ofensa.

—No sé montar —le expliqué, en cambio—. Me caería y me haría daño. Se lo agradezco mucho. Pero perdone, ¿por qué ha decidido dársela a alguien?

—No se lo digas a nadie todavía, pero el mes que viene me iré. Me marchó a América.

—Como hace dos años. Va a visitar a su hermana, ¿verdad? Pero después volverá, la bicicleta la estará esperando guardada abajo en el almacén.

—Esta vez no regresaré. Tengo que dejar libre el apartamento, ya he cancelado el alquiler, quiero dar todo lo que no pueda llevarme conmigo.

Me lo tomé tan mal que la miss me cogió de una mano y me hizo sentar a su lado.

—Me he quedado incluso demasiado —me dijo—. Más de diez años. Y no valía la pena. Antes o después tenía que tomar esta decisión. Mi amiga de G. me ha convencido de que ha llegado el momento. Pero estoy contenta, ¿sabes? Marcharme es como comenzar una nueva vida, dejar a la espalda todos los disgustos.

No tenía suficiente confianza con ella como para preguntarle cuáles eran esos disgustos, ni ella me lo dijo.

—Lo siento mucho. La echaré de menos —balbuceé.

—No debes preocuparte por el trabajo —dijo la miss apretándome más fuerte la mano—. He dado orden a mi banco de aquí para que te pague cada mes la suma que te pago ahora, como si vinieras todavía a ocuparte de mi ropa blanca. Lo he redondeado a cuarenta liras, así el cálculo también será más fácil para ellos.

Era más del doble de lo que me daba. ¡Tanto dinero sin hacer nada! No me lo podía creer, nunca me había pasado nada parecido.

—¿Y durante cuánto tiempo? —tuve el valor de preguntarle.

—Para siempre. Una pequeña renta vitalicia. También he dispuesto lo mismo para Filomena. Así tendréis un buen recuerdo de mí.

No tenía palabras. Y pensaba en el juicio de mi abuela, de que la miss era mucho más rica de lo que aparentaba, y que era una gran señora.

Después ella añadió:

—El corsé que suelo llevar cuando viajo para esconder el dinero y los documentos está viejo,

los bolsillos se han rasgado...

—¿Debo repararlo? —pregunté.

—No. Tienes que hacerme uno nuevo, más resistente, y con los bolsillos interiores más grandes. Esta vez debo llevar conmigo todos los dólares y las esterlinas en metálico que guardo en la caja de seguridad.

No me sorprendió. Era una prenda de ropa interior, si podía llamarse así, que ya había hecho para algunas señoras mayores que solían viajar. Era fácil que les dieran un tirón al bolso, por lo que era mejor no llevar en él más que calderilla, un pañuelo, las sales, los objetos de poco valor que se necesitaba tener más a mano. Para las cosas importantes de más valor, el corsé era ideal. Para apoderarse de lo que contenía, era preciso usar la violencia, un cuerpo a cuerpo, además de desnudar a la víctima. Pero eso no podía suceder si tenía la precaución de no quedarse nunca sola en lugares aislados.

El viejo corsé de la miss se lo había hecho mi abuela muchos años atrás. Lo había visto algunas veces mientras ordenaba los cajones, y lo cierto era que se notaba estropeado. De modo que con el dinero que la miss me anticipó fui a comprar una tela resistente, cinta, corchetes nuevos, nuevas ballenas. Saqué el patrón en papel que guardaba junto a los otros, lo corté, lo hilvané y se lo llevé a miss Briscoe para que se lo probara.

—Está bien. Pero quiero más bolsillos —me dijo.

—Si lo llena demasiado, se volverá rígido como una coraza —observé.

Ella se rio.

—La coraza de un guerrero. Esta vez me hará falta. Será una buena batalla si logro apartarme de este lugar, apartarme de...

Se interrumpió. A continuación, se levantó y empezó a caminar nerviosamente por la habitación.

—¡Basta! —exclamó sin dirigirse a mí, como si hablara a los muebles y a las paredes—. ¡Basta! Se acabó. ¿Adónde me ha llevado mi paciencia? No puede casarse conmigo, dice. ¿Y por qué? ¿Qué obstáculos lo impiden? ¿No me cree digna de él? ¿No puede? Que tenga el valor de decirme que no quiere, que se avergüenza de mí. Pero soy yo la que me avergüenzo de él. ¿Qué se cree?, ¿que todavía vivimos en la Edad Media, en la época de los esclavos? ¿Quiere una concubina y mantener el secreto? Pero yo soy una mujer libre. No soporto sus celos. Y tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí y dejar que me ofenda. El mundo es grande, yo todavía soy joven, me quedan muchas cosas bonitas por ver, por hacer. ¿Qué se cree?, ¿que me ha cortado las alas? ¡Ah, ya verá si todavía sé volar!

Yo la miraba con unos ojos como platos, sujetando el corsé con una mano. Así pues, la abuela tenía razón. Había un hombre detrás. Pero ¿quién? ¿Tan ingenua había sido durante todos esos años que no me había dado cuenta? Filomena probablemente lo supiera.

La miss volvió a sentarse a mi lado. Su desahogo la había calmado. Le reían los ojos.

—Tengo tantos planes, ¿sabes? Cosas que siempre he pospuesto, amigos a los que no veo

desde hace tiempo. Antes de zarpar hacia América quiero visitar Escocia, y luego la isla de White. Allí hay una luz especial, mi amiga Ellen me espera para enseñarme su laboratorio de fotografía. Una técnica nueva, retratos hechos como cuadros, yo también quiero aprender. Cuánto tiempo he perdido...

—Ha hecho muchas cosas buenas también aquí —observé tímidamente.

Ella me abrazó. Ninguna señora lo había hecho nunca. Sólo la señorita Ester alguna vez. Eran dos mujeres especiales.

—Escúchame —dijo la miss muy seria—. Eres joven, y puede suceder que te enamores. Pero no permitas nunca que un hombre te falte al respeto, que te impida hacer lo que te parece justo y necesario, lo que te gusta. La vida es tuya, tuya, recuérdalo. No tienes ninguna obligación excepto contigo misma.

Palabras difíciles, palabras americanas. Una mujer debe sacrificarse, debe aguantar, no puede dejar que murmuren a sus espaldas. Era lo que siempre me habían enseñado, lo que hacían todas. ¿Acaso no era un gran sacrificio para mí renunciar a mis sueños con el señorito Guido? Ya pensaba en él como en mi abuela. Con gran afecto, con añoranza, como una persona a la que sólo volvería a ver en el paraíso, si es que existía.

Reforcé el corsé como me había pedido la miss. Añadí algunos bolsillos. Ella había adelgazado tanto en los últimos tiempos que incluso después de haberlo rellenado bien con billetes y monedas seguía teniendo una silueta esbelta. Hicimos varias pruebas. Con la chaqueta puesta no se adivinaba que pudiera llevar encima todo ese dinero. Había retirado del banco todo el metálico que tenía, y era una buena cantidad. Me asombraba que con todo ese dinero en casa no cerrara la puerta con llave y que siguiera confiando su seguridad a la aldabilla.

Día tras día regalaba sus cosas a las personas que iban a verla. La noticia de su partida definitiva se propagó por la ciudad. Quienes se habían relacionado con ella durante todos esos años iban a despedirse. También vino el barón Salai, un día que yo estaba ayudando a la miss a colocar los trajes en el gran baúl vertical que viajaría con ella. Había otras personas en la habitación, pero cuando el barón empezaba a pontificar, todos se callaban por respeto. Él sabía que se hacía oír y hablaba remarcando las palabras, como un actor de teatro. La miss escuchaba distraídamente, continuando con su tarea.

—Así pues, se ha decidido —dijo el barón mirando con desaprobación las paredes desnudas de cuadros, que habían dejado una marca—. Una decisión equivocada. Se arrepentirá.

—No lo creo —respondió la miss tranquila—. Me alegrará volver a ver mi casa, a mi hermana, a mis amigos.

—A sus mejores amigos los deja aquí —dijo el barón.

—No han demostrado serlo. Por fin lo he comprendido.

—Usted no entiende nada. Es una estúpida.

—Si piensa así, no sentirá mi marcha.

—No, en efecto. He venido a despedirme porque yo también me marchó. Tres días antes que usted. Me voy a París.

—Le deseo un buen viaje. Que se divierta.

No pude evitar pensar en Le Chabanaïs. Después del escándalo de las Provera, mi inocencia sobre ese tema ya no existía. Sin duda, pensé, al barón no le faltarían los quinientos francos de la tarifa básica.

Lo vimos salir y continuamos colocando los trajes y luego los sombreros en las sombrereras.

Llegó la víspera de la partida de la miss. El equipaje ya había sido enviado a la estación. En el apartamento quedaban unos pocos muebles, que el propietario quería quedarse, los del dormitorio y los del salón. Filomena y yo habíamos terminado de barrer el suelo de las habitaciones vacías y ella se había ido a su casa, con el compromiso de volver antes del amanecer con su marido y un carruaje de alquiler para acompañar a la miss a la estación. Yo me quedé todavía un rato para comprobar que todo estaba en su sitio, en orden. Volví a recorrer las habitaciones. Para la miss era importante entregar el apartamento tal como lo había recibido. Al final me despidió con un abrazo, una buena y generosa propina y una nota en la que miss Lily Rose había escrito su dirección de Nueva York.

—Si algún día piensas en emigrar, escíbeme —me pidió. Yo lloré un poco. Ella no. Estaba demasiado contenta, demasiado excitada para conmovirse. El traje chaqueta para el viaje estaba listo, al igual que el corsé, ya relleno de billetes y monedas.

—Prométame que al menos esta noche cerrará con llave —le rogué.

—Está bien, te lo prometo. Pero ahora vete. Es tarde. Buena suerte. —Bajé la escalera secándome los ojos con el delantal. Aunque ella no quería, había decidido que al día siguiente iría a esperarla a la estación para despedirme por última vez.

Aquella noche no podía dormir. Me adormilaba durante unos minutos, empezaba a soñar y enseguida me desvelaba sobresaltada. Soñaba con la abuela, que me miraba con una expresión preocupada, parecía que intentara advertirme sobre algún peligro. «Lo sé, lo sé —quería contestarle—, no te preocupes, ya no sigo pensando en Guido Suriani.» Pero me despertaba antes de que pudiera hablar. Hasta que decidí levantarme. Encendí la vela, cogí un libro. La casa estaba fría, me abrigué con el chal y me senté al lado de la ventana esperando a la luz del alba para vestirme y salir como había decidido.

Pero el sol no se había asomado todavía cuando oí llamar suavemente a las persianas que daban a la calle. Era Filomena.

—¡Ven! ¡Corre! —me dijo con voz baja y angustiada—. Ha ocurrido una desgracia. Está la policía. Quieren hablar contigo.

—Pero ¿dónde? ¿Qué ha ocurrido?

—En casa de la miss. Está muerta.

Sentí como una punzada en el corazón. En un instante me puse una falda y un corpiño encima del camión, me arrebujé en el chal porque estaba helada de angustia y corrí detrás de Filomena.

La encontraron, escribieron los agentes en su informe, con el traje de viaje puesto, la chaqueta de gabardina gris y un extraño corpiño debajo relleno de billetes italianos y extranjeros, dólares sobre todo. También había, en uno de los bolsillos, justo en el lado izquierdo, un buen número de esterlinas de plata. Con un poco de suerte, una de las monedas podría haber detenido el proyectil que le alcanzó el corazón. Pero no fue así. Realmente miss Lily Rose Briscoe había tenido mala fortuna, en la vida y en la muerte.

En el apartamento, cuando llegué, había varios agentes de Seguridad Pública y el doctor Bonetti, que vivía enfrente. El agente de más edad me llevó a ver a la miss. Estaba en su habitación, colocada en la cama, cubierta hasta la barbilla con una sábana, bien peinada. Parecía que estuviera durmiendo. Sobre la butaca de al lado estaban dispuestos el traje de gabardina, el corsé y la combinación.

—¿La reconoces? —me preguntó el hombre con amabilidad, sujetándome por un codo dispuesto a sostenerme en caso de que tuviera un desvanecimiento. Me había visto en el espejo de la cómoda, estaba más pálida que la sábana. Pero no me desmayé. Tenía la sensación de estar dentro de una bola de cristal, como si me encontrara en otro sitio y mirase la escena, conmigo dentro, desde una gran distancia.

—Por supuesto que la reconozco —dije—. Es miss Lily Rose Briscoe. Trabajo..., trabajaba para ella desde hacía diez años.

—La sirvienta dice que tú fuiste la última persona que ayer la vio con vida. ¿Es cierto? ¿A qué hora te fuiste?

—A las ocho y media. Pero ¿qué ha sucedido? Estaba perfectamente. ¿Ha sufrido un ataque? Una mujer tan joven. ¿El corazón?

—El corazón. Ya. ¿Es que no te ha dicho nada la sirvienta? Se ha pegado un tiro.

Me derrumbé sobre la butaca, sentada encima de la ropa de la miss, y sentí contra la espalda el estorbo del corsé lleno de dinero, la dureza de las monedas.

—No puede ser —dije—. No me lo creo. Habrá entrado un ladrón. Había mucho dinero en la casa.

—Y todavía está. No falta nada, eso dice la sirvienta. Ven conmigo y compruébalo tú también.

Lo seguí al salón. Había un alboroto indescriptible. La bolsa de viaje estaba abierta y las cosas de la miss esparcidas por ahí, en el suelo, encima de las sillas, por todas partes. Páginas arrancadas de un libro. Billetes de grande y pequeño tamaño. Sillas volcadas. También estaba tirado en el suelo el tapete de terciopelo con flecos que solía cubrir la mesa, además del jarrón de

cristal con los junquillos; el agua había formado un pequeño charco. Y, a los pies de la butaca, la pistola.

—¡No la toques! —me conminó el agente—. Estamos esperando a que llegue el comisario. — Le habían dibujado alrededor, en el suelo, el contorno de la silueta con tiza blanca.

—Pero está claro que ha entrado alguien. Han luchado —observé. Me parecía de verdad extraño que, antes de suicidarse, la miss pudiera haber provocado a su alrededor, ella sola, un desastre como aquél.

—La puerta estaba cerrada con llave. Y en las ventanas no hay ninguna marca de forzamiento. Lo hemos comprobado todo —comentó el agente.

—La miss solía tener ataques, crisis de histerismo. Lo tiraba todo por los aires, rasgaba los libros, rompía vasos —dijo Filomena, que estaba al lado de la puerta retorciéndose las manos. La miré asombrada. En tantos años nunca había presenciado ninguna de esas crisis, ni nunca había oído hablar de ellas—. No te lo había dicho porque después ella se avergonzaba —me explicó—. Le daban cuando abusaba de las drogas.

—No hables así. Era una medicina para dormir. Hacía meses que no la tomaba.

—¿Tú qué sabrás? El agente ha encontrado un vaso usado y el frasco abierto encima de la cómoda.

Mientras tanto, el médico no había dicho ni una palabra. Yo lo conocía, en los tiempos de mi abuela habíamos estado alguna vez en su casa con su mujer para darle la vuelta a un abrigo. Gente respetable, los Bonetti, pero con demasiados hijos para poder permitirse trajes nuevos a menudo.

—¿Estaba nerviosa la americana ayer cuando te fuiste? ¿Se quejaba de algo? —me preguntaron los agentes.

—No. Estaba tranquila. Contenta. No tenía ningún motivo para matarse.

—No te lo habría contado a ti —me interrumpió Filomena. No podía entender tanta agresividad por su parte. Me dio un mareo. Alguien me trajo un vaso de agua.

Entretanto había llegado el comisario con un fotógrafo de la policía. Quiso que le contaran una vez más cómo habían ido las cosas. Fue Filomena quien encontró a la miss. Contó que se había citado con su señora a las seis de la mañana: el tren salía a las siete. Pero ella se despertó sobresaltada a las cuatro, por una pesadilla en la que la miss la llamaba llorando.

—Normalmente no hago caso de esas cosas, no soy supersticiosa. Pero ese sueño era muy extraño. Como si fuera real incluso una vez despierta. Me he levantado y, sin molestar a mi marido, he venido a ver. Vivo justo detrás de la esquina.

Me vino a la cabeza el recuerdo de la abuela con su rostro preocupado, a la misma hora. Pensé que quizá no había venido para ponerme en guardia contra el estudiante, sino por la miss. Pero de inmediato me sentí avergonzada, no podía contarle esas ideas a un comisario.

Filomena había ido corriendo a casa de la miss y, a diferencia de lo habitual, se había encontrado la puerta cerrada con llave. Pero ella tenía una copia; abrió, entró y enseguida advirtió el desorden. Un zapato de la señora estaba en el suelo, del revés, delante de la entrada del ropero. La miss estaba en el salón, sentada en la butaca, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, inconsciente. Jadeaba.

—¿Iba en camisón? —preguntó el comisario.

—No. Llevaba su traje de viaje.

—¿A las cuatro de la madrugada todavía no se había metido en la cama?! ¿O es que ya se había levantado y se había vestido?

Filomena se encogió de hombros. Ella no era responsable de las extrañas costumbres de la miss. Ya había visto muchas otras, dio a entender. Se había asustado, y en vez de socorrer a su señora se había ido corriendo a la calle a avisar al doctor Bonetti. Había regresado con él.

Parecía que la miss ya no respiraba, pero no se veía sangre, contó el médico, de modo que había pensado en un desmayo, o un ataque al corazón, por lo que todavía se podía hacer algo. Entre los dos la levantaron y la llevaron a la cama; el doctor le desabrochó la chaqueta para que respirara mejor y encontró el corsé. También se lo desató y con gran asombro descubrió, en el lado izquierdo del pecho, el orificio de una bala. Acercó una pluma a la boca de miss Briscoe. No se movió. El cuerpo, sin embargo, no estaba frío ni rígido, explicó. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta la americana? Era difícil decirlo. ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Veinte? No más de treinta, pero tampoco se podía saber con certeza porque en el salón la gran estufa de porcelana estaba encendida y hacía mucho calor.

—Cuando yo la he encontrado todavía respiraba, jadeaba —repitió Filomena—. Y el doctor no ha tardado más de cinco minutos en venir.

—Pero ¿cómo es posible que no hubiera sangre? —preguntó el comisario.

—Puede suceder —explicó el médico—. Si el proyectil ha atravesado también el pulmón, la sangre puede haberse acumulado allí dentro. Lo dirá la autopsia. Pero eso no cambia nada.

A pesar de que Filomena, que seguía convencida de que se trataba de un suicidio, había insistido en no decir nada para defender a la miss del escándalo y de la condena de la Iglesia, el doctor Bonetti la había enviado a buscar a los agentes al puesto de policía más cercano. Fue entonces cuando uno de los hombres, al entrar en el salón, se había dado cuenta de que en el suelo, a los pies de la butaca, cerca de los junquillos, estaba el revólver de la americana. El comisario nos hizo declarar a la camarera y a mí y ambas dijimos que conocíamos la existencia del revólver, que la miss lo había comprado recientemente y que lo guardaba en el cajón de la mesilla de noche. «Para dispararse cuando le viniera en gana», comentó Filomena con un tono de condena que me ofendió. No sé por qué estaba tan segura de que se trataba de un suicidio. ¿Sólo porque la puerta estaba cerrada con llave?

Pero el doctor no estaba tan convencido. Acompañó al comisario al dormitorio, cogió de la butaca el traje y el corsé y se los mostró. Yo, que los había seguido, también los vi. Estaban

intactos. No había ningún orificio, ninguna mancha de sangre, ni siquiera una pequeña quemadura. ¿Cómo había podido la bala atravesarlos y alcanzar el corazón?

—La miss le tenía mucho cariño a esa chaqueta —se entrometió Filomena—. Se la habrá desabrochado y apartado antes de dispararse.

—¿Y luego se la ha vuelto a abrochar? ¿Y el corsé? Es muy rígido, y está cerrado por una hilera de corchetes. Me ha costado abrirlo —dijo el doctor.

—Pero ella tenía práctica. Y no ha muerto enseguida, cuando la he encontrado todavía respiraba. Podría haber vuelto a abrochárselo —insistió Filomena.

El comisario lo apuntaba todo. Nos pidió que mirásemos con atención y le dijéramos si faltaba algo. Quiso saber quién más tenía las llaves. No faltaba nada, y las llaves sólo las tenía Filomena.

El hecho de que la ropa estuviera intacta, sin embargo, era demasiado extraño. El médico se negó a firmar el certificado de suicidio. El comisario decidió abrir una investigación. Hizo poner precintos al apartamento. Filomena protestaba, quería salvar la reputación de miss Briscoe, temía las murmuraciones. No para contentarla, sino para no poner sobre aviso al posible culpable, el comisario decidió difundir la noticia de que la miss, la víspera de su partida, había muerto de un ataque cardíaco, y a nosotras nos pidió que guardáramos silencio.

Además, de este modo se obtuvo de la Iglesia la autorización para el funeral religioso, en el que participaron las personalidades más importantes de la ciudad, las familias influyentes, quienes la conocían bien y los que sólo la conocían de vista. Fue más por curiosidad, creo, que por afecto, para controlarse los unos a los otros, para ver quién estaba y quién no. El barón Salai no asistió, naturalmente. Pero todos sabían que se había marchado a París. Sí, era uno de los visitantes más asiduos de la casa de la miss, pero nadie esperaba que volviera de tan lejos para su funeral. Al final del cortejo, iba un grupo numeroso de pobres como yo, personas humildes, gente del pueblo que había trabajado para miss Briscoe, a los que ella había tratado con cordialidad y confianza, sin «guardar las distancias» como habrían querido los burgueses. La pobre miss fue enterrada en nuestro cementerio.

Hoy nadie va a visitar su tumba, ni siquiera Filomena, que, al igual que yo, recibe cada mes su vitalicio, que no debe de ser tan pequeño como el mío porque ahora ya no trabaja de sirvienta y se viste en Belledame, aunque se ve de lejos que no es una señora. En realidad, no sólo ignoro a qué cantidad asciende su renta; no sé ni siquiera qué mensualidad le pagaba en vida la miss ni si le había dejado algo en su testamento. Pero yo, cada vez que voy a ver a la abuela, le llevo también una flor a la americana. Me paro delante de su lápida, le dedico un pensamiento afectuoso y me digo: «¡Ah, si los muertos pudieran hablar!». Porque yo, después de tantos años, todavía no me creo que se suicidara.

Dos meses después de su muerte se cerraron las investigaciones. Los dos testigos más

importantes éramos Filomena y yo. Un poco menos importante era el doctor Bonetti, que no se había relacionado mucho con la miss antes de su muerte y no podía decir que la hubiera conocido bien.

Las declaraciones de Filomena y las mías eran contradictorias. Yo afirmaba que sí, que la miss había tenido alguna crisis de melancolía y de desánimo tiempo atrás, y que en esa época necesitaba un somnífero para dormir. Pero que nunca había perdido los nervios delante de mí, nunca había tenido crisis histéricas, siempre se había comportado de manera razonable. Y, en todo caso, esos momentos de crisis pertenecían al pasado. Desde que había vuelto de G., la miss estaba bien, tranquila; mejor dicho, más que tranquila, contenta, cargada de planes. Pensaba con entusiasmo y anhelo en su próximo viaje, en regresar a su patria, en abrazar a su hermana. Y estaba segura, podía jurarlo por Dios, de que no tenía ninguna intención de suicidarse. En mi opinión, insistía, alguien la había matado. Alguien que la había sorprendido en camisón le había disparado y después la había vestido. La camisa no había sido encontrada, me objetaron. No costaba mucho, respondí, hacer una pelota con ella, era de una batista muy fina, y metérsela en el bolsillo para llevársela.

Pero la puerta estaba cerrada con llave. Podía haberla abierto ella misma, sería alguien a quien conocía. O bien era un visitante tan asiduo, tan de confianza, que poseía otra copia de la llave.

—Eso son hipótesis, no hechos. Diga sólo lo que sabe con seguridad, lo que ha visto —me reprendieron.

Filomena declaró bajo juramento que la miss siempre había tenido un temperamento neurasténico, que montaba escenas, que consumía drogas, siempre, hasta el último día. Que delante de ella había amenazado más de una vez con matarse, ante la más mínima contrariedad. Por motivos sentimentales, sobre todo. A menudo tenía aventuras. No, no era una señora decente como las nuestras. Era americana. Por allí tienen otra moral. La miss se enamoraba a menudo de hombres indignos de ella, de baja estofa, y les pagaba, además, los cubría de regalos. Después se arrepentía, se sentía traicionada, se avergonzaba y quería morirse. Había comprado la pistola con este objetivo y se lo había confiado: «Debería habérsela quitado, lo sé. Tirarla, hacerla desaparecer. Pero no creía en esas amenazas y, además, era mi señora». Le preguntaron si podía decir el nombre de esos amantes. Contestó: «No de todos. Y además lo negarían. Y ninguno de ellos tenía las llaves, estoy segura». Declaró que la miss tenía una verdadera obsesión por la limpieza de la ropa, que antes que mancharla o ensuciarla habría hecho cualquier cosa, incluso desnudarse, dispararse y volver a vestirse. Que yo no podía conocerla bien, no podía saberlo todo de la miss; al fin y al cabo, la veía sólo una vez a la semana, no vivíamos juntas todos los días como ella.

Pero ¿cómo podían los investigadores no darse cuenta de que Filomena estaba mintiendo? ¿Y con qué objetivo, además? ¿Para defender a alguien? Pero ¿a quién? Yo misma no lograba adivinarlo. De una cosa estaba segura: que esas historias de los amantes, y que la miss les

pagaba, eran una invención. ¿Cómo podía hacer unas acusaciones tan infames sobre una persona que no podía defenderse y que siempre la había favorecido? ¿Y cómo podía yo desmentirlo?

El médico declaró que a su llegada la miss ya estaba muerta, no podía decir con exactitud cuánto tiempo hacía. Y que estaba vestida de la cabeza a los pies, con la chaqueta del traje de viaje abrochada hasta el cuello. Y que la chaqueta y la ropa interior estaban intactas, sin ningún signo del disparo de pistola. Así como el dinero guardado en el corsé. Que consideraba poco probable que la pobrecita hubiese tenido tiempo y fuerzas de volver a vestirse o incluso sólo de abrocharse después de que la bala le atravesara el corazón. Pero que no podía descartarlo de manera absolutamente categórica. La gente que está a punto de morir puede hacer las cosas más increíbles. Lo sabía por experiencia.

Creyeron, quisieron creer, a Filomena y en las dudas del doctor. A mí me dijeron que era un poco demasiado exaltada, que habían recabado información sobre mí. Sabían que leía novelas. Me aconsejaron que mantuviera a raya mi imaginación.

La investigación quedó archivada como suicidio. El obispo en ese momento se comportó de manera generosa y no mandó sacar la tumba con los restos de miss Briscoe del cementerio. Si la buscáis, todavía está allí.

Quitaron los precintos del apartamento y el propietario nos pidió a Filomena y a mí, que habíamos trabajado allí durante tantos años, que fuéramos a hacer una última limpieza, que lo dejáramos todo en orden e hiciéramos desaparecer los vestigios de lo que había ocurrido. Hecho esto, haría encalar las habitaciones y buscaría otro inquilino.

Para barrer mejor, apartamos los pocos muebles que quedaban, limpiamos los suelos. A mí me tocó, entre otros, el cuartito que había al lado del dormitorio. Había poco que hacer aparte de fregar el suelo. Hacía tiempo que estaba despejado; la víspera de la tragedia yo misma lo había comprobado una última vez y había visto que estaba vacío. De modo que me quedé asombrada al ver brillar algo en el suelo, en un rincón, en medio de la pelusa que se había formado por el calor durante esos últimos dos meses en que la casa había estado cerrada. Me acerqué a cogerlo. Era un monóculo, montado en oro, con el cordoncillo de terciopelo lleno de polvo.

Llamé a Filomena. Se lo enseñé sobre la palma de la mano. No sabía qué pensar.

—Por esta casa pasaba gente de todo tipo —me dijo ella—. Era peor que un burdel. A saber cuánto tiempo llevaba este trasto aquí y no nos habíamos dado cuenta.

—Yo me habría dado cuenta. Vi perfectamente, la última noche, antes de despedirme de la miss, que aquí dentro no había nada —protesté.

—Tú lees demasiadas novelas, se te han subido a la cabeza, ¿quién te crees que eres? ¿No recuerdas lo que te dijo el sargento? Intenta mantener a raya la imaginación o acabarás mal.

Me quitó el monóculo de la mano y lo tiró al cubo con el resto de la basura.

La caja de hojalata de las ilusiones



«Entre pobres hay que ayudarse —me repetía siempre la abuela—, porque si esperamos a que sean los ricos quienes nos socorran en la necesidad, estamos apañados.» Por su parte, nunca había rehusado compartir un pedazo de pan, aunque fuera el último que nos quedara, con una vecina en apuros, o renunciar al sueño por velar a un niño enfermo mientras la madre terminaba un trabajo que tenía que entregar por la mañana sin falta. En el barrio tenía un montón de amigas, mujeres solas como ella, ancianas que habían perdido a su familia en la epidemia, jóvenes viudas con hijos pequeños, o jóvenes madres que tenían marido pero no podían contar con él porque bebía o no lograba conservar un trabajo. Mi abuela no le negaba a ninguna una paletada de brasas, un consejo, un plato de sopa, un recorte de tela para poner un parche a la falda que estaba hecha trizas. En cuanto a pedir ayuda para sí misma, era un poco reacia; era consciente de la miseria de los demás, y además tenía su dignidad: siempre se había enorgullecido, desde joven, de ocuparse de sí misma y de los suyos. De ella aprendí esa necesidad de independencia, es más, puedo decir que lo absorbí de su ejemplo sin darme cuenta. Si no podía prescindir de pedir un favor, intentaba devolverlo en el menor tiempo posible. A la planchadora, por ejemplo, que vivía justo enfrente y a la que de vez en cuando, si tenía demasiado trabajo, debía pedirle que me hiciera la sopa o me limpiara la escalera o enviara a su hija a hacer una entrega, si no podía pagarle, procuraba proporcionarle trabajo, o le pasaba algún vestido que me regalaban mis clientas cuando ya no lo querían.

Zita y Assuntina eran pobres de verdad. No tenían a un hombre en casa desde que, poco tiempo atrás, a su marido y padre, respectivamente, lo habían matado en una pelea de borrachos. Madre e hija vivían en unos bajos, un sótano sin ventanas, húmedo, por debajo del nivel de la calle, al que se accedía descendiendo tres escalones. No era fácil en ese entorno siempre en penumbra planchar la lencería de los señores y entregarla blanca e inmaculada, sin que se ensuciara de hollín o se quemara con las chispas que salían de la plancha calentada con las brasas del carbón. Las prendas que además tenía que almidonar, como las camisas de hombre, eran un verdadero problema. Zita siempre debía tener preparadas al menos tres planchas encima de los fogones para no perder el tiempo esperando a que la que estaba usando, una vez se había

enfriado, se calentara de nuevo. Si hubiera tenido un patio con una toma de agua en la que montar un lavadero podría haber ofrecido el servicio completo y ganar un poco más; en cambio, debía limitarse a recoger la ropa húmeda de la lavandería.

Tenía algunas clientas fijas; la mayor parte se las había procurado yo, como la miss americana, que había sido su clienta más generosa, y con ellas salía adelante. Más mal que bien, porque a menudo ella y su hija no podían permitirse comer otra cosa que pan duro sin siquiera una gota de aceite; para ellas, las habas secas con col o las berenjenas asadas, que en la ciudad llamábamos «la carne de los pobres», eran un lujo que sólo podían permitirse los domingos. Si yo no les hubiera pasado, como he dicho, algún vestido de los que me daban mis señoras y que yo les arreglaba, madre e hija habrían ido vestidas con harapos.

Cuando la miss murió, se produjo entre nosotras una situación desagradable, una especie de desequilibrio. Zita se quedó sin aquel dinero del cual, a pesar de ser poco, dependía, y yo, transcurrido el tiempo necesario para solventar la burocracia, empecé a recibir del banco la renta vitalicia mensual de cuarenta liras, que, como es natural, no me eran suficientes para vivir, pero que me daban una tranquilidad, un respiro que nunca habría imaginado, sobre todo porque no tenía que esforzarme, no tenía que hacer nada para ganármelas.

Las ocho primeras mensualidades, precisamente porque llegaban con retraso, las recibí todas a la vez a finales de diciembre, trescientas veinte liras, una verdadera fortuna que me indujo a abandonarme a mis sueños más absurdos. Podría sacar un abono para la temporada lírica, como siempre en el gallinero, por supuesto, pero para todas las funciones. No me perdería ni una sola ópera, no tendría que devanarme los sesos para escoger cuál, o cuáles dos, podía permitirme. O podría apuntarme a una escuela nocturna, aprender bien ortografía, no tener que avergonzarme si debía escribir alguna carta. Y también aprender un poco de historia, de geografía, de aritmética. Tal vez obtener el diploma de estudios elementales, a pesar de que para mi trabajo no iba a servirme de nada. No sabía si el vitalicio me bastaría para la escuela, si tendría tiempo de asistir a las clases, era una posibilidad demasiado irreal. Pero recibir todo ese dinero de golpe se me subió a la cabeza. Aunque también tenía deseos más modestos. Un viaje en tren, por ejemplo. Nunca había subido a ninguno, si bien lo había visto partir y llegar muchas veces. Un viaje, aunque fuera corto. Tal vez sólo hasta G. Sabía que era posible ir y volver en un día, sin tener que gastar en dormir. O incluso llegar a P., al puerto, y ver por fin el mar. Pero en ese caso sabía que debería pasar la noche fuera. ¿Me bastaría el dinero para un hotel modesto? Las pequeñas pensiones de las que había oído hablar a la señorita Gemma me daban miedo, no me fiaba de ir yo sola, ¿y si entraba algún desconocido en mi habitación? Aunque quizá, fantaseaba, en P. hubiera un convento en el que podrían alojarme por una noche. Claro, pero ¿cómo les haría entender a esas monjas que era una joven decente y no una cabeza loca en busca de aventuras? Mientras iba haciendo castillos en el aire también me dio por pensar que no me merecía ese

dinero, ya que no hacía nada para ganármelo, que debería compartirlo con Zita. Pero confieso que aparté enseguida esa idea, las excusas no me faltaban. La miss había dejado ese dinero para mí; dárselo a otra habría sido como ofenderla. Ella sabía que había alguien que lavaba y planchaba su ropa blanca, que yo no me ocupaba de ello. ¿Por qué no les había dejado un vitalicio también a ellas? Porque no sabía su nombre, me sugería una vocecita interior, porque nunca les había visto la cara, porque siempre me había encargado yo de todo. ¿Así pues? La ciudad estaba llena de pobres. ¿Ahora tendría que repartir con unos extraños todo lo que me había ganado con mi duro trabajo? ¿No era suficiente que vistiera de la cabeza a los pies a madre e hija ajustándoles los vestidos de la mujer del ingeniero Carrera y de Clara que ya no querían y me daban? Vestidos gruesos, cálidos; Assuntina ya no debía resguardarse del frío con el echarpe de punto como las demás niñas de la callejuela, sino que tenía un abrigo de lana con solapas de terciopelo como las hijas de los señores. En un principio, en la parte de delante tenía también unos preciosos alamares, pero al ajustárselo los había quitado; me parecían de una elegancia inapropiada para la hija de una planchadora. Le gustaba tanto aquel abrigo que para conservarlo no se lo ponía a menudo. Prefería envolverse con un viejo chal mío, tal vez también para no parecer demasiado distinta de las demás niñas de la calle. Además, le conseguí un par de zapatos de invierno en buen estado, sólo dos números más grandes, que con los calcetines de lana le quedaban a la perfección y le durarían incluso durante el año siguiente. Zita nunca dejaba de darme las gracias, y habría querido pagarme al menos las horas que había invertido descosiendo, entrando, haciendo dobladillos, corriendo los botones. Pero yo sabía que no tenía un céntimo y me hacía la magnánima. «Me debes una», le decía. Esperaba convencer a la mujer del ingeniero para que confiara el planchado de su ropa blanca a mi amiga, de manera que pudiera reemplazar el trabajo perdido por la muerte de la miss. Pero por el momento la señora tenía una lavandera que también era planchadora, y le estaba bien así. No tenía intención de cambiar.

Ese invierno había sido largo y frío. Assuntina enfermó de pulmonía y se recuperó de milagro, decía el doctor. Ahora, con la vuelta del buen tiempo, salía de nuevo a jugar a la calle con la bufanda roja que había sido de Clara bien envuelta en el cuello. Hacía alguna entrega para mí que le pagaba a diez céntimos. En el mercado del sábado le compré un regalo, un bote de miel para la tos.

Tenía tal embrollo en la cabeza sobre cómo emplear mi vitalicio que decidí posponer la decisión y pedir consejo a la señorita Ester cuando volviera de otro de sus viajes. Metí las trescientas veinte liras, y las otras que me llegaban puntualmente cada mes, en la caja de hojalata, que empecé a llamar «caja de los deseos», y me dediqué a trabajar. Por fortuna, no me faltaban los encargos: poco a poco la clientela se había ampliado; la mujer del ingeniero Carrera había corrido la voz y me pedían muchos trajes para niños, no sólo disfraces de Carnaval o para las funciones, sino además batitas, camisas, calzones hasta la rodilla, chaquetillas con alamares, así

como mucha ropa interior, también infantil. Si hubiera querido, podría haberme especializado. Pero la experiencia adquirida con la abuela, cuando dejamos todos los demás trabajos para dedicarnos al ajuar de los Artonesi, me desaconsejaba seguir por ese camino. Había familias a las que servía desde hacía años, familias compuestas sólo por ancianos, que pagaban bien y con puntualidad. Los Delsorbo, por ejemplo. Gente extravagante; a la abuela no le gustaban, aunque nunca quiso contarme el motivo. Había servido en su casa muchos años atrás, cuando yo todavía no había nacido, pero sólo durante unos meses. Descubrió algo que no le agradó y prefirió marcharse. Pero sí aceptaba los trabajos de costura, no podía permitirse rechazarlos. Conmigo, debo reconocerlo, los Delsorbo siempre se habían portado bien. No como esas señoras con tantos melindres y sonrisitas que cuando terminaba el trabajo me decían: «Por lo que te debo, pasa la semana que viene». Y cuando volvía resoplaban: «¡Pero cuánta insistencia!». Y me hacían pasar tres o cuatro veces más antes de que me pagaran. Yo sabía que al final pagarían, pero mientras tanto la tienda de comestibles ya no me fiaba nada, y tenía que comprar petróleo y velas; además, estaba segura de que ellos tenían ese dinero en la cartera, así pues, ¿por qué se hacían tanto de rogar? ¿Por qué me trataban como a una mendiga molesta que los acosaba con sus pretensiones? ¿Tal vez para que no se me subiera a la cabeza? ¿Para que aprendiera cuál era mi sitio?

Los Delsorbo, no. Ellos, el mismo día que terminaba el trabajo, me daban lo que habíamos pactado. Quirica me entregaba el dinero envuelto en los retales de tela que habían sobrado. No eran muchos los que me los daban; para mí esos retales eran preciosos, podían hacerse muchas cosas con ellos, desde un simple parche para las almohadillas de los alfileres hasta bolsillos para esconder debajo de la falda, y cosiéndolos entre sí con paciencia, juntando con gusto los tejidos y los colores, incluso cojines, mantas, cubrecamas. «¡Cógelos, cógelos! —me decía Quirica—. ¿Qué quieres que hagamos nosotras con ellos, pobres viejas? ¿No ves cómo tenemos los dedos?» Ella los tenía deformados por la artritis, y sin embargo todavía trabajaba en la cocina como cualquier joven, y planchaba las camisas de don Urbano como ni siquiera Zita lo hacía en sus mejores tiempos. Quirica era la «sirvienta vieja». Era ella quien usaba, para definirse, ese apelativo, que yo, por respeto, nunca habría pronunciado en su presencia. No sé qué edad tenía. En la época de la unificación de Italia llevaba sirviendo ya unos cuantos años. Luego había, en casa de los Delsorbo, una «sirvienta joven», Rinuccia, que de edad rondaría los cincuenta, también ella con las manos tan estropeadas como para no poder manejar una aguja.

En esa casa se respetaba una rigurosa separación «geográfica» entre las sirvientas y los señores, como si vivieran en dos planetas distintos. Las fronteras entre los dos territorios, por supuesto, eran cruzadas por las sirvientas para hacer la limpieza, servir la mesa, abrir y cerrar las persianas; pero una vez realizadas estas tareas las dos mujeres se retiraban apresuradamente al otro lado del pasillo de servicio, donde estaba el cuarto ropero con los armarios de la ropa blanca y la mesa de planchar, su dormitorio, la cocina y la despensa. Se pasaban la vida en la cocina, que olía a salchichas ahumadas, madera quemada y mentol, porque Quirica sufría asma y fumaba continuamente unos cigarrillos que la ayudaban a respirar. No salían nunca de casa, excepto para

la misa dominical; la compra diaria y cualquier otra mercancía que necesitasen se la llevaban a domicilio los mozos de las tiendas.

Los señores, en cambio, nunca cruzaban aquel pasillo. Disponían de un gran salón, un comedor, un estudio para don Urbano, varios dormitorios y un cuarto de baño con agua corriente, equipado con los ingenios más modernos. Se habían quedado ellos dos solos: la viejísima madre, que ya tenía casi cien años, doña Licinia, viuda desde tiempos inmemoriales, y su hijo, don Urbano, de unos setenta largos. Hubo una época en que también había una hija, nacida muchos años después que su hermano, pero se casó con un forastero y se fue a vivir a otro sitio. La madre no sufrió demasiado con la separación, me contaba Quirica, porque su preferido era el varón, el heredero, que de hecho no había podido casarse para no dejarla sola. Don Urbano había tenido varias prometidas, añadía Quirica, pero doña Licinia había criticado a cada una de ellas, logrando así que se quedara en casa para siempre.

—¿Y nietos? —preguntaba yo—. ¿La hija no le ha dado nietos?

—Doña Vittoria, que en paz descanse, se casó tarde; los niños le nacían enfermos y no lograban sobrevivir —continuaba su explicación la vieja sirvienta—. Pero ella no se resignaba, o tal vez fuera el marido.

Al final, doña Vittoria se quedó encinta una vez más, pasados ya los cuarenta años, y murió en el parto. Pero el niño, a diferencia de sus hermanos, nació sano y consiguió crecer. A la abuela, doña Licinia, le habría gustado tenerlo consigo para criarlo como un Delsorbo, pero el padre del huerfanito se opuso y de ello surgieron algunos roces que alejaron a las dos familias. El chico, sin embargo, cuando hubo crecido, tomó la costumbre de ir a visitar de vez en cuando a su abuela y a su tío; era cariñoso, guapo, educado, inteligente, y los dos viejos estaban muy orgullosos de él. Quirica también, y estaba segura de que la abuela y el tío habían hecho testamento a su favor. Por otra parte, era el único heredero.

Los Delsorbo eran aristócratas, de un linaje muy antiguo. No tenían títulos como conde, barón o marqués, sólo podían honrarse con el atributo de «caballero» y «dama» y del «don» delante del nombre, pero a causa de la antigüedad de su sangre y de su riqueza se consideraban superiores a todos los demás nobles de la ciudad. Hasta Quirica estaba convencida de ello y se sentía orgullosa. En cuanto a ella, había nacido en un pueblo muy pobre del interior y había entrado al servicio de los Delsorbo a la edad de quince años. Para ella, la devoción a la familia era como una religión, y me hacía una lista de su genealogía como si fueran páginas de su misal.

Los Delsorbo nunca me llamaban para que fuera a coser a domicilio. Quirica me entregaba el tejido de las sábanas y del resto de la ropa blanca para que me lo llevara a mi casa, donde realizaba el trabajo, y, una vez terminado, volvía para entregarlo. Aunque en alguna ocasión también me pidieron algún trabajillo de tapicería, fundas para los sillones y los cojines, guardamalletas para las cortinas, un cubrecama de damasco para la habitación de invitados. No

temían confiarme tejidos tan valiosos, el prestigio que mi abuela se había ganado con su honestidad y su pericia al coser me favorecía incluso después de tantos años. En aquellas circunstancias, para tomar las medidas, tenía que pasar la frontera del pasillo y entrar en las salas de los señores. Estancias oscuras, con los postigos siempre cerrados, terciopelos granates, vajillas de plata maciza, cuadros enormes en marcos de oro puro. Un par de veces entreví por una puerta entornada a doña Licinia, sentada en su sillón, rígida como una estatua, delgada, seca, vestida de negro. No había abandonado el negro desde que se quedó viuda, me contó Quirica, y habían pasado más de cincuenta años. Pero, aunque no salía nunca de casa, cada día doña Licinia se ponía su juego de perlas, únicas joyas permitidas en su traje de luto, con los pendientes colgantes, el collar alto con su broche de amatista, el alfiler en el pecho para sujetar la pañoleta y un brazalete de cuatro vueltas. Parecía una de esas vírgenes de los Dolores de la catedral que sólo sacan el Viernes Santo, con las siete espadas en el corazón, pero aderezadas con todas las joyas de las ofrendas de los fieles.

Don Urbano, en cambio —a él también me lo había encontrado y me había saludado cordialmente, aunque no supiera quién era yo—, era un señor mayor, barrigudo, no muy alto, vestido a la última moda, que llevaba un casquete de terciopelo al estilo de Garibaldi para estar en casa, pero para salir se ponía un canotier en verano y un bombín en invierno. A diferencia de la madre y de las sirvientas, siempre estaba fuera de casa: sentado fumando un cigarro en la jaula transparente del Cristal Palace, de visita a las familias más importantes, en el casino de los nobles jugando a las cartas, en el hipódromo para las carreras de caballos, en el teatro, en el café concierto. Era lo que, como aprendería más tarde, los franceses llamaban un *viveur*. La madre, ahora que él también era viejo y ya no hablaba de casarse, le dejaba plena libertad y no protestaba ni siquiera cuando por la noche su hijo se quedaba a dormir fuera. ¿Dónde? ¿En un hotel de lujo? ¿En casa de amigos? ¿Tenía una relación secreta? Cuando me lo contaba, Quirica me hacía guiños, como si el lugar donde el señor pasaba las noches fuera algo que se daba por sentado, pero yo no lograba imaginármelo y, a decir verdad, tampoco me importaba. «Cuanto más ricos son, más locos están», me había enseñado la abuela, y también: «A cada loco con su locura». ¿Para qué esforzarse en entenderla si era algo que no nos atañía?

Pasado el Carnaval, la señorita Ester regresó y me mandó llamar para darme el regalito que me traía en cada ocasión. Nada demasiado valioso, sólo un recuerdo para demostrarme que durante el viaje se había acordado de mí. Esta vez se trataba de un álbum con las fotografías de los monumentos más grandes de Europa pintadas a mano. Estuvimos hablando de esto y de aquello, llamó a Enrica para que viera cuánto había crecido y decirme que pronto tendría que alargar todas las batitas de estar por casa. Yo me armé de valor y le hablé de mi deseo de hacer un viaje a P., en caso de que encontrara un lugar seguro donde dormir por poco dinero. La señorita Ester me dijo que le parecía una excelente idea, y que una prima lejana suya, monja, trabajaba en un

sanatorio para tuberculosos que su orden había construido justo a la orilla del mar. Le pediría que me alojara no sólo por una noche, sino por tres o cuatro si yo quería. Gratis. Las monjas de P. no podían negarle ese favor. Su padre hacía todos los años una donación muy generosa a su institución.

La señorita Ester cuando decidía algo no le daba demasiadas vueltas. Escribió enseguida a su prima y diez días más tarde me llamó para mostrarme la respuesta. Las monjas me darían alojamiento encantadas, incluso si iba acompañada de una amiga.

—Tal vez piensen que no es prudente que vaya una chica sola —comentó Ester riendo.

Ponían a mi disposición durante una semana «el cuartito de la forastera», que tenía dos camas. Y, si quería, podía comer con las ingresadas en su refectorio. De este modo sólo gastaría el dinero del billete de tren.

¿Una amiga? No tenía ninguna amiga de mi edad que pudiera ausentarse del trabajo ni pagarse el viaje, y, pensándolo bien, quería disfrutar de esa experiencia yo sola. Quería pasear por la playa contemplando el horizonte, como había visto en un cuadro, recogiendo conchas y soñando mientras el vuelo de las gaviotas surcaba el cielo. ¿Soñando con qué? ¿Con quién? Soñar era muy peligroso, lo sabía, no me lo podía permitir. Y, además, el solo hecho de ver el mar, ¿no era la realización de un sueño?

Debía entregar un trabajo que todavía me ocuparía algunos días. Decidí que partiría el lunes siguiente y regresaría el jueves, y escribí a las monjas para decírselo. Bastante emocionada, preparé la bolsa de mimbre con asas donde llevaría mis cosas: una muda de ropa interior, peine y horquillas, jabón, un chal grueso que si hacía falta podía usar como manta, el estuche de costura y unos pañuelos que ribetear para no estar mano sobre mano si el tiempo era lluvioso. Debo confesar que, en vez de los pañuelos, en un primer momento metí una novela en la bolsa. Pero luego pensé que a las monjas no les causaría una buena impresión; mejor la costura. Como lectura me conformaría con el misal. Para no presentarme con las manos vacías, también llevé, envueltos en papel de seda, dos tapetes que había bordado para practicar un nuevo punto que salía en una revista.

Llegó el domingo. Estaba emocionada, impaciente; había comprobado mil veces el horario del tren, había comprado el billete hacía tres días. Puse la casa en orden, lavé bien el fregadero, barrí debajo de la cama. Con un sobresalto me di cuenta de que, distraída con los preparativos, no había previsto que me sustituyeran para limpiar la escalera. ¡Sólo faltaría que a causa de la excursión al mar me desahuciaran! Por suerte, todavía estaba a tiempo de arreglarlo; no había peligro de que Zita rechazara ese trabajo y el cobro imprevisto.

Me precipité a casa de la planchadora. La puerta de la calle estaba abierta de par en par para que corriera un poco el aire. Assuntina, que ese año había empezado la escuela, aunque por culpa de la pulmonía había faltado mucho, sentada en el escalón en medio de la corriente, pero con la cabeza envuelta en la bufanda roja, trazaba con dificultad las letras en su cuaderno. Y tosía.

Como un relámpago me volvió a la memoria una frase que le había oído a la mujer del

ingeniero Carrera mientras le quitaba por la cabeza a Clara la camiseta de lana antes de meterla en la bañera.

—Eres tan delgada como un faquir indio —le dijo haciéndole cosquillas en la tripa. Clara estornudó—. ¿Lo has visto? ¿Sabes qué te digo? A final de mes, tanto si hay escuela como si no, iremos a ver a la abuela. Necesitas respirar un poco, el aire del mar te hará bien.

También le iría bien a Assuntina. Sin tomarme tiempo para pensarlo, le dije a bocajarro:

—Mañana me voy a P. por unos días. ¿Quieres venir conmigo? —Las monjas no protestarían, me habían ofrecido hospitalidad para dos personas. Y, en el tren, los niños pagaban medio billete.

Zita no sabía cómo expresar su gratitud. Por la limpieza y por haber invitado a su hija. Ellas dos tampoco habían viajado nunca en tren, ninguna de ellas había visto nunca el mar. A la madre también le habría gustado venir con nosotras, se lo podía leer en los ojos. Pero no podía dejar el trabajo, no podía saltarse las entregas, habría perdido clientela. Y, además, ¿quién habría limpiado en mi lugar el portal y la escalera del edificio? A la casera no le importaba si alguna vez alguien me sustituía, pero si hubiera encontrado una sola mancha en los peldaños de mármol, una sola telaraña en el techo de un rellano... No me atrevía ni a pensarlo.

Y, por último, el precio del billete de tren. Zita sabía que no podía pedirme que pagara también el suyo, además del de su hija.

Me lo agradeció con lágrimas en los ojos y preparó un hatillo con las pocas cosas de Assuntina, que metió en la funda de una almohada, no tenía ningún cesto de mimbre como el mío. No le dejó llevar el abrigo con las solapas de terciopelo para que no lo estropeará; le dio su grueso chal y así, al viajar conmigo, no atraería las miradas. También tuvo la previsión de prepararnos dos envoltorios con pan y gachas de garbanzos con cebolla para comer en el tren. El viaje duraba más de cinco horas y yo no había pensado en las exigencias del estómago.

El lunes partimos a las ocho de la mañana. Llegamos con media hora de antelación y nos sentamos en los asientos de madera de tercera clase, ya casi todos ocupados por gente que viajaba por trabajo. En cambio, nosotras íbamos de vacaciones, pensaba con orgullo, como los señores. Quién sabe si mi abuela, en sus más recónditos pensamientos, se había atrevido alguna vez a desear o al menos a imaginar una cosa así.

Mientras llegaba el momento de la partida, ocupé mi asiento con la bolsa y me asomé a la ventanilla para observar a los últimos viajeros más rezagados que se apresuraban hacia los vagones. Reconocí con estupor a Filomena y a su marido, vestidos como señores, ella con un gran sombrero, seguidos de un mozo que llevaba dos maletas grandes y pesadas, recién estrenadas. ¿Adónde iban? Los vi subir con desenvoltura en el vagón de primera clase. Siempre había sabido que a Filomena le encantaba el lujo y envidiaba a los ricos que se lo podían permitir. ¿Cómo era posible que hubiera decidido gastar todo su dinero en aquella mascarada?

Pero no era asunto mío. Al igual que no era asunto suyo que yo hubiera decidido permitirme unas pequeñas vacaciones en la playa.

El jefe de estación levantó el disco y la locomotora emitió un largo silbido. Volví a sentarme. Cuando el tren se movió echando vapor, Assuntina me apretó fuertemente la mano. Desde que su madre la había despertado por la mañana, no había dicho ni una palabra. No lloró al despedirse, fingía estar ocupada comprobando que llevaba todo lo necesario en su hatillo, donde estaba el silabario y el cuaderno, bien separados del envoltorio con la comida para que no se mancharan de grasa.

De modo que ahora ya estábamos de viaje. Veíamos pasar el campo por ambos lados: árboles, vacas pastando, rocas de granito con extrañas formas, asnos cargados de cestos y alforjas, plantaciones de alcachofas y de sandías, campesinos trabajando. Mi pequeña compañera de viaje miraba hacia fuera con unos ojos como platos y la nariz pegada al cristal de la ventanilla. Para ella, una niña de ciudad nacida y criada en las callejuelas, todo era nuevo, en particular ese cielo enorme sobre los campos, esas nubes blancas que también viajaban, pero más arriba que nosotras, esos pájaros que graznaban, esa luz, y las matas de enebro plegadas por el viento. Yo había salido alguna vez de la ciudad, aunque nunca había llegado lejos, y siempre a pie o en un carro tirado por un asno para visitar a algún conocido de mi abuela que vivía en el campo, y también para visitar a las Provera. Pero en esta ocasión era distinto, ya fuera por la velocidad, por esos árboles que parecían venir a nuestro encuentro, por los cambios de paisaje tan rápidos que no podían verse bien los detalles porque cuando habías reconocido una yunta de bueyes o un matorral de espinos blancos, vaya, ya habían desaparecido. Estaba contenta de haber seguido mi impulso: no era dinero malgastado; viajar amplía la mente, tenía razón la señorita Ester.

Llegamos a G. Por lo que podía verse desde las ventanillas, la ciudad no era muy distinta de la nuestra. Quizá podía advertirse que era más grande dando una vuelta por sus calles, cruzándola de una punta a otra. Pero nosotras no bajamos del tren, que estuvo detenido en la estación sólo diez minutos, durante los cuales nadie salió de nuestro compartimento ni entró ningún nuevo viajero. Por la ventanilla comprobé quién bajaba; sentía curiosidad por saber adónde se dirigía Filomena, pero no la vi. Resoplando vapor —en cada ocasión, Assuntina miraba ese humo blanco y denso como si fuera un prodigio—, la locomotora reemprendió su viaje y en pocos minutos estuvimos de nuevo en el campo.

Después de unas horas vimos el mar, de momento sólo una fina franja azul oscuro en el horizonte. Lo sabía por haberlo admirado muchas veces en las pinturas de casa de la señorita Ester, de la miss, de las casas de otras señoras a las que iba a trabajar. Y también en las ilustraciones y en las fotografías de las revistas. ¿De cerca sería tan azul, se movería, habría olas y las crestas tendrían espuma blanca como en los cuadros de las batallas navales? ¿Y habría playas de arena con conchas? Las conchas se las había prometido a Assuntina. Le había dicho que podría recoger todas las que quisiera y llevarlas a casa. La gente sentada a nuestro lado en el compartimento estaba acostumbrada a ese espectáculo, casi no miraba hacia fuera, intentaba

vencer el aburrimiento dando conversación a los vecinos. A sus preguntas, yo respondía con monosílabos para no darles ninguna confianza. Ahora me alegraba de viajar acompañada; la presencia de Assuntina me defendía de los inoportunos, aunque ella, completamente absorta mirando por el cristal, se comportaba como si no me conociera, como si fuera sorda y muda. Una mujer me preguntó si era mi hija, y yo, para no tener que darle demasiadas explicaciones, le dije que sí, ante lo cual Assuntina no reaccionó, ni siquiera con una sonrisa cómplice.

Tampoco sonrió cuando, por fin, en una curva de las vías, el mar se nos apareció muy cerca, inmenso, más verde que azul, titilando bajo los rayos del sol. No me lo imaginaba así, vivo como el lomo de un gran animal dormido, a pesar de que no había viento y la superficie apenas se veía encrespada. Assuntina, sin volverse, me dijo en voz baja:

—No se ven los peces.

La mujer sentada a mi lado, sin embargo, la oyó y se rio.

—Todavía no. Pero cuando estés en una barca los verás, por supuesto que los verás. Y si luego te zambulles podrás cogerlos con las manos, de tantos que hay. Pero ¿sabes nadar, tú, criatura?

Assuntina no le contestó, sólo me dedicó una mirada desconcertada, con los ojos abiertos como dos platitos. ¿Una barca? ¿Zambullirse? ¿Nadar? No habíamos dicho nada de eso, sólo de ver el mar. Comprendí que no quería que se notara, pero estaba turbada. Asustada y fascinada al mismo tiempo. La puse en mi regazo; noté lo delgada y pequeña que era bajo las capas de lana del vestido y del chal. Pensé que en la playa el viento podría llevársela de mi lado.

—Todavía hace mucho frío para meterse en el agua —le dije—, quédate tranquila. —Saqué de mi bolsa el tentempié y la invité a coger su envoltorio.

Llegamos a primera hora de la tarde. Cuando bajé del tren busqué con curiosidad a Filomena y la vi dirigirse con su marido hacia los carruajes que esperaban a los viajeros para acompañarlos al puerto. Así pues, iba a coger un barco, se iba lejos, al extranjero probablemente. Por mí podía quedarse allí, no sentiría ninguna nostalgia; no me había gustado su comportamiento durante la investigación, las mentiras que había contado sobre la miss. Y, además, ¿para qué? ¿Para hacerse la interesante ante los ojos del comisario?

En cuanto a Assuntina y a mí, a pesar de mis temores, todo salió la mar de bien. Una monja había venido a buscarnos a la estación y nos acompañó al sanatorio, que estaba situado justo en la playa. Desde el cuarto «de la forastera», que se asomaba a la playa, incluso con la puertaventana cerrada se oía el ir y venir del agua en la orilla como una respiración. Ese sonido nos hizo compañía todas las noches de las vacaciones. De día, mientras había luz, permanecíamos siempre al aire libre, y, cuando caía la noche, en el salón del refectorio femenino, nos calentábamos al lado de la gran estufa, acompañadas de las monjas y las ingresadas. Había de todas las edades, muchas de ellas niñas; iban todas vestidas con una bata idéntica de rayadillo

gris y, no sé por qué, llevaban la cabeza rapada. Assuntina, después de la primera comida en compañía, había recobrado el habla. Me acribillaba a preguntas sobre todo lo que veía, respondía bastante educadamente a las monjas y a las mujeres adultas, pero con las otras niñas, ya a partir del día siguiente por la mañana, no tardó mucho en volver a ser la granujilla descarada de las callejuelas, la que jugaba a los mil juegos en la acera, a perseguirse, a saltar a la cuerda, a tirar piedras, e incluso a escupir y a decir palabrotas. Tuve que encerrarme en la habitación con ella y reprenderla seriamente; si me hacía quedar mal con nuestras anfitrionas, regresaríamos de inmediato a L. Me prometió que se portaría bien, incluso lloró un poco, pero era superior a ella: disponer de tanto espacio, tanto aire, la había como emborrachado.

De vez en cuando, al verla tan desenfrenada, tan ingobernable, me arrepentía de haberla llevado. Las monjas, que antes de acogerme le habían pedido referencias sobre mí a Ester y sabían que no estaba casada, creían que Assuntina era una joven trabajadora mía, una aprendiz que había traído conmigo. Se lo hacían pensar las cicatrices de quemaduras que la pequeña tenía en las manos. Las niñas de los talleres de confección, entre otras labores, se ocupaban de mantener las planchas siempre a punto. Cuando la vieron aparecer en el refectorio con el silabario y el cuaderno se asombraron. Tuve que hablarles de Zita y de nuestra relación de buenas vecinas, y de cómo Assuntina, que no era pariente mía, necesitaba restablecerse de la pulmonía.

—¡Una buena obra! —me felicitó la superiora—. Pero estos pocos días no servirán de mucho. Sin embargo, puedes decirle a la madre que si hace una solicitud a nuestra casa de L., llevando un certificado médico y explicando el caso, podrá ingresarla con nosotras de forma gratuita durante toda la temporada. Le he examinado bien el cuello: todavía no está escrofulosa, pero va por ese camino. Es más, mira, puedes dejarla directamente aquí para que no tenga que hacer el viaje dos veces, me fío de ti. Enviad la documentación por correo.

Veía que Assuntina era feliz, que disfrutaba con las abundantes comidas del refectorio, que dormía feliz en la cama blanda y caliente al lado de la mía, que ya había hecho muchas amigas. Le hablé de la propuesta de la superiora, le pregunté si quería quedarse. Ya le explicaría yo a Zita el motivo de que la hubiera dejado en P. Ella me miró contrariada.

—Dijiste que volveríamos el jueves.

—Sí. Pero podemos cambiar el plan.

—No. No quiero. Quiero volver a mi casa, quiero volver con mamá.

—Mamá se alegrará de que te quedes. Te haría bien, ya no volverías a tener pulmonía.

—Si me quedo, me cortarán el pelo. Quiero volver con mamá.

No hubo modo de convencerla, ni yo quería asumir la responsabilidad de forzarla sin haber hablado primero con Zita. De modo que fui a la estación y compré los billetes de regreso para la tarde del jueves, como había previsto.

A mí, aparte de estar siempre pendiente del comportamiento imprevisible de Assuntina, las vacaciones me habían ido bien, aunque no me sentía tan exultante como había soñado. Había

paseado por la arena, respirado ese aire con un olor tan distinto del aire de la ciudad, incluso había recogido conchas. Pero no por ello había sentido una felicidad especial, nada dentro de mí había cambiado. Seguía estando presente ese pensamiento que se asomaba tímido y que me apresuraba en apartar. El señorito Guido sin duda no estaba pensando en mí, y yo no quería pensar en él, no debía, sólo podría hacerme daño.

El día de nuestra partida me desperté poco antes del amanecer, sobresaltada, como si alguien me hubiera tocado en el hombro. La cama a mi lado estaba vacía. La puertaventana que daba a la playa estaba entornada y dejaba entrar una corriente de aire frío. ¡Assuntina! Salté de la cama, me envolví en el chal, me precipité al exterior por la tarima de madera que separaba el edificio de la arena de la playa y miré hacia el mar. Allí estaba aquella condenada mocosa desobediente, la iba a moler a palos cuando volviera a la orilla, la mataría a golpes. Nunca había tenido una reacción tan violenta, ni siquiera cuando tuve que defenderme del barón Salai. Y una sensación de tragedia, de fatalidad. «Esta vez enfermaré de verdad y se me morirá —pensé furibunda—. ¿Qué le diré a Zita?»

Vi la camisa de dormir de franela, procedente de una más ancha de Clara que yo le había ajustado, abandonada en la arena. Sin zapatos, la pequeña inconsciente había salido descalza, y ahora chapoteaba en el agua baja con el pelo suelto alrededor de los hombros como un abanico. En el mar negro se reflejaba la luz de las últimas estrellas. Tiré el chal al suelo para no mojarlo, me arremangué la falda y entré también yo como una furia en el agua, que me llegaba a las rodillas; agarré a Assuntina por el pelo.

—¿Quieres morir? —le grité sacudiéndola—. ¿Quieres morir? Te va a dar un patatús. —Hacía frío, los brazos mojados y resbaladizos de la niña se me escapaban, aunque podía notar que tenía la carne de gallina. La arrastré hasta la orilla, la envolví en el chal—. Pero ¿en qué estabas pensando?

—Quería ver si era cierto que pueden cogerse los peces con la mano. —No podía darle una bofetada porque tenía ambas manos ocupadas sujetándola.

La llevé a la fuerza a la habitación, la arrojé sobre la cama; como el chal ya estaba húmedo, empecé a frotarla con las sábanas. Por suerte, las monjas estaban ya en la capilla para los maitines. En la cocina estaba el fuego de la estufa encendido. La hermana cocinera nos hizo entrar y nos acomodó al lado de la portezuela de las brasas, envolvió alrededor de la cabeza de la niña un paño caliente, le hizo beber leche hirviendo.

—No es la primera vez que ocurre —señaló en voz baja para tranquilizarme; me dio también a mí un vaso de leche—. Menudo lío has armado —le dijo severa a Assuntina—. Menos mal que después de comer te marchas, de no ser así te esperaba una semana castigada en tu cuarto a pan y agua. ¿Y qué era eso tan bonito que había en el agua negra?, cuéntanos.

—Nada —contestó Assuntina arisca—. Los peces no estaban.

—¡Apuesto a que no! —le respondió la monja—. A esta hora todavía estarán durmiendo.

Cuando terminaron el oficio las demás monjas se reunieron con nosotras. La superiora quiso examinar a la niña, y me tranquilizó.

—Está caliente, pero no tiene fiebre. No tose, no tiene escalofríos. La has sacado a tiempo, esperemos. Pero tienes razón, es mejor que te la lleves contigo. Prefiero no tener una responsabilidad tan grande.

Metieron a Assuntina en la cama bajo una montaña de mantas, con dos botellas de agua caliente en los pies y un brasero encendido al lado, y se quedó allí hasta la hora de la partida. Incluso la comida se la llevaron a la cama, una monja fue a dársela. Cada dos horas comprobaban la fiebre, pero no tenía. Yo estaba tan enfadada que no le dirigía la palabra, y ella también se hacía la ofendida. La única frase que me dijo cuando me acerqué a tocarle la frente fue: «No te quiero. Quiero a mamá».

Cuando llegó la hora se levantó, se vistió en silencio, llenó su hatillo y en silencio me siguió hasta la estación. En el tren se sentó lo más lejos posible de mí, se recostó en el respaldo de madera y se hizo la dormida. Estábamos solas en el compartimento. Yo escuchaba angustiada su respiración, pero con el paso de los minutos, al ver que era regular, sin tos ni estertores, poco a poco me tranquilicé. Aunque ya no me apetecía admirar el paisaje por la ventanilla.

Llegamos a G. cuando era casi de noche y en la estación ya estaban encendidas las farolas. Abrí la ventanilla y me asomé a mirar al exterior: esta vez había más movimiento, mozos con las maletas llamándose a gritos, viajeros de todas las clases sociales saludando a amigos y parientes, vendedores de buñuelos calientes espolvoreados con azúcar que ofrecían su mercancía dando grandes voces. A nosotras, las monjas nos habían dado unos panecillos con queso y una botella de leche con miel para Assuntina. Pensé que podía comprarle un buñuelo caliente para hacer las paces y me asomé un poco más para llamar al vendedor. Pero era tarde, el tren ya se había puesto en marcha. Entonces fue cuando me pareció verlo. Fue un relámpago, porque de un salto ya había subido al vagón de primera clase. Un joven con un abrigo de pelo de camello que se parecía al señorito Guido como una gota de agua. Pero sin duda no era él. ¿Qué hacía en G.? ¿No debería estar en Turín?

El corazón me latía desbocado. Cerré la ventanilla y me senté. Tenía frío. Me envolví en el chal, intenté tranquilizarme. ¿Y si era Guido? En ningún sitio como en el tren era tan evidente la distancia que nos separaba. Primera clase. Tercera clase. Más lejos que la Tierra de la Luna. No debía olvidarlo, nunca, nunca, nunca.

Cuando el corazón recuperó su pulso normal eché un vistazo a Assuntina, que seguía con los ojos cerrados; tal vez dormía de verdad. Mecida por el movimiento del tren, sin darme cuenta yo

también me deslicé en el sueño.

Me despertó no sé cuánto tiempo después una voz amable, no desconocida, que me decía:

—¿Puedo hacer algo por usted, señorita? ¿Está suficientemente cómoda?

Vi una mano que me tendía un cojín de viaje de los que se alquilan en primera clase; levanté la mirada. Era el señorito Guido, sentado al lado de Assuntina en el asiento de delante del mío.

—Por suerte la he visto en la estación, asomada a la ventanilla. Nunca me habría imaginado que pudiera estar en este tren. ¿Vienen de P.? ¿Han estado en la playa? Les ha cogido un bonito color. ¿Es su sobrina, esta niña?

Le agradecí que no me hubiera preguntado: «¿Es su hija?». Assuntina era tan pequeña y frágil que no demostraba la edad que tenía. Por lo que Guido respectaba, podría haberla tenido a los dieciséis años, no habría sido la primera. Que hubiera conservado mi corazón y mi cuerpo intactos para él hasta ese momento sólo yo podía saberlo. Y nunca se lo habría confesado.

—No —contesté—, la hija de una amiga.

No le pregunté por qué se encontraba en ese tren, y por qué no se había quedado en primera clase. No hizo falta.

—Mi tío ha sufrido un ataque —explicó enseguida—, y mi abuela me ha enviado un telegrama pidiéndome que viniera. Se ha asustado. Espero que no sea nada grave. Están tan solos, pobres viejos, no tienen a nadie más que a mí.

—Lo lamento —dije—. Espero que su tío se recupere.

Todavía estaba muy lejos de sospechar quiénes eran ese tío y esa abuela. Tenía la esperanza, sin confesármelo, de que fueran pequeños burgueses, comerciantes, empleados que hacían mil sacrificios para que el nieto pudiera estudiar, para vestirlo de manera que no hiciera demasiado mal papel al lado de sus compañeros más ricos.

—¿Puedo hacer el resto del viaje con ustedes? —preguntó el señorito Guido.

—No soy la dueña del tren —contesté seca—. Pero en primera estaría mucho más cómodo.

—No tendría el placer de su compañía.

¿Qué podía decirle? ¿«El placer también es mío» o bien «Haga el favor de irse»? Permanecí callada. Me debatía entre la alegría que me suscitaba ese encuentro inesperado y la desconfianza. ¿Qué quería de mí? ¿Por qué había venido a buscarme? ¿Sabía que en el compartimento no había nadie más? ¿Quería aprovecharse de mí? ¿Tenderme alguna trampa? Menos mal que estaba Assuntina.

Él se acomodó en el asiento con gran desenvoltura y siguió hablando sin mostrar malestar por mi silencio.

—Por suerte, las clases terminaron el mes pasado. Todavía tengo unos diez días antes del último examen. Dentro de cuatro meses obtendré la licenciatura. Estoy preparando los últimos capítulos de la tesis y tengo que trabajar duro. Pero en casa de mi abuela no me dejarán tranquilo. De modo que, si veo que mi tío no está tan grave como me han escrito y que está bien atendido, a partir de pasado mañana, al menos durante unas horas, me iré a trabajar a la sala de lectura de la

biblioteca municipal. De nueve a doce. ¿No podría venir a verme? ¿Sabe dónde está? La entrada es libre. Podríamos bajar al patio y hablar tranquilos.

—No tenemos nada que decirnos.

—No diga eso. ¿Por qué no se fía de mí? Nunca le faltaría al respeto.

El patio de la biblioteca, ya lo sabía, no era un sitio solitario; había un ir y venir continuo de personas. Si quería tenderme una trampa, ése no era el mejor sitio para concertar una cita. Y, además, nos verían juntos. ¿No se avergonzaba de mí? ¿Un estudiante con una costurera? Irían corriendo a contárselo a su abuela, a su familia. Todos esos pensamientos se me agolpaban en la cabeza.

—¿Y bien? ¿Vendrá? —me preguntó alargando una mano para tocar la mía. No la aparté. A pesar de que me avergonzaba de mi piel áspera, estropeada por la aguja y las quemaduras de la plancha.

Miré a Assuntina. Tenía los ojos cerrados, pero estaba segura de que estaba despierta y nos escuchaba.

—No he pensado más que en usted en todos estos meses —dijo Guido.

Me perdonarás, lector, si poco a poco empezaba a pensar en él simplemente como «Guido», olvidando o queriendo borrar la distancia que suponía aquel «señorito».

—¿Y usted? ¿Ha pensado en mí, al menos alguna vez?

No sabía qué responder, me temblaban los labios. No quería echarme a llorar.

—Se lo ruego, se lo ruego —dijo Guido—. Venga. Pasado mañana por la mañana. El sábado estará más libre, ¿no es cierto? O, si no puede, venga el lunes. A la hora que quiera. La esperaré cada día, cada minuto.

No se lo prometí. Pero tampoco retiré la mano, que él estrechaba cada vez más fuerte. Permanecimos en silencio mientras el tren viajaba ahora ya en la noche. ¿Durante cuánto tiempo? No era capaz de calcularlo. No era capaz de pensar en nada, sólo en retener las lágrimas que me quemaban los ojos.

Y ahí estaban, a lo lejos, las luces de L. Estábamos llegando. Me despabilé, me levanté. Desperté a Assuntina, la envolví bien en el chal, se lo anudé a la espalda. Le di dos vueltas a la bufanda roja alrededor de la cabeza. Ella se dejaba vestir dócilmente, en silencio, pero tenía los ojos clavados en Guido, con una mirada escrutadora.

—No puede coger frío —le expliqué—. Anoche se cayó al mar y está convaleciente de una fea pulmonía. —Me di cuenta de que era la primera frase un poco articulada que pronunciaba desde que habíamos salido de P.

—Si me permite, mañana le enviaré al médico de mi tío Urbano —dijo Guido. Y ese nombre todavía no me dijo nada. Es cierto que no hay peor sordo que el que no quiere oír, como decía mi abuela.

En la estación, Guido insistió en acompañarnos a casa con un carruaje de alquiler, de esos que esperaban en la plaza a los últimos viajeros de la noche. Su bonita maleta de cuero creaba un

extraño contraste con mi cesto de mimbre y el hatillo de Assuntina. No fue necesario que le dijera mi dirección, la recordaba de aquel día que me había acompañado con el maletín de la máquina de coser.

Nos ayudó a bajar. Ante el ruido del carruaje, Zita salió a la calle y lo miró con un poco de asombro.

—¡Mamá! Los peces no se dejaban tocar, pero te he traído tres conchas —exclamó Assuntina con la voz un poco ronca por el largo silencio. O tal vez, temblé, por las consecuencias del baño helado.

Guido me estrechó con fuerza la mano y me dijo en voz baja buscando mi mirada, que lo rehuía:

—Así pues, la espero pasado mañana en la biblioteca. —A continuación, volvió a subir al carruaje y dijo al conductor—: ¡Y ahora, al palazzo Delsorbo, en la via Cesare Battisti! Lo más deprisa que pueda, por favor. Mi abuela estará preocupada por el retraso.

—Pues a doña Licinia no hay quien la aguante cuando se enfada —comentó riendo el cochero, que evidentemente la conocía.

Ese nombre resonó en mis oídos como un cañonazo, como la sentencia condenatoria a muerte pronunciada por el más despiadado de los jueces, como la maldición invocada sobre mi cabeza por una hechicera cruel. ¿Cómo era posible que no lo hubiera sabido en todos esos meses? No había querido informarme sobre la familia de Guido, defendiéndome de la verdad, engañándome a mí misma con ese apellido forastero, Suriani. No había querido saber que mi señorito no se llamaba Delsorbo únicamente porque era hijo de doña Vittoria, el huérfano del que me había hablado Quirica, el único nieto, el único heredero de aquella familia orgullosa y soberbia que consideraba que nadie estaba a su altura, ni condes ni barones, ni príncipes ni reyes. Ni, muchísimo menos, una pobre costurera a domicilio. Y, como es evidente, Guido, mejor dicho, don Guido, era consciente de ello. Sabía perfectamente que no había ningún futuro para nosotros. ¿Por qué me había engañado? ¿Por qué me había mentado? ¿Qué bien había sabido hacer el papel! ¿Quería quitarse un capricho conmigo? ¿Era un vividor egoísta como su tío don Urbano?

Interrumpí con prisas los agradecimientos de Zita, abrí la puerta, entré en casa y me eché sobre la cama llorando. Lloré y lloré y lloré, hasta perder las fuerzas, hasta que se me confundió la mente y caí en un sueño agitado, angustioso, visitado por sueños e imágenes oscuras y turbias como sombras bajo el agua, inquietantes, amenazadoras.

En cuanto me desperté, con los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos y la ropa del viaje todavía puesta, me volvió todo a la mente y me juré a mí misma que no iría a buscarlo a la biblioteca, ni al día siguiente ni nunca.

Me lavé la cara con agua fría, me solté el pelo y me lo cepillé arrancando los nudos sin misericordia; fui a mirarme al espejo. Me costaba reconocerme. El color con que los pocos días

de mar y de viento habían teñido mis mejillas me parecía raro, algo que no me pertenecía, como una máscara que unos extraños me hubieran puesto a la fuerza. En mi corazón estaba pálida como un fantasma, como una muerta. Algo en mí había muerto para siempre. ¿La confianza? ¿La esperanza? Todo me parecía una pesadilla. ¿De verdad había estado cuatro días en P.? ¿De verdad había viajado en tren, y en el tren me había encontrado al que creía mi amor y le había estrechado la mano? ¿Mi fiel, mi sincero amor, como decía la canción?

Me sobresalté, porque llamaban a la puerta. Aunque iba vestida de cualquier manera, fui a abrir. Estaba Zita, con su hija cogida de la mano, y detrás de ellas un hombre mayor con barba gris y un cuello de piel en el abrigo.

—Ha venido a visitar a Assuntina —dijo la planchadora—. Lo ha enviado el joven de ayer.

—Buenos días. Soy el doctor Ricci —me dijo el desconocido—. Ha sido el joven Delsorbo quien me ha pedido que viniera, el nieto. No se llama Delsorbo, lo sé, pero para mí es como si fuera hijo de doña Licinia.

Sentí el impulso de contestar: «¿Qué quiere de mí el señor nieto? ¡Dígale que se vaya al diablo! Que no quiero tener nada que ver con él». Pero la educación recibida de la abuela se salió con la suya, me obligó a ser fuerte y a preguntar amablemente:

—¿Cómo está don Urbano?

—Mal. Me temo que le queda poco. Don Guido no puede alejarse de su lecho. Me ha pedido que te lo diga. No podrá ir a estudiar a la biblioteca. Su tío puede dejarnos de un momento a otro.

—Lo lamento —dije, aunque me importaba bien poco ese viejo rico y soberbio que había gozado de la vida hasta el último momento sin ningún sacrificio ni amargura.

—Pero —explicó el médico— me ha rogado que venga a echarle un vistazo a esta niña.

—¿Ah, sí? —observé, asombrada a mi pesar por el hecho de que el mentiroso se hubiera acordado de la promesa—. ¿Y cómo la ha encontrado?

Yo misma veía, con gran alivio, que Assuntina estaba bien, no tosía, tenía buen color. Se pegaba a las faldas de su madre un poco cohibida y observaba de abajo hacia arriba, desconfiada, a ese desconocido que, como me contó luego Zita, le había levantado la ropa por la espalda y había apoyado la oreja, se la había golpeado con los nudillos, la había hecho toser y contar, le había palpado el cuello y tanteado el vientre. Era la primera vez en su vida que a la niña le hacían una exploración tan minuciosa.

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Mantenedla abrigada —contestó el doctor Ricci. A continuación, añadió—: Me gustaría hablar contigo a solas.

Un mensaje privado de parte de Guido, pensé con el corazón que se me salía por la boca. Pero, total, ya lo había decidido, no me dejaría engatusar por sus falsas atenciones. «Turineses, falsos y corteses», decía siempre mi abuela; el mentiroso debía de haber aprendido en aquella ciudad. Pero la buena crianza me obligaba a despedir a Zita y a su hija y quedarme a escuchar lo que el doctor había venido a decirme.

Cuando hube cerrado la puerta tras ellas, lo miré con gesto de desafío, lista para rechazar

cualquier oferta o petición. No me esperaba que quisiera hablarme de Zita.

—Me he permitido visitar también a la madre, tu amiga, por lo que me ha parecido entender —dijo—. Y ella, en cambio, me preocupa mucho. Tiene los pulmones muy mal, ¿lo sabías? Una tuberculosis en el último estadio.

Nunca me había detenido a pensar en ello. Conocía a Zita desde siempre, y desde siempre la había visto así, consumida por el trabajo, delgadísima, permanentemente cansada. Sabía que ella también tosía, que de vez en cuando sangraba un poco, pero la veía trabajar con energía, nunca había estado ni un solo día en cama, apartada del trabajo de planchar. Pensaba que eran molestias temporales. Advertí un amargo sentimiento de culpa. En vez de soñar con óperas líricas, escuelas nocturnas, viajes, debería haberle dado todo mi dinero del vitalicio, es más, todo el que había en mi caja de los deseos, para que pudiera permitirse un poco de descanso, comer carne cada mes, no ir por ahí descalza.

—Tendrías que convencerla para que ingresara en el hospital —seguía diciendo el doctor—. No es que podamos curarla, llegado este punto. Pero sí darle un poco de alivio, y además es mejor alejarla de su hija, si es que no la ha contagiado ya.

—No querrá ir al hospital —objeté. Y no podía culparla. Los pobres iban al hospital a morir, nunca había oído de nadie que hubiera salido vivo de allí. Los ricos, todo el mundo lo sabía, se hacían curar en casa, como don Urbano, o bien iban a los sanatorios de lujo de Suiza o a los grandes hoteles de la Riviera.

El doctor Ricci se encogió de hombros y me dio unos papeles.

—Aquí he escrito una petición de ingreso. Dale el uso que te parezca. Y esto es una receta para la farmacia. Al menos haz que se tome la medicina. Y a la niña habría que alejarla. Enviarla al campo o al mar, si es posible. Es un milagro que viviendo en ese húmedo agujero no haya enfermado del pecho ella también.

¿Cuánta gente había en la ciudad viviendo en unos bajos, cuántos niños, lo sabía el doctor Ricci? No todos podían permitirse los bonitos apartamentos salubres y secos de la via Cesare Battisti, me habría gustado replicarle.

Ahora me estaba tendiendo un sobre cerrado. ¿Un mensaje? No quería leer ningún mensaje. En cambio, había unos billetes.

—Para comprar la medicina —explicó el doctor—. Es muy cara y hay que dársela cuatro veces al día. Don Guido dice...

Lo interrumpí, negándome a coger el sobre.

—Que don Guido se preocupe de su tío —respondí—, nosotras nos las apañaremos solas. Se lo agradezco.

¿Quién quería la caridad de ese mentiroso? Ya se podía guardar su dinero y su rancio abolengo.

—Como prefieras —dijo el doctor en un tono solemne, ofendido por tanta ingratitud—. Yo ya te lo he dicho. Aquí está la receta para la medicina y la solicitud para el ingreso. Después, haz lo

que quisieras.

Se despidió y se fue, con cuidado de no ensuciarse las botas brillantes con el barro de la calle.

En contra de todas mis previsiones, Zita aceptó ingresar en el hospital. No me había dado cuenta; inmersa por completo con mis castillos en el aire, no me había fijado en que últimamente mi amiga estaba exhausta, tan débil que le costaba tenerse en pie, que todavía había adelgazado más y que tenía los ojos brillantes y dos círculos rojos en los pómulos. Su única y gran preocupación respecto al hospital era dejar sola a su hija. Pero cuando le dije que durante su ausencia alojaría a Assuntina en mi casa, se resignó. Puso a calentar agua y se dio un baño en el barreño, se vistió con la mejor ropa interior que poseía, la que tenía menos agujeros o desgarrones. Yo le presté mi camisón de franela. La acompañamos, Assuntina y yo, al hospital, donde, tras pasar por admisiones, después de leer el certificado del doctor Ricci, le asignaron enseguida una cama en la sección de los tuberculosos. No se podía ir a visitarla, estaría aislada. Antes de cruzar aquella puerta de cristal por la que no sabía si saldría algún día, Zita pidió a su hija que fuera obediente, que me ayudara a limpiar la escalera, que se comportara bien en el colegio. No quiso besarla. El doctor la había asustado con el peligro del contagio. Assuntina no mostraba señales de emoción, ni de disgusto. Contemplaba a su madre con una mirada seria pero no lloraba. Se mantenía cogida con la mano derecha a mi falda y con la izquierda martirizaba un botón del corpiño. En cambio, yo lloré un poco. Probablemente más por el remordimiento que por el disgusto. Sólo más tarde, después de haberle dado la cena a Assuntina y haberla metido en la cama, en esa cama más pequeña que había sido la mía cuando todavía estaba la abuela, me paré a reflexionar y me di cuenta de la responsabilidad que había asumido. Si Zita moría, mejor dicho, cuando Zita muriera, ¿tendría el valor de llevar a la niña al orfanato?

Volviendo del hospital, con Assuntina todo el tiempo agarrada a mis faldas, había pasado por el carnicero a comprar un muslo de gallina para el caldo, y después por el lechero, donde me hice llenar el frasco de dos litros, y por último por el panadero. Como el sobre del primer cajón del canterano ya estaba vacío, antes de salir tuve que coger el dinero de la caja de hojalata de los deseos, que más bien debería haber llamado de las quimeras, y observé que las monedas y los billetes de banco destinados a las cosas superfluas no eran tantos como había imaginado en mis absurdos sueños.

Al día siguiente me levanté temprano, como siempre, para limpiar la escalera y el zaguán, y, cuando Assuntina hubo salido para ir a la escuela, cogida con fuerza de la mano por una niña más mayor de la calle, ordené un poco la casa, fui a comprobar que la puerta de los bajos de Zita estuviera cerrada con llave y saqué las sábanas que me había empeñado en ribetear con punto festón, pero cuya entrega no corría prisa. Mientras hacía entrar y salir la aguja del tejido anudando el hilo en cada puntada en la parte de arriba del festón, mis pensamientos corrían sin un orden concreto. Me parecía que en la última semana mi vida había cambiado por completo.

Pero la verdad era que los únicos cambios reales eran mi color de piel, que pronto desaparecería, y la presencia de Assuntina. Y también eso estaba destinado a durar poco tiempo, aunque no era capaz de prever cuánto. Todo lo demás habían sido simples fantasías frustradas. Ilusiones. Sueños que se desvanecen al amanecer.

Un frágil puente sobre el abismo



Desde que mi abuela murió siempre había vivido sola. No es que me disgustara. Cuando por la noche cerraba la puerta con llave y me quitaba los zapatos me sentía libre, dueña de mí misma. Ni siquiera en los momentos en que mis recursos parecían agotarse del todo, y no había ninguna propuesta de trabajo en perspectiva, había pensado en alquilar uno de los dos cuartos, aceptar a un huésped de pago. En primer lugar, no estaba segura de que la dueña de la casa estuviera de acuerdo. Para alojar a Assuntina, en cambio, no se me pasó por la cabeza pedirle permiso. Tal vez porque era muy pequeña, o tal vez porque me pareció que no había alternativa. La vieja señora conocía tanto a Zita como a la niña. Sabía que eran personas decentes, educadas y limpias a pesar de vivir en los bajos, de los que además ella misma era propietaria, al igual que del edificio, y por los que Zita siempre le había pagado puntualmente el alquiler. Más de una vez había elogiado los esfuerzos que hacía la planchadora para mantener la casa en orden, a pesar de que tenía que ir a la fuente de la plaza de al lado a buscar agua. A Assuntina la había visto nacer. Ahora, pensaba yo, no tendría el valor de pedirme que la echara, que la dejara en la calle.

Para mí la presencia de la hija de Zita representaba un gran cambio, era una carga, algunas veces me molestaba. Ya no estaba acostumbrada a no poder permanecer ni siquiera un instante sola y tampoco sabía cómo ocuparme de un niño, aunque Assuntina, para su edad, era muy independiente e intentaba no crearme problemas. Siempre le había gustado mi casa, especialmente la habitación que mi abuela llamaba «el saloncito», en el que recibía a las clientas. Assuntina estaba fascinada con los dos pequeños sillones forrados de cretona, con el espejo alto y estrecho que podía inclinarse y sobre todo con la máquina de coser. En comparación con el sótano sin ventanas ni paredes divisorias donde siempre había vivido, estar conmigo era para ella como si se hubiera trasladado a un palacio real. Se divertía abriendo y cerrando ventanas y persianas, cerrando la puerta de la cocina para aislar los olores cuando cocíamos coliflor, usando muchísimas veces el retrete de la caseta del patio, echándole cubos de agua que no tenía que ir a buscar a la fuente. Para el agua, mi pisito disponía de un caño, también en el patio, situado encima de la pila de gravilla con pendiente y escalonado donde lavaba la ropa blanca. Para

Assuntina, también eso era objeto de gran admiración; me pedía continuamente pañuelos que lavar y los frotaba con tanta energía que los rasgaba.

Pasaron unos cuantos días. Cuando la niña estaba en la escuela, yo me quedaba en casa cosiendo y rememorando lo que había sucedido en el tren. Todavía estaba enfadada con Guido, aunque cuando recordaba su mirada, el tono de su voz, me derretía de ternura.

Estaba terminando el punto festón de la última sábana cuando, hacia la una y media, llamaron a la puerta. Con cierta contrariedad reconocí a Rinuccia, la «sirvienta joven» de los Delsorbo. Me puse tensa, dispuesta a rechazar cualquier mensaje. Y, sí, había un mensaje, pero era de parte de doña Licinia.

—Don Urbano se está muriendo —me informó Rinuccia. Por el tono en que lo dijo comprendí que ignoraba cualquier relación que pudiera tener con Guido y que yo estuviera informada de la enfermedad de su señor—. Quirica no se separa ni un instante de su cama, está desesperada. —«Sierva buena y fiel», pensé instintivamente recordando las Escrituras. Pero ¿por qué Rinuccia me hablaba del dolor de Quirica? ¿Qué interés podía tener ese detalle?

—La que estará desesperada es doña Licinia —repliqué—. Es horrible perder a un hijo. Y más con casi cien años.

—Doña Licinia quiere que vengas a coser el galón de seda en el paño mortuario. El dobladillo, desde que se usó con Vittoria, se ha rasgado. Si no es esta noche, sin duda mañana tendrán que exponer el cuerpo y es necesario que esté todo listo.

Esperaba de pie, con las manos debajo del delantal, a que dejara la costura y me preparara para seguirla. No dudaba en absoluto que pudiera negarme. Siempre iba cuando me llamaban, y esta vez la urgencia era real.

¿Cómo podía decirle que no quería ir sin explicarle lo que había habido entre don Guido y yo?

—He acogido a una niña en casa —dije—. Debo aguardar a que vuelva del colegio. No me puedo mover.

—A doña Licinia no le hará gracia que la hagas esperar —observó Rinuccia, contrariada y asombrada de que las órdenes de su señora no se siguieran en el acto.

Mientras tanto, yo pensaba afanosamente qué otra excusa podía esgrimir para no tener que ir. Si me negaba sin ningún motivo, me crearía una enemiga muy poderosa. Doña Licinia haría correr la voz de que no era de fiar, que era caprichosa, que no se podía contar conmigo. Me haría perder la clientela, y Dios sabía que necesitaba trabajar, más ahora que tenía a Assuntina a mi cargo.

—Venga, muévete —me incitó Rinuccia severa—. Tu ahijada ya ha llegado, ¿no la oyes? —Y, de hecho, resonaban en la callejuela las voces de los chiquillos que invadían en tropel la acera, alguno diciendo a voz en grito: «¡Tengo hambre!».

Assuntina cruzó el umbral con la bufanda roja envuelta en la cabeza y el abrigo de hija de señores abotonado hasta el cuello. Se había tomado al pie de la letra las recomendaciones del

doctor, y en efecto, el abrigo la tapaba más que el chal. Dejó la cartilla y el cuaderno encima de la silla y lanzó una mirada interrogante a Rinuccia.

—Tengo que salir para un trabajo —me decidí a decirle—. Hay pan y queso en la despensa. ¿Eres capaz de calentarte un tazón de leche? Y luego quédate en casa hasta que yo vuelva. —Por prudencia, le puse alrededor del cuello el cordel en el que estaba atado el duplicado de la llave—. No abras a nadie. Y no toques la máquina de coser.

Cerré tras de mí la puerta de casa y seguí a Rinuccia por la calle. En el camino por la via Cesare Battisti pensaba en cómo iba a comportarme cuando viera a Guido. Decidí que fingiría no conocerlo. Sin duda él no se atrevería a hablar conmigo delante de su abuela. Ahora ya no estaba desesperada, había recobrado el valor. Estaba, más que nada, resentida, casi enfadada. Pues en menuda situación me había metido ese señorito mentiroso, don caballero de pacotilla.

Rinuccia me hizo entrar, como era habitual, por la puerta de servicio y me condujo directamente a la cocina. Allí nos encontramos a Quirica llorando, mientras estrujaba entre las manos el gran paño de damasco rojo oscuro al que tenía que coser el dobladillo.

—Me han echado —sollozaba—. Doña Licinia me ha dicho que tenía que irme, que en los últimos momentos don Urbano sólo debía tener a su lado a la familia.

No me parecía un razonamiento tan ilógico, le expliqué para intentar consolarla.

—Pero están los primos de F. —insistió Quirica—, llegaron anoche, como buitres. Y hacía más de diez años que no se dejaban ver. Siempre les ha importado un bledo don Urbano. Pero a ellos los ha dejado que se quedaran. Y está el doctor junto a la cama. Y el cura. ¡¿Sólo a mí, sólo a mí tenía que echarme como a un perro sarnoso?!

—Déjalo ya, que te van a oír —le dijo Rinuccia con brusquedad. Pero la puerta que separaba la zona de los señores de la de la servidumbre estaba cerrada y no dejaba pasar ningún sonido. Empecé a abrigar la esperanza de que tal vez podría terminar el trabajo y marcharme sin coincidir con ninguno de los señores. Con un poco de suerte, Guido nunca se enteraría de mi presencia. Y, de todos modos, si me quedaba en la cocina, no me arriesgaba a encontrármelo como podría haber ocurrido si me hubiera ido a trabajar yo sola a la habitación de costura. La presencia de las dos sirvientas me daba seguridad.

Le quité a Quirica de las manos el gran rectángulo del precioso tejido y examiné el dobladillo, en el que efectivamente se había separado el galón de seda en varios puntos; en otros, se veía gastado. No podía arreglarse, era necesario sustituirlo. Las mujeres ya se habían dado cuenta, porque habían comprado galón nuevo; también había un carrete de hilo del color adecuado y la almohadilla de las agujas. Me senté de espaldas a la puerta y empecé a descoser con cuidado el viejo ribete, atenta a no estropear el damasco, que también se veía muy viejo. No se trataba de un trabajo difícil, pero era laborioso y requería mucha concentración. El galón debía coserse a mano con pequeños puntos invisibles. En estos casos la máquina de coser no servía. Sabía, porque

había visto a muertos expuestos en otras familias importantes, que el lecho de don Urbano sería trasladado al salón y recubierto con ese paño. El cuerpo, lavado y vestido con sus mejores ropas, se colocaría encima, a la vista de quien fuera a rendirle un último homenaje.

Cosía, y el tiempo pasaba. Quirica, exhausta de tanto llorar, se había adormecido con la cabeza apoyada encima de la mesa. Rinuccia rezaba el rosario a media voz. Las agujas del reloj colgado junto a la puerta se movían muy despacio. De vez en cuando mi pensamiento corría hasta Assuntina; esperaba que no hubiese salido a jugar a la calle, que después de haber terminado los deberes se hubiera puesto a jugar a algo tranquilo, tal vez a hojear las viejas revistas ilustradas que guardaba en el cajón.

Una vez hube finalizado, corté el hilo después de anudarlo y esconder bien el extremo; saqué la aguja, doblé el paño y lo dejé sobre el respaldo de una silla. Rinuccia calentaba la plancha para darle un repaso cuando llamaron ligeramente a la puerta. Me sobresalté temiendo que pudiera ser Guido, y como estaba junto a la puerta de la despensa, me metí dentro.

Pero era el doctor Ricci.

—Todo ha terminado —anunció—. Podéis ir al dormitorio y arreglar el cuerpo.

Quirica levantó la cabeza de la mesa y se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Rinuccia dijo: «Ave María».

En cuanto el doctor hubo salido, Rinuccia puso a calentar un gran recipiente lleno de agua encima del fogón, a pesar de que a don Urbano ahora ya no le habría molestado que lo lavaran con agua fría. Quirica se arregló la ropa y el pelo, se secó los ojos y fue al baño a coger la navaja, la espuma y la brocha.

—Tienen que quedarle las mejillas como la seda —dijo. La idea de serle útil al señor por última vez la había calmado un poco.

Yo me envolví en el chal.

—Bueno, yo me marchó —dije, despidiéndome.

—¿No quieres entrar a verlo? —preguntó Rinuccia—. Si esperas un poco, a lo mejor podrías echarnos una mano para vestirlo.

—No, los muertos me dan impresión. —No habíamos hablado de la compensación, y yo me iba a ir sin preguntar nada con tal de marcharme deprisa. Pero Quirica ya lo tenía previsto desde la mañana. Como era habitual, enrolló el billete, metió las monedas dentro y lo envolvió todo con el sobrante del galón de seda nuevo y todos los trozos que había descosido del viejo.

—Si pasas mañana por la mañana, podrás despedirte de él. Y ya habrán decidido la fecha del funeral. —Daba por supuesto que quería ir.

Se lo agradecí y me metí decidida en el pasillo, directa a la puerta de servicio, con gran alivio por haber conseguido evitar el encuentro que tanto temía. Sin embargo, era pronto para cantar victoria. El pasillo era largo, estaba mal iluminado por una única ventanita que daba a la escalera,

lleno de recovecos donde tiempo atrás había habido armarios empotrados. Caminaba tan deprisa que no me fijé en la figura semioculta en uno de los entrantes y, cuando se dispuso a salir de allí, choqué con ella.

—Discúlpeme —dije automáticamente, retrocediendo, y lo reconocí de inmediato.

—¿Qué hace usted aquí, señorita? —me preguntó Guido estupefacto.

Tenía el rostro descompuesto por el llanto, los ojos rojos por la larga vela. Más tarde supe que había pasado dos noches sin tocar la cama. Sentado al lado de su tío, le sostuvo la mano hasta el último aliento, haciendo un esfuerzo por retener las lágrimas. Cuando don Urbano se hubo ido, salió de la habitación: necesitaba estar solo, que nadie le hablara, necesitaba desahogarse, necesitaba llorar. Había ido a refugiarse al pasillo de servicio pensando que allí no encontraría a nadie.

—¿Qué hace usted aquí? —repitió sin dar crédito.

No le di explicaciones.

—Lo siento por su tío —dije yo, en cambio.

Él intentó secarse las lágrimas.

—Era un buen hombre. Lo echaré mucho de menos. Primero mi padre, y ahora... —Se le quebró la voz por los sollozos.

No sé cómo pasó. Estábamos el uno frente al otro, muy cerca, en la penumbra. Yo con una mano mantenía unidos los bordes del chal sobre el pecho y con la otra sujetaba el rollo de mi retribución. No sabía qué decir, y él no me pedía nada, sólo me miraba. Su dolor me parecía sincero, indefenso, como el de un niño. Llena de compasión, alargué instintivamente una mano para rozarle la mejilla; él abrió los brazos. Me encontré rodeada contra su pecho, la cara en la cavidad del cuello mojado de lágrimas. No me aparté. Es más, dejé caer el chal y a mi vez también lo abracé con fuerza.

—No llore, por favor, no llore.

Él me besó la cabeza, de lado, en la sien. Yo levanté el rostro.

En ese momento, la puerta que separaba las dos zonas de la casa se abrió y en el umbral apareció doña Licinia. Guido le daba la espalda, pero yo la vi bien, y ella me vio, nos vio. No dijo ni una palabra, se retiró, pero cerró la puerta con fuerza. Guido se recobró, me dejó marchar.

—Perdóneme —dijo—. Disculpe. No era mi intención.

Yo recogí el chal, me avergonzaba mirarlo a la cara.

—Me voy —murmuré con una voz tan delgada que no parecía la mía, y me dirigí hacia la puerta. Él me siguió.

—Después del funeral —comentó—, tendré que quedarme unos días más en L. Quiero verla. La esperaré todas las mañanas en la biblioteca.

Salí y bajé la escalera corriendo. Fuera ya casi era de noche, pero mi casa no estaba lejos y recorrí el trayecto a paso ligero sin apenas darme cuenta. En mi interior se mezclaban las emociones más diversas, piedad y ternura por el dolor de Guido, como una pena, pero también

un extraño júbilo, una alegría desconocida, una esperanza confusa. Y a la vez incertidumbre, temor, dudas, un gélido miedo por esa silueta negra parada en el umbral. ¿Me había reconocido? ¿Qué habría pensado de mí? Estaba tan nerviosa que casi no me acordaba de Assuntina, que estaba en mi casa y que tenía que cenar, a ser posible algo caliente. Y que tal vez en mi ausencia había organizado alguna desgracia.

Entré sofocada. Y en cuanto estuve dentro y me quité el chal me di cuenta de que ya no tenía en la mano el rollo del dinero envuelto en la cinta. Evidentemente se me había caído en el pasillo de la casa Delsorbo. Me supo mal, y de inmediato me avergoncé por haberme disgustado por un detalle tan vulgar. No era una gran suma. Pero todo el dinero era importante, en especial ahora que estaba Assuntina, y la caja de hojalata se iba vaciando.

La niña se dio cuenta de que me había pasado algo insólito; me dirigió una mirada curiosa, pero no preguntó nada. Había puesto la mesa, cortado el pan, pelado y troceado las patatas, además de los apios y las zanahorias para la menestra.

—No he podido encender el fuego —confesó—. Estos fogones no son como los de mamá.

—Ahora te enseñaré. —Habría otras ocasiones en que debería dejarla sola. Si me llamaban para que cosiera en alguna casa, no podía llevármela conmigo. Añadí achicoria y lentejas que había dejado en remojo a los ingredientes de la sopa e hice una olla grande, abundante, que al menos duraría tres días. Saqué de la despensa dos huevos y los puse a freír con un poco de cebolla.

Cuando estuvimos en la mesa me esforcé por hablar con Assuntina, le pregunté qué había aprendido por la mañana en el colegio y si había hecho los deberes. Ella respondía con monosílabos, como si estuviera muy cansada. Qué diferencia, pensaba, con la granuja desatada de las vacaciones en la playa. Había perdido aquellos modos descarados, aquella seguridad, aquella vivacidad. Sin duda había estado todo el día pensando en su madre, se había preguntado sobre su futuro. Pero no hacía ninguna pregunta, no pedía explicaciones. «Pobre criatura —no pude evitar pensar—, ¿quién sabe qué le espera? A mí, al menos, me quedó la abuela.»

A pesar del disgusto por haber perdido la retribución por una tarde de trabajo, al día siguiente me guardé mucho de volver a casa de los Delsorbo. No quería ver al muerto expuesto, oír las charlas de los visitantes, no quería poner en evidencia a Guido ni enfrentarme a la mirada de su abuela. Y tampoco quería saber el día y la hora del funeral. Habría un enorme gentío, lo sabía, de amigos, parientes, personas de todas las clases sociales, incluso las más humildes, aunque sólo fuera por la curiosidad de ver a doña Licinia, que desde la muerte de su hija no había vuelto a salir de casa. Pero yo no tenía intención de asistir.

En los días siguientes me quedé en casa cosiendo. Había terminado las sábanas de punto

festón y cuatro batitas de estar por casa para Enrica, labor muy sencilla porque era suficiente con descoser uno o dos de los plieguecitos horizontales que acompañaban al dobladillo y que en principio habían sido hechos como adorno, pero sobre todo para esa eventualidad. La señorita Ester, a pesar de su riqueza, seguía las reglas del sentido común y del ahorro. Su hija utilizaba las batas hasta el final, hasta que el tejido estaba gastado y se rasgaba en las esquinas de los bolsillos, o le quedaban tan estrechas que ya no podían abrocharse por detrás.

Coser en casa me permitía ocuparme mejor de Assuntina, prepararle comidas calientes, interesarme por los deberes. Seguía estando preocupada por su salud: cada día le tocaba la frente para comprobar si tenía fiebre, me despertaba de noche para escuchar su respiración. Pero desde ese punto de vista, mi pequeña huésped estaba bien, incluso le había desaparecido la tos, como si los tres días de mar y el baño frío que tanto me había alarmado hubieran funcionado de verdad como una cura milagrosa. Lo que me empezaba a preocupar era su comportamiento totalmente cambiado: ahora era una niña razonable, obediente y silenciosa, demasiado silenciosa.

Hablé de ello con la señorita Ester cuando fui a llevarle las batitas alargadas y ella me pidió que me quedara a tomar café y a charlar un rato. No le había dicho nada de Guido, pero ella había intuido que había algo distinto en mi estado de ánimo. Era demasiado delicada y respetuosa para interrogarme de manera directa; esperaba que hablase yo, y yo no tenía valor para hacerlo. Estaba tan lejos de sospechar quién era el objeto de mis pensamientos que, después de compartir mi preocupación por Assuntina y escribir una nota para una enfermera jefe del hospital a la que conocía y a la que podría pedirle que se ocupara de la pobre Zita con mayor atención, empezó a contarme, como una anécdota curiosa, el funeral de los Delsorbo y la reacción de doña Licinia ante la lectura del testamento. Al funeral asistió, como yo suponía, toda la ciudad: el cortejo fúnebre fue larguísimo, la catedral estaba a rebosar. La aristocracia se situó en los primeros bancos y, a continuación, progresivamente hacia la salida, los oficiales del regimiento, los industriales, la alta burguesía, los funcionarios del reino, los empleados, los tenderos, la servidumbre y la humilde gente de los trabajos a domicilio. Se murmuraba, y eso la señorita Ester me lo dijo con un destello de diversión en los ojos, que entre la multitud, de pie junto a la salida, también había algunas pupilas del mejor burdel de la ciudad junto a la propietaria, que les había permitido salir para la ocasión. Don Urbano había sido hasta el último momento uno de sus más asiduos clientes.

—Ya habrá encontrado el modo de disfrutar también en el paraíso —comentó Ester riendo, a pesar de que las costumbres del muerto eran contrarias a sus principios—. A menos que haya ido al infierno. No por su vida disipada, sino por la jugarreta que le ha hecho a su madre. Parece ser que doña Licinia está furibunda y que ha despedido a Quirica en el acto.

—¿Qué tiene que ver Quirica?

—Don Urbano, en su testamento, no se lo ha dejado todo a su madre y a su sobrino, como era de esperar. Buena parte de su patrimonio personal se lo ha dejado a la que en la casa llamaban la «sirvienta vieja».

Podía suceder, aunque en raras ocasiones, que los señores dejaran legados a la servidumbre más o menos generosos. ¡Pero buena parte del patrimonio...!

—¿Y a Rinuccia no le ha dejado nada?

—Nada. Eso es lo más curioso. Aunque también es cierto que Quirica servía en casa de los Delsorbo desde hacía medio siglo y a Rinuccia la cogieron mucho más tarde, después del cólera. Por otra parte, los curiosos no tendrán que esperar mucho para descubrir otros detalles. El notario hará público el testamento de don Urbano antes de final de mes.

Respecto al sombrío estado de ánimo de Assuntina, la señorita Ester se mostró más preocupada por mí que por ella.

—Has asumido una responsabilidad demasiado pesada para tus hombros —me dijo—. Cada día que pase será peor. ¿Estás segura de que la niña no tiene ningún familiar que pueda ocuparse de ella?

—Zita nunca me lo ha dicho. Si hubiera tenido a alguien, ya le habría pedido ayuda hace mucho tiempo. Ha habido momentos en que han corrido el riesgo de morir realmente de hambre. No, después de que mataran a su marido, se quedaron solas.

—Y la niña lo sabe. Espera que su madre regrese, pero es lo bastante mayor para comprender que puede suceder lo peor. ¡Pobre criatura! Pero tú no debes sentirte obligada a hacerte cargo de ella. Eres demasiado joven, estás sola, vives de tu trabajo. —Se interrumpió y me observó el rostro, como calculando mi capacidad de afrontar la situación. A continuación, añadió—: No te preocupes. Cuando llegue el momento te ayudaré a encontrar un acomodo aceptable para tu protegida. Es más, si te parece que no podrás con ello, podríamos empezar a buscar algo a partir de ahora.

—Se lo agradezco, pero prefiero esperar. Hasta que Zita..., también podría curarse y volver a buscarla, ¿no cree?

—No, no lo creo. Me alegraría, pero no creo en los milagros. De todos modos, esperaremos, como tú quieras. ¿Podrás con ello? ¿Necesitas algo? No, un regalo no, no me atrevería. Un pequeño préstamo, un anticipo por tu trabajo futuro.

—De momento me las apañó. Tengo algunos ahorros.

Y, así, don Urbano fue enterrado en la tumba de la familia, se abrió el testamento, los días de las visitas para dar el pésame fueron pasando. Guido probablemente había empezado a ir todas las mañanas a la biblioteca. Probablemente me esperaba.

Después de muchos titubeos decidí ir a buscarlo. Cuando Assuntina salió para ir a la escuela me vestí con esmero, me peiné; no me puse el chal grueso de lana oscura, de vieja, sino que escogí uno más ligero, con un motivo de rosas a lo largo del borde y flecos de seda que la señorita Ester me había traído de Roma. También me puse los pendientes de coral que habían sido de mi abuela. Me calcé los mejores zapatos. Arranqué un pétalo del geranio rojo que tenía

en la ventana y me lo froté por los labios para darles un poco de color. Este recurso lo había leído en una novela.

Salí deprisa y llegué a la plaza del ayuntamiento. Había estado alguna vez en la biblioteca pública para coger prestado un libro o para devolverlo, pero nunca había subido a la sala de lectura. Me detuve al lado de un banco de la plaza, detrás de un árbol, a observar a la gente que entraba y salía. Había muchas personas, muchos jóvenes, no todos estudiantes de buena familia u oficiales, sino también funcionarios, algún dependiente de alguna tienda, todos vestidos decentemente. Ningún artesano, ningún mozo. No había de qué sorprenderse: a la biblioteca iban los que sabían leer. Yo, entre las personas de mi clase, era una excepción. Las mujeres que veía entrar eran pocas, de una cierta edad, con los vestidos serios y un poco masculinos de las burguesas que trabajaban fuera de casa, maestras, empleadas en la administración pública, en Correos o en Teléfonos. Vestida de pueblerina como yo, ninguna. Ni siquiera una sirvienta a la que su señora hubiera mandado a devolver una novela. Empezaba a sentirme incómoda. Qué idea había tenido Guido al citarme precisamente allí, donde llamaría más la atención.

Entonces las vi llegar. Dos señoritas de unos dieciocho años, acompañadas por un joven que parecía un hermano o, en todo caso, un pariente próximo y que las trataba con mucha familiaridad. Dos señoritas ricas y elegantes, peinadas a la última moda, con un rulo para levantar el pelo alrededor del rostro, vestidas con trajes chaqueta de paseo muy modernos, sin polisón ni cola, que sin duda se habían hecho a medida en La Suprema Eleganza o en Belledame, cada una con su sombrilla de encaje claro. Dos mujeres jóvenes que seguramente ya no llevaban corsé. Su acompañante se parecía a Guido, en la ropa, en los gestos, en la manera de hablar, y se dirigía a ellas con mucha atención y respeto.

Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. ¿Envidia? ¿Conciencia de lo distintas que éramos? ¿Del abismo que nos separaba? ¿Cómo podía competir con esas dos hijas de señores? ¿Cómo podía presentarme con Guido ante sus madres, ante sus familias? ¿Cómo podía pensar que me aceptarían entre ellos, a mí, que venía de otro mundo, que había nacido y vivía entre los pobres y a ellos pertenecía, que tenía que ganarme la vida día tras día, que si iba a su casa tenía que entrar por la puerta de servicio, que sólo tendría acceso a sus salones con el metro en la mano o con el uniforme de sirvienta y la bandeja de las pastas? Si hubiera ido al lado de un joven de su clase social me habrían mirado con estupor, con desprecio, me habrían echado. Mi orgullo no podía permitirlo. Di media vuelta y me marché, avergonzada por los pendientes y los labios rojos y el chal de seda y mis sueños absurdos.

No sabía que Guido me había visto por la ventana del primer piso y que estaba bajando para venir a mi encuentro. Caminaba tan resuelta, con la mirada cegada por las lágrimas, que no me di cuenta de que me seguía. Me alcanzó cuando ya había torcido por la avenida, me adelantó, se

paró delante de mí abriendo los brazos como los guardias de la ciudad cuando detienen el tráfico para dejar pasar a un carro de bueyes.

—¿Por qué huye? —me preguntó—. Hacía dos días que la esperaba.

—Déjeme pasar. ¿No ve que nos están mirando?

En efecto, a esa hora la avenida estaba llena de gente; no llovía y los cafés habían sacado las mesas a la acera. La puerta del barbero estaba abierta y los clientes, mientras esperaban su turno, contemplaban ociosamente a quienes pasaban. Las sirvientas volvían del mercado con los capazos; las niñeras empujaban cochecitos en dirección a los jardines públicos; las señoras caminaban despacio, cogidas por debajo del brazo, y miraban los escaparates; las floristas y las vendedoras de espárragos, en cuclillas junto a sus cestos, ofrecían la mercancía buscando con los ojos a posibles clientes. No era el mismo público que tiempo atrás, al amanecer, había presenciado la entrada triunfal de Tommasina con las cajas de los almacenes Printemps, pero había bastantes curiosos que observaban con interés nuestro encuentro y que sin duda lo contarían por ahí.

—Pues que miren —dijo Guido poniéndose a mi lado y cogiéndome por debajo del brazo. Me levantó la mano a la altura de la cara y me besó los dedos. Me sentí como si estuviera en llamas, empecé a temblar.

—Tiene frío. Perdóneme por tenerla aquí en medio de la calle. Entremos en el café. Necesita beber algo caliente.

Nunca había entrado en un café en toda mi vida. Con las puntas de las orejas quemándome, esperé que pudiéramos meternos en una salita interior, de las más reservadas. Estaría sola con él, pero en ese momento ya no me asustaba lo que pudiera decirme; lo importante era escapar de las miradas que no nos quitaban ojo.

Pero Guido no entró en el vestíbulo del Cristal Palace donde estaba la barra, la caja y el acceso a las salitas; me empujó a la jaula de cristal que daba a la acera y me hizo sentar a la mesita más exterior, bien a la vista de todos los que pasaban. Llamó al camarero y le pidió dos chocolates calientes con nata y un plato de pastas de crema.

—¿Por qué ha huido? —me preguntó en tono de reproche—. Si no hubiese estado en la ventana en ese momento, la habría perdido.

—No debemos... —empecé a decir.

—Pero no, no la habría perdido —me interrumpió—. Habría ido a buscarla a su casa. Sin embargo, me alegro de que se haya decidido. Usted también debe dar algún paso adelante, no puedo perseguirla durante toda la vida.

—Cuando regrese a Turín ya no tendrá que perseguirme.

—Me alegro tanto de poder hablar con usted... Tengo que contarle tantas cosas...

Yo tenía la cabeza agachada sobre la taza humeante.

—Lo siento mucho por su tío —dije en voz baja—, y le agradezco que enviara al doctor Ricci. No debería haberse molestado.

—Me alegro de que la niña esté bien. Pero no hablemos de eso. No hay mucho tiempo, mañana tengo que irme.

Me cogió de nuevo la mano que sujetaba la cucharilla, de nuevo se la llevó a los labios y la besó. Después siguió estrechándola mientras hablaba.

—No hace falta que repita que mis intenciones son serias, ya debe de haberse dado cuenta. Me gustaría conocerla mejor, visitarla; también usted debe aprender a conocerme. Con el permiso de su familia, naturalmente. Iré esta misma mañana a presentarme.

—No tengo familia —repuse, pero enseguida pensé en la señorita Ester. A ella podía presentárselo con la esperanza de que me comprendiera. Pero no hoy. Las cosas estaban yendo demasiado deprisa.

—Lo lamento —dijo Guido—, un motivo más para que la proteja y me ocupe de usted. Por desgracia, tengo que marcharme, pero nos escribiremos. ¿Me promete que me responderá si le escribo? Aquí tiene mi dirección de Turín. ¿Me promete contestar, me lo promete?

Le agradecí su seguridad al pensar que sabía escribir. Se lo prometí con un hilo de voz.

—No podré volver enseguida. Pasado mañana tengo el último examen y después, dentro de cuatro meses, la licenciatura. Mientras tanto, el profesor exige que vaya a la facultad a diario. Pero después seré libre. Mi abuela desea que venga a vivir aquí con ella, a la via Cesare Battisti. A mí no me apetece, en especial después de haber visto cómo ha tratado a Quirica. Por suerte, la pobrecita tenía una casa adonde ir; tío Urbano fue generoso, era un hombre bueno. Al palazzo Delsorbo no, no iré. Mi abuela es vieja, vive en otro mundo. Puedo esforzarme en comprenderla. Pero estar de acuerdo, no. No soportaría vivir a su lado. Pensaba alquilar un pequeño apartamento, lo decidiremos juntos cuando regrese.

—¿Un apartamento? No, no, yo... yo nunca...

—No se alarme. Iré a vivir allí yo solo, hasta que... hasta que usted... Si después de que me conozca bien quiere casarse conmigo.

Me eché a llorar. Mis lágrimas caían en la taza del chocolate. No me importaba la gente que pasaba y que, al otro lado de la jaula de cristal, nos observaba con mucho interés, como si estuviera en el teatro o en el parque zoológico. Tenía una mancha de nata montada en una mejilla. Guido me la limpió con delicadeza, con un beso ligero como un ala de mariposa.

Cuando llegué a casa, Assuntina ya había vuelto de la escuela. Se dio cuenta enseguida de que no era la misma, de que mi estado de ánimo, de que todo mi ser había cambiado. Intentaba que no se me notara, pero me parecía vivir en otra dimensión, flotar entre el cielo y la tierra, caminar como sumergida en un sueño, como en una novela. Me parecía que lo que había ocurrido entre Guido y yo esa mañana era producto de mi fantasía, no podía ser cierto. Pero el anillo que me había dado era real, concreto, me bastaba con llevar una mano hacia el pecho para tocarlo. Él me lo puso en el dedo en la mesa del bar, quería que lo llevara en la mano izquierda, a la vista, que se lo

mostrara a todos, como un delicado puente que unía las dos orillas del abismo que nos separaba. Una banda de oro con dos pequeñas piedras, un zafiro y un brillante; era de su madre y se lo habían regalado por su confirmación, una joya de jovencita, para él con un valor más sentimental que venal, pero que a mí, acostumbrada a hacer cuadrar balances de poco dinero, me parecía enorme. Me asusté. Todavía no estaba preparada para desafiar tan abiertamente a la ciudad y sus reglas. Yo sola, mientras él se encontraría lejos.

—Me lo pondré en el dedo cuando vuelva de Turín —le dije—. Mientras tanto, lo llevaré en el corazón.

Y me lo puse en la fina cadena de oro de la abuela que siempre llevaba al cuello. Allí estaría seguro, escondido bajo la camisa y protegido de las miradas curiosas.

Tal vez si Assuntina hubiera podido ver el anillo habría entendido que mi insólita euforia no provenía de que se hubiera hecho realidad el que era su mayor deseo. Quiso creer que venía del hospital.

—¡Mamá se ha curado! —exclamó, iluminándose por completo—. ¿Cuándo volverá?

—Todavía tendrá que pasar un poco más de tiempo —le mentí—. Debes tener paciencia. —Y advertí un ligero sentimiento de culpa al comparar mi alegría, mi esperanza, con el agujero negro que le esperaba.

Por la tarde volví a ver a Guido. Fuimos a pasear por la avenida de los plátanos; era un día laborable y no había demasiada gente, sólo niñeras, niños vestidos de marineros con el monopatín y chiquillas elegantes que hacían rodar el aro. Hablamos mucho. Lo que nos dijimos lo recuerdo perfectamente, pero prefiero mantenerlo escondido en mi corazón. Sólo diré que él me acariciaba con dulzura el pelo y que si por un lado mi timidez poco a poco iba disminuyendo, por el otro también era consciente de mi ignorancia, que intentaba ocultar, y cada vez estaba más decidida a mejorar, a estudiar para llenar mis lagunas. No quería que él se avergonzara de mí, en ninguna circunstancia.

Por la noche Guido me llevó a cenar a una pequeña *trattoria* situada nada más salir de la ciudad. Nunca había cenado ni comido en un local público. Volví tarde a casa, disgustada porque una vez más Assuntina había tenido que cenar sola. Para hacerme perdonar le mostré el anillo, que seguía ensartado en la cadenita de mi abuela.

—¿Quién te lo ha dado? —me preguntó.

—Una persona que me quiere.

—¿Y por qué no te lo has puesto en el dedo?

—Porque me da miedo que me lo roben.

—¿Es muy caro? —No era capaz de distinguir el diamante y el zafiro de las piedras de cristales de colores que había visto en el dedo o en el cuello de las tenderas de nuestro barrio—. Si lo llevas al Monte, ¿cuánto dinero te darán?

—No lo llevaré nunca al Monte.

—¿A esa persona la quieres más que a mí?

—¿Qué dices, tontina! Es una cosa distinta.

Assuntina suspiró. No sospechaba que fuera tan sentimental. Quiso probarse el anillo, que, como es natural, le estaba ancho, pero luego no quería devolvérmelo. Luchamos un poco jugando, y en el tira y afloja la cadenita, que era realmente muy fina, se rompió. La culpa fue mía, no debería habérsela dejado tocar, de modo que no reñí a la niña. Es más, pensé que había tenido suerte. La cadenita podría haberse roto por la calle, el anillo podría haberse caído sin que me diera cuenta, lo habría perdido para siempre. Mejor colgarlo en una cinta resistente, pero en ese momento no tenía ninguna en casa que fuera adecuada. Así que, cuando Assuntina se quedó dormida, me subí a la silla y metí el anillo, después de besarlo, en la caja de los deseos.

Al día siguiente me levanté muy temprano y, tras terminar de limpiar la escalera, fui a la estación a despedir a Guido. Decidí que era más prudente dejar el anillo en la caja de hojalata hasta que encontrara un lazo lo bastante fuerte, pero a él no se lo dije. Lo acompañé hasta el vagón de primera clase; su cercanía me daba seguridad, una desenvoltura que nunca habría imaginado. La gente nos miraba. A pesar de que me había puesto mi mejor ropa, pensaban que era una sirvienta que acompañaba a su señorito para llevarle el equipaje. Pero había quien lo conocía y, cuando él me acarició la cara y el pelo, me abrazó con fuerza, me besó y me secó las lágrimas, esas personas no ocultaron su asombro e hicieron, en voz alta, comentarios desagradables.

—Irán a contárselo a su abuela —sostuve.

—Que vayan. Tendrá que saberlo antes o después. Tendrá que acostumbrarse.

Yo habría preferido que eso sucediera mientras Guido estuviera en la ciudad, no tener que afrontarlo sola. Pero era demasiado tarde para volver atrás. Él me dijo:

—En cuanto llegue, le escribiré. Contésteme a vuelta de correo. —Luego me cogió una mano y se la llevó al corazón—: ¿Me promete una cosa?

—¿Qué?

—Cuando vuelva quiero que dejemos esto del usted, todos estos rodeos con las palabras. Tenemos que empezar a tratarnos de tú. ¿Me lo promete?

No iba a ser fácil, ya lo sabía. Pero era necesario. Se lo prometí.

Cuando el tren hubo partido me dirigí hacia el hospital. Volver a casa a llorar habría sido inútil. «No esté triste —me pidió Guido—. Cuatro meses pasan deprisa. Piense en cuando vuelva. Piense que ya no volveremos a separarnos.»

El hospital estaba en las afueras, me costó una buena caminata llegar, durante la cual intenté reflexionar, poner en orden mis pensamientos, pero se escapaban en todas direcciones. Las personas que nos habían visto en el café, en la avenida de los plátanos y en la estación no sólo iban a ir a soltárselo a doña Licinia, sino que además lo contarían por toda la ciudad. Me sabía

mal que la señorita Ester se enterara por algún cotilleo; me arrepentí de no haberle dicho nada antes yo misma, de no haberla puesto sobre aviso. Quizá todavía estaba a tiempo. Decidí que por la tarde iría a verla.

En el hospital, busqué a la jefa de enfermeras para la que llevaba la nota de recomendación. La encontré a punto de irse a casa, había terminado su turno. Era una mujer de mediana edad, cordial, disponible. A pesar de estar cansada, aceptó quedarse a hablar un rato conmigo; me explicó que, aunque se había ocupado de Zita con una atención especial como le pedía la señorita Ester, no iba a ser de mucho provecho. Mi amiga ya había llegado al estadio final. Ya no estaba consciente. Todavía duraría..., no podía decirlo con exactitud. Sin duda no más de dos semanas, tal vez mucho menos. ¿Quería verla, saludarla por última vez? Con alguna precaución, si prometía no acercarme demasiado, no tocarla, podía hacer una excepción y dejarme entrar en la sección de aislamiento.

—¿Podrá reconocerme? —pregunté.

—No. Le damos calmantes. Duerme.

—Entonces prefiero no verla.

—Como quieras. —Miró de nuevo la nota—. Aquí dice que tiene una hija pequeña. Que habría que encontrarle una colocación. La mejor posible. En eso puedo ayudarte. Para las huérfanas de nuestros pacientes tenemos el apoyo del Istituto di Maria Bambina. Es un buen orfanato femenino, cuenta con una escuela; las que quieren pueden estudiar hasta convertirse en maestras de jardín de infancia. Las instalaciones son amplias, sanas, secas. También hay un jardín y un huerto que cuidan las huerfanitas. En verano las llevan una semana al mar, a la casa hermana de P. Créeme, es lo mejor que hay en la ciudad. Y recibe muchísimas peticiones. Sería conveniente reservar de inmediato una plaza para tu protegida. Así, cuando llegue el momento... Si quieres te acompaño. La burocracia es un poco complicada si te presentas en la ventanilla por primera vez. Y, además, hay que saber leer los módulos, escribir las respuestas. Necesitarás ayuda.

Ella también pensaba que era una ignorante, una analfabeta. No la corregí. Su presencia me sería muy valiosa de todos modos. Le di las gracias por el tiempo que me dedicaba. No habría querido decidirlo tan pronto, pero veía que esperar era inútil. E inútil habría sido hablarlo antes con Assuntina, preguntarle si estaba de acuerdo. ¿Qué otra opción tenía? Además, hacer algo me ayudaría a no pensar en Guido.

Cuando estuvimos en la calle, a la luz del sol, la mujer observó con atención mi cara.

—Yo te conozco —dijo—. ¿Dónde puedo haberte visto?

—¿En casa de los Artonesi? —me arriesgué, con la esperanza de que todavía no hubieran llegado a sus oídos las habladurías sobre lo que, estaba convencida, los chismosos de la ciudad definirían como mi «aventura» con Guido.

—No, no. En alguna otra parte... Vuélvete un poco, levanta la barbilla. Esos pendientes ya los había visto. ¡Ah, sí! En el teatro. Vas al gallinero, ¿verdad? Te gusta la ópera. A mí también. Me

la hizo descubrir mi marido, forma parte de la claqué. La pasada Navidad me regaló unos binóculos. Es muy diferente cuando ves bien la cara de los cantantes.

Respiré aliviada. Hablamos de nuestros compositores favoritos. Ella adoraba a Verdi, a mí me encantaba Puccini. Cómo había llorado por los jóvenes artistas de *La bohème*, su pobreza hacía que los considerara mis hermanos, y ahora Zita moría de tisis como Mimí, que no era costurera, pero casi, era bordadora... Faltaba, en aquella gélida buhardilla tan cercana a la luna, una niña a la que encontrar acomodo.

En un momento determinado mi compañera, repasando todos los señores que tenían un palco en el teatro y que gracias a los anteojos había observado tanto tiempo como para considerarlos viejos conocidos, suspiró:

—¡Lástima! El año pasado perdimos a la miss americana, su sirvienta, esa descarada, todavía viene, pero a platea. Y la próxima temporada ya no volveremos a ver a don Urbano Delsorbo. Era simpático. ¡Menudo viejo extravagante! ¿Has oído lo del testamento?

Tragué saliva. Negué con la cabeza.

—No —dije un poco brusca esperando que dejara el tema.

Pero ella sacó un periódico doblado del bolso.

—¡Lee aquí! Mejor dicho, perdona, te lo leeré yo.

Tampoco la desmentí esta vez. Escuché sus palabras sin hacer ningún comentario, preocupada al principio no tanto por el contenido del artículo, sino por lo que podría pensar la lectora al día siguiente, o más tarde, cuando descubriera que mi desinterés por ese testamento, por esa familia no era sincero, que estaba fingiendo. Una mentirosa, una hipócrita arribista, una mosquita muerta, me juzgaría con desprecio. ¿Seguiría ayudando a mis amigas? Con mi silencio, ¿estaba perjudicando a Zita, estaba perjudicando el futuro de Assuntina? Los secretos y las mentiras son como serpientes; nunca sabes dónde acaba el cuerpo y empieza la cola, dónde te harán llegar, decía mi abuela. Pero, así las cosas, ¿qué podía hacer sino escuchar? Y, además, el tema me interesaba de verdad.

El notario por fin había hecho público el testamento de don Urbano, que lo había escrito de su puño y letra, y a las disposiciones ya de por sí inusuales había añadido unas frases inexplicables, no previstas en las habituales fórmulas legales, tan extravagantes que el periódico las había considerado de gran interés para la curiosidad de los lectores y había decidido referirlas al pie de la letra. Ya era singular que el viejo vividor, escribía el cronista, hubiera dejado a una de las sirvientas, la más mayor, un edificio de apartamentos de dos plantas en el casco antiguo, otro de cinco plantas en el barrio moderno, una buena extensión de campo y mucho dinero, y a la otra nada. Y que le hubiera pedido a su sobrino, el heredero al que había dejado sin esa parte del patrimonio, que velara por la destinataria, que se ocupara de sus intereses, que la ayudara a alquilar de manera provechosa los apartamentos y que hiciera arreglar el que escogiera para ella.

Además, había querido justificar esta insólita decisión. «Quirica Grechi —escribió— entró al servicio de nuestra casa cuando era muy joven, siempre ha hecho lo que se le ha pedido con extrema abnegación y afecto, silenciosa y discretamente. Renunció con gran generosidad a su vida personal, no formó una familia propia. Soportó desprecio e ingratitud y nunca recibió una recompensa proporcional a lo que había hecho por nosotros, por mí. Por ello, le pido perdón. Pretendo con esto hacer un acto de reparación, y también que Dios me perdone. Lo que le dejo no es más que una mínima parte de lo que, en justicia, le correspondería.»

Volvieron a mi mente las palabras de Guido en el pasillo: «Era un hombre bueno». Aunque no entendía lo que podía haber hecho Quirica que fuera tan especial para merecer esa deferencia y esas disculpas. Todas las sirvientas internas renuncian a su vida personal y a cambio reciben un salario y la seguridad de un techo sobre su cabeza. No olvidaba que mi abuela renunció a ese salario y a esa seguridad para poder tenerme consigo.

A la enfermera también le parecía exagerada tanta gratitud.

—¡No, si aún se va a tener que pedir perdón a las sirvientas por haberles dado trabajo! —comentaba—. ¡Y todos esos elogios! ¿Había sido fiel y discreta? Formaba parte de sus deberes. Y si el sueldo era demasiado bajo, culpa suya por no haber hecho un trato claro desde el principio o después no haber pedido que se lo aumentaran. ¿Sus señores la habían tratado con desprecio? Podría haberse despedido, buscar una familia mejor, menos soberbia. Y, además, ya se sabe que los señores mandan y la servidumbre se aguanta. En resumen, no entiendo todas esas excusas y justificaciones por parte de don Urbano. Lo que tenía era suyo y podía dejárselo a quien quisiera. Punto. —A continuación, soltó una carcajada un poco malvada—: Pero entiendo que la madre se haya enfadado. En el fondo, su hijo la acusa de no haber pagado nunca lo suficiente a esa joya de sirvienta, la acusa de una avaricia que lo obliga, en el lecho de muerte, a ponerle remedio. ¿Era necesario escribirlo en un documento público? La ropa sucia es mejor lavarla en familia, ¿no te parece?

Me miró para tener una confirmación. Yo balbuceé:

—Tiene razón.

Y di gracias al cielo porque habíamos llegado al orfanato y mi acompañante tuvo que volver a guardar el periódico doblado en el bolso.

Es posible que el Istituto di Maria Bambina fuera el mejor orfanato de la ciudad, pero no me parecía tan especial. Un edificio bajo, con un terreno alrededor dividido en parterres, algún árbol, algún matorral, hileras de guisantes y de lechugas, ninguna flor. El recinto estaba separado de la calle por una alta verja y todas las ventanas del edificio tenían rejas. Dentro, el despacho de recepción estaba desnudo, con las paredes de color amarillento tintadas con aceite, y había una mesa, un archivador, dos sillas, en una repisa la estatua de la Virgen de los Dolores con las siete espadas en el corazón y, debajo de una campana de cristal, una cuna con puntillas doradas en la

que estaba tendida la imagen de cera de Maria Bambina envuelta de la cabeza a los pies con gasas, también doradas.

Continué fingiendo que no sabía leer ni escribir y dejé que fuera la enfermera quien pidiera información y rellenara los formularios. La monja nos informó con severidad de que había una larga lista de espera, las huérfanas pobres cada vez eran más numerosas en la ciudad para las plazas de que disponían, tendríamos que ponernos a la cola. Advertí una sensación de alivio. Podía esperar antes de informar a Assuntina de la decisión sobre su futuro. Pero la jefa de enfermeras se acercó al escritorio y dijo en voz baja con una sonrisa de entendimiento:

—La hija del señor Artonesi, la marquesita Ester, me ha rogado que la salude, hermana. Tiene mucho interés en esa niña.

—Salúdela de mi parte —contestó la monja sin levantar la cabeza de los papeles. Cogió nuestro formulario, que había metido debajo de la pila de los otros, y lo puso encima.

—Si quieren, pueden visitar el refectorio. Es la hora de comer.

Nos acompañó a una sala llena de mesas que se parecía a la de la institución para tuberculosos de P. Aquí las niñas también llevaban un uniforme de rayadillo gris y la cabeza rapada.

—¿Por qué van con el pelo tan corto? —pregunté en voz baja a la monja, armándome de valor.

—Por los piojos —me contestó—. Y para no fomentar la vanidad.

Me despedí de la jefa de enfermeras dándole muchas gracias y me dirigí a casa de los Artonesi llena de dudas. Primero de todo, por los pasos que acababa de dar. ¿Había sido una decisión demasiado precipitada buscarle un acomodo a Assuntina? Por timidez, ¿me había dejado arrastrar hasta más allá de mis intenciones? Y, además, ¿qué debía contarle a la señorita Ester sobre Guido? ¿Sólo lo que todo el mundo había visto y que podían ir a chismorrearle, o bien decirle cómo estaban realmente las cosas, hablarle del compromiso, mostrarle el anillo? ¿A ella, que ya no quería oír hablar del amor? ¿Se disgustaría por no haberle pedido consejo desde el principio? Pero no éramos dos amigas íntimas, ni iguales, como dos señoritas de buena familia que se lo cuentan todo recíprocamente desde la época del colegio, eso nunca me había atrevido a pensarlo. Nunca me había olvidado de que ella era una señora y yo una costurera. La señorita Ester, delante de mí, a pesar de que yo lo había conocido, y bastante, nunca nombraba al marqués Rizzaldo. Aunque tal vez ella, conociendo bien a las familias nobles de L., podría haberme dado algún buen consejo sobre cómo comportarme con Guido desde los primeros días.

Podría haberme ahorrado todas esas dudas, porque cuando llegué a casa de los Artonesi y pregunté por la señora, la gobernanta me contestó que había salido temprano, que se había ido con su padre a visitar la cervecera y que no regresaría antes de la hora de cenar. Le dejé una nota, diciéndole que había pasado a decirle algo importante, algo bueno, y que, en caso de que alguien le contara algo malo sobre mí, no debía creerlo. Se lo explicaría todo al día siguiente.

Cuando volví a casa ya era más de media tarde. Assuntina había comido sola una vez más, ahora ya sabía encender los fogones, y me había dejado la comida caliente al lado de las brasas. No tuve valor para decirle nada del orfanato y tampoco de su madre. Ella tampoco preguntó. Me contó que había pasado Rinuccia a buscarme, que tenía que ir enseguida al palazzo Delsorbo.

—Ha dicho inmediatamente. «En cuanto vuelva tiene que venir a nuestra casa.»

A pesar de que me lo esperaba, por un instante me quedé sin aliento. Sabía que antes o después tendría que enfrentarme a doña Licinia, pero esperaba tener todavía algo más de tiempo. Qué deprisa se corría la voz en nuestra ciudad.

—Inmediatamente, no. Estoy demasiado cansada —dije sentándome a la mesa de la cocina. No había parado desde antes del amanecer.

Me quité los zapatos. Me quité los pendientes que me había puesto para acompañar a Guido a la estación y después había olvidado quitarme. Le di las gracias a Assuntina por la comida y ella, solícita, me trajo el plato, tapado con otro, me lo puso delante y me trajo el vaso y el tenedor. Era coliflor con olivas que había sobrado del día anterior, y empecé a comer con apetito.

No había terminado todavía cuando llamaron a la puerta. Era Rinuccia de nuevo.

—¿No le has dicho que era urgente?! —atacó a la niña. Noté que la ira crecía en mi interior. Pero ¿qué se creían?, ¿que estaba día y noche a su disposición?

—¿Urgente? ¿Corre prisa coser otro paño funerario? —pregunté con sarcasmo—. ¿Para quién es ahora? ¿Para tu señora? ¿O es que tiene prisa por devolverme el dinero que el otro día olvidé en vuestra casa?

—No te hagas la graciosa. No es para reír, estúpida. Doña Licinia está muy enfadada. Venga, date prisa.

Dejé el tenedor con parsimonia deliberada, fui al fregadero a lavarme las manos, me deshice el moño, me até con cuidado las trenzas, busqué en el arcón un par de zapatos más cómodos. Sacudí el chal grueso, el oscuro, y me lo puse. Rinuccia hervía de impaciencia.

—¿Has terminado los deberes? —le pregunté a Assuntina—. ¿Quieres venir conmigo?

—No, no. Quiere hablarte a solas. ¡Y muévete, venga! —estalló Rinuccia.

Le di permiso a la niña para que fuera a jugar una horita a la calle con las amigas, con tal de que no saltara a la cuerda y no sudara, y al final seguí a la «sirvienta joven». Me daba un poco de pena verla tan nerviosa. Al fin y al cabo, ella no tenía ninguna culpa, es más, era digna de lástima por haber sido excluida del testamento. Y por haberse quedado sola haciendo todas las tareas en aquella casa enorme, sola con esa señora soberbia y prepotente.

—Y ahora que Quirica ya no está, ¿doña Licinia no tiene intención de coger a otra criada? ¿Tal vez más joven? —le pregunté por el camino.

—De eso también quiere hablarte.

—¿A mí? ¿Y qué tengo yo que ver?

—Y yo qué sé. Me gustaría saber qué hiciste el otro día en nuestra casa para hacerla enfadar tanto. Es desde entonces, incluso antes de leer el testamento, que la señora está fuera de sí. Y

desde anoche, todavía peor.

Así pues, los informadores no habían perdido el tiempo en ponerla al día. Decidí que no iba a aceptar que me hiciera un interrogatorio, que no le daría mi versión de los hechos, no me disculparía, si era lo que pretendía. No le daría esa satisfacción.

Yo sólo era una pobre costurera y ella, una gran señora. Pero no era mi dueña.

El cuerpo del delito



Mi abuela me había enseñado a respetar a las personas mayores. No hizo falta que me lo dijera con palabras, fue suficiente con su comportamiento, con su ejemplo, para sugerirme que la vejez, con su bagaje de experiencia, con su valentía, el saber y la fuerza para resistir que servía para superar tantos problemas, dolores, obstáculos, y para llegar con vida hasta ese punto, era algo que admirar, que daba ganas de imitar y a lo que rendir un público homenaje.

La vida me había enseñado a respetar a las personas ricas, fuera cual fuese su edad, su carácter, sus acciones. El hecho de ser ricas las hacía poderosas, más fuertes que nosotros, capaces de aplastarnos, de destruirnos con sólo chasquear los dedos. A los ricos no había que admirarlos necesariamente, nuestro juicio sobre ellos también podía ser crítico, incluso de desprecio. Pero nunca podíamos expresarlo. Sobre todo, nunca en su presencia. Con ellos siempre debíamos ser respetuosos.

Doña Licinia era vieja, era rica, y no podía permitirme olvidarlo.

No me esperaba encontrarla tan calmada, tan compuesta, sentada muy derecha en la butaca de terciopelo rojo junto a la ventana.

—Me has hecho esperar. ¿Dónde estabas? —preguntó sin saludarme en cuanto me tuvo delante.

—Trabajando —contesté sin darle más explicaciones. Hacía calor en el salón y, aunque no me había invitado a hacerlo, me quité el chal y lo dejé sobre una silla. Pero permanecí de pie, como había que hacer delante de los señores. Ella hizo salir a Rinuccia y le ordenó que cerrara la puerta. Ahora estábamos solas.

—Te vi, el otro día en el pasillo —empezó a decir.

—Lo sé.

—Eres lista. Te has trabajado bien a ese simplón de mi nieto. No te habrás metido ideas raras en la cabeza...

No contesté, pero le sostuve la mirada.

—No, no creo —prosiguió—. Eres una chica razonable. Por mucho que puedas haberlo engatusado, ya sabes que no sacarás nada.

Yo seguí callada.

—¿Lo sabes o no lo sabes? Tu abuela no era una estúpida. Debió de enseñarte que la gente como vosotros tiene que permanecer en su sitio.

Yo seguía en silencio.

—Pero tú eres ambiciosa, ¿verdad?, como todas las granujas de las callejuelas: unas miserables y andrajosas a las que os gustaría vestir como señoras, poneros un sombrero, usar abanico y haceros las melindrosas con nuestros hijos para enredarlos y que os regalen las joyas de la familia. Para que se casen con vosotras, tal vez. No le habrás arrancado a mi nieto una promesa de matrimonio, ¿verdad? Ése, en cuanto ve unas faldas... Peor que su tío. Un débil, un imbécil. Pero no lo creas, no te hagas ilusiones: Guido sabe perfectamente quién es él y quién eres tú.

—Tiene razón. Creo que lo sabe. Y que no le importa.

—Ah, ¿de verdad? ¿No le importa? A mí sí me importa. ¿Sabes que puedo arruinarte la vida? ¿Que puedo denunciarte por embaucadora? No me faltan testigos. Te creía más astuta. Llevarlo cogido por la nariz delante de todos. ¿Hacía falta arrastrarlo a la jaula transparente del Cristal Palace? ¿De hacerle en público todas tus zalamerías? ¿Qué querías demostrar?

—Mire, ¿por qué no le hace esas preguntas a su nieto? ¿Por qué no se lo pregunta a él, cuando vuelva? ¿Por qué no le escribe?

—Porque Guido es un blandengue. Porque tiene que estudiar tranquilo sin estar pensando en estupideces. Porque es mejor que nos pongamos de acuerdo entre nosotras. Estoy segura de que al final nos entenderemos.

—¿Ponernos de acuerdo en qué?

—Tengo una propuesta que hacerte. Escúchame bien.

—Dígame.

—Sabes que Quirica ya no está. Rinuccia no puede con todo ella sola. Necesito otra sirvienta.

—Tiene razón. No le costará ningún esfuerzo encontrar a una.

—Ya la he encontrado. Necesito una chica joven y sana. Quiero que vengas tú.

—Yo soy costurera.

—¡Uf! ¡Mírala, la gran *couturière*! Para hacer remiendos. Tu abuela era una excelente criada. Ya sabes que estuvo aquí con nosotros durante unos meses, cuando Vittoria era una niña. No entiendo por qué quiso marcharse. Pero sin duda te habrá enseñado.

—Me enseñó a coser.

—Testaruda, si tanto te interesa, ya te daré algo que coser. No es eso lo que me importa. Y te pagaré un buen salario. ¿Cuánto ganas ahora al mes?

—Disculpe, pero su propuesta no me interesa.

—Oh, sí que te interesa. Guido no te disgusta, ya me he dado cuenta. Y tú le gustas a él. Sabes que en cuanto termine la carrera vendrá a vivir conmigo. Sería la solución ideal.

No lo entendía. Acababa de decirme que quería denunciarme por haberlo engatusado.

—No te hagas la mosquita muerta, la tonta. Lo has comprendido a la perfección.

Naturalmente, antes deberás pasar una revisión médica. Con discreción. Te la hará el doctor Ricci. Pero me ha dicho que pareces sana, que no debes de tener ninguna enfermedad vergonzosa, que no lo contagiarás.

¿Enfermedad vergonzosa? ¿Contagiarlo? Empezaba a entenderlo y me daban escalofríos. Ya había oído historias como ésa. Sobre criadas jovencitas que cogían las señoras de la casa para que sirvieran de desahogo a los señoritos. Chicas del campo escogidas con cuidado entre las más ingenuas e inexpertas. Vírgenes, para tener la seguridad de que no tuvieran ese tipo de enfermedades. Y empezaba a entender las palabras de don Urbano en su testamento. ¡Pobre Quirica! No debía de tener más de quince años cuando fueron a buscarla al campo. Y ella se había enamorado del señorito. ¡Cómo lloraba todavía por él, medio siglo después! Cincuenta años de esclava, de «sirvienta vieja», soportando el desprecio y la prepotencia de la señora. Soportando que don Urbano, después de que las pupilas de los burdeles fueran obligadas por la ley a pasar revisiones médicas y ya no resultaran tan peligrosas, con el permiso de la madre fuera a desahogarse a otra parte. Con tal de que no se casara. Ahí era donde pasaba las noches el caballero cuando no dormía en casa, lo sabía hasta la señorita Ester. Fue un milagro que en ese momento no la despidieran, pobre Quirica, en vista de que ya no era necesaria. Ahora entendía por qué mi abuela no había querido quedarse a servir en esa casa. Era una mujer honesta, no podría haber soportado ver a diario delante de sus ojos esa vergüenza. ¿Y Rinuccia? ¿Acaso Rinuccia lo sabía? La habían cogido mucho tiempo más tarde, después de la epidemia, cuando probablemente entre los dos todo había terminado. Pero ¿había intuido algo? ¿Quirica le habría hecho alguna confidencia?

¿Y...? ¿Y...? No quería que asomara en mi conciencia ese pensamiento, esa duda. Pero no podía evitarlo. ¿Y Guido lo sabía? ¿Lo sospechaba?

Me pareció que las paredes tapizadas de damasco rojo empezaban a dar vueltas a mi alrededor. Vacilé. Tuve que sujetarme al respaldo de la silla para no caerme. No. Guido no. No había crecido en esa casa. Su padre se había peleado con su suegra, no le permitió que lo criara. Le dio otra educación, otros valores. Guido tenía respeto. No me habría regalado el anillo de su madre si hubiera pensado que podía comprar mi cuerpo en exclusiva con un salario de criada.

Todos esos pensamientos se me pasaron por la cabeza casi simultáneamente, a la velocidad de un rayo. Doña Licinia me miraba, esperando una respuesta.

—¿Y bien? ¿No te parece una buena solución? Estaríamos todos más tranquilos.

Cogí el chal. «Usted me horroriza», me habría gustado decirle, pero la timidez y la educación de mi abuela me lo impedían. Repetí:

—No me interesa, ya se lo he dicho. Buenas tardes.

—¿Crees que puedes escoger, estúpida muchacha? ¿No has entendido que puedo destruirte? No contesté, me puse el chal y me dirigí a la puerta.

—¡Espera! Antes de irte, escucha lo que tengo que decirte.

Me detuve con la mano en la manija.

—No quieres aceptar mi oferta de paz, quieres la guerra. Pero ¿quién te crees que eres? Saldrás perdiendo. ¿Es que no comprendes que soy más fuerte que tú? Conozco a mucha gente. En la prefectura, en la policía, en el juzgado. Todas las personas que mandan en esta ciudad. Ten cuidado. Basta que diga una palabra y estarás desahuciada.

—No he hecho nada malo.

—Ve a decírselo a los agentes de la Seguridad Pública cuando vayan a buscarte porque te haya denunciado por prostituta. Bastaría con una carta anónima, ¿lo sabes? Pero no me rebajaré a hacer eso. Contaré que has intentado engatusar más de una vez a mi nieto, tengo testigos. Y encontraré otros hombres que dirán que los has seguido por la calle, que han recibido proposiciones indecentes por tu parte.

—La proposición indecente acaba de hacérmela usted, doña Licinia, ¿no se avergüenza?

—Cállate. Era una propuesta excelente. Todavía estás a tiempo de aceptarla. ¿No quieres? Bien, santita. Tendrás que explicar con qué recursos vives, cómo te permites ciertos lujos, de dónde sacas el dinero.

—Pero ¿qué lujos? Todo el mundo sabe que vivo de mi trabajo.

—Una costurera con esos vestidos de tela inglesa, y un apartamento sólo para ti, y una hija bastarda que mandas a la escuela en vez de a trabajar, y tal vez algún adorno de valor... Vi que Guido cogía de la caja fuerte las joyas de su madre, a saber qué habrá hecho con ellas... Pero no voy a quedarme aquí perdiendo el tiempo. Ya te las apañarás con los agentes. Tú conoces la ley, ¿verdad? Tendrás que someterte a una revisión médica, no podrás negarte, porque sería como admitir que estás infectada y te ficharían igualmente. Yo hablaré con el doctor Buoncostume. Ya verás cómo te encuentra un bubón ahí abajo. Acabarás en la lista de la policía. Con tu bonita cartilla de puta, en un burdel. Y después de quince días te llevarán a otra ciudad, con otras ramera, a divertir con la variedad a nuevos clientes. No tardaré mucho en librarme de ti. Cuando vuelva, mi nieto no sabrá adónde ir a buscarte.

Casi me ahogaba de la indignación y, al mismo tiempo, estaba asombrada de que utilizara palabras tan vulgares. No creía en una sola de sus amenazas. Sólo quería asustarme. A saber si eran ciertas esas leyes que había citado. Y, de todos modos, no había hecho nada malo. «Quien daño no ha de hacer nada ha de temer», decía mi abuela. Abrí la puerta en silencio y salí.

Rinucciona estaba fuera, intentando escuchar.

—¿No os habéis puesto de acuerdo? —me preguntó—. Te has equivocado. Te lo hará pagar.

—Pero ¿en qué te entrometes?

—Lo digo por tu bien.

—¡Idos al diablo, tú y tu señora! —estallé.

Recorrí el pasillo de prisa y salí por la puerta de servicio dando un portazo a mi espalda.

Estaba fuera de mis casillas. Si no hubiese sido tan tarde, habría ido corriendo a casa de la

señorita Ester a desahogarme. Lo haría al día siguiente. Y entretanto, mientras caminaba hacia casa, repasaba mentalmente, una tras otra, todas las amenazas que había recibido, las explícitas y las alusiones, para tranquilizarme, para decirme que eran absurdas, que nadie iba a creerlo. ¡Assuntina, mi hija bastarda! Pero si todo el mundo conocía a su madre en el barrio. Podía testificarlo incluso su maestra. Y las vecinas podían decir que la tela de mis mejores vestidos procedía de los de la señorita Ester, que yo descosía y volvía a coser con hechuras más modestas, como había hecho años atrás mi abuela. También había ajustado algunos para ellas, por poco dinero, cuando a mí ya no me servían.

Pero había algo que bullía en mi interior, como el tenue reclamo de un mosquito, que sugería a mi memoria otro hecho, otro nombre... No lograba recordar qué, cómo, pero se trataba de un vago recuerdo. Demasiado borroso. O era yo que, después de ese día en que me había sucedido de todo, estaba demasiado confusa, demasiado cansada para poder captar esa conexión.

Assuntina había puesto la mesa y estaba calentando la cena. Ponía morros, como si hubiera adivinado que había empezado a dar los primeros pasos para deshacerme de ella. Mi mirada se detuvo en sus trenzas, finas como colas de ratón, que hacía poco había aprendido a hacerse ella sola cada mañana y de las que estaba muy orgullosa, y pensé en el momento en que se las cortaran. Comimos en silencio y nos acostamos enseguida. Ella, como siempre, se quedó dormida de inmediato. Yo daba vueltas entre las sábanas, inquieta. Había tenido que afrontar demasiadas cosas en un solo día, una tras otra, demasiados descubrimientos amargos, demasiadas emociones, demasiadas decisiones, y no conseguía quitármelas de la cabeza. No me parecía que Guido se hubiera ido esa misma mañana, sino hacía mucho tiempo. Que hubiera desaparecido para siempre de mi vida dejándome sola con todo ese dolor, esos remordimientos, esas dificultades, esa rabia impotente. Debía de haber llegado ya a Turín. Tal vez estaba cenando en un bonito restaurante, en compañía de sus amigos estudiantes, o en alguna casa de señores, sentado al lado de sus hijas elegantes, educadas, de manos suaves, provistas de una buena dote, del agrado de su abuela. Tal vez ya estaba harto de mí y de los problemas que podía crear, que ya le había creado. Tal vez se había arrepentido de sus promesas. No iba a volver. Lloré hasta empapar la almohada y al final entré en un extenuado duermevela. Soñaba que mi abuela intentaba decirme algo, como la noche en que murió la miss americana, pero antes de poder comprender el sentido de sus palabras me despertaba con un sobresalto. Al final vi que se quitaba la cadenita del cuello y la enrollaba con varias vueltas en su dedo. Sentí un enorme alivio. Había venido a recordarme el anillo, que Guido me había regalado el anillo de su madre y que sus intenciones eran honorables, que me amaba y me protegería de cualquier peligro. Consolada por ese pensamiento, pude dormir algunas horas, profundamente y sin sueños. Pero poco antes del amanecer mi abuela volvió. Sujetaba un objeto de oro macizo, una pitillera. Pronunció una sola palabra: «Ofelia», y desapareció.

Me desperté de inmediato. Era ése el recuerdo difuminado, ese ligero zumbido de mosquito. Ofelia, la prima de mi abuela a la que su señor acusó de hurto. La mención de doña Licinia de las joyas de su hija. El anillo. Si de verdad venían, lo encontrarían en mi casa. No se creerían que me lo había regalado Guido, y él no estaba para confirmarlo. Me llevarían a la cárcel. Era necesario hacerlo desaparecer. Enseguida. Salté de la cama. Sin preocuparme de despertar a Assuntina, de revelarles mi escondite, cogí la silla, me subí encima, busqué a tientas en el hueco. La caja de hojalata no estaba en su sitio. El corazón me dio un vuelco como si fuera a salirse por la boca.

La niña, con el ruido, se había despertado y me miraba desde la cama llena de curiosidad.

—¿Ha entrado alguien en casa mientras yo no estaba? —le pregunté con la boca seca por la ansiedad.

—No. ¿Por qué?

—Cuando saliste a jugar, ¿cerraste bien, con llave?

—Siempre cierro.

—Y luego, cuando volviste, ¿te siguió alguien?

—No. Nadie.

Respiré hondo para calmarme, me puse de puntillas, alargué los brazos, lancé las manos hacia delante... ¡Ahí estaba! Detrás de la estatuilla de la Virgen, la caja de hojalata. Sólo que estaba un poco más al fondo de lo normal. ¿Quién la había movido? Yo misma, probablemente, cuando dos noches antes había metido el anillo dentro. Con gran alivio, la cogí, quité la tapa, busqué entre los billetes y las monedas. Busqué y busqué antes de resignarme. Pero el anillo no estaba.

Assuntina se había levantado y me miraba, de pie en el umbral, agarrándose el camión para envolverse a causa del frío. No parecía preocupada. Ni tampoco sorprendida por haber descubierto mi secreto. Me miraba. Tenía en la mejilla derecha un ligerísimo temblor, cerca de la boca, como si retuviera una mueca de... ¿burla?, ¿revancha?

—¿Lo has cogido tú?! —grité. Pero ¿cómo había podido llegar tan arriba? Aunque enseguida tuve la prueba.

No me había fijado la noche anterior. Me sentía demasiado cansada, demasiado turbada. Al lado de su cama estaba el taburete de madera que normalmente se encontraba en el patio, junto al tendedero. Con el riesgo de caerse y abrirse la cabeza, mientras estaba en el palazzo Delsorbo, Assuntina lo habría puesto encima de la silla para encaramarse. Sin él, no podría haber llegado al hueco.

—¿Dónde está el anillo? ¿Dónde lo has metido? Dámelo.

—Ya no está.

«Oh, Señor, te lo ruego, te lo ruego, que no lo haya cogido para jugar a las tabas o a la rayuela en la acera y lo haya perdido. Que no lo haya llevado al Monte de Piedad. Pero no, de un niño no aceptan objetos de valor. Y mucho menos una joya.»

—¿Dónde lo has metido?

Ella me miró desafiante.

—Tú quieres más a la persona que te lo regaló que a mí.

¡Condenada mocosa! La habría estrangulado. Salté de la silla, la cogí de los hombros.

—¿Y bien? ¿Y bien? ¿Acaso tengo que rendirte cuentas? ¿Dónde lo has metido?

Ella se echó a llorar, pero seguía sacudiendo la cabeza desafiándome.

—No te lo diré.

Y no me lo dijo. Lo busqué durante toda la mañana, con la esperanza de que todavía estuviera en el interior de la casa. «La casa no roba, sólo esconde», decía mi abuela, y con una plegaria a san Antonio lograba encontrar todo lo que se perdía. Pero yo no sabía si el anillo estaba todavía dentro de casa o si la tarde anterior, mientras estaba con doña Licinia dejándome insultar, Assuntina lo había sacado fuera. Podía haberlo perdido en una alcantarilla, cambiado por una canica, tirado al fondo del agujero de la cloaca cubierto con una tapa redonda de mármol que ella y su madre, en los bajos, usaban para hacer sus necesidades. Podía haberlo aplastado con una piedra. Incluso podía habérselo tragado para fastidiarme.

Pero algo me decía que no, que el anillo todavía estaba en casa, en alguna parte. ¿Habría venido mi abuela a avisarme del peligro de que lo encontraran si de verdad hubiera desaparecido?

Assuntina callaba, envuelta en su camión. Se esperaba que fuera a pegarle para hacerla hablar y estaba dispuesta a aguantar. Pero no le pegué. Sentía una rabia fría, distinta de la furia ardiente de la noche en que la saqué a rastras del mar oscuro cogiéndola por el pelo.

—Tú de aquí no sales hasta que aparezca el anillo —le dije sin tocarla.

—Tengo que ir al colegio.

—Olvidalo. No salgas ni te vistas.

Es más, lo primero que hice fue quitarle la ropa y dejarla desnuda sin preocuparme de que cogiera frío, la registré por todo el cuerpo; incluso le solté el pelo, aunque era demasiado escaso para esconder lo que buscaba. La puse de pie sobre una silla, le ordené que no bajara y lancé por los aires su cama, sábanas, almohada, mantas, colchón. Pasé la escoba por debajo y me eché al suelo para comprobar que allí no había nada. Después levanté a Assuntina a peso y, desnuda como estaba, la dejé encima de la cama y la tapé con la sábana, cuyas puntas até a las patas para que no pudiera moverse. Ella, aparte del frío, parecía casi divertida, como si se tratara de un juego. Me seguía con la mirada mientras, palmo a palmo, revisaba despacio, con extrema atención, las dos habitaciones y la cocina. El apartamento era pequeño, pero estaba lleno de muebles y objetos: las butaquitas de mi abuela para las clientas, el espejo alto, los útiles de costura, la máquina de manivela, las cajoneras para los hilos y los botones, las cajas de los retales y las de los figurines, y luego, en la cocina, las ollas, los utensilios, el cubo del carbón, las

botellas de lejía, el saco de legumbres secas, el de las patatas. Un anillo es tan pequeño que se puede esconder en cualquier sitio, pero yo estaba decidida a dedicar a su búsqueda el tiempo que fuera necesario, sin comer, sin beber, de rodillas en el suelo, abriendo los armarios altos de puntillas, encomendándome sin parar a mi abuela y a san Antonio. Se hizo mediodía. Assuntina estaba en ayunas como yo; debía de tener hambre y sed, pero no abrió la boca para decirlo.

«¡Dime dónde está! Si no hablas, te llevaré al orfanato», me habría gustado amenazarla. Pero no me atrevía. Tendría que llevarla allí de todos modos, aunque hablara. No obstante, en ese momento no sentía ninguna pena por ella; es más, su mirada impasible siguiendo todos mis movimientos me irritaba tanto que cogí su vestido de la silla, lo descosí, pasé los dedos por todos los pliegues, por las costuras, debajo del cuello, para asegurarme de que no escondía nada, y se lo tiré a la cama. A continuación, desaté los nudos de la sábana para que pudiera levantarse.

—¡Vístete y espera en la calle! —No le di la ropa interior ni los zapatos—. ¡Fuera!

—Hace frío —protestó. Le permití coger el chal, después de haberlo sacudido, y cerré la puerta tras ella.

Reemprendí la búsqueda, hurgando en los rincones con un pincel. Una vez fui a entregar un trabajo a casa de una familia de judíos durante una de sus festividades y vi a las mujeres de rodillas limpiando el suelo, intentando descubrir alguna miga escondida con la ayuda de una pluma. Me explicaron que debían purificar la casa para celebrar no sé qué ceremonia. Lo que yo buscaba era más grande que una miga de pan, pero no lo veía por ninguna parte. Centímetro a centímetro, seguí buscando.

Al cabo de una hora oí llamar a la puerta.

—¡Fuera! —grité pensando que era Assuntina, que quería entrar.

Pero los golpes se hicieron más fuertes y una voz masculina gritó:

—¡Abrid! ¡Seguridad Pública!

Me enderecé y me levanté con el corazón en un puño. La vieja bruja no había perdido el tiempo, me había denunciado de verdad. Me había enviado a los agentes. ¿Qué podía hacer? Me puse rápidamente unas faldas encima del camisón y fui a abrir, arreglándome el pelo. Cuando los vi me di cuenta de que no tenía miedo, de que había nacido en mí una gran calma, una especie de abandono a la fatalidad. Que fuera como tuviera que ir. Somos hojas secas a merced del viento.

Habían venido dos. Los conocía a ambos porque habían sido ellos quienes me interrogaron cuando murió la miss. Uno mucho más mayor, con poco pelo y una gran tripa apretada por el cinturón del uniforme. El otro, joven, acicalado, casi elegante. Al primero lo recordaba por su afabilidad, su paciencia, incluso bromeaba de vez en cuando; al segundo, por ser frío, desdenoso, severo, agresivo, con los labios delgados como una herida, que se distendían a menudo en una sonrisa cruel. Alguien me había contado que los agentes estaban obligados por ley a trabajar en parejas y que se repartían los papeles del bueno y el malo como en una comedia. Pero a mí,

entonces, me pareció que el más viejo era de verdad un hombre benévolo y compasivo y que se mostraba severo contra su voluntad cuando era necesario. Me consoló de manera paternal cuando me vio llorar desesperada por la muerte de la miss. Fue el más joven quien me dio a entender que la costumbre de leer novelas hacía de mí una joven sospechosa de malas costumbres, alguien «peligroso», como decían las leyes y las damas de la caridad, y por tanto una testigo poco creíble.

Detrás de ellos estaba Assuntina, que se metió de prisa en casa y fue enseguida a la cocina a coger un pedazo de pan para ir a mordisquearlo junto al fregadero, siguiendo atentamente con la mirada lo que sucedía. Me di cuenta de que estaba en sus manos. Si les indicaba a los agentes dónde había escondido el anillo, estaba perdida.

—¿Estabas haciendo limpieza a fondo? —preguntó el hombre más mayor al ver los muebles patas arriba.

La máquina de coser atrajo su atención. Evidentemente no había visto nunca ninguna de las de manivela. Se acercó, la tocó, intentó hacer girar la rueda, pero estaba bloqueada. El joven miraba a su alrededor con ojos indagatorios. Puso de pie uno de los silloncitos de mi abuela, que había quedado volcado. Levantó la maceta del geranio del platito y miró debajo.

Mientras tanto, el viejo se había situado alrededor de la mesa de la cocina y había sacado unos papeles.

—Bueno, muchacha, aquí hay una denuncia contra ti. —Parecía decirlo muy a su pesar.

No me detendré contando los detalles del interrogatorio y de lo que ocurrió luego. El recuerdo todavía me provoca, después de tantos años, una gran incomodidad, una vergüenza punzante, como si de verdad hubiera hecho, entonces, algo de lo que avergonzarme.

En pocas palabras, como había amenazado doña Licinia, se me acusaba de ser una meretriz que ejercía su comercio clandestinamente, escondiéndolo bajo el oficio de costurera. Y de haberme aprovechado de la intimidad arrancada con malas artes de un estudiante de buena familia para robarle joyas y objetos de valor no demasiado especificados.

Acerca de la primera acusación —de «mala fama», como estaba escrito en la denuncia—, el agente más mayor me dijo enseguida que no se la creía; es más, que la encontraba ridícula, porque había conocido a mi abuela, porque me tenía vigilada desde hacía años como hacía con todos los habitantes pobres de las callejuelas que al vivir demasiado cerca de los ricos estaban expuestos a todo tipo de tentaciones. Porque sabía para qué familias trabajaba, y que nunca holgazaneaba, y cuáles eran mis costumbres. El joven, que había llegado más recientemente a la comisaría de nuestra zona, no se conformaba con mi buena reputación, quería comprobarlo todo, oír a los testigos que se citaban en la denuncia. Sobre todo, pretendía que me sometiera al examen médico. No sé si por el maligno placer de imaginárselo a pesar de no poder presenciarlo, o para humillarme, para «hacerme bajar los humos», como decía, para asustarme después de haber leído en mis ojos la consternación y el terror ante aquella perspectiva.

—¿Por qué lloras? Si está todo bien, no tienes nada que temer —me decía mordaz. Que de

todos modos mi pudor fuera a ser violado parecía no importarle. Mejor dicho, quizá era eso lo que lo divertía, lo que aguzaba sus peores instintos masculinos. Como se divirtió más adelante poniéndome las manos encima, tocándome por todas partes, con la excusa de buscar las joyas robadas.

Lo que me salvó de la exploración médica y en definitiva de la primera acusación, aunque parezca increíble, fue la presencia de la máquina de coser. El agente más mayor se sentía casi más incómodo que yo por los modales de su colega e intentaba encontrar algún pretexto para defenderme esgrimiendo muchos puntos a mi favor, que el otro enseguida desmontaba con sus dudas. En un momento determinado, tras agotar todos los argumentos, al agente más mayor se le ocurrió citar una sentencia, una antigua sentencia de los primeros años en que empezó a prestar servicio, nada menos que del 11 de febrero de 1878. ¿Que cómo es posible que me acuerde con tanta exactitud de esa fecha y del resto de los detalles? Porque gracias a ella no tuve que mostrar mis partes íntimas y que me hurgara ahí dentro un desconocido, un hombre que, a pesar de ser médico, tal vez estuviera pagado por doña Licinia para que mintiera. Ésos no eran tiempos para que una joven honesta y de buenas costumbres pudiera sufrir tal ultraje sin quedar marcada para siempre, en lo profundo de su alma y en la opinión de los demás, fuera cual fuese el resultado de la exploración.

El artículo 60 del Reglamento Cavour entonces vigente, dijo el agente más mayor, rezaba: «Si alguna prostituta demostrara intención de abandonar la prostitución, el burdel correspondiente deberá avisar inmediatamente a la oficina sanitaria, desde la que se la alentará para proceder a la decisión adoptada». Además de animarla a redimirse, la prostituta debía demostrar que en adelante podía mantenerse con honestidad, o a través del matrimonio o regresando a la casa de los padres o realizando un trabajo que pudiera darle para vivir. Entre esos trabajos, objetó con sarcasmo el joven colega, no podía tenerse en cuenta el de costurera, ya que la mayoría de las «toleradas», lo sabían por experiencia, procedía de las filas de las obreras, las criadas o de las cosedoras, oficios que desde luego no ofrecían suficientes recursos para una vida honesta. De simple cosedora a mano no, respondió triunfante mi defensor, pero, en la sentencia que él recordaba, las autoridades de nuestra región habían autorizado a que borrarán a la meretriz, como tal, de los registros de la policía por cese de actividad gracias al hecho, y sólo por eso, de que poseía una máquina de coser.

Estaba tan seguro al citar los hechos, la ley y la sentencia, con las fechas y las palabras exactas, y además dejó patente la juventud y la poca experiencia al respecto que tenía su colega, que éste no pudo rebatirlo. En cuanto a mí, os confieso que el razonamiento me parecía un poco enrevesado. Incluso antes de demostrar que me dedicaba a la prostitución, se me declaraba merecedora de abandonarla. Nunca había estado inscrita en esos registros, pero era como si ya me hubieran borrado de ellos. Y todo porque en mi casa había una herramienta de trabajo que me había regalado la señorita Ester. La lógica no era impecable, pero ya que se inclinaba a mi favor me cuidé mucho de hacer ninguna observación.

No resultó tan fácil, por desgracia, librarme de la segunda acusación. Por la mañana, antes de llamar a mi puerta, los dos agentes habían ido al Monte de Piedad para comprobar que no me hubiera deshecho ya de las joyas robadas empeñándolas allí. Al obtener una respuesta negativa, procedieron a interrogar a todos los confidentes de la policía y a los peristas de la ciudad. Ninguno de ellos me conocía, ninguno me había comprado nunca nada, ni en los últimos días ni en el pasado. El agente más joven me cacheó, como ya he dicho. El otro cacheó a Assuntina y, a pesar de que yo misma me había asegurado de que no llevaba el anillo encima, para mí ése fue un momento de gran inquietud.

Preguntaron a la niña cuánto tiempo llevaba en casa conmigo y por qué motivo. Sabían quién era, conocían a Zita, pero el ingreso en el hospital era demasiado reciente para que estuvieran informados. Le preguntaron si me había visto esconder algo y ella lo negó, con la expresión más inocente del mundo.

El viejo seguía dando vueltas alrededor de la máquina de coser.

—¿Es muy cara? —me preguntó—. Me gustaría regalarle una así a mi mujer.

—No lo sé. Yo también la recibí como un regalo.

—¿De algún pretendiente? —insinuó el agente joven—. ¿Quién te va a hacer regalos tan caros? ¿A cambio de qué, además?

—Me la regaló la marquesita Ester Artonesi. Pueden preguntárselo.

Vi que torcía la boca y que comentaba en voz baja:

—Esa cualquiera.

A continuación, me pidió que abriera todos los compartimentos de la máquina y metió los dedos dentro; que le diera la vuelta para dejar a la vista los engranajes, que estaban expuestos para poder lubricarlos. El otro seguía con interés estas operaciones.

—¿Lo ves?, dentro no hay nada. Ni siquiera hay espacio para un collar o un brazalete.

—Ojalá lo hubiera, ¿eh? —dijo el joven malvado—. Así podrías incautarla como cuerpo del delito y luego, visto y no visto, desaparecería del cuartel y acabaría en el saloncito de tu esposa. —Seguidamente, se dirigió a mí en tono amenazador—: Si no nos dices dónde has metido las joyas, lo pasarás muy mal. Acabaremos encontrándolas, ¿qué te crees? Pero te conviene no hacernos perder el tiempo.

—No he robado nada. No he escondido nada.

—Entonces tendrás que acompañarnos a la comisaría. Precintaremos el apartamento, enviaremos a nuestros colegas para que hagan un registro apropiado. No hay prisa, pero tenemos que encontrarlas como sea.

Comprendí que tenían miedo de presentarse ante sus superiores con las manos vacías. Doña Licinia debía de haber movilizado de verdad a las personas más importantes de la ciudad.

Permitieron que me vistiera, en su presencia, y que cogiera una muda de ropa interior.

—Cógete la chaqueta de lana o el chal más grueso que tengas. En la celda hace frío —me dijo el agente más mayor.

Pregunté si podía llevar conmigo algo para coser, para pasar el tiempo. En el calabozo no estaban permitidas agujas ni tijeras, me dijeron. «Entonces un libro...», estaba a punto de preguntar, pero al instante recordé lo que me había dicho el agente más joven cuando sucedió lo de la miss y me callé.

Assuntina, mientras tanto, se había puesto medias y zapatos, había sacado la funda de la almohada y había empezado a preparar su hatillo.

—¿Qué haces? ¿Tú también tienes ganas de que te metamos en una celda? No queremos mocosos —le dijo con una carcajada cruel el agente más joven.

El viejo le dirigió una mirada de reproche.

—La niña no puede quedarse aquí —dijo—, ni tampoco puede volver a su casa. La madre está en el hospital, ¿no lo has oído? —A continuación, me preguntó a mí—: ¿Hay alguna vecina con quien pueda quedarse?

—Llévenla a Maria Bambina —contesté—. La están esperando. Ya he hecho los papeles.

Assuntina me dirigió una mirada de asombro, de acusación y reproche por mi traición y, al mismo tiempo, de desolación tan profunda que me dio pena, y todo el resentimiento que sentía hacia ella por el anillo se me diluyó dentro del pecho.

Permanecí tres días en el calabozo del cuartel, durante los cuales un equipo de cinco agentes revisó palmo a palmo mi apartamento, llevando a cabo metódicamente la búsqueda que yo había iniciado. Con la diferencia, y la desventaja, de no saber con precisión lo que estaban buscando. Doña Licinia, en la denuncia, había hablado genéricamente de joyas, sin concretarlas ni describirlas. Sabía que Guido había sacado de la caja fuerte el cofre que había pertenecido a su madre, pero después de tantos años ella no recordaba exactamente su contenido y, sobre todo, ignoraba que a mí su nieto sólo me había regalado ese anillo, el más modesto, de un valor más sentimental que económico. Estaba segura de lo contrario, de que yo había hecho que me diera, si no todo, las piezas más vistosas y de mayor valor, las heredadas de las antepasadas Delsorbo, e insistía en que las encontraran.

Cuando llegué al cuartel, el calabozo, en el que había dos catres, ya estaba ocupado. Sentada con un libro en la mano junto a la ventana con barrotes encontré a una extraña compañera, una mujer de unos treinta años, muy rubia, bien vestida y de modales educados, que hablaba con un acento forastero. Me pregunté por qué estaría allí. Esperaba que me tratase con desprecio; en cambio, fue amable conmigo, me ayudó a acomodarme, me describió las reglas y las costumbres del lugar. No era la primera vez que pasaba algunos días allí, me dijo. Mi asombro aumentó cuando, para explicarme esa familiaridad, me contó con mucha desenvoltura, sin un mínimo reparo o vergüenza, que era prostituta, una «tolerada» que ejercía en el prostíbulo de primera

clase, es decir, el elegante, de nuestra ciudad, y que, para ir a ver a su hijo, que se criaba en el campo, se había ausentado de su lugar de trabajo dos días más de los que le había concedido su patrona. Ésa era la causa de su actual arresto. Otras veces había acabado en el calabozo por motivos diversos, por violar alguna de las veintitrés reglas que estaban escritas tanto en su cartilla sanitaria como en la de sus compañeras.

—Reglas escritas —comentó sarcástica—, cuando ninguna de ellas sabe leer. Yo soy un mirlo blanco, ya te habrás dado cuenta.

Era originaria del norte de Italia, había venido a «trabajar» a nuestra tierra bajo un nombre falso para evitarle la vergüenza a su familia de origen. Al ver que miraba con curiosidad el libro que tenía en la mano e intentaba leer el título, me explicó que había estudiado para maestra y que había empezado a enseñar en una escuela de montaña, pero el sueldo era muy bajo, y que luego la sedujo el director, que estaba casado y lo intentaba con todas las maestras jóvenes, y se quedó embarazada... Después del parto hizo voluntariamente la petición para que la inscribieran en los registros de Seguridad Pública y la asignaran a un burdel.

—Así tengo un techo seguro sobre mi cabeza y puedo mantener a mi hijo —dijo con tranquilo cinismo, y añadió con una carcajada burlona—: Y además sigo siendo empleada estatal, exactamente como antes. De la tarifa que paga el cliente y que está marcada por la ley, a mí sólo me dan una cuarta parte. El resto se destina a impuestos, la administración pública, la cuota de la propietaria, los gastos. Las revisiones obligatorias, sin embargo, tengo que pagarlas de mi bolsillo. Por suerte, estoy muy solicitada. Más de diez servicios al día, ¿sabes? Aquí las rubias no son muy habituales.

Parecía divertida por mi perplejidad al oír todos esos detalles que nunca me habría imaginado, ante el horror que no lograba esconder al oírla hablar de clientes, tarifas y servicios.

—¿Sabes qué te digo? —concluyó—. Que es una vida aburridísima. No sé cómo podría aguantarlo sin mis novelas. —Me tendió la que tenía en las manos—. Es muy bonita, acabo de terminarla. Si quieres te la presto, he visto que tú también sabes leer. O, mejor, cuando dentro de tres días volvamos a casa te la doy, te la regalo.

Conocerla me dejó desconcertada. Al igual que todas las jóvenes educadas en una familia decente, había crecido sintiendo horror por las mujeres que se vendían. Más adelante, después de que la abuela me contara la historia de Ofelia, el horror se transformó en pena. Esa mujer elegante e instruida, que no se avergonzaba de su condición, parecía que no necesitaba en absoluto mi piedad.

El segundo día pasó la tarde con nosotras una vieja borracha que había montado un follón y había golpeado a un cochero, a la que soltaron antes de la noche. El tercer día llegó una vagabunda sin edad, llena de piojos, vestida con harapos tiesos de tanta suciedad, descalza, con la piel de los pies tan gruesa que parecía que llevaba puestas botas de trabajo. Se quedó a dormir con nosotras y tuve que hacerle sitio en mi camastro. Cuando, al día siguiente, nos dejaron a las tres en libertad regresé a casa llevando conmigo la novela, que ya había empezado a leer, regalo

de la forastera rubia, y rascándome la cabeza llena de piojos, regalo de la vagabunda, de los que me costó mucho librarme durante los días siguientes.

La novela, decía, empecé a leerla a partir del primer día, también para evitar la continua charla de su propietaria, ya que sus detalles desvergonzados me incomodaban un poco. La autora era inglesa, pero el italiano de la traducción era bastante sencillo y podía leerlo sin dificultad. Era apasionante; contaba una historia de amor que se parecía un poco a la mía, la de un hombre muy rico enamorado de una chica pobre y virtuosa que le correspondía, pero, consciente de su condición, tenía miedo de admitirlo incluso a sí misma. A diferencia de Guido, el hombre era mucho mayor que ella y tenía una hija. La lectura también me ayudaba a mantener apartados los pensamientos angustiosos, las preguntas que me asaltaban de continuo. La primera de todas, ¿adónde había ido a parar el anillo? Naturalmente tenía la esperanza de que la policía no lo encontrara, pero ¿debía considerarlo perdido para siempre? ¿Cómo podría convencer más adelante a Assuntina, ahora que la había traicionado, para que me confesara dónde lo había escondido? Y, si no lo encontraba, ¿qué le diría a Guido, que esperaba vérmelo puesto en el dedo? También me preguntaba si la noticia de la denuncia habría salido en el periódico, si alguien malvado le habría informado, tal vez enviándole un recorte en un sobre anónimo que en ese momento estaría viajando hacia Turín. Si la señorita Ester también la habría leído, y qué habría pensado de mí. Sabía que en los tres primeros días de detención nadie podía venir a hablar conmigo, de modo que no me extrañó que no me hubiera buscado, pero ¿y después?

También existía el peligro de que la noticia, corriendo de boca en boca, arruinara para siempre mi reputación. Aunque al final me declararan inocente, la duda permanecería, ¿y qué familia iba a permitir que trabajara en su casa una sospechosa de ser una ladrona? Otro de los pensamientos que me angustiaban era la casera de mi edificio, que a esas alturas sin duda sabía que me habían arrestado. ¿Seguiría considerándome una persona honesta como mi abuela? ¿Habría soportado la confusión provocada por la policía en el semisótano de su edificio, el ir y venir de los agentes, el hecho de que cuando se me llevaron nadie se ocupara de limpiar la escalera y el vestíbulo? Por desgracia, Zita ya no estaba para sustituirme.

De día la lectura me ayudaba a mantener a raya esos miedos, pero de noche, cuando apagaban la lámpara, no podía evitar que los malos pensamientos regresaran, agigantados por la oscuridad. Yacía despierta en el catre fingiendo dormir para evitar las preguntas de mi compañera. Invocaba la llegada del sueño, pero cuando por fin el sueño llegaba era inquieto, agitado, visitado por extrañas imágenes. La última noche soñé que sólo tenía un día para coserme el vestido de novia, pero que no tenía prisa, quería hacerlo a la perfección, como había aprendido de la señorita Gemma en casa de los Provera. Había extendido sobre una gran mesa de trabajo la pieza de shantung de seda, suave y a la vez resistente, con la trama en relieve, de un blanco denso y opaco que asumía a la luz un brillo de perla. Lo cortaba a ojo, sin necesidad de los patrones del figurín, según un modelo que tenía en mente, parecido al traje de novia de la señorita Ester. Fruncía las mangas, las hilvanaba al corpiño, las disponía al bias y colocaba los pliegues de la falda para que

quedara un drapeado redondeado en las caderas; lo unía todo con hilo de embastar, me lo probaba, me quedaba perfecto. Cosía las piezas con mi máquina, la manivela giraba sola como por arte de magia para dejarme ambas manos libres, el tejido corría veloz bajo la aguja. Y entonces el traje ya estaba listo, forrado y con el interior acabado, con los pequeños botones colocados en la espalda, los dobladillos cosidos y aplanados; lo levantaba, lo sacudía, las mangas y la falda se hinchaban, brotaban entre mis manos como una flor a la primera luz. Ahora lo llevaba puesto, un vestido de señora, de princesa de cuento; Guido estaría orgulloso de mi elegancia. Me faltaba el velo. Alargaba la mano hacia la prenda de tul con encajes de Valenciennes... y me despertaba con un codo de la vagabunda clavado en mi espalda.

La mañana del día siguiente, cuando después de despedirme de las dos compañeras de cautiverio y firmar todos los documentos necesarios crucé el umbral de la comisaría, encontré esperándome al señor Artonesi, acompañado de un hombre vestido de oscuro al que me presentó como su abogado.

—En tu casa no han hallado nada —me informó este último—. Exigí desde el principio que mi ayudante estuviera presente en la búsqueda. No sería la primera vez que un agente deshonesto, pagado por la acusación, introdujera en el lugar lo que quería encontrar a toda costa. Tu acusadora insistía para que continuásemos buscando y prolongaran tu detención, pero he podido impedirlo. He tenido que luchar contra el prefecto, que quiere perjudicarte y es muy poderoso. Pero el mismo sargento que ha estado al frente del registro ya se había rendido: tu apartamento ha sido inspeccionado del derecho y del revés. Todos tus conocidos han sido interrogados, los que podían estar bajo sospecha también han sufrido meticulosos registros. ¿Dónde más iban a buscar?

Del alivio, me eché a llorar. El señor Artonesi, cohibido, me ofreció su pañuelo. Había venido a buscarme con su carruaje; me hizo subir y me llevó a mi casa. En el vestíbulo del edificio nos esperaban Ester y la casera, que mi amiga había conseguido aplacar y convencer para que no me desahuciara. Cómo lo hizo, todavía no logro entenderlo; una vez más, la «marquesita» había hecho uso de su encanto y su elocuencia. También había gastado dinero para enviar desde el primer día a un grupo de tres mujeres para que me sustituyeran en la limpieza y fueran detrás de los agentes para arreglar los desperfectos, la suciedad y el desorden que éstos provocaban en las zonas comunes del edificio.

Con mi apartamento no pudieron hacer nada. Parecía que hubiera pasado un huracán.

—Las mujeres volverán por la tarde para echarte una mano —me dijo la señorita Ester—. Mientras, vamos a comprobar que no falta nada.

Me siguió paso a paso a la salita de costura, al dormitorio y a la cocina. Dos cosas me preocupaban más que nada: la caja de hojalata y la máquina de coser. La primera la encontré en el suelo de la cocina, entre un montón de desechos. Estaba aplastada, como si la hubieran pisado

con las botas. ¿Por la rabia de haber encontrado unas pocas monedas dentro en vez de las joyas que buscaban? Aunque el dinero no lo habían cogido. Lo encontré en un sobre, en el alféizar de la ventana. El ayudante del abogado lo había cerrado con su sello de lacre y exigió que el sargento estampara su firma. La máquina de coser había acabado, no sabía cómo, en el dormitorio, arrimada a la pared al lado de un colchón doblado, pero intacta. El único daño, unas huellas grasientas sobre la bonita superficie brillante y la aguja torcida. Alguien, pensé, se había divertido haciendo girar la manivela sin colocar bien el prensatelas.

La señorita Ester levantó las dos butaquitas de mi abuela, hizo un poco de espacio alrededor y me invitó a sentarme frente a ella.

—Tu nota me despertó mucha curiosidad —empezó a explicar—. Decía que tenías que contarme algo bonito y al día siguiente te esperé con impaciencia. Cuando después de comer vi que no venías me preocupé, cogí el carruaje y fui a tu casa. Se te habían llevado hacía menos de una hora, en el callejón las comadres todavía hablaban de ello. Te consolará saber que todas estaban de tu parte, furiosas contra los agentes, asustadas de que pudiera pasarles también a ellas. Fui corriendo de inmediato al despacho de mi padre para pedirle que hiciera algo, y él llamó a nuestro abogado. Éste presentó enseguida la petición de poder estar presente en el registro y después nos aconsejó parar a la prensa. A mí sola no se me habría ocurrido. Mi padre conoce al director del periódico, que le debe favores. Había recibido una nota anónima con la historia de la acusación de robo y prostitución. Más tarde supimos que quien te había denunciado era doña Licinia Delsorbo, y probablemente la nota al periódico también procedía de ella. Una historia sin pies ni cabeza. El abogado piensa que el escándalo del testamento de don Urbano le ha hecho perder la razón, por otra parte tiene casi cien años. De todos modos, ya me contarás. El director del periódico nos dijo que, si hubieran acusado de robar a una persona importante, no podría haber evitado publicar la noticia. Pero tratándose de una costurera, tienes que perdonarlo, y por una simple sospecha, no era el caso de malgastar tinta. Así que, por fortuna, la noticia no ha trascendido. Sólo lo sabemos nosotros.

No quería que le diera las gracias. ¿Acaso no la conocía? ¿No sabía que ante las injusticias no había quien la detuviera? Y cuando de por medio había alguien a quien quería, peor aún. Le cogí la mano y se la besé.

—Venga, venga, no te conmuevas ahora. No soy el príncipe Rodolfo de *Los misterios de París* —me dijo sonriendo—. Si no estuviera mi padre para apoyarme, podría haber hecho bien poco. Ahora me voy a casa, y tú intenta descansar. Mañana ven a verme después de comer, a tomar café. Quiero que me lo cuentes todo con detalle, pero hoy estás demasiado cansada.

Al salir me avisó de que, en mi casillero de correos, en el vestíbulo del edificio, había visto unos sobres.

—Te ha escrito alguien. Si hay alguna carta desagradable, no te preocupes. Guárdala y se la daremos al abogado.

Pero no era nada desagradable, al contrario. Un sobre venía del banco, contenía la doceava

mensualidad del vitalicio de la miss, que desde enero ya llegaba con regularidad. El otro tenía sello de Turín. Incluso antes de abrirlo lo besé. Después cerré la puerta con dos vueltas de llave, me senté en el borde la cama y, muy ansiosa, empecé a leer. ¡La primera carta de Guido! Una carta que se le parecía, amable, afectuosa, sincera. No diré lo que escribió. Todavía la conservo entre mis cosas más queridas. Sólo un detalle me provocó un poco de pena, a pesar de que era un signo más de su atención, de su generosidad. Dentro del sobre había metido una hoja de calcomanías para Assuntina. «De parte de tu compañero de viaje en tren —había escrito en la delgada franja de papel que no había que mojar—. Estoy seguro de que te gustarán. A las niñas turinesas las vuelven locas.»

Tendría que escribirle, en mi respuesta, que Assuntina ya no estaba. Que debería llevarle las calcomanías al orfanato, donde tal vez no le permitiesen recibir regalos. Contarle todo lo que me había ocurrido a mí mientras tanto, lo que me había hecho su abuela y que él ignoraba..., eso todavía tenía que decidirlo.

Me tendí en la cama con la carta pegada al corazón e intenté dormir un poco, a pesar de que era por la mañana.

Me despertaron las tres mujeres de la limpieza que enviaba la señorita Ester, y con ellas me hacía llegar también la comida y algo de ropa limpia. Comí y nos pusimos a limpiar a fondo, recogiendo desechos, poniendo las cosas en orden. Trabajando en compañía lograba mantener alejados los pensamientos, aunque la carta, que me había metido debajo de la camisa, era una fijación, un pensamiento dulce que me calentaba el corazón.

Antes del anochecer, el pisito había recobrado un aspecto casi normal. Mi cama estaba hecha con las sábanas limpias que había enviado la señorita Ester. Las mujeres se fueron, yo cené una taza de leche; a continuación, puse agua a calentar para lavarme en la tina de zinc. Tres días de calabozo, tres días de ansiedad, de sudor frío, de letrina sucia, de catre sin sábana y de lavabo sin agua habían dejado rastro. Me esparcí petróleo en el pelo y me envolví bien la cabeza con una toalla. Tendría que pasar varios días repitiendo ese tratamiento para hacer desaparecer a los huéspedes que había cogido de la vagabunda, ya que no tenía la intención de cortarme el pelo. En los cuatro meses que faltaban para el regreso de Guido no habría crecido lo suficiente para recibir sus caricias.

Finalmente me fui a dormir, exhausta, con una mano metida bajo la almohada y cogiendo la carta, para mí más valiosa que cualquier joya.

Al día siguiente, como había prometido, fui a ver a la señorita Ester. Se lo conté todo de Guido, excepto lo del anillo que me había regalado y que Assuntina había hecho desaparecer. No sé cómo, pero me avergonzaba más que cualquier otra cosa. Más todavía que la infame propuesta que me había hecho doña Licinia.

Pensaba que mi protectora, con su mentalidad abierta y moderna, estaría entusiasmada con mi

historia de amor, que me animaría a luchar para defenderla. En cambio, me miró preocupada.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? Al fin y al cabo, sólo lo has visto un par de veces, y durante pocas horas; no lo conoces lo suficiente. Todos hacen lo mismo cuando quieren conseguir su objetivo.

—Nunca me ha faltado al respeto. Ha dicho que quiere casarse conmigo.

—Y eso explica la rabia de su abuela y su decisión de impedirlo por todos los medios. Pero, luego, ¿se casará contigo de verdad? ¿Tendrá el valor? ¿O en el último momento se echará atrás con alguna excusa? Ten cuidado, no dejes que te comprometa; si te deja, te arruinará la vida para siempre. Y, además, aunque se casara contigo..., ¿estás segura de que pasado el primer entusiasmo no se avergonzará de ti?

Me invitó a tener en cuenta que al fin y al cabo él también era un Delsorbo, que tal vez se pareciera a don Urbano, que no debía olvidar lo que le habían hecho a Quirica. Y que era posible que, si yo hubiera aceptado la propuesta de su abuela, él se habría alegrado.

—¡Eso no! —me rebelé—. Usted no lo conoce.

—No, tienes razón. Pero tampoco tú puedes decir que lo conozcas a fondo.

No sabía qué decir. Sus consejos, su preocupación, su desconfianza eran razonables. Pero no podía evitar pensar que su experiencia con el marqués Rizzaldo había borrado para siempre en su ánimo cualquier ilusión respecto al amor y al matrimonio, cualquier confianza en la sinceridad de los hombres.

En cambio, yo creía con toda mi alma en la sinceridad de Guido. Así que le prometí que me comportaría con prudencia, también para no arriesgarme a nuevas persecuciones por parte de la Seguridad Pública, pero dentro de mi corazón estaba completamente decidida a esperar con confianza el regreso de mi amor y, mientras tanto, a mejorar para estar a su altura, para que no tuviera que avergonzarse de mí en ninguna circunstancia.

Los siguientes días intenté retomar la vida de siempre. La dueña de la tienda de comestibles me encargó coser la ropa interior de su hija y las prendas de vestir obligatorias que necesitaba para ir al colegio. Me proporcionó los patrones y los tejidos, que debían ser éstos y no otros, como se indicaba en la lista. Tejidos de excelente calidad que no se encontraban en nuestra ciudad y que había hecho traer de G. Como ya faltaba poco para que la chiquilla ingresara en el internado, iba todas las mañanas a trabajar a su casa, en la que había una bonita máquina de pedal que me permitía coser más rápidamente y probar con frecuencia las prendas encima de la futura colegiala. Los acabados a mano los hacía en mi casa por la tarde. No había vuelto a usar mi máquina de coser. Ni siquiera había intentado cambiar la aguja y mirar por qué se había torcido y si podía arreglar el daño yo misma. Me parecía que las manos de los agentes en cierto modo la habían profanado. Limpiar con alcohol sus huellas grasientas ya me había supuesto una extraña

repulsión. Antes o después tendría que arreglarla, lo sabía. Pero, mientras tanto, usaba la de pedal de mi clienta.

Mientras cortaba y cosía no podía evitar pensar en el desgarrado uniforme de rayadillo que en ese momento vestía Assuntina. Un día fui a verla al orfanato, le llevé la hoja de las calcomanías, pero en el último momento no tuve el valor de entrar. Me detuve en la plazoleta que había delante, escondida detrás de la estatua de Garibaldi, mirando a las huérfanas que jugaban en el jardín protegido por la verja. Se perseguían, saltaban a la cuerda, se peleaban, gritaban. Me costó identificar a Assuntina ahora que ya no llevaba las trenzas, sino la cabeza pelada, redonda como una canica, rasurada, con un cortísimo mechón en la frente, con la forma que solía dársele a los niños y que llamaban «a la Umberta». Era de las más pequeñas, no jugaba con las demás, permanecía en un rincón ella sola, miraba hacia abajo rascando el suelo con el zapato como un cachorro de perro encadenado. Me pareció todavía más frágil y delgada que cuando la había sentado en mi regazo en el tren, y los ojos, por el contrario, más grandes, en cierto modo absortos y a la vez feroces.

No tuve el valor de entrar y solicitar verla. Ni siquiera fui a secretaría a dejarle el regalito de Guido. Regresé a casa con una sensación de amargura tan profunda que aquel día no pude coser ni tampoco pude continuar la lectura de la novela inglesa. Porque también allí los acontecimientos se habían desarrollado de una manera triste: el enamorado había resultado ser un mentiroso, el matrimonio una impostura, la chica pobre había escapado para salvar su honor y casi muere de hambre. ¿No sería un aviso para mí? ¿Para ponerme en guardia como había hecho más explícitamente la señorita Ester?

También me atormentaba pensar en Zita, de la que no osaba pedir noticias a la jefa de enfermeras. ¿Seguía todavía con vida? Y, cuando muriera, ¿qué harían con ella? ¿La llevarían al cementerio sin que la acompañara nadie y la echarían a la fosa común? O, peor aún, ¿la entregarían a la universidad para que los profesores la hicieran pedazos ante los estudiantes de Medicina para enseñarles cómo somos por dentro? Sabía que ése era el destino de los pobres sin familia que no tenían ningún pariente que se presentara para reclamar el cadáver.

Pasar las mañanas en casa de la clienta, escuchar la charla de la chiquilla, que, indecisa entre el temor y el deseo, fantaseaba con su próxima vida en el colegio, las nuevas amistades, las materias que iba a estudiar, me servía para mantener alejados los pensamientos melancólicos. Pero cuando llegó el momento de reservar las localidades en el gallinero para las próximas representaciones operísticas, decidí que ese año no iría. Todo el dinero del vitalicio, que ahora guardaba con los demás ahorros en un sobre de tela escondido detrás del marco de un cuadro, lo gastaba en comprar libros; preferentemente libros de texto: de gramática, de geografía, de aritmética. Para ahorrar también los pedía prestados en la biblioteca. Allí incluso encontré un manual de buenas maneras y otro que enseñaba a escribir cartas de todo tipo, pero en especial de amor. El título era *El secretario galante*, había un modelo de carta para cada situación. Pero las frases me parecían ridículas, falsas, ¿a quién se le podía ocurrir escribir semejantes tonterías? Las

cartas que recibía de Guido eran del todo distintas, reflejaban su carácter espontáneo, me describían su vida cotidiana, de manera que me parecía estar yo también allí con él, compartiéndola. Por mi parte, me esforzaba en contestar con el mismo tono, aunque tenía poco que contar, y él me animaba, me hacía cumplidos por mis progresos, me aconsejaba leer esta o aquella novela que le había gustado particularmente, me transcribía sus poesías favoritas. Le gustaba de manera especial un poeta que hablaba de la gente pobre, Giovanni Pascoli. Aprendí a amarlo yo también.

El tiempo pasaba despacio. Había completado el ajuar de colegiala y su propietaria, muy excitada, se había ido al internado. Una tarde, mientras hacía el dobladillo con vainicas a una sábana destinada a mi ajuar, vino a llamar a mi puerta un celador del hospital, de parte de la jefa de enfermeras. Me informaba de que Zita había muerto y que al día siguiente la llevarían al cementerio. Por respeto a la señorita Ester, habían evitado entregarla al instituto de anatomía.

Decidí ir a acompañarla. Había sido una buena amiga y se lo debía. Pero tenía el corazón tan encogido que por la noche, a pesar de que estaba muy cansada, me costaba conciliar el sueño. Encendí una vela y cogí la novela inglesa. Había llegado casi al final; las cosas se habían arreglado, la esposa loca del hombre embustero había muerto y ahora él podía casarse de verdad, sin ardides, con la chica pobre, que había recibido una herencia y ya no era pobre. Por suerte, nunca me habían gustado las novelas que terminaban mal. A diferencia del libreto de *La bohème*, aquí también, al igual que en mi vida el último mes, había una niña, una pequeña huérfana a la que encontrar acomodo. Pero con la llegada de la herencia y del matrimonio no tenía duda de que para la pequeña Adele también habría un final feliz, una casa, un padre y una madrastra afectuosos con los que vivir. Me lo tomé fatal cuando leí que la chica pobre se había librado de ella metiéndola en un colegio. No sé por qué, me enfadé. Al fin y al cabo, sólo era una novela, una historia inventada.

Me levanté muy temprano, hice la limpieza, me envolví en el chal y salí con destino al cementerio. El ataúd de Zita todavía no estaba. Llegó al cabo de un rato en un furgón de aspecto anónimo. Ninguna flor, ninguna corona, ningún acompañante excepto el celador del hospital, que la entregó al sepulturero con unas pocas hojas de papel. Ni siquiera había un cura para bendecirla. Fui yo quien dijo una plegaria para ella, quien pasó la mano por la madera en una caricia. A continuación, la metieron en una fosa excavada en la zona de los pobres. Para poder encontrarla memoricé la posición, el número escrito junto al nombre en la cruz de madera. No me salían las lágrimas, estaba como congelada por dentro; si me hubiera pinchado por equivocación con un alfiler o con las tijeritas de bordar no habría sentido dolor.

Pasé como siempre a saludar rápidamente a mi abuela y a la miss, que no estaban demasiado lejos. Pero lo hice de manera mecánica, por la costumbre. Mis pensamientos estaban en otra parte.

A la salida, en vez de regresar a casa, de forma impulsiva, sin calcular las consecuencias, me dirigí al Istituto di Maria Bambina. Ya era entrada la mañana y el portón estaba abierto. Pregunté por Assuntina en secretaría. Me dijeron que le habían dado el día libre en la escuela y que se encontraba en la capilla, donde el cura estaba celebrando una breve ceremonia fúnebre en memoria de su madre. Así pues, no era yo quien tenía que informarla, y eso me procuró un pequeño consuelo.

Assuntina estaba sentada en el primer banco, sola. Detrás de ella, una docena de monjas que, con voz fina y nasal, cantaban en latín la que debía de ser una invocación de piedad para la difunta. Esperé a que terminaran y di las gracias a las religiosas y al capellán por el pequeño ramo de flores del altar, por el incienso, por el canto gregoriano. Pero sentía que Assuntina no podía quedarse en ese lugar.

Cuando se volvió y me vio en el último banco, me miró con desconfianza. La hermana que estaba a su lado tuvo que empujarla para que se acercara a saludarme. Busqué deprisa una excusa para poder llevarla fuera.

—Me gustaría acompañarla al cementerio para que pueda despedirse de su madre —dije.

Me dieron permiso y me la confiaron, pidiéndome que la trajera de vuelta para la hora de comer.

Tuve que tirar de ella, sujetándola con fuerza de la mano sudada que intentaba escurrirse de la mía. Arrastraba los pies, me seguía a regañadientes. En el cementerio también continuó poniéndome mala cara. Por el camino fui cogiendo del borde del camino, arrancándolas de los matorrales, algunas flores silvestres. Se las di para que las pusiera sobre la sepultura de tierra fresca. Dije con ella una breve oración. Más que un réquiem por la madre, me pareció más adecuado invocar al ángel de la guarda para su hija: «Ilumina, guarda, rige y gobierna a esta niña, que no tiene a nadie en el mundo». Salimos del cementerio. En la verja la cogí de la barbilla y le levanté la carita huraña.

—¿Sabes qué te digo? No voy a acompañarte al orfanato. Ahora tú y yo nos volvemos a casa.

Los documentos para tenerla conmigo ya los haría por la tarde. No tenía ninguna duda de que se alegrarían mucho de disponer de una plaza libre.

Cuando cruzó el umbral de mi apartamento, Assuntina miró a su alrededor. Poco a poco sus facciones contraídas se fueron distendiendo. No sabía nada del registro, se sorprendió de que algunos muebles estuvieran movidos, de que faltaran algunos objetos. Yo no le pregunté nada del anillo. Confieso que en ese momento ni siquiera pensaba en él. Estaba conmovida, y al mismo tiempo preocupada por la responsabilidad que de ahora en adelante debería afrontar. La señorita Ester no se alegraría. Había sido tan buena conmigo, y yo no seguía sus consejos, no hacía más que decepcionarla. Y Guido, ¿cómo reaccionaría ante mi precipitada decisión? ¿Debería haberle pedido antes su opinión?

La niña dio una vuelta por el apartamento, poco a poco, tocando ahora un objeto ahora otro como reconociéndolos al tacto, como una ciega. Abrió el cajón donde guardaba los tebeos para comprobar si todavía estaban. Vio la hoja de las calcomanías que había guardado allí dentro, no sabía qué eran, pero los colores vivos de las figuras la atrajeron.

—Son tuyas —dije—. Lee lo que pone. —Silabeó con esfuerzo la dedicatoria de Guido—. Tendrás que darle las gracias por el regalo —añadí.

—¿Es el que te regaló el anillo? —me preguntó.

—Sí. ¿No quieres decirme dónde lo metiste?

No contestó. Delante de su cama, que había quedado tocando a la pared y no tenía ni sábanas ni manta, sino sólo el colchón enrollado, se detuvo perpleja, contrariada.

—Luego lo arreglaremos. Esta mañana no he tenido tiempo. Me ayudarás a extender las sábanas —le indiqué—. ¿Quieres acostarte ya? ¿No quieres comer nada? La hora del almuerzo hace rato que ha pasado. Tendrás hambre. Ahora te caliento un poco de sopa, comemos y luego nos vamos a la cama. Yo también estoy cansadísima.

—Así pues, ¿puedo quedarme?

—Sí.

—¿Y no volverás a echarme?

—No.

No hizo ningún comentario y, conociéndola, ni siquiera lo esperaba, ni esperaba que me lo agradeciera. No esperaba tampoco lo que hizo inmediatamente después.

Apartando su mirada de la mía, Assuntina se dirigió decidida al saloncito, se acercó a la máquina de coser y, con una habilidad que no le conocía, abrió el compartimento de la bobina inferior, metió los dedos, quitó la cápsula de la canilla y me la mostró sobre la palma de su mano. Dentro, en lugar de la bobina con el hilo, estaba el anillo.

Siempre había estado allí. Durante las primeras búsquedas yo no lo había mirado porque ignoraba que Assuntina me hubiera observado mientras utilizaba la máquina de coser, y que cuando estaba sola en casa se hubiera dedicado a desmontarla. En cuanto a los agentes, que ya desde el principio la examinaron con sumo interés, no entendían de máquinas de coser; ninguno de ellos pensó que esa pieza era hueca, que podía sacarse de su sitio. Quizá lo intentaron, pero sin levantar la palanquita que la bloqueaba y que, si no conocías la máquina, parecía fundida en un único cuerpo o bien soldada.

Tal vez fuera precisamente eso lo que quería indicarme la abuela en el sueño, envolviendo la cadenita alrededor del dedo. Cuando el hilo de abajo se terminaba había que recargar la bobina sacándola de la cápsula, pero antes era necesario extraer ésta de su alojamiento. Había que poner la bobina en el enrollador y llenarla con el hilo nuevo.

La abuela sabía que Assuntina había sustituido el carrete por el anillo.

«Abuela, tú ya sabes que me esperan tiempos difíciles. Abuela, sé tú mi ángel de la guarda: ilumina, guarda, rige y gobiérname a mí.»

Epílogo



Han transcurrido cincuenta años desde entonces. He visto pasar dos guerras. El mundo ha cambiado, pero por la gracia de Dios todavía estoy viva, veo bastante bien y sigo cosiendo, aunque sólo para la familia. Querrás saber, lector, lo que me ocurrió después de los hechos que acabas de leer y por qué te he contado esas historias de tiempos lejanos que incluso a mí me parece que pertenecen a la vida de otra persona, no a la mía.

En cuanto Guido acabó la carrera, hacia finales de julio, volvió a L. Hasta que estuvimos juntos y pude cogerle la mano y mirarlo a los ojos no tuve el valor de revelarle lo que me había hecho su abuela, y lo que antiguamente, para tener a don Urbano en casa con ella, le había hecho a Quirica. Él, como siempre tuve la certeza, lo ignoraba. Nunca lo había visto tan afectado, tan enfadado. Rompió toda relación con doña Licinia y se fue a vivir a un apartamento de alquiler. Eligió uno de los que Quirica había heredado y lo decoró de manera que después de la boda pudiéramos vivir allí nosotros dos con Assuntina, cuya presencia aceptó enseguida. Cuando llegaran los hijos nos trasladaríamos a uno más grande. Destinamos dos habitaciones a mi taller de costura, no me pidió que renunciara a trabajar, sabía que me enorgullecía. Él, gracias al padre de Clara, encontró un empleo en la construcción del acueducto.

Hice que Guido conociera a mi señorita; le gustó y la hizo cambiar de opinión sobre la seriedad de sus intenciones. Ester nos sugirió que nos trasladáramos a G., donde no éramos conocidos, sería todo mucho más fácil. Pero Guido también tenía su orgullo. No había ningún motivo para esconderse, decía. Desde el principio se había sentido complacido de mostrarse a mi lado.

Nuestro error fue no casarnos enseguida. Él quería un noviazgo normal, quería que aprendiéramos a conocernos, quería preparar con calma una gran fiesta de boda, demostrar a su abuela y a las principales familias de la ciudad que no le preocupaban sus prejuicios, que la mujer que había elegido valía igual que sus hijas.

Aunque yo seguía viviendo en mis dos habitaciones con Assuntina, nos veíamos todos los días; éramos jóvenes, nos amábamos, él me deseaba y yo también aprendía a desearlo de ese

modo en que las novelas no hablaban nunca. Lo dejaría en mal lugar si dijera que tuve que ceder a sus insistencias, que me vi arrastrada contra mi voluntad a su pasión. Nos vimos arrastrados por la pasión común, por el deseo recíproco: mi voluntad era igual que la suya, y por otra parte el matrimonio cada vez estaba más cerca. Me cosí un traje blanco muy sencillo, distinto del que había soñado estando encerrada; todavía no estaba acostumbrada a vestir como las señoras.

Dos días antes de la boda, mientras iba al trabajo, Guido fue arrollado por un automóvil cuyo propietario no había aprendido a manejar. Murió después de unas pocas horas, inconsciente. No pudimos decirnos adiós, no pudo preocuparse por mi futuro. Por otra parte, no sabíamos todavía, ni él ni yo, que esperaba un hijo. No me di cuenta hasta unos meses después, cuando ya vivía con Assuntina en el apartamento alquilado por Guido y que Quirica me había ofrecido generosamente a un precio tan bajo que sólo era simbólico. Y fue una suerte, porque cuando mi vergüenza se hizo evidente, entre los miles de problemas al menos no tuve el del alojamiento. Si Guido hubiera muerto tres días más tarde, habría heredado su patrimonio y mi hijo no habría sido un bastardo. Pero ante la ley éramos dos extraños para él, y todo lo que Guido poseía fue a parar a doña Licinia, su única pariente. La señorita Ester, que a pesar de las críticas de la ciudad había permanecido a mi lado con mucho afecto, además de su comprensión me ofreció la asistencia de su abogado; en el fondo, Guido, al pedir los papeles para la boda y fijando la fecha, había demostrado su intención de querer casarse conmigo. Eran referencia indiscutible las amonestaciones colgadas en la puerta de la iglesia.

No lo creeréis, pero, aunque estaba a punto de cumplir cien años, doña Licinia luchó como una fiera para que no recibiera ni un céntimo. No había testamento a mi favor y el juicio siguió adelante durante años, tantos que me cansé de batallar; además, mientras tanto Quirica murió y, al no tener a nadie más en el mundo, nos dejó todo lo que tenía a mi hijo y a mí. No era comparable a las riquezas de los Delsorbo, pero para nosotros era suficiente. Lamentaba más que nada que el niño no llevara el apellido de Guido. Era un niño guapo, se parecía en todo a su padre, «mejillas de rosa y ojos de gacela», pensé cuando le vi la cara recién nacido, y le puse Guido de nombre. Se le dieron bien los estudios y ahora vive en América porque la política del país le complicaba mucho la vida y ya no ha regresado. Le di el anillo con el brillante y el zafiro, lo llevó algún tiempo en el meñique, después encontró esposa y se lo regaló. No tienen hijos.

Doña Licinia murió a los ciento cuatro años, muy lúcida. Ella tampoco tenía ya a nadie, pero no pensó en nosotros; no pensó que mi hijo era el único heredero de su sangre. Se lo dejó todo a unos parientes lejanos que vivían en F., los que sólo aparecían cada cuarto de siglo y que habían acudido como buitres al lecho de muerte de don Urbano.

En cuanto a mí, al principio pensaba que nunca encontraría consuelo. Que nunca olvidaría a mi grandísimo amor y la tragedia de haberlo perdido. Seguía estudiando para estar a la altura de Guido, como si todavía me fuera posible hacerlo quedar mal delante de sus iguales. Continuaba leyendo, esto para mi placer, y porque al ir avanzando cada vez me resultaba más fácil. Ayudaba a mi hijo con las tareas de la escuela y con él aprendía muchas cosas nuevas.

Pero el tiempo, si no borra todos los recuerdos, los hace palidecer. El dolor que pensabas que te partía el corazón se vuelve menos amargo; la añoranza, más dulce. Doce años después de la muerte de Guido conocí a un hombre que me inspiraba afecto y confianza y que me apreciaba, a pesar de mi mala fama. Trabajaba de carpintero y tenía su taller en la planta baja de nuestra casa. Siempre estaba de buen humor, aunque él también había perdido a su muy amada esposa, muerta en el parto junto con su primer hijo. Al cabo de un tiempo me pidió que me casara con él y se ocupó no sólo de mi hijo, sino también de Assuntina, que seguía viviendo conmigo y a la que estaba enseñando mi oficio. Quiso gastarse dinero y enfrentarse a la burocracia para darles a ambos su apellido. Fue para ellos un excelente padre, aunque no llevaran su sangre. ¿Tal vez fuera porque, además de ser carpintero, se llama Giuseppe? Vivimos juntos, ahora ya los dos solos, y me es de gran consuelo. Sigue trabajando a pesar de la edad. Los artesanos, dice, nunca se jubilan, se caen muertos con las herramientas en la mano. Pero no creo que esté para morir. Todavía es fuerte y está lleno de energía, levanta una contraventana con una sola mano. Yo he aprendido a amar el aroma de las virutas, especialmente las de abeto y las de pino. Él, como regalo de boda, me regaló una máquina de coser de pedal que todavía funciona a la perfección. No sabría qué hacer con una eléctrica. Nos gusta ir al teatro, podemos permitirnos dos butacas en platea, aunque ahora tenemos una radio y también escuchamos las óperas en casa.

Querrás saber, lector, qué fue de mi amiga y protectora, la señorita Ester. También ella, ocho años después de su primer e infeliz matrimonio, conoció a un hombre honesto al que confió su vida y la de Enrica.

El marqués Rizzaldo, que en todo ese tiempo había seguido viajando a Oriente, se tropezó en Constantinopla, por segunda vez en su vida, con una epidemia de cólera que esta vez no le ofreció ninguna salida. Viuda y libre, a los veintisiete años Ester se casó con un joven ingeniero inglés que había venido a hacer prácticas en la cervecera y que conquistó la estima y la amistad del señor Artonesi. Se casó con él con la condición de que no regresara a su patria, sino que se quedara a vivir en nuestra ciudad y ayudara a su padre en el trabajo. Cuando unos años más tarde éste murió, Ester, a pesar de ocuparse de la educación de Enrica, que ya tenía once años (ahora le correspondía a ella el título de marquesita, pero nadie la llamaba así), y de los tres niños que tuvo con el ingeniero, no confió toda la gestión de su patrimonio a su marido, como esperaban sus tías, sino que se puso a su lado a dirigir el molino y la industria cervecera.

Yo, cuando hacía falta, seguía yendo a coser a su casa, comía en su mesa y los veía comportarse como dos buenos compañeros, sin zalamerías ni sentimentalismos. «Mi señorita ha renunciado de una vez por todas al amor», pensaba de tanto en tanto. Pero en otras ocasiones, al verlos reír juntos o inclinados sobre un catálogo discutiendo sobre la compra de maquinaria nueva, me asaltaba la duda de que, en cambio, ese entendimiento profundo, esa identidad de intereses, esa complicidad y total confianza recíproca fueran una forma de amor más verdadera y profunda que la que cuentan las novelas sentimentales.

¿Por qué he querido escribir estas historias de mi juventud? Me lo pidió Enrica Rizzaldo, la

primogénita de la señorita Ester. Actualmente enseña en la universidad. Se dedica a investigar cómo ha cambiado nuestra manera de vivir y de trabajar. Ahora la gente, la que tiene pocos recursos, compra en las tiendas la ropa ya confeccionada a buen precio. Ropa muy fea, si queréis mi opinión, siempre demasiado ancha o demasiado estrecha, demasiado corta o demasiado larga, que tira de la sisa, llena de arrugas en los hombros y en las caderas. Pocas personas siguen acudiendo a una modista, nadie las llama para que trabajen a domicilio.

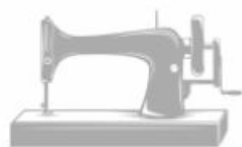
Assuntina, que se convirtió en una modista fina, a los veinte años encontró un puesto de patronista en La Suprema Eleganza. Prefería un salario seguro a la incertidumbre del trabajo a domicilio. Ella también se casó, con un funcionario del ayuntamiento, han tenido tres hijos. Ahora está jubilada y ya no cose. Se pasa el tiempo sentada delante de un novedoso chisme, una especie de cruce entre la radio y el cine, pero pequeño, como una caja que puede tenerse en casa. A su hija Zita, que trabaja como dependienta en una tienda de ropa, le gustaría dejarle a los niños cuando no tienen colegio, pero Assuntina no los quiere, dice que le molestan y no le dejan ver en paz sus programas favoritos. Le dice que los lleve a mi casa, que tengo más tiempo y sé cómo entretenerlos. Yo les enseño, tanto al niño como a la niña, a usar la máquina de pedal, y ellos se lo pasan francamente bien. También han aprendido a coser botones, y, si por casualidad pierden uno, no piden ayuda, sino que solucionan el problema ellos solos. La niña no tiene mucha paciencia, pero al niño incluso le gusta coser a mano. No he conseguido convencerlo para que se ponga el dedal, pero aun sin él puede ribetear un pañuelo con puntos pequeños y precisos, como me enseñó mi abuela cuando tenía su edad. Le he prometido que para Carnaval lo ayudaré a hacerse un disfraz de piel roja. Hemos cogido el modelo del protagonista de una película americana; en las tiendas no venden trajes tan bonitos. Su hermana está celosa, así que le he dicho que a ella le haré una batita de batista blanca con volantes en las mangas, jaretas en el pecho y fruncidos en el dobladillo. «¡Como la de Beth en *Mujercitas*!», dice ella. Igual que las que cosía para Enrica cuando era pequeña, pienso yo. También pienso en lo contenta que estaría mi amiga, la planchadora, si supiera que Assuntina le ha puesto su nombre a su hija.

Los hijos de esta nueva Zita son dos niños cariñosos, me quieren y me llaman abuela. Yo, por la noche, me esfuerzo por quedarme siempre quieta en mi cama al lado de Giuseppe y de no ir nunca a visitarlos en sus sueños.

Agradecimientos

A Giulia Ichino, que en cuanto conoció a la costurera se enamoró de ella y me animó a hacerla crecer.

Y a Francesca Lazzarato, por alentarme, criticarme, darme excelentes consejos y sugerirme ideas preciosas, aunque no he podido seguirlas todas. Harían falta al menos tres novelas más. Pero ¿quién sabe...?



El sueño de la máquina de coser
Bianca Pitzorno

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Il sogno della macchina da cucire*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Sandra Cunningham / Trevillion
© de las ilustraciones del interior, Moire-Studio / Shutterstock y VectorPot / Shutterstock

© Bompiani/Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano, 2018
www.giunti.it
www.bompiani.it

© por la traducción, Maribel Campmany, 2020

© Espasa Libros, S. L. U., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-670-5930-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

